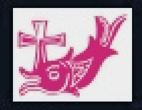
COMENTARIOS A LA NUEVA

Biblia de Jerusalén



Números

Francisco Varo



NÚMEROS

FRANCISCO VARO

NÚMEROS

Comentarios a la
Nueva Biblia de
Jerusalén



Desclée De Brouwer

Henao, 6 - 48009
www.edesclee.com
info@edesclee.com

ISBN: 978-84-330-2227-1
Depósito Legal: BI-1001/08
Impresión: RGM, S.A. - Bilbao
Impreso en España - Printed in Spain

ÍNDICE

COMENTARIO

INTRODUCCIÓN

El libro de los Números no ha tenido suerte en sus campañas de imagen, así que es poco conocido por el gran público. Tampoco arranca con una narración trepidante que atrape al lector y lo retenga hasta el final. Más bien sucede lo contrario. La solemne meticulosidad con que describe el censo de las tribus y la organización del campamento israelita en sus primeras páginas puede aburrir pronto a quien lo toma en sus manos sin estar prevenido. Pero quien sucumba a la tentación del tedio y abandone su lectura, se pierde una de las obras más apasionantes de la literatura universal.

A primera vista es como un repertorio heterogéneo donde se pueden encontrar listas de censos, normas legales, catálogos de objetos destinados al culto o fragmentos de viejos poemas, todo ello remendado sobre el relato de una expedición que recorre terrenos inhóspitos. Sin embargo, en su entramado esconde textos narrativos de gran fuerza expresiva y con un alto valor plástico, que durante siglos han proporcionado inspiración a pintores, escultores y literatos. Pensemos en el maná y las codornices, los exploradores portando en la pértiga un racimo gigante, la serpiente de bronce, la vara florida de Aarón o la burra de Balaán, por sólo mencionar algunos.

Repasar despacio sus páginas es como contemplar las vitrinas de una exposición arqueológica llenas de piezas toscas y fascinantes, con unas palabras de acompañamiento, dispuestas con un cierto orden general que expresa por sí mismo el mensaje querido por el comisario de la muestra. Cada pieza tiene una historia y evoca un rico mundo de referencias en el que adentrarse. Pero tan interesante

como admirar cada uno de los objetos es la aventura de entrar en el contexto vital, social, cultural y religioso del que proceden, la de indagar sus huellas en la historia, o la de captar el sentido que cobran en el diseño de la muestra donde los admiramos.

Por eso, este libro está lleno de sorpresas atractivas para el historiador o el crítico literario, pero también para el lector curioso. Contiene piezas breves muy antiguas. A la vez, la trama argumental del libro refleja una compleja actividad redaccional, que ha conducido a una forma final, la que actualmente tenemos, sostenida por una estructura que no se deja describir con las coordenadas racionales de un diseño cartesiano, sino que sólo es posible tantear con la dificultad y el asombro con que se intenta comprender cómo funciona un ser vivo.

Para saber cómo son y cómo funcionan los seres vivos es imprescindible un estudio científico de la biología. Sin embargo, cuando el ser vivo es inteligente, no basta. Para conocer a fondo a una persona no es suficiente con leer un informe médico exhaustivo de ella. La conversación cara a cara y la convivencia un día tras otro es insustituible y, en suma, resulta decisiva.

Estudio riguroso, con una metodología técnica adecuada, y diálogo personal son también imprescindibles, cada uno en su ámbito, para conocer la Palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura. En las páginas que siguen intentaremos proporcionar al lector una información y unas herramientas que le ayuden a adentrarse con rigor literario e histórico en las páginas del libro de los Números, a la vez que le sugieran pistas para una comprensión teológica de su mensaje. Pero es a cada lector a quien incumbe la tarea, y quien puede experimentar el inmenso gozo, de entrar en diálogo con esa Palabra que le abre a la plenitud del sentido.

1. La investigación crítica sobre el libro de los Números

El rico y complejo mundo del libro de los Números ha sido objeto de atención de la investigación historico-crítica desde hace más de un siglo. Aunque quedan líneas abiertas, las aportaciones a su mejor conocimiento y comprensión que se han realizado son hoy imprescindibles. Por eso, pensamos que, antes de adentrarse en el texto,

puede interesar al lector disponer de una información sintética acerca del camino recorrido por esa investigación y de dónde se encuentra en el momento actual. De este modo se pueden comprender mejor los puntos de partida y la orientación que, dentro del estilo general de las monografías de la Nueva Biblia de Jerusalén, hemos pretendido dar a este comentario.

Para comenzar, conviene remontarse un poco en el tiempo. El primer tratado sistemático que puso las bases para la investigación crítica de Números, y que ha sido un punto de referencia obligado para muchos estudios en el siglo XX, fue el comentario publicado por George Buchanam Gray en 1903 para la colección *The International Critical Commentary*. Este profesor de hebreo y exégesis del Antiguo Testamento en el Mansfield College de Oxford asumió como marco de referencia la hipótesis documentaria que no mucho antes había propuesto Julius Wellhausen.

Gray piensa que el libro de los Números está compuesto por materiales yahvistas (J), elohistas (E) y sacerdotales (P). Del deuteronomista no habría nada en él. Más en concreto, Números derivaría principalmente, según él, de dos obras anteriores. Una de ellas sería una recopilación (JE), realizada a finales del siglo VII a.C., de unos pasajes de procedencia yahvista y de otros elohistas. La segunda obra previa sería la historia sacerdotal de algunas instituciones sagradas (P^g), escrita en torno al año 500 a.C. A esa historia sacerdotal se le añadirían posteriormente, siempre en ámbitos sacerdotales, algunas historias complementarias (P^S) y materiales de tipo legal (P^X).

Textos procedentes de la recopilación JE se encontrarían, por ejemplo, en los relatos de la puesta en marcha desde el Sinaí, el maná y las codornices, los setenta ancianos, la reivindicación de la figura de Moisés y el castigo de María (10,29 – 12,15), el envío de los exploradores (caps. 13 – 14), la rebelión de Datán y Abirón (cap. 16), los mensajeros a Edom y la negativa que encontraron (20,14-21), y la mayor parte de los episodios de Balaán (22,2 – 25,5).

Sin embargo, los elementos sacerdotales son los que tienen mayor protagonismo en el libro, ya que todo él está enmarcado por dos grandes secciones sacerdotales. Una de ellas trata sobre la organización del campamento y la dedicación del tabernáculo (1,1 – 10,10) y la otra está compuesta casi en su totalidad por normas legales que

Israel debería tener en cuenta cuando se instalase en la tierra de Canaán (26,1 – 36,13). Pero también en las secciones centrales del libro abundan los textos sacerdotales, como sucede con las leyes de los caps. 15 y 19, el relato de la rebelión de Coré con el consiguiente castigo (caps. 16 – 17) y lo que se refiere a la vara florida de Aarón, así como a la superioridad de la tribu de Leví (17,16 – 18,32). De hecho, según el comentario de Gray, más de tres cuartas partes del libro son de origen sacerdotal, por lo que la teología sacerdotal es la que marca la principal impronta de su contenido.

En una línea análoga por lo que se refiere a las fuentes, pero con mayor escepticismo acerca de la atribución de los distintos pasajes a los documentos «tradicionales» de la hipótesis documentaria, se mueve Martin Noth en su comentario al libro de los Números.

Es decir, hasta bien entrada la segunda mitad del siglo veinte la cuestión de los documentos previos a la composición del libro de los Números sigue moviéndose en el ámbito de la hipótesis trazada por Wellhausen. Sin embargo, en los años siguientes se fue percibiendo la necesidad de redimensionarla y corregirla muy a fondo, tanto por lo que respecta a los textos yahvistas y elohistas como a los sacerdotales.

1.1. El redimensionamiento del «yahvista»

Gray y Noth habían datado, siguiendo a Wellhausen, los textos yahvistas en el siglo IX a.C., y los elohistas en el VIII a.C., y de esos documentos, posteriormente refundidos, procederían los pasajes no sacerdotales de Números. Pero no habría en ellos huellas del deuteronomista. Sin embargo, en las últimas décadas del siglo XX, tal planteamiento ha sido fuertemente cuestionado.

Una de las voces discordantes con tonos más polémicos es la de John Van Seters. Aunque mantiene en uso el término «yahvista» para seguir designando a unos textos que tienen unas características propias, lo redefine por completo al datar todo ese material en el periodo exílico –y no en los primeros tiempos de la monarquía, como lo hacían Wellhausen y sus seguidores– y al detectar una fuerte interacción entre esos escritos y el Deuteronomio. Es más, en su opinión ese «yahvista» escribe después del Deuteronomio y de la Historia Deuteronomista, y refleja un deuteronomismo tardío.

Para Van Seters, el yahvista es un historiador que se esfuerza por presentar las antiguas tradiciones sobre los orígenes de Israel en el contexto de las tradiciones orientales y occidentales sobre los tiempos primigenios. Su obra historiográfica tiene una primera parte constituida por los textos contenidos en el Génesis, que constituyen el prólogo a la historia de la nación, a la que sigue una segunda, que es una biografía de Moisés desde su nacimiento, narrado en el comienzo del libro del Éxodo, hasta su muerte referida al final del Deuteronomio. En abierto contraste con lo que pensaban Gray y Noth acerca de que en Números no había rastros de deuteronomismo, Van Seters afirma que en todos los textos yahvistas del libro de los Números se refleja una tendencia deuteronomista tardía, obra de un historiador judaíta que vivió entre los exiliados de Babilonia y en el que se aprecia también un fuerte impacto de la obra del segundo Isaías.

Otra voz discordante con los planteamientos de la hipótesis documentaria acerca de los textos pre-sacerdotales del libro de los Números, aunque en una línea diferente a la de Van Seters, es la de Erhard Blum. También éste piensa que los materiales literarios que están en la base del libro de los Números no provienen de la época de la monarquía, sino que son parte integrante de una gran composición pre-sacerdotal (KD), redactada bajo la influencia deuteronómica y cercana a los redactores de la historia deuteronomista, compuesta en un primer momento del periodo post-exílico. Sin embargo, es significativo que –a pesar de la sigla que utiliza para designarla– no caracterice a esa composición como «deuteronomista», sino como «pre-sacerdotal», ya que percibe una gran heterogeneidad de los materiales literarios previos a la redacción sacerdotal.

1.2. Las vacilaciones sobre el «deuteronomista»

Esta apreciación está siendo cada vez más ampliamente compartida, por lo que en los últimos años se ha suscitado un debate acerca de la terminología a utilizar para designar esos escritos. En concreto, se han alzado voces de duda acerca de que sea posible caracterizar como deuteronomistas esos pasajes previos a la reelaboración sacerdotal.

El motivo es que el uso de términos o expresiones comunes con el Deuteronomio, que suele ser la razón esgrimida con más frecuencia,

no parece un elemento suficiente para catalogar un documento como deuteronomista, ya que es posible que esas coincidencias pudieran tener su origen simplemente en el patrimonio común de Israel, sobre todo teniendo en cuenta que entre los textos que se vienen considerando como deuteronomistas hay una notable diversidad. Por eso, muchos autores prefieren el término «pre-sacerdotal» para designar los relatos anteriores a la redacción sacerdotal, independientemente de que constituyeran, o no, una historia previa.

En poco tiempo, pues, se ha pasado de una atribución masiva de textos tradicionalmente considerados yahvistas o elohistas al deuteronomista, y a un fuerte escepticismo acerca de la conveniencia de calificar como deuteronomista en sentido estricto a un conglomerado de materiales literarios tan heterogéneo.

1.3. *La crisis del «sacerdotal»*

Si en la investigación de las fuentes que intervienen en el libro de los Números fue debatida la cuestión acerca del origen de los textos «deuteronomistas», o si se prefiere «no sacerdotales», otro tanto se puede decir acerca de la caracterización de la historia sacerdotal.

En el comentario de Gray, de acuerdo con los presupuestos de la hipótesis documentaria, se consideraba que la historia sacerdotal había sido escrita independientemente de la yahvista-elohista. Ciertamente tomaba en consideración las evidentes interacciones entre las redacciones de una y otra, como es el caso de la mezcla de ellas que hay en el episodio de los exploradores (caps. 13 – 14) o de las rebeliones de Coré, Datán y Abirón (cap. 16), pero se trataría de cuestiones de importancia menor al investigar las fuentes originales. Sin embargo, lo que hoy se discute es la propia existencia de un documento sacerdotal. Veamos cómo se ha llegado a esta situación.

En el comentario a Números de Martin Noth ya se comenzaba a cuestionar la independencia de los textos yahvistas y elohistas con respecto a los sacerdotales. En efecto, Noth observaba que hay pasajes, especialmente en los caps. 13–14; 15; 16–19, donde parece que la narrativa sacerdotal ha proporcionado las formas literarias básicas para esos textos. De hecho, la dificultad para delimitar los tres niveles en la composición de la historia sacerdotal (P^g, P^S y P^X), utilizados por Gray y por él mismo en su análisis, así como en algunos pasa-

jes sus interrelaciones con JE, constituyeron un problema real que estimuló fórmulas creativas en busca de respuestas convincentes.

En ese contexto de investigación fueron adquiriendo mayor notoriedad las vacilaciones acerca de la existencia de un documento sacerdotal autónomo, con vida propia, que hubiera quedado incluido en el Pentateuco. No se ha dudado de que hubiese textos sacerdotales en el Pentateuco, pero se ha discutido mucho sobre su caracterización y datación. De hecho, pronto se apuntó la posibilidad de contemplar P más como una reelaboración de JE que como una obra separada de ella. Es decir, se trataría de una obra compuesta primariamente como un suplemento a JE, o de un estrato redaccional que integrara elementos previos.

John Van Seters, siguiendo esas intuiciones, considera que P es un estrato que complementa al yahvista, y por tanto –según su hipótesis sobre este punto, antes mencionada– posterior al Deuteronomio y a la Historia Deuteronomista. Por su parte, también Erhard Blum señala que no se puede hablar de una historia sacerdotal que haya tenido una existencia independiente, sino sólo una composición sacerdotal (KP) que es fruto de una relectura crítica sacerdotal que reelabora la KD. Ninguno de los dos piensa en un escrito sacerdotal autónomo. Pero no son los únicos. En los últimos años muchos otros investigadores se han ido sumando a la convicción de que el material sacerdotal del Pentateuco nunca tuvo una existencia previa como documento o fuente independiente, sino que más bien ha de ser considerado como la sistematización y complementación de una obra o tradición ya existente.

Quedan, no obstante, algunos autores que siguen pensando en que se puede hablar de un escrito sacerdotal independiente, aunque restringen notablemente sus dimensiones. Thomas Pola en su tesis doctoral presentada en Tubinga mantiene que ese documento terminaría en Ex 40, y según E. Otto su límite final estaría en Ex 29. Es decir, en ambos casos ese hipotético documento no alcanzaría al libro de los Números.

En los últimos años del siglo veinte, pues, la investigación crítica sobre la composición del Pentateuco, y por tanto del libro de los Números, ha sido sumamente compleja. El marco de referencias que proponía la hipótesis documentaria clásica, con sus cuatro fuentes, se considera definitivamente roto.

Ahora se distinguen básicamente dos estratos, uno pre-sacerdotal y otro sacerdotal, aunque casi nadie se atreva a considerarlos como documentos que tuviesen una existencia previa independiente. También se apunta al periodo post-exílico como momento de la puesta por escrito de la casi totalidad de esos textos, y al final de la época persa como momento de la redacción que sería definitiva del Pentateuco.

No obstante, aún quedan muchos flecos sueltos a la hora de dilucidar con precisión la historia literaria de los textos, el alcance de las fuentes previas, o el modo y las circunstancias históricas concretas de las diversas etapas redaccionales recorridas hasta alcanzar la forma final.

2. Números en la encrucijada redaccional de la historia bíblica

A la vez que la investigación crítica sobre la formación del Pentateuco revisaba la caracterización de los documentos o composiciones que lo han configurado, y retrasaba su datación hasta los periodos más tardíos de la época persa, las fechas establecidas entre esas composiciones previas y la redacción final se iban acercando. Es más, cada vez más se iba llegando a la convicción de que composición y edición están muy relacionadas; por eso, se sigue con creciente interés lo sucedido en esas últimas etapas que llevaron a la configuración definitiva del texto canónico.

De hecho, en las últimas décadas esa investigación ha ido desplazando su foco de interés desde el estudio de los documentos previos que se fueron integrando en el Pentateuco al proceso mismo de integración de esos escritos en las fases finales de su redacción. Es razonable que sea así, pues el proceso de cierre del conjunto de esos cinco libros tiene una fuerte incidencia en el sentido que adquiere cada uno de ellos, según desde qué perspectiva global se mire.

Unas sencillas observaciones pueden ser suficientes para percibir que el Pentateuco es una obra literaria que, aunque en su redacción se haya contado con textos anteriores, reclama ser leída en su conjunto.

En efecto, todo él está configurado por una trama narrativa suficientemente clara en la que no faltan marcas de continuidad, aunque de vez en cuando aparezca interrumpida por la inclusión de amplios textos legales. En el progreso de la narración van apareciendo refe-

rencias temporales o espaciales a acontecimientos de singular importancia que ordenan cronológicamente los diversos materiales literarios integrados en el conjunto. Estas marcas redaccionales organizan una superestructura narrativa que, además, trasciende el marco propio de cada uno de los cinco libros que configuran la división tradicional.

Entre otros detalles, es posible observar que en todo el Pentateuco se ordenan distintos relatos situándolos en el tiempo y datándolos con respecto a la salida de los hijos de Israel de Egipto, que está narrada en el libro del Éxodo. Pero los relatos organizados con esa estrategia narrativa no están sólo en ese libro sino también en Números y Deuteronomio (Dt 1,3). A su vez, esa salida es fechada con respecto a la llegada de los hijos de Israel a Egipto (Ex 12,40), de la que se trata en el Génesis.

Pero el esquema estructurante que proporcionan esas indicaciones temporales relativas a la salida de Egipto se entrecruza con un marco espacial que sitúa los relatos en sucesivas etapas en la marcha por el desierto. Una recapitulación de ese itinerario que comienza con la salida de Egipto se encuentra en el libro de los Números (33,1-49), pero las etapas que en él se mencionan estructuran la narración en Éxodo, Números y Deuteronomio (Dt 34,1-8).

Por lo que se refiere al libro de los Números, estos datos indican que ha de leerse como una parte del conjunto literario más amplio en el que está insertado.

Sin embargo, las dificultades surgen de nuevo al intentar fijar los límites de ese conjunto más completo del que forma parte. ¿Termina con el Pentateuco o más adelante?

Si nos fijamos en la datación con respecto a la salida de Egipto, las marcas estructurantes de la redacción no terminan en el Deuteronomio, sino que llegan hasta los libros de los Reyes, donde se dice que el templo de Jerusalén fue construido en tiempo del rey Salomón, cuatrocientos ochenta años después de la salida de los israelitas de la tierra de Egipto (1 R 6,1), y ese dato no es irrelevante, pues apuntaría a una estructuración literaria que comienza con Gn 1 mediante un esquema que en su relato de la creación anticipa la instauración de un culto en el Templo que se construiría, al señalar que el día cuarto fueron creados los cuerpos celestes para fijar el calendario litúrgi-

co, y que en el día séptimo se instauró el descanso sabático. Todo esto apuntaría a que la trama narrativa del Pentateuco puede interpretarse como parte de una ambiciosa historia nacional que se extendiese desde los orígenes del mundo y del hombre hasta el final de la época monárquica, que termina fuera de los confines de su tierra, en el exilio de Babilonia. Téngase en cuenta que Adán y Eva, al comienzo de la narración, son expulsados de la tierra que el Señor había puesto a su disposición, y que la historia de los orígenes de la humanidad (Gn 1 – 11), que de algún modo recapitula el futuro desarrollo de los acontecimientos, termina en Babel (esto es, en Babilonia).

En esa línea se mueve también, aunque con otros parámetros, la hipótesis de Erich Zenger de que la primera fuente del Pentateuco sería una «obra histórica jerosolimitana» compuesta poco después del asedio de Senaquerib en el 701 a.C., a partir de unos ciclos narrativos independientes, que se extendería desde el comienzo de la época patriarcal en Gn 11 hasta el final del libro de Josué. Escrita en un momento de crisis, con Judá sometida al vasallaje asirio, sería obra de ambientes sacerdotales, administrativos y proféticos que reflexionarían sobre las relaciones con Yahvé de Judá y el recién caído Israel, en busca de una renovación religiosa y política. Poco después, durante la reforma de Josías, el Deuteronomio, cuyas raíces estaban ya puestas desde el reinado de Ezequías, recibiría su forma literaria, como documento del pacto. Más tarde, como consecuencia de la crisis exílica del 587 a.C., esa obra sería reelaborada y ampliada, adelantándose su comienzo al relato de la creación del ser humano en el Edén (Gn 2,4b) y prolongándose sus contenidos hasta el exilio de Babilonia, integrando en ese momento gran parte de la historia de los orígenes, el Código de la Alianza y el Deuteronómico, así como los relatos acerca de los jueces y de los reyes. A esta edición notablemente ampliada con respecto a la anterior, Zenger la denomina «historia exílica», y estaría dominada por una perspectiva deuteronómico-deuteronomista. En los primeros momentos del post-exilio, marcando distancias respecto a la «historia exílica» y algo después que ella, hacia el 520 a.C., se compondría un «relato sacerdotal» que, posteriormente, en momentos de colaboración entre teología deuteronomista y sacerdotal, fue unido a esa historia, en el contexto de la erección de la provincia de Judá en el imperio persa en torno al 450 a.C.,

y tal vez con el impulso de Nehemías. Por último, sobre el 400 a.C. y por obra de Esdras, se separarían de ese conjunto los cinco primeros libros para constituir la Torah o ley constitucional de Judá, y quedaría el resto formando el bloque de los «profetas anteriores».

Además de E. Zenger y los seguidores del llamado «modelo de Münster», son numerosos los investigadores que se han centrado en el estudio de los marcadores redaccionales que invitan a reflexionar sobre el proceso de fijación de los límites de ese conjunto historiográfico, y posteriormente del Hexateuco y del Pentateuco.

En efecto, al analizar el conjunto, muchos elementos invitan a pensar de entrada en un Hexateuco. Por ejemplo, la promesa de la tierra hecha a Abrahán no se cumple en plenitud hasta su toma de posesión y reparto, en el libro de Josué. Pero también sucede lo mismo con algunos detalles que pueden parecer anecdóticos, como son los relativos a los huesos de José: el juramento que hace pronunciar a los hijos de Israel de que se los llevarían a la tierra que Dios prometió a sus padres (Gn 50,25) es recordado por Moisés, que los toma consigo al salir de Egipto (Ex 13,19) y es cumplido definitivamente por Josué al sepultarlos en Siquén (Jos 24,32). Estos y otros indicios más invitan, pues, a leer los textos en una «lógica hexateucal» dominada por la posesión de la tierra como un don del Señor.

Sin embargo, otros muchos detalles, más centrados en una teología de la alianza, introducen en una «lógica pentateucal» que subraya el valor central de la Ley.

Unos y otros indicios presentes en los textos son señales del debate teológico post-exílico en unas circunstancias en las que el «lugar» específico de Israel ya no es tanto el país cuanto la Torah, por lo que finalmente terminaría imponiéndose la «lógica pentateucal» sobre la «hexateucal».

La incidencia de ese debate en el libro de los Números juega un papel privilegiado en la voluminosa monografía de Reinhardt Achenbach sobre la redacción de Números. Comienza su estudio con un análisis pormenorizado de Nm 16 y 17, en donde identifica tres estratos redaccionales, todos ellos post-deuteronomistas y post-sacerdotales. La primera redacción, a la que denomina *Hexateuchredaktion*, la sitúa en la primera mitad del siglo V a.C.; se extendería desde Génesis hasta Jueces y estaría caracterizada por su apertura hacia los que no

son israelitas de nacimiento. La segunda, llamada *Pentateuchredaktion*, del siglo V a.C. bien avanzado, subraya la eminencia profética de Moisés. Por último, hay una «reelaboración teocrática» en el siglo IV a.C. dirigida a proporcionar una base autoritativa para organizarse como una comunidad teocrática bajo la supremacía del Sumo Sacerdote. Según su análisis, nada habría en Números de las fuentes tradicionales del Pentateuco, sino fragmentos de viejas tradiciones que han sido integrados en alguna de estas tres redacciones.

El estudio de Achenbach es testimonio elocuente de lo que va llevando consigo el desplazamiento del interés de las investigaciones críticas por los documentos previos al texto hacia las últimas etapas en el proceso de redacción del libro, cada vez más evidente en los últimos años.

3. La estructura interna del libro de los Números

En paralelo con el desplazamiento en el interés de los estudios sobre el Pentateuco hacia sus últimas fases redaccionales, en la literatura científica se aprecia también un notable cambio en la perspectiva dominante, que en los últimos años ha pasado a ser la sincrónica, esto es, la que se descubre en la propia estructuración que muestra el texto tal y como ha llegado hasta nosotros.

Aunque, como se ha señalado, no se puede eludir la necesidad de atender a todo el Pentateuco –e incluso el Hexateuco, y hasta la obra historiográfica más amplia– en su conjunto, tampoco se puede obviar la personalidad propia con la que se presenta cada uno de los libros que integran inseparablemente ese conjunto. En efecto, los cortes en el relato del Pentateuco que dan lugar a esos cinco libros responden a una estrategia literaria que realiza esa división atendiendo a que cada una de las unidades resultantes constituyan una obra completa en sí misma, con una estructuración propia del material literario que contiene, y de la que se sigue un significado específico.

En concreto, el libro de los Números tiene un principio y un final claramente marcados mediante un encabezamiento –«El Señor habló a Moisés en el desierto del Sinaí, en la Tienda de la Reunión, el día uno del mes segundo, en el año segundo de su salida de la tierra de Egipto, y les dijo» (1,1)– y una conclusión –«Éstos son los manda-

tos y las disposiciones que el Señor ordenó por medio de Moisés a los hijos de Israel, en las estepas de Moab junto al Jordán, frente a Jericó» (36,13)–. A la vez, por encima de la variedad de materiales literarios de distintas procedencias que han quedado integrados en él, el texto definitivo que ha sido recibido en el canon constituye una unidad orgánica. De modo que se impone la tarea de buscar los rasgos estilísticos y estructurales que integran un material tan diverso en un conjunto que, a pesar de todo, resulta cohesionado.

La estructuración más elemental, que se percibe casi a simple vista, es la basada en los criterios topográficos y temporales. El comentario de Gray ya mencionado se fijaba en los tres escenarios sucesivos en que se desarrolla la acción: el desierto de Sinaí, donde el pueblo permanece diecinueve días (1,1 – 10,11); el norte del Sinaí y el oeste de la Arabá, donde el pueblo está treinta y ocho (redondeando, cuarenta) años (10,11 – 21,9); y el este de la Arabá, en donde pasan no más de cinco meses (21,10 – 36,13).

Muchos otros comentarios posteriores se basan en la localización geográfica que ofrece el propio texto para organizar los escenarios donde se enmarcan las acciones y normas legales. En general suelen distinguir tres escenarios: los alrededores del Sinaí, el desierto de Parán en torno a Cades, y las estepas de Moab. Sin embargo, hay notables divergencias al fijar el límite de cada una de las secciones, especialmente de la segunda, debido a que se mencionan varios cambios de escenario en etapas con sucesos casi irrelevantes en comparación con todo lo narrado antes en los alrededores de Cades o después en Moab. En muchas ocasiones, esta estructuración en tres secciones viene designada en los comentarios atendiendo a los contenidos de los sucesos narrados en cada escenario y no al lugar. Por ejemplo, Philip J. Budd las denomina así: la constitución de la comunidad en el Sinaí (1,1 – 9,14); el itinerario, sus fracasos y éxitos (9,15 – 25,18); y preparativos finales para el asentamiento (26,1 – 35,34). Y más recientemente, W. H. Bellinger Jr. distingue entre: preparación para la marcha (1 – 10), murmuraciones en el desierto (11 – 20) y desplazamientos por Transjordania (21 – 36).

Sin embargo, también se han propuesto otras posibles estructuraciones que den razón de la articulación de todo el libro tal y como ha sido recibido.

La que ha tenido más influencia en los comentarios posteriores es la que propuso D. T. Olson a partir de la observación de que los dos censos que se incluyen en Números constituyen como pórticos de dos grandes secciones que configurarían el libro y le darían sentido. El primer censo (caps. 1–4) es el de la generación que había salido de Egipto y que es la protagonista de los relatos en la primera parte. Pero esa generación pecó, se rebeló contra el Señor a pesar de los favores y protección divina que había podido experimentar, y murió en el desierto (caps. 1–25). El segundo censo (cap. 26) corresponde a la siguiente generación, cuyo final aún no se ve, pero que está preparada para entrar en la Tierra Prometida (caps. 26–36). El libro invita pues, a pensar en el contraste entre estas dos generaciones y a sacar consecuencias. Esta propuesta puede servir, además, para recuperar el interés por un libro de la Biblia que desde esta perspectiva puede seguir proporcionando una ayuda útil a los creyentes del mundo post-moderno.

Con posterioridad, aún se han realizado dos propuestas relevantes más en torno al análisis de la estructura de Números. La primera de ellas es la que presenta Jacob Milgrom en su monumental comentario, donde considera a Números inseparable del Hexateuco en su conjunto. Este autor señala que hay una estructura global teológica y literaria en forma de gigantesco quiasmo múltiple, al que se habría añadido la historia de los orígenes y el Deuteronomio, que va del comienzo del Génesis al final de Josué. Como sucede en las macroestructuras de estas características, lo decisivo es lo que ocupa la posición central, en este caso Ex 33, donde se narra la teofanía del Sinaí.

La segunda propuesta es la realizada por la antropóloga Mary Douglas. Se trata de un ejemplo de crítica retórica a gran escala, pues sugiere que todo el libro de los Números está organizado con una estructura circular.

Ambas propuestas están muy elaboradas y son sugestivas; hacen pensar e indudablemente apuntan hacia hechos que es necesario tener en cuenta. Sin embargo, unas macroestructuras de tal amplitud siempre son discutibles, pues, como señala Wenham, tales estructuras son convincentes si los elementos simétricos están muy cercanos unos de otros, pero cuando quedan tan lejos en el texto

siempre queda la duda de si tales estructuraciones han sido obra del autor o son más bien creación del lector.

A diferencia de éstas, la propuesta de Olson sí que ha tenido una amplia recepción y ha sido tenida en cuenta en algunos comentarios publicados en los últimos años.

En cambio, Rolf P. Knierim y George W. Coats han manifestado su desacuerdo con la propuesta de Olson, aunque le reconocen el mérito de haber reclamado la atención crítica hacia los factores que configuran grandes estructuras en el texto. Por su parte, también distinguen dos secciones, aunque diversas de las señaladas por Olson. Consideran a todo el libro como la saga de una campaña migratoria. En la primera parte se prepararía el desplazamiento con una cuidadosa planificación cultual y militar (1,1 – 10,10) y en la segunda se narraría la ejecución del plan, es decir, el caminar por el desierto (10,11 – 36,13). Jean Louis Ska observa que en esa segunda parte cabría introducir una subdivisión, sin necesidad de modificar la estructura bipartita general, pues en esa marcha hay dos etapas bien distintas: en la primera Israel camina hacia la Tierra Prometida (10,11 – 21,20), mientras que en la segunda empieza a conquistar un territorio (21,21 – 36,13).

4. Perspectivas teológicas

La riqueza teológica del libro de los Números es muy grande. Como sucede en cualquier libro de la Biblia, el lector que pone esfuerzo por penetrar en su mensaje siempre encuentra abundantes elementos de reflexión en la experiencia religiosa del pueblo de Israel. Pero además, cada libro es una puerta de acceso a ese gran tesoro de sabiduría humana y sobrenatural que encierra la Palabra de Dios.

Sin embargo, en estas páginas introductorias nos limitaremos a señalar las perspectivas teológicas generales que se desprenden de la propia estructura literaria del libro. Es sólo una parte de lo mucho que se puede encontrar en él, pero importante, ya que constituye un testimonio constatable del mensaje religioso que trasmite a quien se asoma a sus páginas.

4.1. Una nueva generación

Como ya se ha mencionado, el libro de los Números incluye dos censos completos de los israelitas. El primero de ellos es el censo de la generación que había salido de Egipto con el que comienza el libro (1,1-54). El segundo, ya avanzada la narración, es el censo de la generación siguiente, es decir, de los israelitas criados en el desierto, que son precisamente los que entrarían en la Tierra Prometida, y no sus padres (26,1-65).

La observación de que hay dos censos y que cada uno de ellos ocupa un lugar significativo en el conjunto ofrece una primera pista para acceder al sentido teológico del texto. Con ese sencillo procedimiento la estructura de todo el libro se articula como un díptico en el que se ponen frente a frente dos generaciones del pueblo de Dios en su peregrinación por el desierto. Una de ellas muere en la estepa, después de una larga serie de infidelidades (caps. 1–25), y surge otra que va organizándose con la perspectiva de tomar posesión de la Tierra Prometida (caps. 26– 6).

De este modo, el lector es invitado a asumir su corresponsabilidad en la marcha de su pueblo.

La primera generación había experimentado la liberación de Egipto; había comprobado la grandeza del poder de Dios, su fidelidad y el cuidado providente que tiene de los suyos. Vivía en la cercanía de Dios, aún en medio de las incomodidades del camino por el desierto, pero su gente estuvo más atenta a la satisfacción de sus propias necesidades de alimentación y bebida, o a sus reivindicaciones de poder, que a vivir de acuerdo con las prescripciones de la Alianza y permanecer fieles al Señor. Tenían motivos para confiar en Dios, pero prescindían de él. Sólo confiaban en sus propias fuerzas, de modo que cuando llegó el momento definitivo de entrar a tomar posesión de la Tierra Prometida, desistieron de hacerlo, disuadidos por la información presentada por los exploradores acerca de las dificultades que encontrarían. Cuando luego lo intentaron contado con sus solas fuerzas y en contra de lo que Yahvé les había dicho, fracasaron. La narración bíblica deja claro que la clave para la conquista no reside en el poderío humano, sino en la fe y en la realidad de la presencia divina y el auxilio del Señor.

La segunda generación, que se había criado en el desierto y cuyos miembros no habían sido testigos presenciales de los prodigios del Éxodo, se ajustaron con sencillez a los planes divinos, consultaron cuando tenían dudas, actuaron con fe y sencillez, y serían los que al final tomarían posesión de la tierra que Dios había prometido a sus antepasados.

Es una primera y significativa llamada de atención al lector para que mire con fe la sociedad en la que vive, contemple su vida, y no se deje llevar por añoranzas de tiempos pasados supuestamente mejores. Aunque no haya visto a Dios tan cerca como lo que oye hablar de otros momentos de la historia, ni haya sido testigo de grandes milagros, sabe que eso no es lo más importante. Él es parte de esa «nueva generación» que, con un género de vida en apariencia menos brillante que los anteriores, si se mantiene fiel al Señor entrará con su pueblo en la Tierra Prometida.

4.2. El Pueblo de Dios en marcha

Además de esta primera lección que la estructura más general del texto sugiere, una mirada reflexiva a los momentos más relevantes del proceso de composición abre también unas perspectivas complementarias bien sugerentes.

En concreto, se puede observar que los textos pre-sacerdotales que quedaron integrados en el libro de los Números presentan a un pueblo en marcha, que va recorriendo etapas por el desierto. En ese peregrinar se sitúan escenas donde se manifiestan las quejas del pueblo ante las dificultades con las que se va encontrando en el camino, los castigos sufridos por su infidelidad, así como la paciencia y misericordia del Señor, que finalmente acude siempre en su ayuda.

En la primera «etapa» narrada en el libro de los Números, en cuanto el pueblo se puso en marcha después de la estancia en el Sinaí, comenzaron las quejas: «El pueblo profería quejas que sonaban mal a los oídos de Yahvé, y Yahvé lo oyó. Se encendió su ira y ardió contra ellos un fuego de Yahvé y devoró una punta del campamento. El pueblo clamó a Moisés, que intercedió ante Yahvé, y el fuego se apagó. Por eso se llamó aquel lugar Taberá, porque había ardido contra ellos el fuego de Yahvé» (11,1-3). No se especifica el

motivo concreto de las quejas del pueblo, pero su actitud denota el desánimo y la pérdida de ilusión por el cansancio del largo camino.

En este breve pasaje ya se puede apreciar una estructura que, con mayor o menor extensión, se irá repitiendo en cada una de las etapas: una queja del pueblo ante Dios, el castigo divino que se abate sobre ellos, el clamor del pueblo y la intercesión de Moisés, que es escuchada por el Señor, y el cese del castigo que permite reanudar la marcha con la humildad de quien ha experimentado la propia debilidad, las dificultades en las que se ve envuelto cuando se aparta de Dios, pero a la vez la cercanía y el perdón del Señor que siempre es fiel, paciente y misericordioso.

En la siguiente etapa, el motivo de las quejas es la monotonía del maná, alimento que manifestaba el cuidado providente de Dios hacia Israel (véase 11,4ss). Pero el pueblo añoraba los alimentos de Egipto. Esa falta de aprecio a los dones divinos, que culmina en la protesta, testimonia la falta de fe de una muchedumbre que está atenta a la satisfacción de sus necesidades materiales, pero ciega para reconocer los dones del Señor.

Cuando el pueblo se pone de nuevo en marcha y acampa en otro lugar, comienza una nueva murmuración. En este caso contra Moisés, por haberse casado con una mujer extranjera (11,35 – 12,15). Sin embargo, la murmuración de María y de Aarón es sobre todo una reivindicación personal frente a la posición única y privilegiada de Moisés como interlocutor entre Dios y el pueblo (véase 12,2). En el fondo de sus quejas se advierte la envidia de quien no entiende la actividad profética con actitud humilde, como un carisma al servicio del pueblo, sino como un privilegio del que gloriarse personalmente.

Más adelante, una nueva queja. El pueblo se ha puesto en marcha desde el monte Hor y nota de nuevo la fatiga y el peso del camino ante el rodeo que están haciendo en torno al territorio de Edom. La queja es contra Dios y contra Moisés. Unas serpientes venenosas causaron estragos, y el propio Moisés tuvo que ser una vez más intercesor a favor del pueblo (véase 21,4-9). El cansancio y el desánimo condujeron a la crítica contra el Señor y contra aquél que había recibido la responsabilidad de guiar al pueblo. Cuando la gente comienza a experimentar las nefastas consecuencias de su pecado, acude a quien antes criticaba, para que interceda por ellos. Y Moisés, sin rencor

alguno, lo hace, movido por la compasión. Difícil y hermosa tarea la de aquellos a quienes Dios pone al cuidado del pueblo, pues han de soportar muchas críticas injustas y aprender a perdonar y a seguir trabajando por aquellos que le fueron encomendados.

Y aún más. Cuando están recorriendo el camino hacia la Tierra Prometida por Transjordania, en una nueva etapa acamparon en Sitín «y el pueblo se puso a fornicar con las hijas de Moab. Éstas invitaron al pueblo a los sacrificios de sus dioses, y el pueblo comió y se postró ante sus dioses. Israel se adhirió así al Baal de Peor, y se encendió la ira de Yahvé contra Israel» (25,1-3). En los pasajes inmediatamente anteriores en el libro de los Números se había dicho que Israel había salido victorioso frente a los ejércitos enemigos (véase 21,21-35), y que el Señor había trocado en bendiciones los intentos de que el pueblo fuera execrado por Balaán (caps. 22–24). Sin embargo, los israelitas cedieron cuando deberían haber resistido ante la seducción de los cultos paganos, y se prostituyeron con las moabitas tanto en sentido material, de unión fornicaria, como espiritual, de adoración de sus ídolos (véase 25,1-15). También en este caso, padecieron una terrible plaga (véase 25,9). Como los anteriores, el relato de esta infidelidad hace pensar en tantas infidelidades a lo largo de la historia del Pueblo de Dios e invita a afrontar una conversión profunda.

Hasta aquí una apretada síntesis de cuanto se dice en el libro de los Números, al hilo de los textos pre-sacerdotales asociados a etapas de camino, sobre los hijos de Israel que salieron de Egipto. Son los hechos de la primera generación que fue censada en el desierto de Sinaí. Pero inmediatamente después, el nuevo censo (26,1-65) invita a todos a preparar el futuro con esperanza. Aprendida la lección de la propia debilidad, y con la experiencia del perdón de Dios, es el momento de contemplar el camino que se tiene por delante a la luz de la Alianza.

4.3. Dios habita en medio de su Pueblo

Los relatos pre-sacerdotales acerca de las murmuraciones del pueblo en su peregrinar por el desierto camino de la Tierra Prometida son bien sugerentes, pero también lo es la visión del Pueblo de Dios que ofrece la redacción sacerdotal, que es al fin y al cabo la que pro-

porciona al libro su impronta definitiva. También ella está cargada de un sentido teológico, que es distinto al que ofrecían los textos anteriores, aunque no está en contradicción con ellos, sino que proporciona una perspectiva complementaria.

Desde el comienzo del libro de los Números, el lector puede admirar la unidad y diversidad con que se presenta al pueblo elegido en el primer capítulo. A la vez que, al ir repasando una por una las tribus, puede sentirse identificado con alguno de esos grupos humanos, según sus tradiciones familiares (véase 1,1-46). En ese primer censo no son incluidos los miembros de la tribu de Leví, ya que esta tribu había sido reservada para dedicarse exclusivamente al servicio del Tabernáculo (véase 1,47-53).

A continuación, en el capítulo segundo, el pueblo es descrito en formación alrededor del Tabernáculo, como una asamblea santa, en perfecto orden, que acampa y avanza a través del desierto, en torno a su Señor. La disposición de las doce tribus, tanto cuando están acampados como en orden de marcha, tiene la figura de un cuadrado. Cada uno de sus lados lo forman tres tribus, y en el centro se sitúan los clanes levitas rodeando la Tienda (véase 2,1-34). El plano que se detalla para el campamento sitúa al pueblo en marcha por el desierto en un marco de referencia cultual. El texto encierra una enseñanza fundamental: Dios está continuamente presente en medio de su pueblo y habita en medio de él.

Si en el capítulo primero ya se había apuntado que la dedicación al culto exigía una dedicación especial, y quedaba reservada a los miembros de la tribu de Leví, en el capítulo tercero se hace notar que, incluso dentro de esa tribu, hay una estructuración. De una parte, se muestra el origen común de sacerdotes y levitas, todos descendientes de Leví y, por tanto, de igual dignidad. Pero de otra, se fundamenta la diferenciación de sus funciones como procedente de la misma constitución del pueblo en el Sinaí.

Además, una de las características más singulares de la redacción sacerdotal presente en Números es la distinción especifica acerca de cómo se han de situar en el campamento los linajes de la tribu de Leví. En el lugar más noble –hacia el Este, frente a la entrada– están Moisés, Aarón y sus hijos, los sacerdotes. En los otros flancos del Santuario se sitúan los distintos linajes de los levitas. A cada uno de

ellos se les encomienda una función concreta en la conservación de sus enseres (véase 3,1-51). Llama la atención la cantidad de detalles concretos acerca de las tareas que debe desempeñar cada clan levita para que las instalaciones y objetos de culto sean tratados con la dignidad y el respeto que merecen (véase 4,1-49).

Toda esta larga y elaborada descripción de la estructura de Israel en el desierto tiene como objetivo el establecimiento de unas estructuras espaciales y una jerarquía de personas que permita a algunos acercarse a la presencia del Señor, salvaguardando al resto del pueblo de la santidad de Dios.

No hay nada que pueda ensombrecer la convicción de la unidad fundamental, pero se destaca la variedad de funciones dentro del pueblo de Dios. El libro de los Números presenta un pueblo en el que las tareas de culto requieren una consagración especial, con una jerarquía que no es una escala de honores, sino una distribución de tareas de servicio, en todo caso inmerecidas, reservadas a quienes el Señor las ha confiado. En este sentido es paradigmático el pasaje (de origen pre-sacerdotal, pero reelaborado sacerdotalmente) acerca de la rebelión del levita Coré, y los rubenitas Datán y Abirón, apoyados por doscientos cincuenta hombres. La queja supone una contestación al liderazgo de Moisés y reivindica una organización «democratizante» del culto, tras la que se esconden maniobras para lograr un mayor poder personal por parte de los instigadores: si toda la comunidad es santa, ¿por qué han de reservarse unas funciones sólo a los sacerdotes, y por qué sólo Moisés y Aarón tienen el privilegio de acercarse al Santuario? El final de Coré y sus secuaces es proverbial: «se abrió el suelo debajo de ellos; la tierra abrió su boca y se los tragó, con todas sus familias, así como a todos los hombres de Coré, con todos sus bienes. Bajaron vivos al Seol con todo lo que tenían. Los cubrió la tierra y desaparecieron de la asamblea» (16,31b-33). Por lo que se refiere a los demás, «brotó fuego de Yahvé, que devoró a los doscientos cincuenta hombres que habían ofrecido el incienso» (16,35). Se pone así de relieve la enseñanza del relato: Dios elige a quienes quiere, y encomienda a cada persona las funciones que debe desempeñar. Cada uno ha de ser fiel en su puesto. Sin embargo, el afán de poder o de protagonismo pueden llevar a algunos a reivindicar el derecho a puestos a los que no han sido llamados.

El libro de los Números fue compuesto muy probablemente en Judá durante la época persa, después de la experiencia del destierro en Babilonia y cuando una parte importante de los judíos vivía en la diáspora. Tanto para los desterrados que regresaron al cabo del tiempo como para los que continuaron viviendo fuera de la tierra de sus antepasados, la época del desierto en que el pueblo no estaba aún establecido en su territorio constituía una referencia fundante de la propia identidad. En ese contexto fueron puestos por escrito y reinterpretados muchos recuerdos tradicionales, de modo que lo narrado sobre el pasado tuviera una incidencia en el hoy y ahora de sus primeros lectores.

Esta dinámica de rememoración y actualización forma parte intrínseca del propio texto de la Biblia, y constituye un factor decisivo en el desarrollo progresivo de la Revelación divina.

En ese proceso de rememoración, interpretación y actualización que ilumina también hoy la autocomprensión creyente dentro del pueblo de Dios, la consideración de lo narrado en el libro de Números puede servir como punto de partida para la teología del Pueblo de Dios que, en continuidad con el Israel primitivo, continúa, constituido en Iglesia, peregrinando por este mundo en camino hacia su plenitud definitiva.

5. Coordenadas de este comentario

Ante la amplitud y complejidad de las cuestiones suscitadas por la actual investigación crítica sobre el libro de los Números, hemos optado por realizar un comentario que tenga en cuenta las aportaciones recientes, pero que no agobie al lector con la exposición y valoración de cada una de las interpretaciones propuestas para cada palabra, frase, parágrafo o sección. Nuestro objetivo aquí y ahora es poner a disposición del intérprete unas herramientas adecuadas para que pueda realizar su propia lectura con conocimiento de causa. No pretendemos recopilar, pues, un arsenal de discusiones eruditas, y menos aún intentamos parecer originales presentando una interpretación personal del texto, alternativa a las hasta ahora realizadas y en contraste con ellas. Simplemente deseamos aportar datos e informa-

ciones de tipo arqueológico, historico-crítico, literario y teológico que proporcionen unas referencias solventes con las que cada cual pueda aventurarse a emprender ese diálogo íntimo, personal e insustituible, con la Palabra de Dios que resuena en el texto. En la bibliografía que proponemos al final, también selecta y restringida a estudios actuales sobre el Pentateuco en general y a comentarios al libro de los Números en particular, se puede encontrar una información completa y contrastada acerca de todas las propuestas relevantes que se han formulado en la investigación historico crítica contemporánea.

En las anotaciones de tipo diacrónico, es decir, relativas al proceso de composición, nos serviremos de una terminología deliberadamente sobria al caracterizar las etapas de ese proceso. De ordinario, hablaremos de pasajes de redacción sacerdotal, o de textos presacerdotales. Teniendo en cuenta el estado actual de la investigación, nos parece lo más exacto, a la vez que abierto a desarrollos posteriores. Advertimos, no obstante, que en varios casos será preciso añadir alguna precisión ocasional a esa terminología, ya que los textos presacerdotales son bastante diversos entre sí, y tampoco la propia composición sacerdotal que los ha integrado en el conjunto actual procede de una misma mano.

El libro de los Números contiene, como ya se ha dicho, materiales muy diversos que se fueron integrando mediante un complejo proceso de redacción. No es posible, pues, buscar en él una estructura clara. La diversidad de propuestas mencionadas anteriormente es reflejo de las singularidades del texto que, según se preste más atención a unas que a otras, pueden inclinar a proponer una u otra estructuración. En consecuencia, en nuestro comentario hemos optado por tomar una opción sencilla que no intenta presentarse como exclusiva ni dar por cerrado el tema; sólo busca ofrecer una guía de lectura coherente del texto.

De acuerdo con la propuesta de Olson, hemos divido el texto en dos partes, cada una de las cuales comienza por uno de los dos censos que se contienen en el libro. Dentro de ellas, hemos mantenido, con leves retoques, la división en secciones propia de la Nueva Biblia de Jerusalén, que está basada en criterios prácticos de carácter temático que, aún dentro de su simplicidad, resultan útiles para orientarse en el contenido de cada una de ellas:

I. La generación que salió de Egipto (caps. 1 – 25)
1. El censo (caps. 1 – 4)
2. Leyes diversas (caps. 5 – 6)
3. Ofrendas de los jefes, consagración de los levitas y celebración de la Pascua (7,1 – 10,10)
4. En marcha por el desierto (10,11 – 14,45)
5. Ordenanzas sobre los sacrificios. Poderes de los sacerdotes y de los levitas (caps. 15 – 19)
6. De Cades a Moab (caps. 20 – 25)

II. La nueva generación (caps. 26 – 36)
7. Nuevas disposiciones (caps. 26 – 30)
8. Botín y reparto (caps. 31 – 36)

Dentro de cada una de las secciones también hemos respetado la división en parágrafos de la Nueva Biblia de Jerusalén. En el cuerpo del comentario se pueden encontrar las pistas oportunas acerca de cuestiones más de detalle sobre la estructura de cada pasaje y sobre todo acerca de la lógica interna del texto en su forma actual que da razón del porqué los redactores fueron incluyendo cada uno de los parágrafos y secciones en el lugar donde nos han llegado.

COMENTARIO



Parte I

LA GENERACIÓN QUE SALIÓ DE EGIPTO

El nombre del libro, *Números*, proviene de la traducción griega de los Setenta, que lo titulaba *Arithmoí* ("números") atendiendo a los censos del pueblo que aparecen al comienzo. Entre los escritores hebreos recibe el nombre de *Bemidbar* ("en el desierto"), ya que ésta es una de las primeras palabras del versículo con el que comienza, y constituye una buena síntesis del contenido peculiar de esta obra: la estancia y peregrinación del pueblo de Israel por el desierto donde Dios se le manifestó.

El libro de los Números trata, en efecto, sobre la larga marcha de los israelitas por el desierto desde el Sinaí hasta las estepas de Moab. Consta de dos partes de notable extensión. Cada una de ellas comienza con un censo de la comunidad de los hijos de Israel. La primera parte es la que se inicia ahora. La segunda comienza en 26,1 y llegará hasta el final. Ambos censos corresponden a dos generaciones distintas.

La primera de ellas es la que salió de Egipto y experimentó la cercanía y protección de Dios en los acontecimientos del Éxodo. Sin embargo, durante su marcha hacia la Tierra Prometida, cada vez que tenían problemas murmuraban contra el Señor, por lo que llegó un momento en que fueron condenados a no alcanzar su meta (véase 14,27-35). En la primera parte, que se inicia ahora, hay abundantes relatos acerca de estas murmuraciones y rebeliones (véase 11-14; 16-17; 20,1-13; 21,4-9), que explican el trágico final de esa generación.

La nueva generación, cuyo censo abre la segunda parte del libro, es la constituida por quienes se habían ido criando en el desierto.

Aunque quienes la integraban no habían sido testigos directos de tan grandes gestas como las que habían oído contar a sus padres, eran gente recia y fiel. Ninguno de ellos se perdería ni siquiera en las batallas que hubieron de afrontar (véase 31,49), por lo que todos ellos entrarían en la Tierra Prometida.

La redacción final del libro tuvo lugar después del Destierro de Babilonia, cuando el Judaísmo estaba naciendo en la provincia persa de Yehud en torno al Templo reconstruido, en el marco de una sociedad que se reorganizaba recuperando sus orígenes. A la vez, en esos momentos ya había muchos judíos que vivían en la diáspora, pero que seguían mirando con atención todo cuanto sucedía en Jerusalén. Las antiguas tradiciones sobre la constitución del pueblo en el Sinaí y su peregrinación camino a la Tierra Prometida, contando con la continua presencia y protección de Dios, aun en medio de las dificultades externas y de las infidelidades propias, tenían mucho que aportar en esa situación. Invitaban a reflexionar sobre las nuevas circunstancias en las que se encontraban a la luz de esos hechos, para adquirir experiencia sobre los errores pasados y superar con esperanza en el auxilio del Señor las dificultades del momento.

Ante el lector se ponen dos generaciones, dos modos de afrontar la vida, dos modos de reaccionar y comportarse ante Dios, como invitándolo a reflexionar al tomar sus propias decisiones personales.

CAPÍTULO 1

EL CENSO
(caps. 1-4)

1. ORDEN DE YAHVÉ (1,1-4)

1 [1] **Yahvé habló a Moisés en el desierto del Sinaí, en la Tienda del**
Encuentro, el día primero del mes segundo, el año segundo de
la salida de Egipto. Le dijo:
[2] **«Haced el censo de toda la comunidad de los israelitas, por**
clanes y por familias, contando los nombres de todos los varones,
uno por uno. [3] **Alistaréis, tú y Aarón, a todos los de veinte años**
para arriba, a todos los útiles para la guerra, por cuerpos de ejér-
cito. [4] **Os ayudará un hombre por cada tribu, que sea jefe dentro de**
su familia.

V. 2 «toda», omitido por Pentateuco Samaritano (en adelante sam.).

La primera escena del libro está fechada con respecto a la salida de Egipto. Se informa, pues, a quien inicia su lectura de que no se le va a contar una historia desde su comienzo, sino sólo los desarrollos de un gran relato iniciado antes.

En efecto, la narración de la salida de Egipto y de las primeras etapas significativas del camino de Israel por el desierto se encuentra en el libro del Éxodo. En él, del mismo modo que se hace ahora, se habían situado en el tiempo los acontecimientos más relevantes:

— El día quince del mes segundo de la salida Egipto «toda la comunidad de los israelitas partió de Elín y llegó al desierto de Sin» (Ex 16,1).

— Al tercer mes «los israelitas llegaron al desierto de Sinaí» (Ex 19,1). En ese lugar se estableció y ratificó la Alianza con el Señor. Acampados allí, frente a la montaña, permanecerían bastantes meses.

— Todavía acampados en el desierto de Sinaí, al cumplirse exactamente un año de la salida de Egipto, el día primero del mes primero del año segundo, Moisés erigió el Tabernáculo ajustándose a lo que el Señor le había indicado (Ex 40,17).

— Un mes después, el día primero del mes segundo del año segundo, se realiza en el mismo escenario lo que ahora se narra (véase 1,1): un censo de todo el pueblo. Comienza así la preparación inmediata para reanudar la marcha, tras más de diez meses acampados en el Sinaí. El camino se reemprenderá, en efecto, tan sólo veinte días después (véase 10,11).

El texto, como las cuatro primeras secciones del libro (hasta Nm 10 inclusive), es de redacción sacerdotal y muestra a Israel como una comunidad santa, definida y ordenada. La posición asignada a los levitas en el campamento, así como las funciones que se les encomiendan, los presentan en el corazón de la comunidad, que toda ella gira en torno al Santuario.

Una vez fijado el marco cronológico, el libro se inicia con un mandato de Dios: realizar un censo de toda la comunidad de los israelitas. E inmediatamente se contará el modo en que esa orden divina fue llevada a la práctica. En todo el libro, y especialmente en los primeros capítulos, se repetirá con frecuencia el esquema «mandato divino» - «cumplimiento». En efecto, una y otra vez se introducen las intervenciones en las que Dios pide algo a Moisés con la fórmula: «el Señor habló a Moisés», y repetidamente se indica que Moisés lo hizo «tal y como se lo había mandado el Señor». Con ligeras variantes en su formulación, la frase en la que el Señor habla exponiendo un mandato se repite 56 veces en el libro de los Números, y en 35 ocasiones se hace constar después que en efecto se hizo lo que el Señor había dicho. Tal reiteración del mismo esquema recuerda con insistencia al lector que las órdenes del Señor han de ser obedecidas. Y parece que esta reiteración en señalar de modo expreso que se trata de mandatos divinos no es ajena a la voluntad del último redactor, ya que el libro concluirá con un último versículo a modo de epílogo en el que

insiste una vez más sobre lo mismo: «Éstas son las órdenes y normas que dio Yahvé, por medio de Moisés, a los israelitas, en las Estepas de Moab, cerca del Jordán, frente a Jericó» (36,13).

La orden de realizar el censo, que es la primera que aparece en el libro, procede de Yahvé. Se expresa de este modo que todo el pueblo le pertenece. El recuento es de carácter militar: los varones útiles para la guerra. Por eso, tanto en la orden general acerca de cómo ha de realizarse (véase 1,3) como al reportar los datos de cada una de las tribus (véase 1,20; etc.), se hace constar que se trata de todos los varones mayores de veinte años, es decir, aquellos con los que se podría contar para entablar una batalla en cuanto fuera necesario. Sin embargo, leído en el contexto del Pentateuco, no se puede perder de vista que a esa milicia se la contempla también con una dimensión religiosa (véase Ex 7,4).

El censo tiene, además, una utilidad directa en la propia organización interna del pueblo, por ejemplo a la hora de repartir las cargas. Su resultado total fue utilizado para calcular la aportación que cada uno debía realizar para la realización del Santuario y sus enseres (véase Ex 38,25-26).

2. Los encargados del censo (1,5-19)

5 Éstos son los nombres de los que os ayudarán:
Por Rubén, Elisur, hijo de Sedeur.
6 Por Simeón, Salumiel, hijo de Surisaday.
7 Por Judá, Najsón, hijo de Aminadab.
8 Por Isacar, Natanael, hijo de Suar.
9 Por Zabulón, Eliab, hijo de Jelón*.
10 Por los hijos de José: por Efraín, Elisamá, hijo de Amiud; por Manasés, Gamaliel, hijo de Pedasur.
11 Por Benjamín, Abidán, hijo de Guideoní.
12 Por Dan, Ajiezer, hijo de Amisaday.
13 Por Aser, Paguiel, hijo de Ocrán.
14 Por Gad, Eliasaf, hijo de Reuel*.
15 Por Neftalí, Ajirá, hijo de Enán».
16 Éstos fueron los nombrados por la comunidad, príncipes de las tribus patriarcales, jefes de millar en Israel.

[17] **Moisés y Aarón tomaron a aquellos hombres que habían sido designados por sus nombres [18] y convocaron a toda la comunidad, el día primero del mes segundo*. La gente fue registrada por clanes y familias, anotando uno por uno los nombres de los de veinte años para arriba. [19] Tal como Yahvé se lo había mandado, los censó Moisés en el desierto del Sinaí.**

V. 9 «Jelón». Sam. y griego: «Jailón». Lo mismo en 2,7; 7,24.29 y 10,16.

V. 14 «Reuel». TM: «Deuel». Griego y sir.: «Ragüel». Lo mismo en 7,42.47 y 10,20. Véase TM 2,14.

V. 18 «mes». Griego: «año».

Nada queda a la improvisación en la preparación ni en la realización del censo. Yahvé mismo especifica a Moisés un hombre por cada tribu designado para acompañarlo a él y a Aarón en las tareas del recuento. El «millar» (1,16) es un término antiguo para designar a un «clan» (véase Jc 6,15), que se utiliza con connotaciones militares. Los designados son, pues, en cada caso el jefe de alguno de los clanes integrados en la tribu de que se trate. El registro es ordenado: cada tribu está compuesta de varios clanes, y cada clan de numerosas familias. Cada persona es anotada donde le corresponde.

La importancia de las tribus y ramas genealógicas responde a diversos motivos en las distintas etapas de la historia. Cuando todavía no había un gobierno que estructurase políticamente al pueblo, en la época pre-monárquica, la adscripción a una tribu era seña de identidad personal que hacía referencia a los orígenes familiares, y las diferencias que los textos señalan entre unas y otras reflejan la importancia relativa de cada una de ellas en sus relaciones mutuas. Avanzada la época de la monarquía, se habla de las tribus sobre todo para hacer notar la unidad del pueblo en que se integran, por encima de la diversidad de los orígenes de cada uno. En el destierro y en la época persa sirve para subrayar la continuidad con las raíces del pueblo.

En la provincia de Judá, durante la época persa, se concedía una gran importancia a las genealogías, pues sólo quienes pudieran dar razón de la suya podían demostrar sus lazos de parentesco con las generaciones anteriores en unos momentos en que la región se estaba repoblando y llegaban a ella gentes de distintas procedencias, que

deseaban integrarse en la nueva sociedad que se estaba constituyendo. A la vuelta del destierro, se miraba con recelo a los samaritanos, y en general, a aquellos habitantes no judaítas del territorio que querían colaborar en la reconstrucción del Templo y, de algún modo, integrarse en su comunidad. Esto se debía a que los territorios del centro y del Norte, tras la caída de Samaría en el 722 a.C., habían sido repoblados por colonos extranjeros procedentes de distintas zonas del imperio asirio. Los libros de Esdras y Nehemías son testigos de estas tensiones (véase Esd 4 – 6; Ne 3,33 – 6,19) y del esfuerzo por clarificar los que verdaderamente podrían integrarse en el pueblo, y especialmente los que podrían desempeñar funciones sacerdotales o de culto (véase Ne 7,4-71).

Precisamente en esa época, que es cuando se está componiendo el libro de los Números, resulta significativo que se incluyan en el censo todas las tribus, también las del Norte, y que en todo el libro aparezcan perfectamente integradas en el pueblo, participando de las mismas promesas y dones divinos que Judá, y compartiendo también las mismas dificultades que encuentra en el camino.

La redacción sacerdotal de estos capítulos muestra, pues, una gran sensibilidad en señalar que el pueblo está integrado por todas esas familias, clanes y tribus, perfectamente estructuradas y sin prescindir de ninguna, según un orden establecido. Ese orden refleja unos lazos de relación entre las tribus de los que también ha quedado constancia en otros textos. En concreto, las cinco primeras tribus mencionadas (Rubén, Simeón –no se incluye a Leví en este censo–, Judá, Isacar y Zabulón) corresponden a los hijos de Jacob y Lía (Gn 35,23); las tres siguientes (Efraín y Manasés –los hijos de José–, y Benjamín) corresponden a los hijos de Raquel (Gn 35,24); por último, Dan, Aser, Gad y Neftalí son los hijos que Jacob tuvo con Bilhá, la esclava de Raquel, y con Zilpá, la esclava de Lía (Gn 35,25-26).

Conviene notar que la lista de los encargados del censo puede ser muy antigua. En efecto, se puede observar que no hay en ella ningún nombre compuesto de Yahvé, como son los que suelen terminar en *–ías* (*–yah*, en hebreo) o tener la sílaba *yo–* (del hebreo *YW*). En cambio, hay muchísimos nombres teóforos compuestos con *–el–* o con *–šaday*. Lo mismo sucederá en las listas de 13,5-15 y 34,19-28. Los nombres teóforos derivados de Yahvé eran muy frecuentes en

Israel y Judá durante la época monárquica, como lo atestiguan tanto los textos bíblicos como los extrabíblicos. ¿Son, entonces, anteriores estas listas del libro de los Números? Bien podría ser.

3. El recuento (1,20-47)

**[20] Hecho el recuento de las parentelas de los hijos de Rubén, pri-
mogénito de Israel, por clanes y familias, anotados uno por uno los
nombres de todos los varones de veinte años para arriba, útiles para
la guerra, [21] resultaron los censados de la tribu de Rubén 46.500.**

**[22] Parentelas de los hijos de Simeón, por clanes y familias, ano-
tados uno por uno los nombres de todos los varones de veinte años
para arriba, útiles para la guerra: [23] 59.300 censados de la tribu de
Simeón.**

**[24] *Parentelas de los hijos de Gad, por clanes y familias, anota-
dos uno por uno los nombres de todos los varones de veinte años
para arriba, útiles para la guerra: [25] *45.650 censados de la tribu de
Gad.**

**[26] Parentelas de los hijos de Judá, por clanes y familias, anotados
uno por uno los nombres de todos los varones de veinte años para
arriba, útiles para la guerra: [27] 74.600 censados de la tribu de Judá.**

**[28] Parentelas de los hijos de Isacar, por clanes y familias, anota-
dos uno por uno los nombres de todos los varones de veinte años
para arriba, útiles para la guerra: [29] 54.400 censados de la tribu de
Isacar.**

**[30] Parentelas de los hijos de Zabulón, por clanes y familias, ano-
tados uno por uno los nombres de todos los varones de veinte años
para arriba, útiles para la guerra: [31] 57.400 censados de la tribu de
Zabulón.**

**[32] De los hijos de José: Parentelas de los hijos de Efraín, por cla-
nes y familias, anotados uno por uno los nombres de todos los
varones de veinte años para arriba, útiles para la guerra: [33] 40.500
censados de la tribu de Efraín.**

**[34] Parentelas de los hijos de Manasés, por clanes y familias, ano-
tados uno por uno los nombres de todos los varones de veinte años
para arriba, útiles para la guerra: [35] 32.200 censados de la tribu de
Manasés.**

[36] **Parentelas de los hijos de Benjamín, por clanes y familias, anotados uno por uno los nombres de todos los varones de veinte años para arriba, útiles para la guerra:**
[37] 35.400 censados de la tribu de Benjamín.
[38] Parentelas de los hijos de Dan, por clanes y familias, anotados uno por uno los nombres de todos los varones de veinte años para arriba, útiles para la guerra:
[39] 62.700 censados de la tribu de Dan.
[40] Parentelas de los hijos de Aser, por clanes y familias, anotados uno por uno los nombres de todos los varones de veinte años para arriba, útiles para la guerra:
[41] 41.500 censados de la tribu de Aser.
[42] Parentelas de los hijos de Neftalí, por clanes y familias, anotados uno por uno los nombres de todos los varones de veinte años para arriba, útiles para la guerra:
[43] 53.400 censados de la tribu de Neftalí.
[44] Éstos fueron los censados por Moisés y Aarón y por los doce príncipes de Israel, que pertenecían cada uno a una casa patriarcal.
[45] Sacado el total de los israelitas de veinte años para arriba, de todos los que había en Israel, útiles para la guerra, censados por sus casas paternas*,
[46] resultó el total de censados: 603.550.
[47] Pero los levitas y su tribu patriarcal no fueron censados con los demás.

Vv. 24-25 El texto griego los sitúa detrás del v. 37.

V. 45 «por sus casas paternas». Sam. y griego: «por cuerpos de ejército», como en v. 52.

Según Ex 12,37, habían salido de Egipto unos seiscientos mil hombres de a pie, sin contar los niños, una cifra análoga a la que ahora se formula con mayor precisión, como es razonable en una escena que el relato sitúa sólo trece meses después (véase 1,1). Las cifras parecen muy altas si se piensa en un grupo de fugitivos en marcha por el desierto, ya que si a los hombres aptos para la guerra se le añaden las mujeres, los jóvenes y los niños habría que pensar en una multitud de casi dos millones de personas.

Algunos comentaristas han sugerido que la palabra hebrea *'elef* que se traduce habitualmente por el número «mil» pudiera designar aquí una unidad militar de ese nombre, mucho más reducida. Habría

que entender, entonces, de modo distinto estos resultados. Por ejemplo, en el caso de la tribu de Judá, no se diría que contaba con 74.600 hombres (1,27), sino con setenta y cuatro *'elef*, integrados por seiscientos hombres en total. En el caso de Judá, cada una de esas unidades militares (cada *'elef*) sería un grupo de unos ocho hombres. Siguiendo ese sistema de lectura para los datos de todas las tribus, el total de hombres aptos para el combate sería de 5.550, que es mucho menor. Se trata de un procedimiento ingenioso de interpretar esas cifras, pero resulta difícilmente aceptable, ya que el número medio de miembros de esas unidades en las diversas tribus, que se podría deducir de las cifras que se ofrecen en el texto aplicando el mismo procedimiento que antes hemos usado para Judá, tendría variaciones proporcionalmente muy altas (en Benjamín serían más de once hombres de media por cada *'elef*, mientras que en Simeón serían cinco). Tampoco darían razón de que en cifras no excesivamente altas el número de hombres de cada tribu sea de centenares exactos, sin decenas ni unidades. Y por supuesto, tampoco sería real la suma total. En consecuencia, habrá que buscar por otros medios lo que significan esos números.

En realidad la magnitud de esas cifras es un modo de expresar la grandeza del pueblo y de reflejar la importancia proporcional de cada tribu, entre las cuales la más numerosa es la de Judá, lo que indica la posición preeminente que se le otorga.

Expresar de tal modo la magnitud del pueblo en este momento, tras establecer la Alianza en el Sinaí y cuando se dispone a emprender el camino a la Tierra Prometida, tiene un significado preciso en el desarrollo de la línea argumental del Pentateuco. En efecto, Dios había prometido a los Patriarcas una tierra y una descendencia numerosa (véase, por ejemplo, Gn 12,7 y 15,5 con referencia a Abrahán y Gn 28,13-14 ratificando a Jacob la promesa hecha a sus padres). Esas grandes cifras del censo vienen a mostrar que ya se ha cumplido la segunda de esas promesas (una numerosa descendencia), en el momento que se va a retomar la marcha en dirección hacia la Tierra Prometida, con cuya posesión se cumplirá también la primera.

4. Estatuto de los levitas (1,48-54)

[48] Yahvé le dijo a Moisés: [49] «No hagas el censo de la tribu de Leví ni los registres entre los demás israelitas. [50] Alista tú mismo a los levitas para el servicio de la Morada del Testimonio, de todos sus utensilios y de todo lo que se relaciona con ella. Ellos han de llevar la Morada con todos sus utensilios, estarán al servicio de ella y acamparán en torno a ella. [51]Cuando haya de trasladarse la Morada, la desmontarán los levitas, y cuando la Morada se detenga, los levitas la montarán. El laico que se acerque, será muerto. [52] Los israelitas acamparán cada uno en su campamento y bajo su bandera, por cuerpos de ejército. [53] Pero los levitas acamparán alrededor de la Morada del Testimonio; y así no se desatará la Cólera contra la comunidad de los israelitas*. Los levitas se encargarán del ministerio de la Morada del Testimonio.»

[54] Los israelitas lo hicieron tal como se lo había mandado Yahvé a Moisés*. Así lo hicieron.

V. 53 «la Cólera»; griego: «el pecado».
V. 54 «a Moisés», griego: «a Moisés y Aarón».

Entre las instrucciones que Yahvé da para el censo se indica que quienes pertenecen a la tribu de Leví no se incluyan junto con los demás israelitas.

En toda la primera parte del libro de los Números el pueblo de Israel es presentado como una comunidad perfectamente estructurada, donde cada uno tiene asignadas sus funciones específicas. El censo que se está realizando tiene un carácter preferentemente militar, y los levitas no podían mezclarse en tareas comunes. Por eso, no se incluyen en ese censo. Esa tribu estaba reservada para el servicio de la Morada del Testimonio, salvaguardando la santidad de Dios, y sólo se les asignan funciones cultuales.

También en este detalle de no contar a los levitas junto con los demás israelitas se manifiesta la continuidad de esta sección con los últimos capítulos del Éxodo, donde se había dicho que Moisés, después del incidente del becerro de oro, gritó ante el pueblo pidiendo que se le unieran los que estaban por el Señor, y se le unió la tribu de Leví. Como consecuencia de su celo por Dios ante la idolatría del resto del pueblo, fueron bendecidos y destinados al sacerdocio (véase Ex 32,25-29).

Así mismo es importante el lugar que se les adjudica cuando hay que acampar: alrededor de la Morada del Testimonio, entre ella y los campamentos de los israelitas. Pues el lugar asignado apunta a la función que han de desempeñar en el pueblo. Ellos son los únicos que pueden acercarse sin peligro a un lugar santo, donde se hace especialmente intenso el poder de Dios. Los levitas son, pues, como una barrera protectora para el pueblo, para evitar las desgracias que se seguirían de que algún intruso se acercara indebidamente a la Morada (véase 1,53).

5. Disposición de las tribus en los campamentos (2,1-34)

2 1 Habló Yahvé a Moisés y a Aarón en estos términos: 2 «Los isra-
elitas acamparán cada uno bajo su bandera*, bajo las enseñas
de sus casas patriarcales, alrededor de la Tienda del Encuentro, a
cierta distancia.
3 Acamparán al Este, hacia la salida del sol: La bandera del cam-
pamento de Judá, por cuerpos de ejército. Príncipe de los hijos de
Judá, Najsón, hijo de Aminadab. 4 Su cuerpo de ejército, según el
censo: 74.600.
5 Acampados junto a él: La tribu de Isacar. Príncipe de los hijos
de Isacar, Natanael, hijo de Suar. 6 Su cuerpo de ejército, según
el censo: 54.400. 7 La tribu de Zabulón. Príncipe de los hijos de
Zabulón, Eliab, hijo de Jelón. 8 Su cuerpo de ejército, según el
censo: 57.400. 9 Total de alistados en el campamento de Judá:
186.400, repartidos en cuerpos de ejército. Marcharán en vanguar-
dia.
10 Al Sur, la bandera del campamento de Rubén, por cuerpos de
ejército. Príncipe de los hijos de Rubén, Elisur, hijo de Sedeur. 11 Su
cuerpo de ejército, según el censo: 46.500.
12 Acampan junto a él: La tribu de Simeón. Príncipe de los
hijos de Simeón, Salumiel, hijo de Surisaday. 13 Su cuerpo de ejér-
cito, según el censo: 59.300. 14 La tribu de Gad. Príncipe de los
hijos de Gad, Eliasaf, hijo de Reuel. 15 Su cuerpo de ejército,
según el censo: 45.650. 16 Total de alistados en el campamento de
Rubén: 151.450, repartidos en cuerpos de ejército. Marcharán en
segundo lugar.

17 Partirá entonces la Tienda del Encuentro, pues el campamen-
to de los levitas está en medio de los demás campamentos. En el
orden en que acamparon partirán, cada uno por su lado, bajo su
propia bandera.
18 Al occidente, la bandera del campamento de Efraín, por cuer-
pos de ejército. Príncipe de los hijos de Efraín, Elisamá, hijo de
Amiud. 19 Su cuerpo de ejército, según el censo: 40.500.
20 Junto a él: La tribu de Manasés. Príncipe de los hijos de Manasés,
Gamaliel, hijo de Pedasur. 21 Su cuerpo de ejército, según el censo:
32.200. 22 La tribu de Benjamín. Príncipe de los hijos de Benjamín,
Abidán, hijo de Guideoní. 23 Su cuerpo de ejército, según el censo:
35.400. 24 Total de alistados en el campamento de Efraín: 108.100,
repartidos en cuerpos de ejército. Marcharán en tercer lugar.
25 Al Norte, la bandera del campamento de Dan, por cuerpos de
ejército. Príncipe de los hijos de Dan, Ajiezer, hijo de Amisaday.
26 Su cuerpo de ejército, según el censo: 62.700.
27 Acampan junto a él: La tribu de Aser. Príncipe de los hijos
de Aser, Paguiel, hijo de Ocrán. 28 Su cuerpo de ejército, según el
censo: 41.500. 29 La tribu de Neftalí. Príncipe de los hijos de Neftalí,
Ajirá, hijo de Enán. 30 Su cuerpo de ejército, según el censo: 53.400.
31 Total de alistados del campamento de Dan: 157.600. Marcharán
en retaguardia, repartidos en banderas.»
32 Éstos fueron los israelitas censados por casas paternas. Total
de alistados en los campamentos, repartidos en cuerpos de ejérci-
to, 603.550. 33 Pero los levitas no fueron alistados entre los demás
israelitas, según había mandado Yahvé a Moisés.
34 Los israelitas hicieron todo tal como Yahvé había mandado a
Moisés: así acampaban bajo sus banderas y así emprendían la mar-
cha, cada uno entre los demás de su clan y con su familia.

V. 2 «su bandera»; sam.: «sus banderas».

El modo en que se realizó el censo narrado en el primer capítulo indicaba ya que el pueblo de Israel era considerado como una comunidad con una jerarquía perfectamente estructurada. Ahora se da un nuevo paso en esa concepción, al concretar que esa organización no responde sólo a unas jerarquías personales en las tribus y familias,

sino que también debería reflejarse incluso en el modo de situarse sobre el terreno al acampar, ocupando cada uno el lugar que le ha sido asignado. El pueblo es descrito, pues, en formación alrededor de la Tienda del Encuentro como un pueblo santo, en perfecto orden, tanto acampado como avanzando a través del desierto, unido a su Señor.

Se puede observar que aquí se habla de la Tienda del Encuentro (véase 2,2 y 2,17), mientras que en el capítulo anterior se mencionaba la Morada del Testimonio (véase 1,50.53). ¿Se trata de la misma tienda o de dos tiendas distintas?

La cuestión se remonta al libro del Éxodo, donde ya aparecen varias veces ambas denominaciones. Atendiendo a lo que se dice con anterioridad, se podría hacer notar que de la Morada se comienza a hablar en Ex 25–27, y se designa con ese nombre a una tienda, rodeada de un atrio, en la cual está el Arca, la mesa de los panes y el candelabro de oro con siete brazos; en el atrio hay un altar para los sacrificios. Las instrucciones para su construcción se formulan en Ex 26. Sin embargo, al hablar de las tareas que habrían de realizarse en ella se la comienza a llamar Tienda del Encuentro, a partir de Ex 27,21. Cuando, después de las instrucciones para su construcción y para las tareas cultuales que se desarrollarían en ella, finalmente se construye, se la llama Tienda del Encuentro, y se dice que estaba situada fuera del campamento, a cierta distancia, y que a ella acudía quien quería consultar al Señor (Ex 33,7). En el propio libro de los Números aún encontraremos algunos textos que implican que la Tienda del Encuentro se halla fuera del campamento (véase 11,16-30; 12,4-10) y que no tiene tanto una función cultual cuanto oracular, pues no se menciona que en ella se ofrezcan sacrificios ni se presenten ofrendas, sino que se trata de un lugar desde el que Yahvé habla. Sin embargo, aquí y en otros lugares se presupone que está en el interior del campamento (vv. 2 y 17), y al hablar de las funciones que desempeñan los levitas a su servicio, se da a entender que tiene un uso principalmente cultual.

Un modo de explicar el porqué de esas variaciones (dentro o fuera del campamento, función cultual o función oracular) sería el presuponer la existencia de recuerdos y tradiciones que en su origen estarían ligados a dos tiendas distintas, una con función oracular (la

Tienda del Encuentro), situada fuera del campamento, y otra con función cultual (la Morada del Testimonio), que estaba dentro, pero que en la redacción final del Pentateuco ambas tradiciones se habrían entrelazado y ambas denominaciones se usarían como sinónimas.

Por lo que se refiere al lugar que se asigna a cada tribu en el campamento, conviene señalar que posiblemente refleja la situación sociológica real de las relaciones entre las tribus en el momento de composición del relato.

En el puesto preeminente, acampando al este de la Tienda y marchando a la cabeza del pueblo en los desplazamientos, está la tribu de Judá, flanqueada por dos tribus que, al igual que Judá, están asociadas con Lía, esposa de Jacob. Se trata de Isacar y Zabulón (véase Gn 35,23). Judá ha pasado, pues, a ocupar el lugar más importante, por encima de Rubén, el primogénito. Esta situación refleja bien la preeminencia de Judá en la época persa, cuando tiene lugar la redacción final del Pentateuco, que ha dejado su huella en numerosas tradiciones bíblicas, especialmente al resaltar la importancia de la dinastía davídica. Las bendiciones de Jacob en el Génesis expresan ese cambio que se produjo en el liderazgo de las tribus, al poner a Judá en la cabeza y al reprochar a Rubén su incesto (véase Gn 49,3-4.8-12).

A continuación, en segundo lugar, cuando han de marchar y al sur en el campamento, el primogénito de Jacob y así mismo hijo de Lía, Rubén, con otra tribu también ligada a Lía, que es Simeón (véase Gn 35,23); como ya no quedan hijos de Lía, sino Leví, que no acampa con las demás tribus, el tercer puesto del flanco sur lo ocupa Gad, hijo de Zilpá, esclava de Lía (véase Gn 35,26), que, además, al igual que Rubén, tendría su territorio en Transjordania (véase Jos 13,15-28).

En tercera posición, y acampando hacia el Oeste, están las tres tribus de los hijos de Raquel: Efraín y Manases, hijos de José, y Benjamín (véase Gn 35,24). El liderazgo corresponde a Efraín, aunque no es el primogénito de José (véase Gn 41,50-52). Se marca así la importancia que Efraín tuvo en la historia al constituir un reino, Israel, que gozó de una gran prosperidad material hasta su desmoronamiento definitivo ante el poder asirio en el año 722 a.C., en que cayó Samaría. La primacía que en el concierto de las tribus se concede a Efraín sobre Manasés, a pesar de que Manasés era el primo-

génito de José, la refleja bien el gesto de Jacob al bendecirlos, cuando cruzó sus brazos al imponer sus manos sobre las cabezas de los hijos de José, de modo que la mano derecha quedara sobre la cabeza de Efraín (véase Gn 48,13-20).

Además, el antagonismo entre los reinos de Israel y Judá, que se prolongó en la época persa entre los samaritanos y los judíos, queda de algún modo señalado al situar las tribus de Efraín y Judá en posiciones del campamento que son las más distantes entre sí de cuanto es posible: Judá en el centro de las que acampan al Este, y Efraín en el centro de las que acampan al Oeste.

Por último, y acampando al Norte, se sitúan las tres tribus que quedan, Dan, Aser y Neftalí, hijos de las esclavas de Lía y Raquel, y que son precisamente aquellas a las que en el reparto del territorio en el libro de Josué se les asignaron las regiones más septentrionales (véase Jos 19,24-48).

La disposición de las tribus en torno a la Tienda es, pues, significativa, y no sólo por la posición asignada a cada tribu, sino también por el hecho de que entre todas forman un cuadrado. Parece que la disposición ordinaria de los campamentos militares israelitas era en forma de círculo (véase 1 S 26,5-7), según era corriente en la época, como lo atestiguan algunos relieves asirios del primer milenio a.C. Sin embargo, en este capítulo de Números se establece que la disposición de las doce tribus cuando están acampadas tiene la figura de un cuadrado. Cada uno de sus lados lo forman tres tribus, y en el centro se sitúan los levitas en torno a la Tienda. El paralelo arqueológico más notable con lo que aquí se describe es el campamento del faraón Ramsés II. La tienda del faraón, que era considerado un dios, tenía consideración de santuario y estaba en el centro de un campamento en forma de cuadrado. Una representación similar hará de Jerusalén el profeta Ezequiel (véase Ez 48,30-35), y de la Jerusalén celeste el libro del Apocalipsis (véase Ap 21,12-13).

Esta presentación encierra una enseñanza teológica: Dios está presente en medio de su pueblo y siempre habita en medio de él. Cuando el lector cristiano lee y medita este texto pueden resonar en su interior aquellas palabras del prólogo del Evangelio de San Juan: «Y la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros» (Jn 1,14).

6. La tribu de Leví (3,1-51)

6.1. Los sacerdotes (3,1-4)

3 [1] Ésta era la descendencia de Aarón y de Moisés, cuando Yahvé
habló a Moisés en el monte Sinaí.
[2] Éstos eran los nombres de los hijos de Aarón: Nadab, el pri-
mogénito; Abihú, Eleazar e Itamar. [3] Éstos eran los nombres de los
hijos de Aarón, que fueron ungidos sacerdotes, y cuyas manos
fueron consagradas para ejercer el sacerdocio. [4] Nadab y Abihú
murieron delante de Yahvé*, al presentar un fuego profano delan-
te de Yahvé en el desierto del Sinaí. Como no tenían hijos, fueron
Eleazar e Itamar los que ejercieron el sacerdocio en presencia de
su padre Aarón.

V. 4 «delante de Yahvé». Lo omiten sam. y algunos mss hebr., pero véase Lv 10,3.

Al tratar de las tareas encomendadas a los miembros de la tribu de Leví, se habla en primer lugar de los sacerdotes. Una traducción más literal de la expresión «cuyas manos fueron consagradas» (3,3) es «cuyas manos fueron llenadas», que es la fórmula primitiva para designar la investidura de alguien como sacerdote, que se realizaba mediante una sencilla ceremonia en la que por primera vez se dejaba al nuevo sacerdote participar en el ofrecimiento de los sacrificios poniendo en sus manos parte de las víctimas.

También se dice que «fueron ungidos» (3,3). La unción como preparación para ejercer ciertas funciones sagradas es una práctica más tardía, ya que originalmente sólo se ungía al rey. Es posible que esta práctica se introdujese después del destierro, cuando ya no había reyes, y los sacerdotes, además de las tareas cultuales que les eran propias, ejercían un liderazgo moral en el pueblo.

El incidente que provocó la muerte de Nadab y Abihú (véase 3,4) fue narrado en Lv 10,1-3, donde tampoco se explica bien a qué se refiere el «fuego profano» que utilizaron para quemar el incienso ante Yahvé.

Se concede la legitimidad en el sacerdocio a las familias de Eleazar e Itamar. A la primera perteneció Sadoc y a la segunda Abiatar, que según los libros de Samuel y de Crónicas fueron sacerdotes contempo-

ráneos de David (véase 2 S 8,17 y 1 Cro 5,30-35). Sus linajes compartieron el ejercicio del sacerdocio en la época persa (véase 1 Cro 24,1-6).

6.2. Los levitas. Sus funciones (3,5-10)

5 Yahvé habló a Moisés: 6 «Manda que se acerque la tribu de Leví
y ponlos delante del sacerdote Aarón, para que estén a su servicio.
7 Harán su propia guardia y la guardia que corresponde a toda la
comunidad ante la Tienda del Encuentro, prestando el servicio en
la Morada. 8 Cuidarán de todos los utensilios de la Tienda del
Encuentro, y harán la guardia que incumbe a los israelitas pres-
tando servicio en la Morada. 9 Los levitas se los donarás a Aarón y
a sus hijos en calidad de donados. De parte de todos los israelitas*,
ellos le serán donados*.
10 A Aarón y a sus hijos los alistarás para que se encarguen de sus
funciones sacerdotales. El laico que se acerque, será muerto.»

V. 9 (a) «de parte de»; sam. y sir.: «de entre los», como en v. 12 y 8,16.
(b) «le serán donados». Griego, sam. y 12 mss hebr. dicen: «me serán donados» como en Nm 8,16.

Tras mencionar quiénes eran los sacerdotes (véase 3,1-4), el texto dice que los levitas tienen una función de servicio, distinta a la de los sacerdotes. Aquí el «servicio», lo mismo que en otros lugares del Pentateuco, designa un trabajo manual en el cuidado de los enseres y utensilios del lugar de la Morada divina, que es propio de los levitas (véase 3,8).

Los «donados» (3,9) trabajaban en las funciones más humildes del templo. En el libro de Esdras figuran junto con otros empleados a los que se denomina «hijos de los siervos de Salomón» (véase Esd 2,1-58), como personas de un rango distinto al de los hombres del pueblo de Israel, los sacerdotes, los levitas, los cantores o los porteros.

A lo largo del capítulo, en varias ocasiones, se mencionan detalles que muestran las graves consecuencias que se seguirían de toda violación de las estrictas normas requeridas por la santidad y pureza de la Morada. Poco antes se había recordado que Nadab y Abihú, hijos de Aarón, habían sido consumidos por haber ofrecido un fuego profano (véase 3,4). Ahora se advierte de que nadie que no sea de los

hijos de Aarón, aunque pertenezca a la tribu de Leví, debe acercarse a lo que es competencia exclusiva de los sacerdotes, so pena de muerte (véase 3,10).

6.3. Su elección (3,11-13)

[11] **Yahvé habló a Moisés:** [12] **«Mira que he elegido a los levitas de entre los demás israelitas en lugar de todos los primogénitos de los israelitas que abren el seno materno*. Los levitas serán para mí,**
[13] **porque todo primogénito me pertenece. El día en que herí a todos los primogénitos de Egipto, consagré para mí a todos los primogénitos de Israel, tanto de hombre como de ganado. Son míos. Yo, Yahvé.»**

V. 12 «de los israelitas que abren el seno materno». Sam. y griego añaden: «que serán rescatados» véase vv. 46 ss.

En la antigüedad, en otras culturas del Próximo Oriente no era infrecuente sacrificar los primogénitos del ganado, e incluso en algunos casos de los hombres, a las divinidades locales.

También en el antiguo Israel estaba establecido que todos los primogénitos, tanto de hombres como de ganados, debían ser ofrecidos a Dios (véase Ex 13,1), aunque esta ofrenda no implicara darles muerte.

La razón aducida en el libro del Éxodo para que Yahvé los reclamara para sí es que los había preservado de la muerte durante la décima plaga que asoló Egipto y en la que murieron todos los primogénitos de los egipcios (véase Ex 13,11-16). Sin embargo, esa ofrenda la realiza de modo sustitutorio la tribu de Leví, como se hace constar aquí y en 8,17. En vez de tomar para sí a cada uno de los primogénitos de todas las tribus israelitas, Yahvé toma a su servicio una tribu entera, la de Leví.

6.4. Su censo (3,14-39)

[14] **Habló Yahvé a Moisés en el desierto del Sinaí. Le dijo:**
[15] **«Alista a los hijos de Leví por familias y por clanes: alistarás a todo varón de un mes para arriba.»** [16] **Moisés los alistó según la**

orden de Yahvé*, tal como Yahvé se lo había mandado*. 17 Los nom-
bres de los hijos de Leví son: Guersón, Queat y Merarí.

18 Los nombres de los hijos de Guersón, por clanes, son: Libní y
Semeí. 19 Los hijos de Queat, por clanes: Amrán, Yisar, Hebrón y
Uziel; 20 los hijos de Merarí, por clanes: Majlí y Musí. Éstos son los
clanes de Leví, repartidos por familias. 21 De Guersón procedían el
clan libnita y el clan semeíta: ésos son los clanes guersonitas. 22 El
total de los alistados, contando todos los varones de un mes para
arriba: 7.500. 23 Los clanes guersonitas acampaban detrás de la
Morada, al poniente. 24 El príncipe de la casa patriarcal de Guersón
era Eliasaf, hijo de Lael. 25 Los hijos de Guersón estaban encarga-
dos, en la Tienda del Encuentro, de la Morada, de la Tienda, de su
toldo y del tapiz de entrada a la Tienda del Encuentro; 26 del corti-
naje del atrio y de la cortina de entrada al atrio que rodea la
Morada y el altar, y de las cuerdas necesarias para todo su servicio.

27 De Queat procedían el clan amranita, el clan yisarita, el clan
hebronita y el clan uzielita: ésos son los clanes queatitas. 28 Contan-
do todos los varones de un mes para arriba*, eran 8.300*. Tenían a
su cargo el servicio del santuario. 29 Los clanes queatitas acampa-
ban al lado meridional de la Morada. 30 El príncipe de la casa
patriarcal de los clanes queatitas era Elisafán, hijo de Uziel. 31 A su
cargo estaban el arca, la mesa, el candelabro, los altares, los obje-
tos sagrados que se usan en el culto, el velo y todo su servicio.

32 El príncipe de los príncipes de Leví era Eleazar, hijo del sacer-
dote Aarón. Ejercía la supervisión de todos los encargados del san-
tuario.

33 De Merarí, el clan majlita y el clan musita: ésos eran los cla-
nes meraritas. 34 Sus alistados, contando todos los varones de un
mes para arriba, eran 6.200. 35 El príncipe de la casa patriarcal de
los clanes meraritas era Suriel, hijo de Abijail. Acampaban al lado
septentrional de la Morada. 36 A los hijos de Merarí les estaba enco-
mendado el cuidado de los tableros de la Morada, de sus travesa-
ños, postes y basas, de todos sus utensilios y todo su servicio; 37 y de
los postes que rodean el atrio, de sus basas, clavazón y cuerdas.

38 Acampaban al Este, frente a la Morada, delante de la Tienda
del Encuentro hacia oriente, Moisés y Aarón con sus hijos*, que
montaban la guardia en el santuario en nombre de los israelitas.
Cualquier laico que se acercara, sería muerto.

[39] **El total de levitas alistados, de los que registró Moisés por clanes*, siguiendo la orden de Yahvé, de todos los varones de un mes para arriba: 22.000.**

V. 16 (a) «Moisés»; griego: «Moisés y Aarón».
(b) «tal como Yahvé se lo había mandado», de acuerdo con sam. TM: «tal como le había sido mandado».
V. 28 (a) «contando»; sir. y un ms hebr.: «sus alistados», como vv. 22 y 34.
(b) «8.300», de acuerdo con griego y Luc. TM 8.600. Las cifras que ofrece el texto hebreo no son totalmente coherentes, ya que si se suman los 7.500 de Guersón (v. 22), los 8.600 de Queat (v. 28) y los 6.200 de Merarí (v. 34), el resultado total sería de 22.300, y no 22.000 (v. 39).
V. 39 «Moisés», de acuerdo con algunos mss hebr., sam. y sir. TM y griego: «Moisés y Aarón».

Éste es el primero de los censos de los levitas que se menciona en Números, y es como un censo preliminar destinado a calcular si el número de los miembros de la tribu de Leví es más o menos equivalente al de todos los primogénitos de las tribus, de modo que su elección para sustituirlos en el servicio del Señor (véase 3,11-13) resulte proporcionada. Por eso se cuentan prácticamente todos: los varones de un mes para arriba (véase 3,15). En el capítulo siguiente se hará otro censo más reducido, pensando más bien en el trabajo a desarrollar al servicio de la Morada y sus accesorios; por eso entonces sólo se tendrán en cuenta los varones que tengan entre treinta y cincuenta años (véase 4,3).

A la vez que se nombran los clanes de cada familia, se mencionan las tareas que les están encomendadas y se les asigna el lugar donde les corresponde acampar. Se completa así el plano del campamento dibujado en el capítulo segundo. Allí se disponía la situación en la que debían acampar las doce tribus de Israel formando un cuadrado, con tres tribus en cada lado, en torno a la Tienda del Encuentro. Ahora se especifica dónde debían situarse los clanes de la tribu de Leví, y se establece un procedimiento análogo. También ellos acampan formando otro cuadrado, dentro del cuadrado formado por las demás tribus, a los cuatro flancos de la Morada. Constituían como una barrera de protección de la santidad que no debía traspasar ninguno que no fuese de esa tribu, si no quería morir. Entre los miembros de la tribu de Leví la preeminencia se

concede a los sacerdotes descendientes de Aarón. Ellos son los que acampan al Este, frente a la Morada, en el lugar más noble.

Se establecen de este modo como tres niveles de cercanía en torno a la Tienda: los israelitas en el más externo; los levitas configuran un nuevo ámbito de santidad en torno a ella; y, por último, son los sacerdotes los únicos que tienen un acceso directo a las cosas más santas.

6.5. Los levitas y el rescate de los primogénitos (3,40-51)

[40] Dijo Yahvé a Moisés: «Registra a todos los primogénitos varo-
nes de los israelitas, de un mes para arriba, y anota sus nombres.
[41] Luego, tomarás para mí, Yahvé, a los levitas, en lugar de todos los
primogénitos de los israelitas; y el ganado de los levitas en lugar de
todos los primogénitos del ganado de los israelitas.»
[42] Moisés registró, según le había ordenado Yahvé, a todos los
primogénitos de los israelitas. [43] Y resultó ser el total de los primo-
génitos varones, contándolos desde la edad de un mes para arriba,
según el censo, 22.273.
[44] Dijo entonces Yahvé a Moisés: [45] «Toma a los levitas en lugar de
todos los primogénitos de los israelitas y el ganado de los levitas en
lugar de su ganado; los levitas serán míos; yo Yahvé. [46] Por el resca-
te de los 273 primogénitos de los israelitas que exceden del número
de los levitas, [47] tomarás cinco siclos por cabeza, siclos del santuario,
a razón de veinte óbolos por siclo. [48] La plata se la entregarás a Aarón
y a sus hijos, por el rescate de los que sobrepasan el número.»
[49] Moisés tomó la plata del rescate de los que pasaban del núme-
ro de los rescatados por los levitas. [50] Tomó la plata de los primo-
génitos de Israel: 1.365 siclos, siclos del santuario. [51] Y entregó
Moisés la plata del rescate a Aarón y a sus hijos, según la orden de
Yahvé, como había mandado Yahvé a Moisés.

Poco antes, en 3,11-13, se había dicho que el Señor tomaba a su servicio a toda la tribu de Leví a cambio de todos los primogénitos de todas las tribus, que le debían ser entregados por haberlos librado de morir en la décima plaga de Egipto.

Una vez realizado el censo preliminar de los levitas, se hace un censo de todos los primogénitos varones de los israelitas para com-

probar si resulta un número parecido. Al hacer ese recuento se comprueba que el número de primogénitos de Israel (22.273, véase 3,43) y el de levitas (22.000, véase 3,39) es muy similar, de modo que, en efecto, es posible realizar una sustitución equitativa. Para salvar la pequeña diferencia entre ambas cifras, ya que el número de levitas es algo menor que el de los primogénitos, se establece una compensación económica.

Tal vez se podría objetar que si se hubieran sumado bien las cifras del censo (véase nota crítica al v. 28), el número total sería de 22.300, suficiente, por tanto, para la sustitución. Sin embargo, en la redacción definitiva del texto, independientemente de los números concretos que pudiera haber en cada momento, lo importante era dejar fijados unos cánones acerca de cuánto debía pagarse como compensación por cada uno de los que faltara, y eso es lo que se hace en los vv. 46-48.

7. Los clanes de los levitas (4,1-49)

7.1. Los queatitas (4,1-20)

4 1 Yahvé habló a Moisés y a Aarón*: 2 «Haz el censo de los hijos
de Queat, hijos de Leví, por clanes y por familias, 3 de entre
treinta y cincuenta años*, de todos los aptos para la milicia, que
prestan el servicio de la Tienda del Encuentro.

4 Éste será el servicio de los hijos de Queat en la Tienda del
Encuentro: lo sagrado entre lo sagrado.

5 Cuando se levante el campamento, irán Aarón y sus hijos, des-
colgarán el velo de protección y cubrirán con él el arca del Testi-
monio. 6 Pondrán sobre ella una cubierta de cuero fino y extende-
rán encima un paño todo de púrpura*; luego le pondrán los vara-
les. 7 Sobre la mesa de la presencia extenderán un paño de púrpu-
ra, y pondrán sobre ella las fuentes, copas, tazas y jarros de liba-
ción; el pan estará perpetuamente encima. 8 Extenderán sobre ella
un paño carmesí que cubrirán con una cubierta de cuero fino, y
después le pondrán los varales.

9 Tomarán un paño de púrpura y cubrirán el candelabro del
alumbrado con sus lámparas, despabiladeras y ceniceros, y todos

los vasos de aceite que se utilizan en el servicio del candelabro.
[10] Lo pondrán con todos sus utensilios en una cubierta de cuero fino y lo colocarán sobre las angarillas.

[11] Sobre el altar de oro extenderán un paño de púrpura, lo cubrirán con una cubierta de cuero fino y le pondrán los varales.

[12] Tomarán todos los vasos que se emplean en el servicio del santuario, los pondrán sobre un paño de púrpura, los cubrirán con una cubierta de cuero fino y los colocarán sobre las angarillas.

[13] Quitarán la grasa incinerada del altar y extenderán sobre él un
paño escarlata*; [14]pondrán encima todos los utensilios que se emplean en el servicio del altar: los braseros, tenedores, badiles, acetres: todos los utensilios del altar; extenderán sobre él una cubierta de cuero fino y le pondrán los varales*.

[15] Después que Aarón y sus hijos hayan terminado de envolver las cosas sagradas con todos sus utensilios, al ponerse en marcha el campamento, llegarán los hijos de Queat para transportarlas; pero que no toquen lo sagrado, pues morirían. Éste es el cargo de los hijos de Queat en la Tienda del Encuentro.

[16] Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, estará al cuidado del aceite del alumbrado, del incienso aromático, de la oblación perpetua y del óleo de la unción; al cuidado de toda la Morada y de cuanto hay en ella: tanto el santuario como sus utensilios*.»

[17] Dijo Yahvé a Moisés y a Aarón: [18] «No separéis de los demás
levitas la tribu de los clanes queatitas. [19] Haced con ellos de esta
manera, para que vivan y no mueran al acercarse a las cosas sacratísimas: Aarón y sus hijos irán y asignarán a cada uno su servicio y
la carga que han de trasportar. [20] Y no entrarán, ni por un instante,
a ver las cosas sagradas; de lo contrario morirían.»

V. 1 «a Moisés y Aarón». Algunos mss hebr. suprimen «y Aarón».

V. 3 «entre treinta»; griego: «entre veinticinco», según 8,24. Lo mismo en vv. 23 y 30ss.

V. 6 «cuero fino»; griego: «cuero violáceo». Lo mismo en 8,10.14.

V. 13 «quitarán la grasa incinerada del altar»; griego: «pondrán la cubierta sobre el altar».

V. 14 Al final del versículo, sam. y griego añaden: «y tomarán un paño granate y cubrirán la pila y su base, y los meterán en una funda de cuero fino, y lo colocarán sobre las angarillas».

V. 16 «como sus utensilios»; griego: «como todas sus tareas».

Yahvé ordena hacer el censo de los hijos de Queat (véase 4,1-3) e inmediatamente especifica con todo detalle las tareas que les corresponde realizar en el servicio de la Tienda del Encuentro (véase 4,4-20). El mismo esquema se repetirá para los hijos de Guersón y los de Merarí. El redactor sacerdotal señala así, repetitivamente, que la distribución de las tareas de cada uno ha sido establecida por el Señor, y no cabe que nadie pretenda otras ni se inmiscuya donde no le corresponde.

En cuanto los hijos de Aarón hayan terminado de preparar las cosas para el transporte, cuando se haya de trasladar el campamento, vendrán inmediatamente los hijos de Queat a hacerse cargo de su transporte (véase 4,15), pero habrán de tener cuidado para no entrometerse en nada que no les corresponda, pues podrían morir (véase 4,15 y 19-20). Esta advertencia, que sólo se hace para el clan de Queat, resulta importante en el conjunto del libro de los Números, pues más adelante, uno de los queatitas, llamado Coré, encabezaría una rebelión de doscientos cincuenta israelitas contra Moisés, y como castigo a sus quejas sobre la supremacía de Moisés y Aarón se abrió el suelo y se los tragó la tierra (véase 16,1-35).

Los levitas siempre están supervisados por los sacerdotes. En el caso de los queatitas, encargados de lo más sagrado, quedan bajo el cuidado de Eleazar, hijo de Aarón (véase 4,16). En cambio, los guersonitas y los meraritas, a los que se asigna el cuidado de las lonas y postes, realizarán su trabajo bajo la supervisión de Itamar, el otro hijo de Aarón (véase 4,28.33).

7.2. Los guersonitas (4,21-28)

21 Yahvé dijo a Moisés: 22 «Haz también el censo de los hijos de Guersón, por familias y clanes. 23 Alistarás a los de treinta años en adelante hasta los cincuenta, a todos los aptos para la milicia, para que presten el servicio de la Tienda del Encuentro.

24 Éste será el servicio de los clanes guersonitas, su servicio y la carga que transportarán. 25 Llevarán los tapices de la Morada, la Tienda del Encuentro, su toldo y el toldo de cueros finos que la cubre por encima y el tapiz de entrada a la Tienda del Encuentro;
26 el cortinaje del atrio y la cortina de la entrada al atrio que rodea la Morada y el altar, con sus cuerdas y todos los utensilios de su servicio: todo lo que se necesita para ellos.

Prestarán su servicio; [27] pero todo el servicio de los hijos de Guersón, todas sus funciones y cargas, las desempeñarán a las órdenes de Aarón y de sus hijos. Los vigilaréis en el ministerio de su cargo. [28] Éste será el servicio de los clanes guersonitas en la Tienda del Encuentro*. Lo desempeñarán a las órdenes de Itamar, hijo del sacerdote Aarón.

V. 28 «de los clanes guersonitas»; griego y algunos mss hebr.: «de los guersonitas».

En un santuario portátil como era la Tienda del Encuentro, las lonas, pieles, y lienzos en general son imprescindibles para delimitar recintos. Además, todas esas separaciones eran muy importantes para marcar los distintos espacios en torno a las cosas más santas.

Su cuidado requiere conocimientos, técnica y atención para desempeñarlo bien, y esa es la tarea que se encomienda a los clanes guersonitas. Siempre bajo la supervisión de un sacerdote, en este caso Itamar, hijo de Aarón (véase 4,28).

7.3. Los meraritas (4,29-33)

[29] Harás el censo de los hijos de Merarí, por clanes y familias. [30] Los censarás desde los treinta años en adelante hasta los cincuenta, a todos los aptos para la milicia, para que presten el servicio de la Tienda del Encuentro. [31] Esto es lo que han de transportar y éste es todo su servicio en la Tienda del Encuentro: los tableros de la Morada, sus travesaños, postes y basas; [32] los postes que rodean el atrio con sus basas, clavazón y cuerdas; todos sus utensilios y todo lo preciso para su servicio. Nominalmente señalaréis cada uno de los objetos con que han de cargar*. [33] Ése es el servicio de los clanes meraritas. Para todo su servicio en la Tienda del Encuentro estarán a disposición de Itamar, hijo del sacerdote Aarón.»

V. 32 «Nominalmente señalaréis cada uno de los objetos» con varios mss hebr. y sam., griego y Targum Pseudo-Jonatán (en adelante Targum P-J). TM: «señalaréis los objetos».

La estructura que sostenía la Tienda del Encuentro era de madera, a base de vigas, postes, travesaños y tablones. También se necesitaban estacas y cuerdas para tensar las lonas y dar estabilidad a la

estructura. De todos estos elementos se encargaban los clanes meraritas bajo la supervisión de un sacerdote, Itamar (véase 4,33), el mismo que también supervisaba lo relativo a las lonas y pieles con las que se cubría.

Obsérvese que en el reparto de tareas entre los clanes levitas, una vez que se ha indicado que los queatitas transportarán los objetos más sagrados del ajuar, como el candelabro, el altar del incienso, la mesa de los panes, y todo lo necesario para los sacrificios (véase 4,15-20), se dice que vienen los guersonitas y se hacen cargo de las lonas, cortinas, cuerdas y demás enseres de ese estilo (véase 4,24-28), y por último, los meraritas se encargan de desmontar y transportar los postes y travesaños de la estructura que sostiene al tabernáculo (véase 4,31-33). En la distribución de tareas se aprecian como tres niveles de proximidad a las cosas santas. Son como tres círculos concéntricos de cercanía a lo más santo, y a la vez de peligro para los que trabajan en el más cercano, pues pueden morir si no cumplen estrictamente bien toda su tarea.

8. Censo de los levitas (4,34-49)

**[34] Moisés, Aarón y los príncipes de la comunidad hicieron el
censo de los hijos de Queat, por clanes y familias, [35] de treinta años
en adelante hasta los cincuenta, todos los aptos para la milicia,
para que prestaran el servicio de la Tienda del Encuentro. [36] Los
registrados de los diversos clanes fueron 2.750. [37] Ésos fueron los
registrados de los clanes queatitas, todos los que habían de servir
en la Tienda del Encuentro. Los alistaron Moisés y Aarón, según
había ordenado Yahvé por medio de Moisés.**

**[38] Se hizo el censo de los hijos de Guersón, por clanes y familias,
[39] de treinta años para arriba hasta los cincuenta, todos los aptos
para la milicia, para que prestaran el servicio de la Tienda del
Encuentro. [40] Los alistados de los diversos clanes y familias fueron
2.630. [41] Ésos fueron los registrados de los clanes de los hijos de
Guersón, todos los que habían de servir en la Tienda del Encuentro. Los alistaron Moisés y Aarón según la orden de Yahvé*.**

[42] Se hizo el censo de los clanes de los hijos de Merarí, por clanes y familias, [43] de treinta años para arriba hasta los cincuenta,

todos los aptos para la milicia, para que prestaran el servicio de la Tienda del Encuentro. [44] Los censados de los diversos clanes fueron 3.200. [45]Ésos fueron los censados de los clanes de los hijos de Merarí. Los alistaron Moisés y Aarón, según había ordenado Yahvé por medio de Moisés.

[46] El total de los levitas que Moisés, Aarón y los príncipes de Israel registraron por clanes y familias, [47] de treinta años en adelante hasta los cincuenta, todos los aptos para entrar al servicio y el transporte de la Tienda del Encuentro, [48] fue, según el censo, 8.580. [49] Se hizo su censo por orden de Yahvé transmitida por Moisés, asignando a cada uno su servicio y su carga: su censo se hizo tal como lo había ordenado Yahvé a Moisés.

V. 41 Al final, unos pocos mss hebr., griego y Targum P-J añaden: «por medio de Moisés».

Este censo, como ya se indicó al comentar 3,14-39, se realiza en atención al trabajo a desarrollar al servicio de la Morada y sus accesorios; por eso sólo se tienen en cuenta a los varones que tengan entre treinta y cincuenta años (véase 4,3), mientras que en el censo preliminar de los levitas (que se hizo pensando en el rescate de los primogénitos) se contaron los varones de un mes para arriba (véase 3,15).

Con el censo de los clanes levitas y la asignación de sus tareas se cierra una primera sección del libro, señalando explícitamente que también este último censo «se hizo tal como lo había ordenado Yahvé a Moisés» (4,49).

CAPÍTULO 2

LEYES DIVERSAS (caps. 5-6)

Desde el comienzo del libro de los Números, el lector estaba asistiendo a la organización de una comunidad santa en torno al Tabernáculo. A cada uno se le ha asignado su puesto, y, con particular detalle, a todos los responsables del cuidado, servicio y transporte de la Tienda (caps. 1–4). Antes de iniciar la marcha, se consagrará el santuario y se dispondrán unos carros para su transporte (caps. 7–8). Pero el relato pausado de estas labores de preparación se ve interrumpido por un elenco de textos legales. En el Pentateuco el marco narrativo en que se insertan las normas jurídicas sirve para interpretar el sentido que se da a esas normas. En este caso, la situación de estas normas en este lugar indica que están dirigidos a salvaguardar la pureza y santidad del pueblo.

Para intentar comprender las normas acerca de la pureza y santidad en el libro de los Números, al igual que en toda la Biblia hebrea, conviene saber de qué se está hablando, ya que esos conceptos no tienen en ella el mismo significado que en el lenguaje actual, de raíces cristianas. De entrada conviene advertir que en la concepción del mundo que subyace en el Antiguo Testamento todo lo que existe se puede situar en cada momento en el ámbito de lo «santo» (en hebreo *qãdõš*) o de lo «ordinario o profano» (en hebreo, *ḥõl*). A la vez, lo «ordinario» puede encontrarse en una situación de «puro» o «impuro».

La «santidad» es algo propio del nombre de Dios, expresión del mismo ser de Dios. El Señor es el Único Santo, que causa en el hombre admiración y terror, reconocimiento de su majestad y deseo de desaparecer ante su presencia grandiosa, mientras que la vida ordi-

naria del hombre en la tierra se mueve en el ámbito de lo profano.

El estado habitual de las personas es el de «ordinario y puro». Sin embargo, cuando se «santifican» pasan a entrar en el ámbito de lo «santo», y cuando quedan manchados de algún modo son «impuros».

El estado habitual de las cosas es el de la «santidad», pero pueden quedar profanadas cuando entran en contacto con la impureza o se abusa de ellas.

Tanto en el caso de las personas como de los objetos que han quedado «impuros», se requiere un proceso de purificación para devolverlos a su realidad original. En los extremos de esa estructuración de personas y cosas están la «santidad» y la «impureza», que son absolutamente incompatibles.

Los textos legales que se sitúan a continuación (caps. 5–6) miran a salvaguardar la pureza y santidad del pueblo. Ofrecen una normativa acerca de cómo reparar distintos tipos de manchas legales o éticas que podrían introducirse en el campamento y tienen a los sacerdotes como protagonistas activos en su reparación.

1. Expulsión de los impuros (5,1-4)

**5 1 Dijo Yahvé a Moisés: 2 «Manda a los israelitas que echen del
campamento a todo leproso, al que padece flujo y a todo impu-
ro por contacto de cadáver. 3 Los has de echar, sean hombre o
mujer; fuera del campamento los echarás, para que no contaminen
su campamento, donde yo habito en medio de ellos.»**

**4 Así lo hicieron los israelitas: los echaron fuera del campamen-
to. Los israelitas lo hicieron tal como había dicho Yahvé a Moisés.**

Donde está Yahvé todo ha de ser puro, y como su Morada está en medio del campamento, en todo él ha de velarse por su pureza y santidad. Por lo tanto, cualquier pecado o impureza –aunque sea solamente externa– debe desaparecer.

Las tres situaciones señaladas en este texto de Números eran casos de impureza de los que ya se había hablado en el Levítico. El afectado por la lepra, mientras le dure, queda impuro y debe vivir aislado fuera del campamento (véase Lv 13,45-46). También produce impureza el flujo seminal (véase Lv 15,1-18) y el contacto con un cadáver

(véase Lv 21,1 para el caso de los sacerdotes y 19,11-16 para todos).

Como había sucedido con las órdenes de llevar a cabo los censos, también ahora se hace constar que ante esta petición del Señor, «los israelitas lo hicieron tal como había dicho Yahvé a Moisés» (5,4). Una vez más, las buenas relaciones entre el Señor y su pueblo en todo lo relativo a la organización y el culto se manifiesta en una puntual obediencia a sus mandatos.

2. La restitución (5,5-10)

[5] **Yahvé dijo a Moisés: [6] «Di a los israelitas: Si un hombre o una mujer comete cualquier pecado en perjuicio de otro, ofendiendo a Yahvé, el tal será reo de delito. [7] Confesará el pecado cometido y restituirá la suma de que es deudor, más un quinto. Se la devolverá a aquél de quien se ha hecho deudor. [8] Y si el hombre no tiene pariente a quien se pueda restituir, la suma, que en tal caso se ha de restituir a Yahvé, será para el sacerdote; aparte del carnero expiatorio con que el sacerdote expiará por él. [9] Y toda ofrenda reservada de lo que los hijos de Israel consagran y presentan al sacerdote, será para éste. [10] Lo que cada uno consagra, es suyo; pero lo que se presenta al sacerdote, es para el sacerdote.»**

La santidad se ve afectada por las injusticias cometidas en el ámbito de las relaciones humanas de la vida diaria, y en particular en todo lo que tiene relación con los negocios y propiedades. Los pecados cometidos contra el prójimo producen una distorsión en las relaciones con Dios que es necesario evitar y reparar en el caso de que se hayan cometido. Por eso, de acuerdo con lo prescrito en el Levítico, se ha de confesar el pecado y restituir lo tomado, con un veinte por ciento más de lo que se le quitó (véase Lv 5,20-26). Pero aquí se añade algo más. Allí se decía que se restituyese a su dueño, pero no se concretaba nada para el caso en que el perjudicado hubiera fallecido. Ahora se da por supuesto que la restitución ha de hacerse en cualquier caso, aunque ya no fuera posible hacerlo al legítimo dueño. En primer lugar habría que restituir lo quitado a los parientes del perjudicado, pero si tampoco los hay, a Yahvé (véase 5,8a); pero el cau-

sante del daño no podrá quedarse con lo que retuvo injustamente. Además, puesto que se trata de una ofensa a Yahvé, se requiere también la ofrenda de un carnero para que el sacerdote lo ofrezca como expiación (véase 5,8b).

Es digna de señalarse la puntualización de que quien perjudica a otro está «ofendiendo a Yahvé» (5,6). Todo daño a una persona no sólo ofende al perjudicado, sino, sobre todo, al Señor y daña a las relaciones de Yahvé con toda la comunidad. Por eso, no basta el arrepentimiento personal, ni siquiera un arreglo privado con el perjudicado, sino que ha de intervenir el sacerdote.

3. La oblación de los celos (5,11-31)

11 Yahvé dijo a Moisés: 12 «Di a los israelitas: Cualquier hombre
cuya mujer se haya desviado y le haya engañado 13 (ha dormido con
ella un hombre con relación carnal, a ocultas del marido; ella se ha
manchado en secreto, no hay ningún testigo, no ha sido sorprendi-
da); 14si el marido es atacado de celos y recela de su mujer, la cual
efectivamente se ha manchado; o bien le atacan los celos y se sien-
te celoso de su mujer, aunque ella no se haya manchado; 15ese hom-
bre llevará a su mujer ante el sacerdote y presentará por ella la
ofrenda correspondiente: una décima de medida de harina de ceba-
da. No derramará aceite sobre la ofrenda, ni le pondrá incienso,
pues es «oblación de celos», oblación conmemorativa para recordar
una falta.

16 «El sacerdote presentará a la mujer y la pondrá delante de
Yahvé. 17 Echará luego agua corriente en un vaso de barro* y,
tomando polvo del pavimento de la Morada, lo esparcirá sobre el
agua. 18 Pondrá el sacerdote a la mujer delante de Yahvé, le descu-
brirá la cabeza y pondrá en sus manos la oblación conmemorativa,
o sea, la oblación de los celos. El sacerdote tendrá en sus manos
las aguas de amargura y maldición*.

19 «Entonces el sacerdote conjurará a la mujer y le dirá: ‘Si no ha
dormido un hombre contigo, si no te has desviado ni manchado
desde que estás bajo la potestad de tu marido, sé inmune a estas
aguas de amargura y maldición. 20 Pero si, estando bajo la potestad
de tu marido, te has desviado y te has manchado, durmiendo con

un hombre distinto de tu marido...' [21] El sacerdote entonces proferirá sobre la mujer este juramento, y dirá el sacerdote a la mujer: '...Que Yahvé te ponga como maldición y execración en medio de tu pueblo, que haga languidecer tus caderas e infle tu vientre. [22] Que entren estas aguas de maldición en tus entrañas, para que inflen tu vientre y hagan languidecer tus caderas'. Y la mujer responderá: ¡Amén, amén!

[23] «Después el sacerdote escribirá en una hoja estas imprecaciones y las borrará con las aguas amargas*. [24] Hará beber a la mujer las aguas amargas de maldición, y entrarán en ella las aguas amargas de maldición.

[25] «El sacerdote tomará entonces de la mano de la mujer la oblación de los celos, balanceará la oblación delante de Yahvé y la presentará en el altar. [26] El sacerdote tomará de la oblación un puñado, el memorial, y lo quemará sobre el altar, y le hará beber a la mujer las aguas. [27] Cuando le haga beber de las aguas, si la mujer está manchada y de hecho ha engañado a su marido, cuando entren en ella las aguas amargas de maldición, se inflará su vientre, languidecerán sus caderas y será mujer de maldición en medio de su pueblo. [28] Pero si la mujer no se ha manchado, sino que es pura, estará exenta de toda culpa y tendrá hijos.

[29] «Éste es el rito de los celos, para cuando una mujer, después de estar bajo la potestad de su marido, se haya desviado y manchado; [30] o para cuando un hombre, atacado de celos, recele de su mujer: entonces pondrá a su mujer en presencia de Yahvé y el sacerdote realizará con ella todo este rito. [31] El marido estará exento de culpa, y la mujer cargará con la suya.»

V. 17 «agua corriente». TM: «agua santa». Griego: «agua pura viva». La expresión «agua viva» aparece también en Nm 19,17; en cambio «agua santa» sólo aquí.

V. 18 «de amargura y maldición». Sam.: «de iluminación y maldición».

V. 23 «aguas amargas». Griego: «aguas amargas de maldición».

Desde que, al inicio de este capítulo, se comenzaron a enumerar normas relativas a la pureza legal del pueblo, se venía haciendo constar explícitamente (lo que no es corriente en los textos legales de la Biblia) que afectaban tanto a los varones como a las mujeres (véase 5,3.5). En cambio ahora, este ritual se aplica sólo a las muje-

res cuando sus maridos sospechan de ellas, pero no al revés; ni hay otra normativa equivalente prevista para el caso en que fuera la mujer quien sospechara de su marido.

Este ritual resulta muy chocante para el lector actual, por la injusta discriminación y denigración que supone para la mujer. No obstante, conviene esforzarse por entender lo que significa el texto en su contexto cultural y literario.

Las ordalías o ritos en los que se busca el juicio de Dios sobre acciones ocultas o que no pueden probarse jurídicamente constituyen una práctica muy arcaica, y en las sociedades primitivas del Próximo Oriente no resultaban tan extrañas como ahora. En ocasiones se trataba de ritos crueles, como el de arrojar a un río al acusado para que se mostrara su inocencia si lograba sobrevivir. De este rito de beber aguas de maldición, relativamente más benigno, no se conocen paralelos fuera de la Biblia.

Este caso se refiere a la sospecha de un delito, el adulterio, que estaba expresamente prohibido en el Decálogo y considerado muy grave (véase Ex 20,14). Hasta el punto de que, si se probaba, los culpables, tanto el varón como la mujer, eran condenados a muerte (véase Lv 20,10).

Algunos comentaristas observan que en esta normativa –donde no se utiliza la palabra «adulterio» sino que se habla de infidelidad (hebreo *ma'al*), de que lo ha «engañado»– parece que se está pensando en situaciones en que no se puede probar nada, y se establece una ceremonia para «proteger» a la mujer del marido celoso, dejando su caso en manos del Señor, e impidiendo que un tribunal indignado por las acusaciones del marido la pudiera condenar a muerte. De hecho, aunque la maldición surtiera sus efectos y la mujer se encontrara mal, ésta sufriría y cargaría con la mancha de la maldición, pero no moriría.

Este ritual arcaico de beber agua sucia con polvo como castigo después de lo que se considera una infidelidad al Señor es aludido en algunos oráculos de Jeremías: «Por tanto, así dice Yahvé Sebaot tocante a los profetas: Voy a darles de comer ajenjo, y de beber agua emponzoñada. Porque a partir de los profetas de Jerusalén se ha propagado la impiedad por toda la tierra» (Jr 23,15; véase Jr 8,14 y 9,14). También parece que esta práctica se considera conocida al relatar el episodio del becerro de oro, en el libro del Éxodo, cuando Moisés

ordena reducir la imagen a polvo y hacerla beber a aquellos que han sido infieles al Señor (véase Ex 32,20), aunque en ese caso no se trata de una ordalía, ya que el pueblo ha sido infiel abiertamente, sino del modo en que la tradición primitiva expresa que deja en manos de Dios el castigo de los culpables.

Dentro de la recopilación de viejas leyes y costumbres que se realiza en medio de la trama narrativa del Pentateuco, el recuerdo de esas usanzas arcaicas sirve para insistir una vez más en que nada impuro debe hacerse en el campamento, y el adulterio, ya sea en sentido de infidelidad conyugal, ya en el figurado de infidelidad al Señor mediante la idolatría, ha de quedar proscrito.

4. El nazireato (6,1-21)

**6 1 Dijo Yahvé a Moisés: 2 Di esto a los israelitas: «Si un hombre o
una mujer se decide a hacer voto de nazireo, consagrándose a
Yahvé, 3 se abstendrá de vino y de bebidas embriagantes. No bebe-
rá vinagre de vino ni de bebida embriagante; tampoco beberá zumo
de uvas, ni comerá uvas, frescas o pasas. 4 En todo el tiempo de su
nazireato no tomará nada de lo que se obtiene de la vid, desde el
agraz hasta el orujo. 5 En todos los días de su voto de nazireato no
pasará navaja por su cabeza: hasta cumplirse los días por los que
se consagró a Yahvé, será sagrado y se dejará crecer la cabellera.
6 No se acercará, en todos los días de su nazireato, en honor de
Yahvé, a ningún cadáver. 7 Ni por su padre, ni por su madre, ni por
su hermano, ni por su hermana se manchará, en el caso de que
murieran, pues lleva sobre su cabeza el nazireato de su Dios. 8 Todos
los días de su nazireato es un consagrado a Yahvé.**

**9 Si alguien muere de repente junto a él y mancha así su cabe-
llera de nazireo, se rapará la cabeza el día de su purificación, y
el día séptimo se la rapará otra vez. 10 El día octavo llevará un par
de tórtolas o un par de pichones al sacerdote, a la entrada de la
Tienda del Encuentro. 11 El sacerdote ofrecerá uno en sacrificio por
el pecado y el otro en holocausto; y expiará por aquel hombre la
falta contraída a causa del muerto. Aquel día consagrará su cabe-
za: 12 se consagrará a Yahvé por todo el tiempo de su nazireato y
ofrecerá un cordero de un año como sacrificio de reparación. Los**

días anteriores son nulos, por haberse manchado su cabellera.

**[13] Éste es el rito del nazireo, para cuando se cumplan los días de
su nazireato. Se le llevará hasta la entrada de la Tienda del Encuen-
tro, [14] y presentará su ofrenda a Yahvé: un cordero de un año, sin
defecto, como holocausto; una cordera de un año, sin defecto, como
sacrificio por el pecado; un carnero sin defecto como sacrificio de
comunión; [15] un canastillo de panes ázimos de flor de harina amasa-
da con aceite y tortas sin levadura untadas en aceite, con sus corres-
pondientes oblaciones y libaciones. [16] El sacerdote lo presentará todo
delante de Yahvé y ofrecerá el sacrificio por el pecado y el holo-
causto del nazireo. [17] Ofrecerá a Yahvé con el carnero un sacrificio
de comunión, junto con el canastillo de ázimos, y ofrecerá luego el
sacerdote la correspondiente oblación y libación. [18] Entonces el nazi-
reo se rapará su cabellera de nazireo, a la entrada de la Tienda del
Encuentro; tomará la cabellera de su nazireato y la echará al fuego
que arde debajo del sacrificio de comunión. [19] El sacerdote tomará
un brazuelo, ya cocido, del carnero, un pan ázimo del canastillo y
una torta sin levadura, y lo pondrá todo en manos del nazireo, una
vez que se haya rapado su cabellera de nazireo. [20] El sacerdote pre-
sentará todo ello con el rito del balanceo delante de Yahvé. Es cosa
santa, pertenece al sacerdote*, además del pecho balanceado y de la
pierna reservada. Luego el nazireo beberá vino.**

**[21] Ésta es la ley del nazireo que, además de su nazireato, ha pro-
metido una ofrenda a Yahvé (aparte de lo que sus posibilidades le
permitan): cumplirá lo que prometió a tenor de su promesa, ade-
más de lo prescrito para su nazireato.»**

V. 20 «pertenece al sacerdote». Sam. y griego lo omiten.

El voto de nazireato supone una dedicación a Dios que conlleva compromisos serios cuya ruptura podría traer males para todos. Por eso, al enumerar algunas disposiciones legales encaminadas a preservar o restaurar la santidad del campamento (véase caps. 5 y 6), se mencionan los compromisos y las precauciones que han de tenerse en cuenta para conjurar posibles problemas.

La ley del nazireato se aplica por igual a hombres y a mujeres. Denota una singular pertenencia a Dios por parte de personas del pue-

blo, no levitas ni sacerdotes. En su sentido más general se denomina a José «nazireo de sus hermanos» (Gn 49,26 y Dt 33,16), aludiendo al particular favor divino de que gozó. En la tradición de Israel se recuerdan casos de nazireato permanente, como los de Samuel y Sansón, pero aquí se trata sólo de una dedicación temporal.

En la legislación acerca de las condiciones para acceder al nazireato se enumeran tres compromisos: no cortarse el pelo, abstenerse de bebidas alcohólicas y no tener contacto con cadáveres.

Lo más característico del nazireo es que no se corta el pelo; de ahí que el término «nazireo» pasase al lenguaje profano de la Biblia y se aplicase a todo aquello que se ha dejado crecer sin recortes; por eso se denominan «vides nazireas» a aquellas que no han sido podadas (véase Lv 25,5.11).

La abstinencia de todo lo relacionado con las uvas y el alcohol es otra característica importante, aunque en la normativa no se especifican las razones de esta restricción. A los sacerdotes les estaba prohibido beber vino o bebidas alcohólicas cuando iban a entrar en el santuario (véase Lv 10,9), pero no fuera de él. Sin embargo, a los nazireos les estaba vedado en todo momento. Se ha sugerido que esta limitación podría estar relacionada con el apartamiento de costumbres populares ligadas a ritos agrícolas de origen cananeo. A análogas razones podría deberse también la costumbre de no probar bebidas alcohólicas por parte de los recabitas, que recelaban de las costumbres propias de una cultura sedentaria (véase Jr 35,2-10). De ese modo se subrayaría una particular dedicación a Dios.

En Dios está la plenitud de la vida; por eso, santidad y muerte son incompatibles. De ahí que la obligación que asume el nazireo de evitar en absoluto el contacto con cadáveres sea muy fuerte, ya que ha de mantenerse incluso en el caso de fallecimiento de sus más próximos allegados, como sus padres o hermanos. A los sacerdotes se les exige también evitar el contacto con cadáveres, aunque les está permitido si se trata de familiares muy cercanos (véase Lv 21,1-4). Un rigor tan fuerte como el que se pide al nazireo sólo es comparable con el que se reclama del Sumo Sacerdote (véase Lv 21,10-12). Incluso si por circunstancias imprevisibles, como el fallecimiento repentino de alguien junto a él, ha tocado un cadáver, ha de ajustarse a un complejo rito de purificación y comenzar de nuevo (véase 6,9-

12). Si una persona del pueblo se contamina por contacto con un cadáver, se ha de purificar con agua lustral siguiendo el rito dispuesto en 19,11-22, pero en este caso se requiere además la ofrenda de algunos sacrificios, subrayándose así el particular grado de santidad que corresponde a los nazireos.

Esta normativa se refiere a una dedicación temporal, por lo tanto una vez cumplido el tiempo fijado para el nazireato se establece el ceremonial para su terminación. Precisamente ése es otro momento delicado, no vaya a ser que una imprecisión en el modo de hacer las cosas o una precipitación en el momento de dar por terminados los compromisos suponga una violación de la santidad propia requerida por el voto. Por eso, para pasar de lo sagrado a lo profano se requiere un sacrificio de expiación y un complejo rito.

Lo primero es que se corte la cabellera, que es tan característica del nazireo, y la eche al fuego (véase 6,18).

Entre las diversas acciones que se han de seguir llama la atención la indicación de que el sacerdote tome «un brazuelo, ya cocido, del carnero» (véase 6,19) para entregarlo al nazireo, pues resulta extraña en el sistema sacrificial de Israel, donde esa pieza de la víctima se asigna al sacerdote (véase Dt 18,3). Al entregarlo ya cocido, parece destinarse a su consumo en el atrio del santuario como parte del rito. Esa costumbre de entregar parte de la víctima ya cocida al oferente es muy antigua en la región, antes incluso de la implantación del culto israelita. De hecho, se han encontrado vestigios de esta práctica en el templo pre-israelita de Lakis. En las excavaciones arqueológicas del lugar se encontraron cerca del altar una cierta cantidad de huesos de animales que no habían sido quemados sobre el altar, sino cocinados y comidos en sus inmediaciones. Esa costumbre de cocinar parte de la víctima también se practicaba en el santuario de Silo, donde estuvo el Arca antes de su traslado a Jerusalén (véase 1 S 2,13-14).

Sólo una vez que se ha concluido todo el ritual, el que ha cumplido su voto puede tomar vino de nuevo (véase 6,20).

El voto de nazireato parece que estuvo en uso desde épocas muy antiguas (ya se mencionan en Am 2,11-12), y estuvo en vigor durante mucho tiempo, pues se mantenía en tiempo de los Macabeos (véase 1 M 3,49) e incluso tal vez entre los primeros cristianos (véase

Hch 18,18 y 21,24).

5. La fórmula de bendición (6,22-27)

[22] Dijo Yahvé a Moisés: [23] Di esto a Aarón y a sus hijos: «Así habéis de bendecir a los israelitas. Les diréis:
[24] Que Yahvé te bendiga y te guarde;
[25] que ilumine Yahvé su rostro sobre ti y te sea propicio*;
[26] que Yahvé te muestre su rostro y te conceda la paz.
[27] *Que invoquen así mi nombre sobre los israelitas y yo los bendeciré.»

V. 25 «y te sea propicio». Sir.: «y te vivifique» (o «y te conceda vivir»).
V. 27 En griego, este versículo es el 23b; esto es, va completo delante del v. 24.

En el lenguaje ordinario del antiguo Israel, la bendición de Dios es invocada con frecuencia. Por ejemplo, en el libro de Rut se dice que cuando Booz llegaba desde Belén a los campos saludaba a los segadores diciendo: «Yahvé con vosotros», y ellos le respondían: «Que Yahvé te bendiga» (Rt 2,4). También en los Salmos se escucha el deseo de recibir la bendición del Señor: «¡Te bendiga desde Sión Yahvé, que hizo el cielo y la tierra!» (Sal 134,3). En el libro del Levítico, el pasaje donde se narra la investidura de Aarón y los sacerdotes culmina diciendo que «Aarón, alzando las manos hacia el pueblo, lo bendijo» (Lv 9,27).

En la tradición religiosa de Israel, la bendición del Señor aporta una protección divina a quienes la reciben. Tal vez por esto, al final de esta recopilación de normas encaminadas a preservar la pureza se ha incluido esta antigua fórmula. De este modo se subraya que, en último término, la integridad y la paz del campamento más que de las instrucciones trasmitidas por los sacerdotes es consecuencia de la bendición de Dios.

Esta fórmula de bendición es la pieza literaria de la Biblia de la que se ha encontrado un testimonio más antiguo. En concreto, esa misma bendición ha aparecido escrita sobre dos amuletos de plata encontrados en una tumba situada en Kétef Hinnom, junto a Jerusalén, datados en la segunda mitad del siglo VII a.C. Según parece se depositaron allí para que sirvieran de protección a los difuntos

en su camino hacia el *Seol*. En una versión más breve, «Yahvé te bendiga, y te guarde, y esté contigo», figura en una inscripción sobre una jarra del siglo VIII a.C. encontrada en Kuntillet Ajrud en el Sinaí.

La plegaria de bendición es una fórmula sencilla y hermosa constituida por tres frases, cada una ellas con dos verbos. Por tres veces, una en cada frase, se menciona explícitamente el nombre de Yahvé. Se trata, pues, de una bendición tripartita en la que hay una gradación en los dones que se imploran del Señor. Primero se trata de bienes concretos: bendición y protección. La segunda petición atiende más bien a las disposiciones con las que se desea que el Señor contemple a quien es bendecido: con afecto y benevolencia. La tercera implora los mayores dones que se puedan desear: la contemplación del rostro de Dios y la paz.

Dentro de su aparente simplicidad, se trata de una pieza perfectamente organizada desde el punto de vista literario. En el texto hebreo, la primera frase tiene tres palabras, la segunda cinco y la tercera siete. La primera está constituida por quince consonantes, la segunda por veinte y la tercera por veinticinco. Hay, pues, una clara gradación creciente que reclama la atención hacia la palabra final: paz. Una paz que, en el lenguaje bíblico, no es solamente ausencia de guerra o de violencia, sino el estado de tranquilidad que alcanza el que logra la plenitud.

Algunos autores cristianos de la antigüedad vieron en la triple invocación del nombre de Dios un preanuncio de la Santísima Trinidad.

CAPÍTULO 3

OFRENDAS DE LOS JEFES, CONSAGRACIÓN DE LOS LEVITAS Y CELEBRACIÓN DE LA PASCUA (7,1 – 10,10)

Una vez terminado el paréntesis de textos legales encaminados a mantener la pureza del campamento (caps. 5–6) que había sido organizado como corresponde a una comunidad santa (caps. 1–4), todo parecería listo para la puesta en marcha. Pero antes de partir del Sinaí el redactor invita a echar una mirada atrás.

El cap. 7 que ahora comienza sitúa la acción en el día en que tuvo lugar la consagración del santuario (véase 7,1) –es decir, el mes primero del año segundo de la salida de Egipto (véase Ex 40,17)–; por lo tanto se retrotrae a un mes antes de la fecha señalada al comienzo del libro de los Números. Esa misma indicación temporal sigue marcando los capítulos siguientes, hasta 10,11, cuando, en efecto, se da un nuevo salto adelante en el tiempo y se vuelve al mes segundo del año segundo de la salida de Egipto (como en 1,1), aunque esta vez al día veinte.

La secuencia de acontecimientos mencionados en torno a la consagración del santuario –ofrenda de las tribus (7,1-88), purificación de los levitas (8,5-26) y celebración de la Pascua (9,1-14)– es la misma que se sigue en el libro de Esdras al relatar la reconstrucción del Templo y su dedicación (véase Esd 6,16-22). Es posible que haya relación entre ambos textos, al menos al fijar el orden de lo que se narra, ya que la redacción sacerdotal, que es donde se incluyeron todos estos capítulos de Números, tuvo lugar durante el periodo persa.

Para el lector contemporáneo, interesado en el avance de la narración, esa vuelta atrás para anotar detalles de objetos y personas al servicio del santuario puede resultar tediosa, pero pone ante sus ojos

la generosidad en las ofrendas de objetos y de personas para el servicio del santuario y le ayuda a valorar que el cuidado de todo cuanto tiene que ver con el culto es importante.

1. Ofrenda de las carretas (7,1-9)

7 1 El día en que Moisés acabó de montar la Morada, la ungió y la
consagró con todo su mobiliario, así como el altar con todos
sus utensilios. Cuando la hubo ungido y consagrado, 2 los príncipes
de Israel, jefes de familias y príncipes de las tribus, que habían pre-
sidido el censo, hicieron una ofrenda. 3 Pusieron su ofrenda delan-
te de Yahvé: seis carretas cubiertas y doce bueyes: una carreta por
cada dos príncipes y un buey por cada uno. Lo presentaron delan-
te de la Morada. 4 Yahvé habló a Moisés y le dijo: 5 «Tómaselos y que
presten servicio en la Tienda del Encuentro. Dáselos a los levitas, a
cada uno según su servicio.» 6 Moisés recibió las carretas y los bue-
yes y se los dio a los levitas: 7 dos carretas y cuatro bueyes dio a los
hijos de Guersón, según sus servicios; 8 cuatro carretas y ocho bue-
yes a los hijos de Merarí, según los servicios que desempeñaban a
las órdenes de Itamar, hijo del sacerdote Aarón. 9 Pero a los hijos
de Queat no les dio, porque su carga sagrada la tenían que llevar al
hombro.

El reparto entre los clanes levitas de las carretas y de los bueyes que los príncipes del pueblo habían ofrecido para el transporte de los enseres del santuario se hace proporcionalmente a las necesidades de cada uno.

A los hijos de Guersón les correspondía hacerse cargo de las pieles, las lonas y las cuerdas empleadas en el santuario, y a ellos se les adjudican dos carretas y cuatro bueyes.

La responsabilidad de los hijos de Merarí recaía sobre los tablones, vigas, postes y todos los aparejos necesarios para la estructura del santuario, y a ellos se les entregan cuatro carretas y ocho bueyes.

Los hijos de Queat eran los encargados de transportar el arca, la mesa, el candelabro, los altares y sus utensilios; todo ello se traslada con sus varales o sobre unas angarillas, por tanto, a hombros, por lo que no se les adjudican carreras ni bueyes.

2. Ofrenda de la Dedicación (7,10-88)

10 Los príncipes hicieron la ofrenda de la dedicación del altar, el
día en que fue ungido. Hicieron los príncipes su ofrenda delante
del altar. 11 Y dijo Yahvé a Moisés: «Que ofrezca un príncipe cada
día su ofrenda por la dedicación del altar.»
12 El que ofreció su ofrenda el primer día fue Najsón, hijo de
Aminadab, de la tribu de Judá*. 13 Su ofrenda consistió en una fuen-
te de plata de ciento treinta siclos de peso, un acetre de plata de
setenta siclos, siclos del santuario, ambos llenos de flor de harina
amasada con aceite, para la oblación; 14 una naveta de oro de diez
siclos, llena de incienso; 15 un novillo, un carnero, un cordero de un
año, para el holocausto; 16 un chivo para el sacrificio por el pecado;
17 y para el sacrificio de comunión, dos bueyes, cinco carneros,
cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Ésa fue la ofren-
da de Najsón, hijo de Aminadab.
18 El segundo día ofreció su ofrenda Natanael, hijo de Suar, prín-
cipe de Isacar*. 19 Su ofrenda consistió en una fuente de plata de
ciento treinta siclos de peso, un acetre de plata de setenta siclos,
siclos del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con
aceite, para la oblación; 20 una naveta de oro de diez siclos, llena de
incienso; 21 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el
holocausto; 22 un chivo para el sacrificio por el pecado; 23 y para el
sacrificio de comunión, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos
cabríos y cinco corderos de un año. Ésa fue la ofrenda de Natanael,
hijo de Suar.
24 El tercer día, el príncipe de los hijos de Zabulón, Eliab, hijo de
Jelón. 25 Su ofrenda consistió en una fuente de plata de ciento trein-
ta siclos de peso, un acetre de plata de setenta siclos, siclos del san-
tuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la
oblación; 26 una naveta de oro de diez siclos, llena de incienso; 27 un
novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto; 28 un
chivo para el sacrificio por el pecado; 29 y para el sacrificio de comu-
nión, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco cor-
deros de un año. Ésa fue la ofrenda de Eliab, hijo de Jelón.
30 El día cuarto, el príncipe de los hijos de Rubén, Elisur, hijo de
Sedeur. 31 Su ofrenda consistió en una fuente de plata de ciento
treinta siclos de peso; un acetre de plata de setenta siclos, siclos del

**santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para
la oblación; 32 una naveta de diez siclos de oro llena de incienso;
33 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto;
34 un chivo para el sacrificio por el pecado; 35 y para el sacrificio de
comunión, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos,
cinco corderos de un año. Ésa fue la ofrenda de Elisur, hijo de
Sedeur.**

**36 El día quinto, el príncipe de los hijos de Simeón, Salumiel, hijo
de Surisaday. 37 Su ofrenda consistió en una fuente de plata de cien-
to treinta siclos de peso, un acetre de plata de setenta siclos, siclos
del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite,
para la oblación; 38 una naveta de oro de diez siclos, llena de incien-
so; 39 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holo-
causto; 40 un chivo para el sacrificio por el pecado; 41 y para el sacri-
ficio de comunión, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos
cabríos y cinco corderos de un año. Ésa fue la ofrenda de Salumiel,
hijo de Surisaday.**

**42 El día sexto, el príncipe de los hijos de Gad, Eliasaf, hijo de
Reuel. 43 Su ofrenda consistió en una fuente de plata de ciento
treinta siclos; un acetre de plata de setenta siclos, siclos del san-
tuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la
oblación; 44 una naveta de oro de diez siclos, llena de incienso; 45 un
novillo, un carnero y un cordero de un año, para el holocausto;
46 un chivo para el sacrificio por el pecado; 47 y para el sacrificio de
comunión, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y
cinco corderos de un año. Ésa fue la ofrenda de Eliasaf, hijo de
Reuel.**

**48 El día séptimo, el príncipe de los hijos de Efraín, Elisamá, hijo
de Amiud. 49 Su ofrenda consistió en una fuente de plata de ciento
treinta siclos de peso, un acetre de plata de setenta siclos, siclos del
santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para
la oblación; 50 una naveta de oro de diez siclos, llena de incienso;
51 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto;
52 un chivo, para el sacrificio por el pecado; 53 y para el sacrificio de
comunión, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y
cinco corderos de un año. Ésa fue la ofrenda de Elisamá, hijo de
Amiud.**

54 El día octavo, el príncipe de los hijos de Manasés, Gamaliel,
hijo de Pedasur. 55 Su ofrenda consistió en una fuente de plata de
ciento treinta siclos de peso, un acetre de plata de setenta siclos,
siclos del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con
aceite, para la oblación; 56 una naveta de oro de diez siclos, llena de
incienso; 57 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el
holocausto; 58 un chivo para el sacrificio por el pecado; 59 y para el
sacrificio de comunión, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos
cabríos y cinco corderos de un año. Ésa fue la ofrenda de Gamaliel,
hijo de Pedasur.
60 El día nono, el príncipe de los hijos de Benjamín, Abidán, hijo
de Guideoní. 61 Su ofrenda consistió en una fuente de plata de cien-
to treinta siclos de peso, un acetre de plata de setenta siclos, siclos
del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite,
para la oblación; 62 una naveta de oro de diez siclos, llena de incien-
so; 63 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holo-
causto; 64 un chivo para el sacrificio por el pecado; 65 y para el sacri-
ficio de comunión, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos
cabríos y cinco corderos de un año. Ésa fue la ofrenda de Abidán,
hijo de Guideoní.
66 El día décimo, el príncipe de los hijos de Dan, Ajiezer, hijo de
Amisaday. 67 Su ofrenda consistió en una fuente de plata de ciento
treinta siclos de peso, un acetre de plata de setenta siclos, siclos del
santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para
la oblación; 68 una naveta de oro de diez siclos, llena de incienso;
69 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto;
70 un chivo para el sacrificio por el pecado; 71 y para el sacrificio de
comunión, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y
cinco corderos de un año. Ésa fue la ofrenda de Ajiezer, hijo de
Amisaday.
72 El día undécimo, el príncipe de los hijos de Aser, Paguiel, hijo
de Ocrán. 73 Su ofrenda consistió en una fuente de plata de ciento
treinta siclos de peso, un acetre de plata de setenta siclos, siclos del
santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para
la oblación; 74 una naveta de oro de diez siclos, llena de incienso;
75 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto;
76 un chivo para el sacrificio por el pecado; 77 y para el sacrificio de

comunión, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Ésa fue la ofrenda de Paguiel, hijo de Ocrán.

[78] El día duodécimo, el príncipe de los hijos de Neftalí, Ajirá, hijo
de Enán. [79] Su ofrenda consistió en una fuente de plata de ciento
treinta siclos de peso, un acetre de plata de setenta siclos, en siclos
del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite,
para la oblación; [80] una naveta de oro de diez siclos, llena de in-
cienso; [81] un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el
holocausto; [82] un chivo para el sacrificio por el pecado; [83] y para
el sacrificio de comunión, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos
cabríos y cinco corderos de un año. Ésa fue la ofrenda de Ajirá,
hijo de Enán.

[84] Ésta fue la ofrenda de los príncipes de Israel en la dedicación
del altar, el día en que fue ungido: doce fuentes de plata, doce ace-
tres de plata y doce navetas de oro. [85] Cada fuente era de ciento
treinta siclos, y cada acetre de setenta. Los siclos de plata de estos
objetos eran en total 2.400, siclos del santuario. [86] Las navetas de
oro eran doce, llenas de incienso. Cada naveta era de diez siclos,
siclos del santuario. Los siclos de oro de las navetas eran en total
ciento veinte.

[87] El total del ganado para el holocausto, doce novillos, doce car-
neros, doce corderos de un año, con sus oblaciones correspon-
dientes; y doce chivos para el sacrificio por el pecado. [88] El total del
ganado para los sacrificios de comunión: veinticuatro novillos,
sesenta carneros, sesenta machos cabríos y sesenta corderos de un
año. Ésas fueron las ofrendas de la dedicación del altar, una vez
que fue ungido.

V. 12 «de la tribu de Judá». Griego, sir. y Targum P-J: «príncipe de la tribu de Judá». Véase vv. 18, 24; etc.

V. 18 «príncipe de Isacar». Griego, sir., Targum y Vulgata: «príncipe de la tribu de Isacar».

Continúa la enumeración de las ofrendas que el pueblo aporta con generosidad para el servicio del santuario. Primero fueron las carretas y bueyes necesarios para las tareas de transporte (véase 7,1-9); ahora cada una de las tribus lleva utensilios de plata y otro, incienso y oblaciones, y animales para los sacrificios.

En los templos del Próximo Oriente antiguo se conservaban tablillas con listas de donantes y las donaciones realizadas por cada uno para el santuario. El modo en que se presenta este texto sugiere la idea de que tal vez en su origen era una tabla con doce filas y doce columnas en las que se iba especificando: 1. Donante. 2. Fuentes de plata. 3. Acetres. 4. Navetas. 5. Novillos para el holocausto. 6. Carneros para el holocausto. 7. Corderos de un año para el holocausto. 8. Chivos para el sacrificio por el pecado. 9. Bueyes para el sacrificio de comunión. 10. Carneros para el sacrificio de comunión. 11. Machos cabríos para el sacrificio de comunión. 12. Corderos de un año para el sacrificio de comunión. Al final, una fila más recogía la suma de cada una de las columnas.

Lo que en su origen podría ser una tablilla con esas características pudo ser contado por escrito con un estilo monótono y repetitivo que tal vez delata su origen, estructurado en doce días de presentaciones de ofrendas (véase 7,12-83). Durante doce días, cada uno de los príncipes de las tribus va presentando sus ofrendas, uno cada día. El orden en que las tribus realizan su presentación es el mismo en que habían sido enumeradas en el capítulo segundo, al adjudicar a cada una su lugar en el campamento. A pesar de que unas tribus son más numerosas que otras, y presumiblemente dispondrían de diferentes propiedades y recursos económicos, la ofrenda de cada una es exactamente idéntica a la de las demás. Así se muestra de modo gráfico la corresponsabilidad de todas ellas en el culto al Señor. Los resultados totales se añadirían al final (véase 7,84-88).

3. Moisés en la Tienda del Encuentro (7,89)

89 **Cuando Moisés entraba en la Tienda del Encuentro para hablar con Él, oía la voz que le hablaba* de lo alto del propiciatorio que está sobre el arca del Testimonio, entre los dos querubines. Entonces hablaba con Él.**

V. 89 «la voz que le hablaba». Griego: «la voz del Señor que le hablaba».

Al comienzo de este capítulo se indicó que en él se iba a tratar sobre la consagración de la Morada (véase 7,1). Sin embargo, ahora,

en este breve inciso final, no se habla de la Morada, sino la Tienda del Encuentro, y se alude a su función oracular. En la redacción final, al situar aquí esta anotación más antigua, se combinan las tradiciones acerca de ambas tiendas.

Los querubines (véase Ex 25,17-22) son unas figuras aladas que en las culturas del Próximo Oriente acompañaban a la divinidad. En un relieve del sarcófago del rey Ahirán de Biblos (siglos XIII-XII a.C.) el monarca aparece sentado en un trono flanqueado por dos «querubines» o esfinges aladas. Es decir, los dos querubines situados sobre el propiciatorio sugieren un trono vacío (pues no se puede representar al Yahvé con figura alguna) desde el que se escucha la voz del Señor.

4. Las lámparas del candelabro (8,1-4)

8 [1] Yahvé dijo a Moisés: [2] Dile a Aarón: «Cuando coloques las lám-
paras, las siete lámparas habrán de alumbrar hacia la parte
delantera del candelabro.» [3] Así lo hizo Aarón: colocó las lámparas
en la parte delantera del candelabro, tal como había mandado
Yahvé a Moisés. [4] Este candelabro era de oro macizo; desde el pie
hasta las flores era de oro macizo*. Hizo el candelabro según el
modelo que Yahvé había mostrado a Moisés.

V. 4 « hasta las flores», con sam. y griego. TM: «hasta la flor».

Una de las tareas a realizar en la consagración de la Morada era la colocación de las lámparas en el candelabro. En Ex 25,31-40 se habían dado las instrucciones para su fabricación, y al final se había insistido: «Fíjate para que lo hagas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte» (Ex 25,40). En Ex 37,17-24 se había dejado constancia de que, en efecto, el candelabro se había construido de oro puro, con siete brazos y con una forma que seguía en todo las indicaciones concretas que se le habían hecho. La forma del candelabro sugiere la de un árbol, símbolo de la fertilidad y de la vida en el Próximo Oriente antiguo. Las lámparas encendidas son señales de la presencia del Dios invisible en medio de su pueblo y de su capacidad vivificadora.

También se había dicho en Ex 30,7-8 y en Lv 21,1-4 que las lámparas deberían arder continuamente. Ahora, antes de la puesta en marcha del pueblo para reanudar el camino, se revisa que todo está en orden y se recuerda a Aarón que las siete lámparas deben alumbrar hacia la parte delantera.

Así como el pueblo había colaborado con sus generosas donaciones en la puesta en funcionamiento de la Morada, Aarón lo hace con la exactitud en el desempeño de las tareas que le han sido encomendadas. De este modo, una vez hecho todo, se constata que «hizo el candelabro según el modelo que Yahvé había mostrado a Moisés» (8,4).

5. Los levitas son ofrecidos a Yahvé (8,5-22)

5 Dijo Yahvé a Moisés: 6 «Pon a los levitas aparte del resto de los
israelitas y purifícalos. 7 Para esta purificación harás con ellos de la
siguiente manera: los rociarás con agua lustral; se rasurarán ellos
todo el cuerpo, lavarán sus vestidos y así quedarán purificados. 8
Tomarán luego un novillo, con su correspondiente oblación de flor
de harina amasada con aceite y tú tomarás otro novillo como sacri-
ficio por el pecado*.

9 Mandarás que se acerquen los levitas a la Tienda del Encuentro
y convocarás a toda la comunidad de los israelitas. 10 Harás que se
acerquen los levitas ante Yahvé, y los israelitas les impondrán las
manos. 11 Entonces Aarón presentará a los levitas como ofrenda de
balanceo delante de Yahvé, de parte de los israelitas. Así quedarán
destinados al servicio de Yahvé. 12 Los levitas impondrán sus manos
sobre la cabeza de los novillos y tú ofrecerás uno como sacrificio
por el pecado y otro en holocausto a Yahvé para expiar por los
levitas. 13 Pondrás luego a los levitas delante de Aarón y de sus hijos
y los presentarás como ofrenda de balanceo a Yahvé. 14 Así separa-
rás a los levitas del resto de los israelitas para que me pertenezcan.
15 Después comenzarán los levitas a servir en la Tienda del Encuen-
tro. Los purificarás y los presentarás como ofrenda balanceada*,
16 porque son «donados», donados a mí, de parte de los israelitas,
en lugar de todos los que abren el seno materno, de todos los pri-
mogénitos; los he tomado para mí de entre los demás israelitas.

[17] Porque míos son todos los primogénitos de los israelitas, igual de hombres que de ganados: los consagré para mí el día que herí a todos los primogénitos en Egipto.
[18] Y tomé a los levitas para sustituir a todos los primogénitos de los israelitas.
[19] Yo cedo los levitas, como «donados» de parte de los israelitas, a Aarón y a sus hijos, para que presten el servicio, en nombre de los israelitas, en la Tienda del Encuentro, y para expiar por los israelitas de manera que ningún israelita incurra en castigo por acercarse al Santuario*.»

[20] Moisés y Aarón y toda la comunidad de los israelitas hicieron con los levitas conforme había mandado Yahvé a Moisés; así hicieron con ellos los israelitas.
[21] Los levitas se purificaron y lavaron sus vestidos. Aarón los presentó como ofrenda de balanceo delante de Yahvé; y Aarón hizo expiación por ellos para purificarlos.
[22] Después de lo cual entraron los levitas a prestar servicio en la Tienda del Encuentro en presencia de Aarón y de sus hijos. Según había mandado Yahvé a Moisés acerca de los levitas, así hicieron con ellos.

V. 8 «otro novillo». Griego: «un novillo de un año».

V. 15 «ofrenda balanceada». Griego: «ofrenda balanceada ante el Señor».

V. 19 «ningún israelita incurra en castigo por acercarse al Santuario». Griego: «ningún israelita se acerque al Santuario».

Continúan los preparativos para la puesta en marcha. El censo y las tareas de los levitas ya se habían enumerado en los caps. 3-4. Ahora, se procede a su purificación ritual y a la ceremonia por la que toman posesión de sus tareas en el santuario.

La ceremonia de dedicación de los levitas tiene muchos puntos de contacto con la de los sacerdotes (véase Lv 8), aunque con la diferencia de que éstos eran consagrados (véase Lv 8,12), mientras que sobre los levitas se realiza únicamente un rito de purificación (véase 8,5-7). El agua de expiación (literalmente «agua del pecado», 8,7) era posiblemente un tipo de agua lustral, utilizada para la purificación de personas u objetos, semejante a aquella cuya preparación se describe en 19,1-10. Probablemente había varios modos de preparar el agua, según el tipo de ablución (véase 31,23) y según las personas que tenían obligación de hacerlas. Un rito análogo al de la purifica-

ción de los levitas, que incluye también el rasurado, el lavado y la imposición de vestidos limpios se prescribe el Lv 14,8-9 para el regreso al campamento de alguien que se ha curado de la lepra. Estos rituales sirven para expresar mediante la limpieza exterior el compromiso de purificación interior con el que los levitas han de acceder a sus tareas. Los levitas purificados, situados en torno al tabernáculo, serán como una barrera protectora entre los demás israelitas y las cosas santas.

Una vez purificados, tiene lugar su presentación ante el Señor (véase 8,8-19). Se trata de otra escena singular. Aarón y los israelitas les imponen las manos (véase 8,10), como lo harán los levitas con las víctimas que se ofrezcan para los sacrificios (véase 8,12). De este modo se señala que los levitas son presentados como una ofrenda viva ante Yahvé en sustitución de los primogénitos de los hijos de Israel (véase 8,17-18), salvados de la última plaga de Egipto en la que murieron todos los primogénitos de los egipcios (véase Ex 12,29-30).

El rito del balanceo señala la dedicación al Señor de una ofrenda que una vez consagrada a Dios queda a disposición de los sacerdotes. Pueden ser víctimas para los sacrificios, parte de las cuales se destina luego al consumo de los sacerdotes, las primicias del aceite del mosto o del trigo o metales preciosos para su empleo en el santuario (véase Ex 38,24-29). También de este modo se expresa que los levitas, una vez dedicados al Señor, pasan al servicio de los sacerdotes.

Como en otras muchas ocasiones, el redactor deja constancia explícita de que cuanto Yahvé había mandado a Moisés, se hizo tal y como se le había dicho (véase 8-20-22).

6. Tiempo de servicio (8,23-26)

23 Dijo Yahvé a Moisés: 24 «Esto es lo referente a los levitas. El levita entrará al servicio de la Tienda del Encuentro de veinticinco años para arriba, 25 y desde los cincuenta años cesará en el servicio; no prestará servicio en adelante. 26 Ayudará a sus hermanos en el desempeño de su ministerio en la Tienda del Encuentro, pero no prestará servicio. Así harás con los levitas en lo tocante a sus funciones.»

Antes de terminar con las instrucciones sobre los levitas, se fija el tiempo en el que deberán prestar su servicio en el santuario: desde los veinticinco hasta los cincuenta años. En el capítulo cuarto de Números, al hacer el censo de los levitas, se habían considerado aptos para el servicio todos los comprendidos entre los treinta y los cincuenta años. La misma edad, de los treinta a los cincuenta, se dice en 1 Cro 23,3 acerca de los censados en tiempo de David; pero en ese mismo pasaje, poco más adelante, se dice que estaban encargados en el servicio del templo a partir de los veinte años (1 Cro 23,24).

Estas oscilaciones al especificar las edades depende probablemente de los usos establecidos en el momento de la redacción de cada pasaje.

7. Fecha de la Pascua (9,1-5)

9 [1] **Habló Yahvé a Moisés, en el desierto del Sinaí, el año segundo
de la salida de Egipto, el mes primero, y le dijo:** [2] **«Que los is-
raelitas celebren la Pascua a su tiempo*.** [3] **La celebraréis* el día
catorce de este mes*, entre dos luces, en el tiempo debido. La cele-
braréis según todos sus preceptos y normas.»**

[4] **Moisés dijo a los israelitas que celebraran la Pascua.** [5] **Ellos la
celebraron en el desierto del Sinaí*, el primer mes, el día catorce
del mes, entre dos luces*. Según había mandado Yahvé a Moisés lo
hicieron los israelitas.**

V. 2 «a su tiempo». Sam.: «a sus tiempos». Lo mismo en vv. 3, 7 y 13.

V. 3 (a) «La celebraréis». Pocos mss hebr., sam., griego y sir.: «la celebrarán». Algunos mss griegos: «la celebrarás».

(b) «de este mes». Griego: «del primer mes».

V. 5 (a) «ellos la celebraron». Griego lo omite.

(b) «entre dos luces». Griego lo omite.

La primera Pascua se había celebrado en Egipto, coincidiendo con la décima plaga en la que murieron los primogénitos de los egipcios, mientras quedaron a salvo los que estaban celebrándola en las casas israelitas (Ex 12).

Ésta que se narra ahora sería, según el orden del relato, la segunda Pascua que celebraron. Se hace notar que en todo se cumplieron

las prescripciones del Señor. La fecha sería, pues, justo un año después de la salida de Egipto, es decir, un mes antes exactamente, por tanto, de la fecha en la que se iniciaba el relato de Nm 1. Recordemos que en estos capítulos se había interrumpido ese relato y se había vuelto atrás para dejar constancia, antes de reemprender la marcha, de que se había cumplido ya todo lo necesario.

8. Casos particulares (9,6-14)

[6] **Pero sucedió que algunos hombres estaban impuros por con-**
tacto con cadáver humano y no podían celebrar la Pascua aquel
día. Se presentaron a Moisés y a Aarón el mismo día [7] **y les dijeron:**
«Estamos impuros por contacto con cadáver humano. ¿Por qué
hemos de quedar excluidos de presentar la ofrenda a Yahvé a su
tiempo con los demás israelitas?» [8] **Moisés les respondió: «Esperad,**
que voy a consultar lo que manda Yahvé acerca de vosotros.»
[9] **Yahvé habló a Moisés en estos términos:** [10] **«Di a los israelitas:**
Si uno de vosotros o de vuestros descendientes se encuentra impu-
ro por un cadáver, o está de viaje en tierra lejana, también cele-
brará la Pascua en honor de Yahvé. [11] **La celebrarán el mes segun-**
do, el día catorce, entre dos luces. La comerán con panes ázimos y
hierbas amargas. [12] **No dejarán nada para la mañana, ni le que-**
brantarán ningún hueso. Según todo el ritual de la Pascua la cele-
brarán. [13] **Pero el que, encontrándose puro y no habiendo estado de**
viaje*, deje de celebrar la Pascua, ese tal será extirpado de su pue-
blo. Ese hombre cargará con su pecado, por no haber presentado
a su tiempo la ofrenda a Yahvé.
[14] **Y si un forastero reside entre vosotros, celebrará la Pascua en**
honor de Yahvé; la celebrará según los preceptos y normas de la
Pascua. Uno mismo será el ritual para vosotros, tanto para el foras-
tero como para el nativo del país.»

V. 13: «de viaje». Griego: «de largo viaje».

El recuerdo de la segunda celebración de la Pascua sirve para enmarcar las normas que debían seguirse cuando era imposible celebrarla a su tiempo, ya fuera porque se había contraído impureza por

contacto de un cadáver o porque ese día se estaba de viaje. La impureza, en efecto, excluye de participar en las comidas de los sacrificios (véase Lv 7,20-21), y el contacto con un cadáver produce impureza. Esos hombres, por tanto, no podrían comer la pascua con los demás en el día previsto (véase 9,6-7).

Moisés consulta al Señor, pues se trata de una cuestión de la máxima trascendencia, y la respuesta viene a subrayar la importancia que tiene esta celebración, hasta el punto de que se establece una fecha alternativa para que aquellos que con un motivo justificado no han podido hacerlo en el día previsto la celebren en otro momento, concretamente un mes más tarde. Sin embargo, esa medida no ha de justificar un aplazamiento arbitrario, pues se indica claramente la gravedad del pecado con el que cargará quien, pudiendo hacerlo en su momento, no participó en la celebración.

Esta normativa parece especialmente adecuada a las circunstancias en las que vivió Israel después del destierro cuando las comunidades dispersas por tantos lugares tenían dificultades para reunirse. Según 2 Cro 30,1-3, Ezequías hizo uso de estas disposiciones al instaurar la Pascua en el Templo, como parte de su reforma religiosa.

9. La Nube (9,15-23)

[15] **El día en que se erigió la Morada, la Nube cubrió la Morada,**
sobre la Tienda del Testimonio. Por la tarde se quedaba sobre la
Morada, con aspecto de fuego, hasta la mañana. [16] **Así sucedía per-**
manentemente: la Nube la cubría (de día) y por la noche tenía
aspecto de fuego*. [17] **Cuando se levantaba la Nube de encima de la**
Tienda, los israelitas levantaban el campamento, y en el lugar en
que se paraba la Nube, acampaban los israelitas. [18] **A la orden de**
Yahvé partían los israelitas y a la orden de Yahvé acampaban.
Quedaban acampados todos los días que la Nube estaba parada
sobre la Morada. [19] **Si se detenía la Nube muchos días sobre la**
Morada, los israelitas respetaban la disposición de Yahvé y no par-
tían*. [20] **En cambio, si la Nube estaba sobre la Morada pocos días,**
a la orden de Yahvé acampaban y a la orden de Yahvé partían. [21] ***Si**
la Nube estaba sobre la Morada sólo de la noche a la mañana, y
por la mañana se alzaba, partían. Si estaba un día y una noche y

luego se elevaba, partían.
[22] **Si, en cambio, se detenía sobre la Morada* dos días, o un mes, o un año*, reposando sobre ella, los israelitas se quedaban en el campamento y no partían; pero en cuanto se elevaba, partían.**
[23] **A la orden de Yahvé acampaban* y a la orden de Yahvé movían el campamento. Respetaban la disposición de Yahvé, según la orden de Yahvé transmitida por Moisés.**

V. 16 TM «la cubría». Griego, sir., Targum P-J y Vulgata añaden: «la cubría de día».

V. 19 «la disposición de Yahvé». Griego: «la disposición de Dios».

V. 21 Una traducción más literal del TM es: «Y había veces en que la nube estaba inmóvil desde la tarde hasta la mañana, y por la mañana la nube se levantaba y se ponían en marcha; o la nube estaba inmóvil día y noche y luego se levantaba, y entonces se ponían en marcha». El griego suprime la última frase: «luego se levantaba, y entonces se ponían en marcha».

V. 22 (a) «sobre la Morada». Griego lo suprime.

(b) «dos días, o un mes, o un año». Griego: «algunos días».

V. 23 «A la orden de Yahvé acampaban y». Griego: «Pues».

La nube que acompaña a los israelitas y que de noche parecía de fuego es mencionada en el libro del Éxodo después de la celebración de la Pascua, en el inicio mismo del camino de salida de Egipto (véase Ex 13,21-22). En esa primera mención se dice que la nube marchaba delante de ellos. Más adelante, cuando se erige la Tienda del Encuentro fuera del campamento, se dice que al entrar Moisés en la Tienda la nube bajaba y se detenía a la puerta de la Tienda (véase Ex 33,7-11). Ahora, entre los preparativos para la marcha, se vuelve a mencionar la presencia de la nube, en esta ocasión sobre la Morada.

La nube es un elemento muy extendido en las formas religiosas del Próximo Oriente antiguo para simbolizar la presencia de la divinidad, y en este sentido también se sirve de ella el texto bíblico para expresar el hecho de que Dios siempre estaba presente y acompañaba a su pueblo durante su peregrinación por el desierto camino de la Tierra Prometida.

Por tres veces se señala que corresponde a Yahvé la guía del pueblo, ya que sirviéndose de la nube indicaba cuándo debían acampar y cuándo era llegado el momento de partir (véase 9,18.20-21).

10. LAS TROMPETAS (10,1-10)

**10 [1] Dijo Yahvé a Moisés: [2] «Hazte dos trompetas; las harás de
plata maciza. Te servirán para convocar a la comunidad y
dar la señal de trasladar el campamento. [3] Cuando suenen las dos*,
se reunirá junto a ti toda la comunidad*, a la entrada de la Tienda
del Encuentro. [4] Pero cuando suene una sola, se reunirán contigo
los príncipes*, jefes de clanes de Israel.**

**[5] Cuando toquéis con estruendo, partirán los que acampan a
oriente. [6] Cuando toquéis con estruendo por segunda vez, partirán
los campamentos que acampan al mediodía*. Tocaréis con es-
truendo para partir; [7] en cambio, para congregar la asamblea, toca-
réis sin estruendo. [8] Los hijos de Aarón, los sacerdotes, serán los
que toquen las trompetas; éste será un decreto perpetuo para voso-
tros y para vuestra descendencia.**

**[9] Cuando, ya en vuestra tierra, partáis para el combate contra un
enemigo que os oprime, tocaréis las trompetas con estruendo; así
se acordará Yahvé, vuestro Dios, de vosotros, y seréis librados de
vuestros enemigos. [10] En vuestros días de fiesta, solemnidades y
neomenias, tocaréis las trompetas durante vuestros holocaustos y
sacrificios de comunión. Así haréis que vuestro Dios se acuerde de
vosotros*. Yo, Yahvé, vuestro Dios.»**

V. 3 (a) «cuando suenen». Griego: «cuando hagáis sonar».
(b) «se reunirá junto a ti». Griego: «se reunirá».

V. 4 «los príncipes». Griego y dos mss hebr.: «todos los príncipes».

V. 6 «al mediodía». Sam.: «al Norte». Griego y Vetus Latina añaden: «Cuando el clamor de las trompetas resuene por tercera vez, partirán los campamentos establecidos al occidente. Cuando el clamor de las trompetas resuene por cuarta vez, partirán los campamentos establecidos al Norte».

V. 10 «haréis que vuestro Dios». Sam. y algunos mss hebr.: «haréis que Yahvé vuestro Dios».

Dios es quien guía la marcha por el desierto señalando con la nube el momento de partir y de acampar (véase 9,15-23). Sin embargo, para avisar sobre la ejecución concreta de lo que el Señor indica con la nube, Yahvé pide a Moisés y Aarón que hagan unas trompetas con las que se trasmitan al pueblo las órdenes, ya sea para reunirse, ya para organizar el traslado del campamento (véase 10,1-10). En la orden se

especifica lo que significa cada señal y modo de tocar, distinguiendo si se está convocando a todo el pueblo o sólo a los príncipes, y si es para tareas ordinarias o para llamar con urgencia a la guerra. Esas trompetas también se utilizarán para el culto en las solemnidades.

En el resto del libro de los Números sólo se mencionarán estas trompetas en una ocasión más, y es cuando fueron usadas en el combate contra los madianitas (véase 31,6). Casi todas las veces de las que se habla de ellas en la Biblia, en cambio (la mayoría, en los libros de las Crónicas), se entiende que son objetos al servicio de las acciones de culto en el templo: los sacerdotes las hacen sonar en el traslado del arca, en la dedicación del templo por Salomón (2 Cro 5,12-13) o con motivo de celebraciones festivas. También se usaron para expresar alegría por la reconstrucción del templo (véase Esd 3,10) y la dedicación de las murallas de Jerusalén, una vez reconstruidas (véase Ne 12,35.41). Pero en contadas ocasiones también se emplean, en efecto, para llamar a la guerra (véase 2 Cro 13,12).

CAPÍTULO 4

EN MARCHA POR EL DESIERTO (10,1 – 14,45)

El libro de los Números había comenzado el día primero del mes segundo del año segundo de la salida de Egipto, con el mandato divino de censar en el desierto a toda la comunidad (véase 1,1). Una vez realizado y estructurado adecuadamente el pueblo, todo parecería listo para la puesta en marcha. Pero, antes de hacerlo, se abrió un paréntesis en el que se incluyeron unos textos legales encaminados a mantener la pureza del campamento (véase caps. 5–6), y después se había echado una mirada atrás, retrotrayéndose a un mes antes, cuando tuvo lugar la consagración del santuario, para dejar constancia de que todo estaba a punto, tal y como el Señor lo había mandado a Moisés (véase 7,1 – 10,10). Ahora, veinte días después de la orden de llevar a cabo el censo y una vez realizado, el pueblo se pone en marcha.

En cuanto se inicia el camino hacia la Tierra Prometida, tras la larga etapa del Sinaí, en donde habían visto la manifestación de Dios y habían recibido su ley, y en donde se habían organizado como comunidad santa en torno al santuario, comenzarán las rebeliones que irán jalonando la peregrinación por el desierto.

Se irán narrando una serie de conflictos que se suceden uno tras otro. El primero pone a prueba el liderazgo profético de Moisés (caps. 11–12); el siguiente está centrado en torno al rechazo del don de la Tierra Prometida ante las previsibles dificultades que se podrían encontrar para tomar posesión de ella (caps. 13–15). A continuación, en secciones sucesivas, seguirán nuevas rebeliones. Finalmente, toda la generación (con sólo dos excepciones, Josué y Caleb) que había salido de Egipto perecerá en desierto antes de llegar a la Tierra Prometida.

Desde que había comenzado el libro de los Números estábamos leyendo textos procedentes de la redacción sacerdotal. Ahora, en cambio, especialmente al ir mencionando las sucesivas rebeliones del pueblo, los redactores sacerdotales se servirán de textos presacerdotales, ya sea integrándolos tal y como estaban en el libro que están componiendo, ya reelaborándolos y completándolos. En los lugares oportunos del comentario iremos señalando cuándo nos encontramos ante esos textos anteriores.

1. Orden de marcha (10,11-28)

**11 *El año segundo, el mes segundo, el día veinte del mes, se
levantó la Nube de encima de la Morada del Testimonio, 12 y los
israelitas partieron, en orden de marcha, del desierto del Sinaí. La Nube se detuvo en el desierto de Parán.**

**13 Partieron en vanguardia, según la orden que Yahvé había dado
a Moisés: 14 la bandera del campamento de los hijos de Judá en primer lugar, por cuerpos de ejército; al frente de su tropa iba Najsón,
hijo de Aminadab; 15 al frente de la tropa de la tribu de los hijos de
Isacar, Natanael, hijo de Suar; 16 al frente de la tropa de la tribu de los hijos de Zabulón, Eliab, hijo de Jelón.**

17 Entonces fue desmontada la Morada y partieron los hijos de Guersón y los hijos de Merarí, llevando la Morada.

**18 Partió luego la bandera del campamento de Rubén, por cuerpos de ejército; al frente de su tropa iba Elisur, hijo de Sedeur; 19 al
frente de la tropa de la tribu de los hijos de Simeón, Salumiel, hijo
de Surisaday; 20 al frente de la tropa de la tribu de los hijos de Gad,
Eliasaf, hijo de Reuel.**

21 Entonces partieron los queatitas, que llevaban el santuario (la Morada se montaba antes de que llegaran).

**22 Partió luego la bandera del campamento de los hijos de Efraín, por cuerpos de ejército; al frente de su tropa iba Elisamá,
hijo de Amiud; 23 al frente de la tropa de la tribu de los hijos de
Manasés, Gamaliel, hijo de Pedasur; 24 al frente de la tropa de la
tribu de los hijos de Benjamín, Abidán, hijo de Guideoní.**

25 Luego, cerrando la marcha de todos los campamentos, partió la bandera del campamento de los hijos de Dan, por cuerpos de ejército; al frente de su tropa iba Ajiezer, hijo de Amisaday; 26 al

frente de la tropa de la tribu de los hijos de Aser, Paguiel, hijo de
Ocrán; [27] al frente de la tropa de la tribu de los hijos de Neftalí, Ajirá,
hijo de Enán.
[28] Éste fue el orden de marcha de los israelitas, repartidos en
cuerpos de ejército. Y así partieron.

V. 11 Antes de este verso, sam. y sir. hex. añaden: «Yahvé dijo a Moisés: habéis morado bastante en este monte. Marchad, partid y encaminaos a la montaña de los amorreos y hacia todos sus habitantes en la Llanura, la Montaña, la Tierra Baja, el Negueb y el litoral, el país de Canaán y el Líbano hasta el gran río, el río Éufrates. Mirad, os he puesto delante este país; id a tomad posesión de este país que juré a vuestros padres, Abrahán, Isaac y Jacob, que daría a su descendencia después de ellos» (véase Dt 1,6-8).

Siguiendo las instrucciones del Señor, el pueblo se pone en marcha. La nube se levantó del Sinaí, donde estaban acampados los israelitas desde hacía casi un año (sólo faltaban diez días para que se cumpliera; véase Ex 19,1), y sin demora el campamento inició su andadura hasta que la nube se detuvo en el desierto de Parán, que está situado aproximadamente en la zona central al norte de la península del Sinaí, al sur del Negueb. El Señor mismo es, pues, quien les guía hacia el lugar a donde deben ir.

El orden de las tribus en la caravana se ajusta al orden del campamento establecido en el cap. 2, aunque con la peculiaridad de que los levitas, encargados de transportar la Tienda, se dividen en dos grupos. En efecto, abren la marcha las tribus que formaban el lado este del campamento, seguidas por una parte de la tribu de Leví que lleva la Morada. Después siguen los que formaban el lado sur, y a continuación el resto de la tribu de Leví, con el Arca y los utensilios sagrados. De este modo, cuando los portadores del Arca llegaban al sitio de acampada, encontraban la Morada ya montada. Finalmente seguían las tribus que formaban los lados sur y oeste del campamento.

2. Propuesta de Moisés a Jobab (10,29-32)

[29] Dijo Moisés a Jobab, hijo de Reuel el madianita, suegro de
Moisés: «Nosotros partimos para el lugar del que ha dicho Yahvé:
Yo os lo daré. Ven con nosotros y te trataremos bien, porque Yahvé

ha prometido bienestar a Israel.» [30] **Él respondió: «No iré, sino que me volveré a mi tierra y a mi parentela.»** [31] **Moisés insistió: «Por favor, no nos dejes; tú conoces los sitios donde acampar en el desierto*; tú serás nuestros ojos*.** [32] **Si vienes con nosotros, te haremos partícipe del bienestar con que Yahvé nos va a favorecer.»**

V. 31 (a) «tú conoces los sitios donde acampar». Griego: «quédate con nosotros».
(b) «nuestros ojos». Griego: «anciano entre nosotros». Vulgata: «nuestro guía».

Este texto plantea algunos problemas en el conjunto de la Biblia. En él se afirma que Jobab era hijo de Reuel el madianita, pero no queda claro si el suegro de Moisés era el propio Jobab o su padre Reuel. Según Ex 2,18-21, Reuel dio a su hija Séfora como esposa a Moisés, por lo que Reuel sería el suegro. Pero en Jc 4,11 se dice que Jobab era suegro de Moisés. Por otra parte, en el libro del Éxodo se menciona en varias ocasiones a Jetró, el suegro de Moisés. Esto se debe a que posiblemente el término hebreo *ḥōtēn* (que es el que aquí se utiliza) tenga un significado más amplio que el español «suegro» y sirva para designar en general a los parientes de la esposa.

Los primitivos exegetas judíos fueron conscientes del problema planteado con los diversos nombres del suegro de Moisés que aparecen en la Biblia, y en la literatura tannaíta se pueden encontrar las opiniones de diversos maestros para explicar la cuestión. Entre ellas llama la atención la explicación armonizadora de R. Simón ben Yojay: «Tenía dos nombres: Jobab y Jetró. Jetró, por cuanto añadió una perícopa a la Torah (…). El nombre de Jobab es porque amó la Torah tanto, que no hemos encontrado en ninguno de los prosélitos quien amara la Torah tanto como Jetró» (*Midrás Sifre Números*, 78,1).

Se trata muy probablemente de un texto pre-sacerdotal, el primero que encontramos en el libro de los Números. Reuel es un madianita al que se propone una misión delicada que exige responsabilidad y fidelidad, y se lo invita a unirse al pueblo. El relato muestra, pues, una actitud abierta hacia los madianitas. En cambio, en textos sacerdotales la actitud hacia ellos es de enemistad, como se manifiesta en el recelo con que se advierte la colaboración de los ancianos de Madián con los de Moab ante Israel cuando llamaron a Balaán (véase 22,4.7), o en el episodio de Cozbí en Peor (véase 25,6-18), y en la posterior y cruel venganza contra ellos (véase 31,1-54).

En cualquier caso, se trata de un extranjero en el que Moisés confía como guía por el desierto y al que le pide que se quede con el pueblo. «Tú serás nuestros ojos» (10,31). Actualmente los beduinos llaman todavía al guía «el ojo de la caravana». También este interés en contar con un guía para el camino no encaja del todo bien con la insistencia de los redactores sacerdotales en señalar que es Yahvé quien marca el camino con la nube (véase 9,15-23).

El texto, pues, no parece de redacción sacerdotal, sino que ha de ser previo a ella. No obstante, se trataba de un recuerdo valioso y que tenía algo que decir, y por tanto fue incluido finalmente en el libro.

No se especifica en el texto si, finalmente, Jobab accedió a la petición de Moisés, pero parece que sí, ya que en Jc 1,16 se mencionan sus descendientes en compañía de Judá, y en Jc 4,11 se dice que algunos de sus clanes se habían separado de ellos y se establecieron en Saananín.

3. La partida (10,33-36)

[33] **Partieron del monte de Yahvé para hacer tres jornadas*. El arca de la alianza de Yahvé iba delante de ellos los tres días de camino, buscándoles donde hacer alto.**
[34] ***La Nube de Yahvé iba de día sobre ellos, desde que dejaban el campamento.**
[35] **Cuando partía el arca, decía Moisés:**
«Levántate, Yahvé, que tus enemigos se dispersen,
que huyan delante de ti los que te odian.»
[36] **Y cuando se detenía, decía:**
«Vuelve, Yahvé,
a las miriadas de millares de Israel.»

V. 33 «hacer tres jornadas». Sir.: «el camino de un día».

V. 34 En griego este versículo está después del v. 36, y dice: «Y la nube se volvía sombría sobre ellos durante el día cuando partían del lugar donde habían acampado».

Se inicia, por fin, la marcha por el desierto. Como ya comenzaba a suceder con el párrafo anterior (véase 10,29-32), se van integrando textos pre-sacerdotales.

En los textos de redacción sacerdotal de los capítulos precedentes el Arca estaba situada en la Tienda de Reunión, en medio del campamento, y se preveía que sucediera lo mismo incluso durante la marcha (véase 2,17; 10,21). Pero ahora se dice que «iba delante de ellos» (10,33), y en los episodios siguientes se sugerirá que estaba situada fuera del campamento (véase 11,26; 12,4). En los textos anteriores, Moisés entraba en la tienda, pues allí escuchaba la voz que le hablaba desde lo alto del propiciatorio situado sobre el arca (véase 7,89), mientras que en los siguientes el Señor le habla a Moisés a la entrada de la tienda (véase 15,5; Ex 33,9).

En este texto pre-sacerdotal se habla del «arca de la alianza de Yahvé» (10,33), denominación que no se había utilizado hasta ahora en el Pentateuco, pero que será frecuente en el Deuteronomio, en los textos de la historia deuteronomista y en los pasajes paralelos de Crónicas, así como en Jeremías (Jr 3,16).

El texto se cierra con dos piezas poéticas muy primitivas (véase 10,35-36), en las que se alude a la llegada o al regreso del Arca en un contexto bélico, como signo de protección de Yahvé a su pueblo en las batallas que se presenten. En los manuscritos hebreos, esos versículos van señalados con una letra *nun* (n) invertida, una escrita al final del v. 34 y otra al final del v. 36. Se trata de una señal de escritura muy poco usada, y posiblemente sirve para marcar que se trata de viejos poemas introducidos en los textos bíblicos.

Esas piezas poéticas son aclamaciones de carácter guerrero que forman parte del ritual del Arca. Recuérdese que el Arca, según los relatos bíblicos, desempeña a veces un papel importante en los combates (véase 1 S 4,1-11 y 2 S 11,11). En toda esta sección del camino por el desierto hay elementos en la narración que invitan a pensar en la expedición como una campaña militar (véase p.e. 10,1-10).

4. Taberá (11,1-3)

11 **1 El pueblo profería quejas que sonaban mal a los oídos de**
Yahvé, y Yahvé lo oyó. Se encendió su ira y ardió contra ellos
un fuego de Yahvé y devoró una punta del campamento.
2 El pueblo
clamó a Moisés, que intercedió ante Yahvé, y el fuego se apagó.
3 Por eso se llamó aquel lugar Taberá, porque había ardido contra
ellos el fuego de Yahvé.

Todo este capítulo y el siguiente está formado por textos presacerdotales, situados aquí en la composición de Números para marcar un cambio significativo en la perspectiva con la que se venía hablando de Israel desde el comienzo. Hasta ahora se había mostrado como una comunidad santa, bien organizada en torno al santuario. Por eso, el lector puede quedar sorprendido con la queja desmesurada de un pueblo que hasta el momento se había descrito en perfecta armonía en sí mismo y con Dios. Ahora comienzan a dibujarse una tras otra continuas desobediencias y rebeliones contra el Señor (caps. 11–20). En todos los casos se sigue un castigo, el Señor se compadece y perdona, pero en seguida el pueblo vuelve a recaer en sus infidelidades.

Tras haber dejado bien establecida la santidad con la que se configura el pueblo de Israel en torno al Señor, la narración de los conflictos surgidos desde los primeros momentos de su existencia como pueblo ayuda a completar su retrato, reflejando también la fragilidad humana presente en esa comunidad santa. A la vez permite ir calibrando en su justa medida la importancia de Moisés.

La primera de esas rebeliones aparece de modo inexplicable, nada más mencionarse la puesta en marcha camino de la Tierra Prometida (véase 10,33-36). En el libro del Éxodo ya se habían expuesto algunas quejas y murmuraciones del pueblo ante el Señor por motivos que podrían estar justificados como la falta de agua (véase Ex 15,22-26 y 17,1-7) o de comida (véase Ex 16,1-36). En esas ocasiones el Señor había escuchado las reclamaciones y ofrecido soluciones a esos problemas transformando en dulces las aguas amargas de Mará, haciendo brotar agua de la roca, o enviando el maná y las codornices para saciar el hambre. En este caso, las quejas aparecen sin motivo, tal vez denotando sólo cansancio y pérdida de ilusión. Se trata, pues, ahora de manifestaciones de infidelidad merecedoras de un castigo ejemplar.

«El pueblo clamó a Moisés» (11,2). La expresión es sorprendente: ¿por qué clamó a Moisés, como si resolver el problema estuviera en sus manos, y no a Dios, que es quien enviaba el castigo? La cuestión se la plantearon ya los primeros lectores de la Biblia, y en la tradición judía han quedado respuestas que ayudan a valorar la figura de Moisés y su relación con el Señor: «R. Simón solía contar una pará-

bola: ¿A qué se parece esto? A un rey de carne y sangre que se irritó contra su hijo, y aquel hijo fue donde un amigo del rey y le dijo: Sal e intercede por mí ante mi padre. Pues de la misma manera fueron los israelitas donde Moisés para pedirle: Intercede por nosotros ante el Omnipotente» (*Midrás Sifre Números*, 86,1). Moisés es el amigo, a quien el Señor escucha. Gracias a su intervención, el castigo fue mitigado. El fuego se detuvo y no abrasó todo; sólo consumió el extremo del campamento donde había comenzado (véase 11,1). La palabra *Taberá*, con la que se denomina a ese lugar, significa en hebreo «incendio».

La secuencia narrativa del pasaje, a pesar de su brevedad, contiene los elementos comunes a la mayor parte de los relatos de murmuración: a) las quejas del pueblo; b) el castigo divino; c) los gritos del pueblo clamando al Señor; d) la intercesión de Moisés; y e) el cese del castigo.

La «ira» del Señor (11,1), que con frecuencia lleva consigo un castigo para quienes la han provocado (véase también 11,33 y 12,9), viene a realzar la santidad absoluta de Dios, que reclama pleno respeto y veneración. No se puede jugar con ella ni puede ser objeto de burlas o murmuraciones injustas. A la vez, siempre va unida y es superada por la misericordia divina (véase Ex 34,6-7).

El fuego «devoró una punta del campamento» (11,1) esto es, una zona limítrofe, en los bordes del campamento. En los capítulos anteriores, el interior del campamento aparecía como una zona desde la que de algún modo Dios, que moraba en el centro de él, irradiaba su santidad. En cambio, las zonas externas al campamento eran diferentes. Hasta fuera, más allá del límite, debían salir los que estaban impuros por lepra, flujo o contacto con cadáver (véase 5,1). Con esa precisión en la delimitación del espacio, el texto sagrado insinúa que quienes proferían quejas contra el Señor no eran miembros cabales del pueblo, con la santidad debida a quienes estaban en el campamento, sino que su acción los situaba en el límite. Éstos fueron los culpables del fuego que vino sobre el campamento, pero que gracias a la intercesión de Moisés se detuvo sin penetrar en él. También así se comienza a definir la posición insustituible de Moisés en las relaciones entre el pueblo y Dios.

5. Quibrot Hatavá. Lamentos del pueblo (11,4-9)

**[4] La chusma que se había mezclado al pueblo se dejó llevar de
su apetito. También los israelitas volvieron a sus llantos diciendo:
«¿Quién nos dará carne para comer? [5] ¡Cómo nos acordamos del
pescado que comíamos de balde en Egipto, y de los pepinos, melo-
nes, puerros, cebollas y ajos!* [6] En cambio ahora nos encontramos
débiles. No hay de nada. No vemos más que el maná.» [7] El maná era
como la semilla del cilantro; su aspecto era como el del bedelio. [8] El
pueblo se dispersaba para recogerlo; lo molían en la muela o lo
majaban en el mortero; luego lo cocían en la olla y hacían con él
tortas. Su sabor era parecido al de una torta de aceite. [9] Cuando,
por la noche, caía el rocío sobre el campamento, caía también sobre
él el maná.**

V. 5 «melones». TM: «sandías».

Esta segunda queja es debida a que el pueblo, soliviantado por la chusma que se había mezclado con ellos, añora los alimentos frescos de Egipto en medio de la aridez del desierto. La «chusma» (11,4) es un término que designa a las gentes no israelitas que se habían unido a los israelitas en su salida de Egipto. De ellos se hablaba en Ex 12,38 como de «una gran muchedumbre».

El relato que ahora se inicia es todo él pre-sacerdotal, y combina dos tradiciones: una sobre el maná y las codornices (11,4-13.18-24a.31-34) y otra sobre el don del Espíritu a los ancianos (11,14-17. 24b-30).

La donación del maná y las codornices ya había sido mencionada en el Éxodo (Ex 16,1-36), que situaba la escena entre la salida de Egipto y la llegada al Sinaí. En ese momento Dios escuchó las murmuraciones de los israelitas, pues tenían un fundamento real en la ausencia de alimento suficiente en el desierto, y les concedió el disponer cada día de la ración de maná necesaria para el sustento.

Ahora aparece este relato en el camino hacia Cades, en el que se da por supuesto que cada día podían disponer del maná. En este caso tenían cubiertas sus necesidades básicas de alimentación, pero no se consideraban satisfechos, pues en su dieta echaban de menos la carne, y se quejaron de nuevo.

El maná era un signo de la providencia de Dios, que procuró alimento a su pueblo en la aridez del desierto. Por eso, la falta de aprecio por el maná, unida a la protesta contra Dios, es una manifestación de la ceguera para reconocer los dones que Él otorga, y sobre todo un rechazo del cuidado providente otorgado por Dios. Es el inicio de la narración de una nueva rebelión contra el Señor.

6. Intercesión de Moisés (11,10-15)

10 Moisés oyó llorar al pueblo, a todas sus familias, cada uno a la
puerta de su tienda. Se irritó mucho la ira de Yahvé. A Moisés le
pareció mal, 11 y le dijo a Yahvé: «¿Por qué tratas mal a tu siervo?
¿Por qué no he hallado gracia a tus ojos, para que hayas echado
sobre mí la carga de todo este pueblo? 12 ¿Acaso he sido yo el que
ha concebido a todo este pueblo y lo ha dado a luz, para que me
digas: 'Llévalo en tu regazo, como lleva la nodriza al niño de pecho,
hasta la tierra que prometí con juramento a sus padres?' 13 ¿De
dónde voy a sacar carne para dársela a todo este pueblo, que me
llora diciendo: Danos carne para comer? 14 No puedo cargar yo solo
con todo este pueblo: es demasiado pesado para mí. 15 Si vas a tra-
tarme así, mátame, por favor, si he hallado gracia a tus ojos, para
que no vea más mi desventura.»

Ante las murmuraciones de los israelitas por la comida, tanto Dios como Moisés se disgustaron mucho, y Moisés se lamenta con energía del peso que el Señor ha puesto sobre sus hombros al hacerle cargar con la responsabilidad del pueblo.

El relato acerca de las quejas por el alimento se entrelaza con cuestiones relativas a la función de Moisés. Si se sigue el esquema de los relatos de murmuración marcado por el relato anterior (11,1-3), tras las quejas del pueblo y el castigo divino, ahora debería venir la intercesión de Moisés. Pero la situación es tan penosa que Moisés, en vez de interceder por ellos, se lamenta de la carga que debe soportar. El diálogo está narrado de un modo extraordinariamente vivo y fuerte. El lector del Pentateuco puede encontrar en él cierta simetría con el diálogo que Dios mantiene con Moisés tras el episodio del becerro de oro. En aquella ocasión el Señor se enfadó con el pueblo hasta

pensar en exterminarlo, pero la intercesión de Moisés lo calmó (véase Ex 32,7-14). Ahora, en cambio, es Moisés quien se queja airadamente y no se encuentra ya con fuerzas para seguir, por lo que será Dios quien lo calme y le prometa ayuda (véase 11,16-23). Las palabras de Moisés, a pesar del tono de queja, dejan entrever su confianza en el cuidado providente de Dios sobre aquel pueblo, pues era Él, en realidad, quien lo había formado. El vocabulario, rico en resonancias afectivas (véase 11,12), expresa con gran fuerza el amor materno de Dios. Esa dulzura hace más dramática la queja de Moisés: prefiere la muerte a tener que cargar con el pueblo (véase 11,14-15).

Desde el punto de vista de la estructuración literaria del relato, la queja de Moisés ante el Señor sirve como nexo de unión entre la narración de las rebeliones surgidas por el alimento y la necesidad que tiene Moisés de alguien que le ayude en la tarea de cargar con el pueblo.

7. Respuesta de Yahvé (11,16-23)

**[16] Yahvé respondió a Moisés: «Reúneme setenta ancianos de
Israel, de los que te consta que son ancianos y escribas del pueblo.
Llévalos a la Tienda del Encuentro y que estén allí contigo. [17] Yo baja-
ré a hablar contigo; tomaré parte del espíritu que hay en ti y lo pon-
dré en ellos, para que lleven contigo la carga del pueblo y no la ten-
gas que llevar tú solo. [18] Y al pueblo le dirás: Santificaos para maña-
na, que vais a comer carne, ya que os habéis lamentado a oídos de
Yahvé, diciendo: '¿Quién nos dará carne para comer? Mejor nos iba
en Egipto'. Pues Yahvé os va a dar carne, y comeréis. [19] No un día, ni
dos, ni cinco, ni diez, ni veinte la comeréis, [20] sino un mes entero,
hasta que os salga por las narices y os dé náuseas, pues habéis
rechazado a Yahvé, que está en medio de vosotros, y os habéis
lamentado en su presencia, diciendo: ¿Por qué salimos de Egipto?»**

**[21] Moisés respondió: «El pueblo que va conmigo cuenta 600.000
de a pie, ¿y tú dices que les darás carne para comer un mes ente-
ro? [22] Aunque se mataran para ellos rebaños de ovejas y bueyes,
¿bastaría acaso? Aunque se juntaran todos los peces del mar,
¿habría suficiente?» [23]Pero Yahvé respondió a Moisés: «¿Es acaso
corta la mano de Yahvé? Ahora vas a ver si vale mi palabra o no*.»**

V. 23 «ahora». Sam.: «tú».

La respuesta divina afronta las dos cuestiones que se habían planteado, es decir, las quejas por la comida y el peso de la responsabilidad sobre el pueblo que carga sobre Moisés.

De entrada se trata lo referente a Moisés. En Ex 18,13-27 ya se había mencionado la necesidad de ayuda que tenía para gobernar al pueblo. Entonces, por consejo de su suegro Jetró, escogió a unos hombres honrados y con capacidad suficiente para que le prestaran auxilio. En cambio, en este relato es Dios mismo quien le pide que elija setenta ancianos, o jefes de familia, y Él mismo les comunica parte del espíritu que poseía Moisés. Se indica de este modo que la tarea de gobernar al pueblo, en efecto, no puede llevarse a cabo si no es con la ayuda del espíritu de Dios.

Los setenta ancianos de Israel ya habían aparecido en la narración del Éxodo como acompañantes de Moisés, Aarón, Nadab y Abihú cuando subieron al monte Sinaí (véase Ex 24,1-18). Pero no se había tratado entonces acerca del origen de esa institución ni de su razón de ser. Ahora es cuando se afronta esa explicación al decirle el Señor que tomará parte del espíritu de Moisés para hacerlo reposar sobre ellos. La institución de los setenta ancianos, con Moisés a la cabeza, tendría su reflejo en el Judaísmo posterior en la institución del Sanedrín, que también tenía setenta y un miembros.

Además de prometerle una ayuda, que pondrá inmediatamente a su disposición al efundir el espíritu sobre los ancianos, el Señor le promete solucionar la otra cuestión pendiente, y que había generado la primera. Para acallar las murmuraciones del pueblo les dará lo que piden, pero en tal abundancia que les producirá hastío.

Moisés manifiesta su asombro ante lo que Dios le dice, recordando que son 600.000 las personas de a pie que le acompañan (véase 11,21). La cifra es exactamente la misma que se daba en Éxodo al hablar de los israelitas que salieron de Egipto (véase Ex 12,37). En cambio, según el censo del capítulo primero, sólo los varones mayores del veinte años de las tribus de Israel, sin contar los levitas, eran 603.550 (véase 1,45-46). El número total de comensales sería, pues, muchísimo más elevado. Este relato de Números que ahora comentamos es un texto pre-sacerdotal, como ya lo habíamos señalado, que está muy ligado a pasajes también pre-sacerdotales del Éxodo, y que en un momento posterior quedaría integrado en la redacción sacer-

dotal de Números con otros textos nuevos, como son los relativos a los censos y la organización del campamento, que darían al libro su fisonomía definitiva.

La respuesta deja claro que Dios no carece de poder ni de fortaleza para hacer lo anunciado a Moisés. La gran magnitud del pueblo no será una dificultad para que tengan sobreabundancia de todo cuanto habían reclamado. Yahvé lo asume casi como un desafío, como una cuestión de honor: «Ahora vas a ver si vale mi palabra o no» (11,23).

8. Efusión del espíritu (11,24-30)

[24] **Salió Moisés y transmitió al pueblo las palabras de Yahvé.
Luego reunió a setenta ancianos del pueblo y los puso alrededor de
la Tienda*.** [25] **Bajó Yahvé en la Nube y le habló. Luego tomó algo del
espíritu que había en él y se lo dio a los setenta ancianos. Y en
cuanto reposó sobre ellos el espíritu, se pusieron a profetizar, pero
ya no volvieron a hacerlo más.**

[26] **Habían quedado en el campamento dos hombres, uno llamado
Eldad y el otro Medad*. Reposó también sobre ellos el espíritu, ya
que, si bien no habían salido a la Tienda, eran de los designados.
Y profetizaban en el campamento.** [27] **Un muchacho corrió a anun-
ciar a Moisés: «Eldad y Medad están profetizando en el campa-
mento.»** [28] **Josué, hijo de Nun, que estaba al servicio de Moisés desde
su mocedad*, tomó la palabra y dijo: «Mi señor Moisés, prohíbese-
lo.»** [29] **Le respondió Moisés: «¿Es que estás tú celoso por mí? ¡Ojalá
que todo el pueblo de Yahvé profetizara porque Yahvé les daba su
espíritu!»** [30] **Luego Moisés volvió al campamento con los ancianos
de Israel.**

V. 24 «del pueblo». Algunos mss, Targum P-J y Vulgata: «de Israel».
V. 26 «Medad». Sam. y griego: «Modad».
V. 28 «desde su mocedad». Griego y algunos mss de sam.: «su elegido».

Los desplazamientos de los personajes que intervienen en este capítulo hacen pensar que la Tienda del Encuentro (véase 11,16.26) se encuentra fuera del campamento. Ya se señaló en el comentario

al cap. 2 que, a diferencia de lo que allí se presupone al describir una tienda destinada al culto y situada en el centro del campamento, hay casos como el que ahora comentamos en el que la Tienda no tiene tanto una función cultual cuanto oracular, es decir, no se menciona que se hagan en ella sacrificios ni se presenten ofrendas, sino que se trata de un lugar desde el que Yahvé habla. Y además, no está en medio del campamento, sino fuera de él. Recordemos que ese capítulo era parte de la redacción sacerdotal y aquí estamos ante textos ya escritos con anterioridad que fueron luego incorporados en la redacción.

Esta sección del relato dice que todo el pueblo pudo comprobar que los ancianos designados para ayudar a Moisés fueron hechos partícipes por Dios del espíritu que tenía Moisés gracias a una manifestación externa de carácter temporal: en ese instante se pusieron a profetizar (véase 11,25.27). La profecía no era lo esencial en la tarea asignada a los ancianos, sino la prudencia para juzgar y colaborar en la guía del pueblo; por eso, esta manifestación profética del espíritu sólo duró un momento. En cambio, la dimensión profética es permanente en la figura de Moisés, y su personalidad profética no admite comparación, pues sólo con él habla Dios cara a cara (véase 12,6-8). Sin embargo, Moisés, con plena rectitud de intención, no busca la exclusividad en la posesión ni en la transmisión de ese espíritu. No teme competidores en su tarea. Atendiendo al bien del pueblo, se alegra de que la donación del espíritu haya favorecido a otras personas, e incluso lo desea para todos los israelitas (véase 11,29). El caso de Eldad y Medad, que aunque eran de los designados se habían quedado en el campamento y que recibieron el espíritu lo mismo que los demás, pone de manifiesto que la fuente del espíritu es Dios mismo, y puede darlo a quien quiere, por encima de las determinaciones humanas.

El pasaje, al igual que los que lo preceden, es de origen presacerdotal y enfatiza la importancia del liderazgo profético y carismático en el pueblo durante su marcha por el desierto. Sin embargo, son conscientes de que esa fuerza carismática no debe ser incontrolada y por eso señala que los ancianos poseyeron momentáneamente esos efectos, pero que no se repitieron las experiencias extáticas (véase 11,25).

9. Las codornices (11,31-35)

**[31] Se alzó un viento, enviado por Yahvé, que hizo pasar codorni-
ces de la parte del mar, y las abatió sobre el campamento, en una
extensión de una jornada de camino a uno y otro lado alrededor
del campamento, y a una altura de dos codos por encima del
suelo*. [32] El pueblo se dedicó todo aquel día y toda la noche y todo
el día siguiente a capturar las codornices. El que menos, reunió
diez modios. Y las tendieron alrededor del campamento. [33] Todavía
tenían la carne entre los dientes, todavía la estaban masticando,
cuando se encendió la ira de Yahvé contra el pueblo, y lo hirió
Yahvé con una plaga muy grande.**

**[34] Se llamó a aquel lugar Quibrot Hatavá, porque allí sepultaron
a la muchedumbre de glotones.**

**[35] De Quibrot Hatavá partió el pueblo hacia Jaserot, donde
acamparon.**

V. 31 «por encima del suelo». Muchos mss hebr.: «por encima de todo el suelo».

De las dos cuestiones planteadas al comienzo de este capítulo, y que se entremezclan en él –las quejas por la comida y el peso de la responsabilidad sobre el pueblo que carga sobre Moisés–, una vez resuelta la segunda se llega al desenlace de la primera. El *rûaḥ,* «espíritu», que había otorgado a los setenta ancianos la participación en el poder de Moisés, también juega ahora un papel fundamental. En hebreo, en efecto, el término *rûaḥ,* la palabra que designa al espíritu, significa en primer lugar «viento».

Ante las quejas del pueblo por la monotonía del maná y la necesidad de ayuda que tiene Moisés, el Señor había concedido su *rûaḥ* (espíritu) a los setenta ancianos que han de ayudar a Moisés y ahora envía su *rûaḥ* (viento) cargado de codornices para saciar el apetito del pueblo.

Este relato subraya la sobreabundancia de los dones divinos, pues el pueblo recogió gran cantidad de carne. Esa generosidad de Dios contrasta con la actitud rebelde y pecadora del pueblo, que en seguida recibió el castigo merecido por su murmuración ante Dios (véase 11,4-7). Su avaricia y su gula convierten el don en instrumento de castigo.

El nombre del lugar, Quibrot Hatavá, significa «tumbas del apetito», uniendo así los recuerdos de las codornices y de los castigos recibidos por el pueblo debido a su dureza de corazón y a su glotonería.

10. Quejas de María y Aarón (12,1-3)

12 1 María habló con Aarón contra Moisés a propósito de la
mujer cusita que había tomado por esposa: porque se había
casado con una cusita*. 2 Decían: «¿Es que Yahvé no ha hablado
más que por medio de Moisés? ¿No ha hablado también por medio
de nosotros?» Y Yahvé lo oyó. 3 Moisés era un hombre muy humil-
de, más que hombre alguno sobre la faz de la tierra.

V. 1 «cusita». Griego: «etíope». Targum: «hermosa».

En los diez primeros capítulos del libro de los Números el pueblo aparecía como una comunidad santa, ordenada, que siempre ponía por obra al momento todo lo que el Señor ordenaba a Moisés. En Nm 11 ya había comenzado a cambiar el panorama y fueron apareciendo las protestas y rebeliones, aunque en esos casos tenían su origen en grupos marginales. La murmuración que provoca el incendio de Taberá es en «una punta del campamento» (11,1), y las quejas por la monotonía de la dieta del maná están incitadas por «la chusma que se había mezclado al pueblo» (11,4). En cambio, ahora la murmuración procede de dentro, del núcleo familiar de Moisés, de su hermana María (véase 26,59) y de su hermano Aarón (véase también Ex 4,14), y se debe a la mujer «cusita» que Moisés había tomado por esposa.

La tierra de Cus, según se entiende habitualmente en la Biblia hebrea, es Etiopía, por tanto la mujer «cusita» sería una etíope. Si fuera así, se trataría de una segunda esposa, además de la madianita Seforá (véase Ex 2,15-22). Aunque también cabe la posibilidad de que se refiera a la misma mujer, ya que, según Ha 3,7, Cusán es nombrado con Madián, por lo que «cusita» podría ser lo mismo que «madianita».

Aarón es el sumo sacerdote que acompaña a Moisés ante el Señor, y María es denominada «la profetisa, hermana de Aarón» en Ex 15, 20, cuando se menciona la iniciativa que tuvo en los cantos y danzas

para festejar el paso del mar (véase Ex 15,21). En la profecía de Miqueas dice Yahvé a Israel: «Pues yo te saqué del país de Egipto, te rescaté de la esclavitud y mandé delante de ti a Moisés, Aarón y María» (Mi 6,4). Se trata, pues, de un personaje que tiene verdadero protagonismo en la salida de Egipto y la marcha por el desierto.

Por eso, la disputa surgida entre María y Aarón frente a Moisés no parece tanto una cuestión puramente familiar cuanto una reivindicación de liderazgo sobre el pueblo. En esa línea se mueve también el tenor de sus palabras de queja: «¿Es que Yahvé no ha hablado más que por medio de Moisés? ¿No ha hablado también por medio de nosotros?» (12,2). Las propias palabras expresan que María y Aarón no entienden sus funciones con actitud humilde, como un carisma al servicio del pueblo, sino como un derecho que puede ser reivindicado. Este rasgo negativo en la conducta de Aarón, así como lo que se cuenta de él en Ex 32, indica que los recuerdos sobre su figura en las tradiciones israelitas no siempre fueron positivos. En cambio Moisés, con la misma actitud humilde ya manifestada anteriormente ante la donación del espíritu a los ancianos (véase 11,29), no se inmuta ante las reclamaciones.

Tal vez se apunta aquí un debate que estuvo abierto durante algunos siglos en la vida religiosa de Israel, entre grupos proféticos y sacerdotales, acerca de si la actividad profética ha de estar subordinada a la autoridad de Moisés y a la tradición legal mosaica. La respuesta acerca de la preeminencia de Moisés vendrá inmediatamente.

11. Respuesta divina (12,4-10)

4 De improviso, Yahvé dijo a Moisés, a Aarón y a María*: «Salid
los tres hacia la Tienda del Encuentro.» Y salieron los tres. 5 Bajó
Yahvé en la columna de Nube y se quedó a la puerta de la Tienda.
Llamó a Aarón y a María y se adelantaron los dos.

6 Dijo Yahvé: «Escuchad mis palabras:
Si hay entre vosotros un profeta*,
en visión me revelo a él,
y hablo con él en sueños.
7 No así con mi siervo Moisés:
él es de toda confianza en mi casa;

[8] **boca a boca hablo con él,**
abiertamente y no en enigmas,
y contempla la imagen de Yahvé*.
¿Por qué, pues, habéis osado hablar contra mi siervo Moisés?»
[9] **Y se encendió la ira de Yahvé contra ellos. Cuando se marchó,**
[10] **y la Nube se retiró de encima de la Tienda, María advirtió que estaba leprosa, blanca como la nieve. Aarón se volvió hacia María y vio que estaba leprosa.**

V. 4 «a Aarón y a María». Griego: «a María y a Aarón». Véase Nm 12,1.

V. 6 «si hay entre vosotros un profeta». TM presenta un texto hebreo incomprensible: «si hay un profeta de vosotros Yahvé». Griego: «si hay un profeta de vosotros en relación al Señor». Sir.: «si hay un profeta, Yo el Señor, ...».

V. 8 «la imagen». Griego y sir.: «la gloria».

La respuesta divina viene a ratificar la prioridad absoluta de Moisés, y no sólo como legislador, sino también como profeta. Su grandeza deriva sobre todo de que a él le hablaba Dios directamente, boca a boca, y no mediante visiones o sueños (véase Dt 13,2; 1 S 9,9), como a los profetas. Por eso Moisés es mayor que los profetas.

Según el texto hebreo, Moisés contemplaba la «imagen» o «figura» (véase 12,8) del Señor, pero, como se ha señalado en las notas textuales, la traducción griega y la siríaca, teniendo sin duda presente el carácter espiritual de Dios y su trascendencia, dice que Moisés contemplaba «la gloria» del Señor. La palabra «imagen» también llamaba la atención de los primeros exegetas judíos, para los que ciertamente requería una explicación. R. Elazar en nombre de R. Yose afirmaba que «se refiere a la visión de la espalda», aduciendo el texto de Ex 33,22-23, en el que cuando Moisés desea ver a Dios, éste le responde: «Al pasar mi gloria, te meteré en la hendidura de la roca y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Luego apartaré mi mano y podrás ver mis espaldas, pero mi rostro no lo verás» (véase *Midrás Sifre Números*, 103,5). La razón de estas dificultades, más que del peligro de tener una visión antropomórfica de Dios, que la propia Escritura emplea en repetidas ocasiones, deriva del contraste abismal entre la santidad de Dios y la indignidad del hombre que, en buena lógica, llevaría a que el hombre muriera con sólo ver a Dios.

Aunque Aarón es tan culpable como María de las quejas contra Moisés (véase 12,1-2), en el relato que nos ha llegado sólo María es castigada severamente. Llama la atención el que se la describa leprosa «blanca como la nieve» (12,10). La puntualización resultaría irónica si la murmuración por la «cusita» (12,1) aludiera al color negro de la piel de una mujer etíope. El castigo ante el rechazo racista habría sido una grave enfermedad que le otorgase irónicamente una blancura extraordinaria.

12. Intercesión de Aarón y de Moisés (12,11-16)

[11] **Y dijo Aarón a Moisés: «Perdón, Señor mío, no cargues sobre**
nosotros el pecado que neciamente hemos cometido. [12] **Por favor,**
que no sea ella como quien nace muerto del seno de su madre, con
la carne medio consumida.»
[13] **Moisés clamó a Yahvé diciendo: «Oh Dios, cúrala, por favor.»**
[14] **Yahvé respondió a Moisés: «Si tu padre le hubiera escupido al**
rostro, ¿no tendría que pasar siete días de vergüenza? Que quede
siete días fuera del campamento y luego sea admitida otra vez.»
[15] **María quedó siete días excluida del campamento. Pero el pueblo**
no partió hasta que ella se reintegró. [16] **Después el pueblo partió de**
Jaserot y acamparon en el desierto de Parán.

Aarón, aterrorizado, acude a Moisés para pedirle perdón y acogerse a su intercesión ante Yahvé. De este modo se está expresando con los hechos lo desatinada que era su reclamación. En su petición, Aarón se dirige a Moisés llamándole «Señor mío» (12,11), confirmando así el reconocimiento de su primacía sobre él. Quienes habían aducido que también ellos habían hablado con Yahvé (véase 12,1) ahora son conscientes de su incapacidad para lograr del Señor la curación y han de asumir que la única intercesión ante Dios que realmente resulta eficaz es la de Moisés. La severidad del castigo, así como la rapidez en la curación de María gracias a la intercesión de Moisés, resaltan su grandeza.

Según el ritual previsto para quienes tuviesen la lepra, primero se requiere un aislamiento durante siete días, y si la llaga se ha res-

tablecido y no se ha extendido por la piel, el afectado aún se mantendrá aislado otros siete días, y si entonces continúa sin extenderse, será declarado puro (véase Lv 13,4-6). Sin embargo, todavía no puede reintegrarse a vivir en su tienda en el campamento. Antes habrá de someterse a un rito de purificación durante el que aún deberá de habitar fuera de su tienda durante otros siete días (véase Lv 14,1-20).

No parece que los «siete días» que María ha de pasar fuera del campamento (véase 12,14), respondan a la aplicación de esa normativa, pues en ese caso se requeriría más tiempo. El Señor le envió la enfermedad y el Señor la curó plenamente sin más rituales. Pero, como su queja fue una gran falta de respeto, ha de asumir el castigo que le corresponde (véase 12,14).

13. Exploración de Canaán (13,1-24)

13 [1] ***Yahvé dijo a Moisés:** [2] **«Envía algunos hombres, uno por**
cada tribu patriarcal, para que exploren la tierra de Canaán
que voy a dar a los israelitas. Que sean todos príncipes entre ellos.»
[3] **Los envió Moisés, según la orden de Yahvé, desde el desierto de**
Parán: todos ellos eran jefes de los israelitas. [4] **Sus nombres eran**
éstos:
por la tribu de Rubén, Samúa, hijo de Zacur;
[5] **por la tribu de Simeón, Safat, hijo de de Jorí;**
[6] **por la tribu de Judá, Caleb, hijo de Jefoné;**
[7] **por la tribu de Isacar, Yigal, hijo de José;**
[8] **por la tribu de Efraín, Hosea, hijo den un*;**
[9] **por la tribu de Benjamín, Paltí, hijo de Rafú;**
[10] **por la tribu de Zabulón, Gadiel, hijo de Sodí;**
[11] **por la tribu de José: por la tribu de Manasés, Gadí, hijo de**
Susí;
[12] **por la tribu de Dan, Amiel, hijo de Guemalí;**
[13] **por la tribu de Aser, Setur, hijo de Miguel;**
[14] **por la tribu de Neftalí, Najbí, hijo de Vafsí*;**
[15] **por la tribu de Gad, Gueuel*, hijo de Maquí*.**
[16] **Ésos son los nombres de los que envió Moisés a explorar el**
país. Pero a Hosea, hijo de Nun, Moisés le llamo Josué.

**17 Moisés los envió a explorar el país de Canaán*, y les dijo:
«Subid ahí por el Negueb y después subiréis a la montaña. 18 Reco-
noced el país, a ver qué tal es, y el pueblo que lo habita, si es fuer-
te o débil, escaso o numeroso; 19 y qué tal es el país en que viven,
bueno o malo; cómo son las ciudades en que habitan, abiertas o
fortificadas; 20 y cómo es la tierra, fértil o pobre, si tiene árboles
o no. Tened valor y traed algunos productos del país.»**

**Era el tiempo de las primeras uvas*. 21 Subieron y exploraron
el país, desde el desierto de Sin hasta Rejob, a la Entrada de Jamat.
22 Subieron por el Negueb y llegaron hasta Hebrón*, donde residían
Ajimán, Sesay y Talmay, descendientes de Anac. Hebrón había sido
fundada siete años antes que Tanis de Egipto. 23 Llegaron al Valle
de Escol y cortaron allí un sarmiento con un racimo de uva, que
transportaron con una pértiga entre dos, y también granadas e
higos. 24 Al lugar aquel se le llamó Valle del Racimo*, por el racimo
que cortaron allí los israelitas.**

V. 1 Antes del v. 1, sam., códices griegos minúsculos y sir. hex. añaden un texto muy próximo a Dt 1,20-23a, que dice: «Os dije: Habéis llegado a las montañas del amorreo, que el Señor, nuestro Dios, nos da. Mira, el Señor, tu Dios, te ha dado el país. Sube, toma posesión de él, como te ha dicho el Señor, Dios de tus padres. No temas ni te asustes. Pero acudisteis a mí todos vosotros diciendo: "Enviemos por delante hombres que exploren el país, y nos informen acerca del camino por donde hemos de subir y de las ciudades en que hemos de entrar". Me pareció bien la propuesta».

V. 8 «Hosea». Sam.: «Josué». Lo mismo sucede en v. 16.

V. 14 «Vafsí». Griego: «Yabí».

V. 15 (a) «Gueuel». Griego: «Gudiel».
(b) «Maquí». Sam.: «Miquí».

V. 17 «Moisés». Sam. lo omite.

V. 20 «el tiempo de las primeras uvas». Griego: «el tiempo en que se producen las primeras uvas».

V. 22 «y llegaron». TM: «y llegó». Sam.: «y caminaron y llegaron», como en v. 26.

V. 24 «se le llamó». TM: «le llamó». Sam., griego, sir. y Targum P-J: «llamaron».

Después de relatar las rebeliones promovidas por grupos marginales en el campamento (véase cap. 11) y también por quienes estaban más cerca de Moisés, María y Aarón (véase cap. 12), ahora comienza la narración de la murmuración de todo el pueblo, asustado por lo que cuentan quienes ha enviado a explorar la tierra a la que se dirigen (caps. 13–14).

El relato de esta nueva murmuración y sus consecuencias está construido sobre un texto pre-sacerdotal de notable amplitud que, no obstante, fue profundamente reelaborado en la redacción sacerdotal hasta adquirir su forma actual.

El lector se aproxima al núcleo central de la estructura narrativa de Números, donde se va a explicar por qué la generación que salió de Egipto fue privada de acceder a la Tierra Prometida. No serían ellos, sino sus hijos, quienes lograsen finalmente tomar posesión de ella.

Siguiendo las instrucciones de Yahvé, Moisés envía a un hombre representativo de cada tribu. El orden en que son enumeradas las tribus es parecido al empleado en 1,5-15, aunque en esta ocasión la de Zabulón, que entonces figuraba detrás de Isacar, aparece desplazada dos lugares hacia atrás, y las dos últimas (Gad y Neftalí) intercambian su posición. Los príncipes que son enviados en representación de cada tribu son diferentes de los que entonces habían sido seleccionados para realizar el censo. Entre ellos se destaca a Hosea, hijo de Nun, de la tribu de Benjamín, a quien se cambia el nombre a Josué (véase 13,16). Ya había sido mencionado en el libro del Éxodo varias veces con el nombre de Josué (véase Ex 17,9-14; 32,17; 33,11) y también en Números, en el pasaje de la donación del espíritu a los setenta ancianos (véase 11,28). A partir de este momento comenzará a cobrar importancia en el relato hasta que, finalmente, sea designado sucesor de Moisés (véase 27,18-23). Tras la muerte de Moisés, asumirá la tarea de guiar al pueblo hasta la tierra de Canaán.

Las instrucciones de Moisés a los exploradores se mueven en dos ámbitos: investigar cómo era la tierra y hacerse cargo de su fertilidad, a la vez que reparar en detalles que podrían ser decisivos para preparar la expedición militar de conquista; cómo era el tipo y número de sus habitantes, así como las fortificaciones con que contaban. Todo parece apuntar a la intención de emprender de inmediato una campaña de asalto.

Nm 13,21 ofrece una descripción sacerdotal del viaje de los exploradores, que presupone que atravesaron casi todo el país, pues llegaron muy hasta el Norte, casi a los confines de Galilea. En efecto, Rejob y Jamat se encuentran en el Valle de Bet Seán, según lo atestigua, entre otros datos arqueológicos, la estela del faraón Seti I (1300

a.C.) encontrada en Bet Seán. Los redactores sacerdotales entienden que la misión de los exploradores se refiere a toda la Tierra Prometida y no sólo a las regiones del Sur.

En cambio, Nm 13,22-24, que forma parte de la narración pre-sacerdotal, sólo menciona un territorio mucho más reducido, todo él en el sur. El Valle del Racimo (*Nehal Eškol*) se encuentra en los entornos de Hebrón. En el relato pre-sacerdotal, la exploración se presentaba como una acción militar de inspección del terreno al que se iba a acceder para planificar la toma de posesión. Para eso interesaba saber si la región era muy poblada o no, si eran fuertes sus habitantes, qué tal abundancia de recursos tenía o si había en ella ciudades amuralladas.

Después de la reelaboración sacerdotal, en su forma final, el relato presenta la exploración casi como una constatación de la grandeza del don de la tierra que Dios ha concedido a su pueblo para que la posea.

Por lo que respecta a una de las cuestiones por las que Moisés les había indicado que se interesasen, que era sobre la fertilidad de la tierra (véase 13,20), las perspectivas que traen los enviados son muy buenas. El relato popular de que los exploradores llevaron un racimo de uvas tan grande que necesitaban de una pértiga llevada entre dos para poder cargarlo es bien expresivo de la fecundidad del terreno. El testimonio de los exploradores confirma, en efecto, que la tierra era excelente, tal y como lo Dios había prometido (véase Ex 3,8).

14. Relato de los enviados (13,25-33)

25 Al cabo de cuarenta días volvieron de explorar la tierra. 26 Fue-
ron y se presentaron a Moisés, a Aarón y a toda la comunidad de los israelitas, en el desierto de Parán, en Cades. Les hicieron una relación a ellos y a toda la comunidad, y les mostraron los productos del país.

27 Les contaron lo siguiente: «Fuimos al país al que nos enviaste, y en verdad que mana leche y miel; éstos son sus productos.
28 Sólo que el pueblo que habita en el país es poderoso; las ciuda-
des, fortificadas y muy grandes; hasta hemos visto allí descen-
dientes de Anac. 29 El amalecita ocupa la región del Negueb; el

**hitita, el amorreo y el jebuseo ocupan la montaña*; el cananeo,
la orilla del mar y la ribera del Jordán.»**
**30 Caleb acalló al pueblo delante de Moisés, diciendo*: «Suba-
mos, y conquistaremos el país, porque sin duda podremos con él.»
31 Pero los hombres que habían ido con él dijeron: «No podemos
subir contra ese pueblo, porque es más fuerte que nosotros.» 32 Y
empezaron a desacreditar ante los israelitas el país que habían
explorado, diciendo: «El país que hemos recorrido y explorado es
un país que devora a sus propios habitantes. Toda la gente que
hemos visto allí es gente alta. 33 Hemos visto también gigantes, hijos
de Anac, de la raza de los gigantes*. Nosotros nos veíamos ante
ellos como saltamontes, y eso mismo les parecíamos a ellos*.»**

V. 29 «el hitita, el amorreo y el jebuseo». TM: «el hitita, el jebuseo y el amorreo». Sam. y griego: «el hitita, el jeveo, el jebuseo y el amorreo».

V. 30 «diciendo». Sam. y griego: «y le dijo».

V. 33 (a) «hijos de Anac, de la raza de los gigantes». Griego lo omite.

(b) Sam. añade un largo pasaje que coincide con Dt 1,27-33, que dice: «Y os pusisteis a murmurar en vuestras tiendas, diciendo: "¡El Señor nos ha sacado del país de Egipto porque nos odia, para entregarnos en manos del amorreo y aniquilarnos! ¿Adónde vamos a subir? Nuestros hermanos nos han destrozado el corazón al decir: 'Es gente más alta y corpulenta que nosotros; sus ciudades son grandes y fortificadas hasta el cielo, e incluso hemos visto anaquitas allí'". Yo os decía: "No os espantéis ni les temáis; el Señor, vuestro Dios, que marcha a vuestro frente, combatirá por vosotros, como visteis que hizo en Egipto y en el desierto, donde has visto que el Señor, tu Dios, te ha llevado como un hombre lleva a su hijo, en todo el camino que habéis recorrido hasta llegar aquí". Pero ni aun así creísteis en el Señor, vuestro Dios, que os precedía en el camino para buscaros lugar donde acampar: de noche mediante el fuego, mostrándoos el camino por el que debíais ir, y de día mediante la nube». Lo mismo hace Sirohexaplar, después de 14,2a.

Cades (véase 13,25) no designa una ciudad ni un punto preciso, sino una región. Es el principal oasis del norte del Sinaí, a unos 75 km. al sudoeste de Berseba. Su nombre se conserva en la fuente de Ayn Qedes, donde durante muchos siglos se han detenido las caravanas como final y principio de etapa.

Si de las dos cuestiones que les había propuesto Moisés que observasen (véase 13,18-20), en lo relativo a la fertilidad de la tierra tenían buenas noticias que llevar, por lo que respecta a las posibilidades de conquistar ese territorio con las fuerzas de que disponían el informe fue muy descorazonador.

Los descendientes de Anac (véase 13,28) son los gigantes que, según viejas tradiciones, poblaban la zona sur de Canaán, y de cuyo origen se da una explicación en Gn 6,1-4. Según ese relato del Génesis, no se trata simplemente de unos seres humanos fuertes y aguerridos, sino de monstruos de la naturaleza surgidos de haber traspasado los límites establecidos en la creación entre lo divino y lo humano. Sólo unos monstruos como ellos pueden sobrevivir en una tierra que devora a sus habitantes. El relato de los exploradores resulta terrorífico para el pueblo.

Los amalecitas eran seminómadas que se movían al sur del Negueb, y con quienes los israelitas lucharon en más de una ocasión (véase Ex 17,8-16). Los hititas habían sido un gran imperio en el siglo XIV a.C., y los amorreos fueron los ocupantes de los valles del Tigris y el Éufrates. Los jebuseos eran los anteriores pobladores de Jerusalén.

Al realzar el poderío de los pueblos que ocupan la tierra, se está preparando al lector del Pentateuco a valorar en su justa medida el poder de Yahvé, ya que él sería quien los arrojase de allí (véase Dt 7,1). Si la presencia de esos pueblos poderosos se añade al retrato sombrío de la tierra que habían dibujado los exploradores, no es de extrañar que decayese el ánimo del pueblo.

En este primer relato de los exploradores, el único que hace frente al desánimo general es Caleb (véase 13,30). La confianza de este personaje en que con la ayuda del Señor podrán superar las dificultades será después ampliamente recordada. Más adelante también se le unirá Josué en la tarea de remover la cobardía del pueblo para lanzarse a la conquista (véase 14,6). Ellos dos, como premio a su arrojo, serán los únicos de la generación que salió de Egipto a los que se concederá llegar a la Tierra Prometida.

Frente a las palabras de Caleb, los otros exploradores exageran los defectos de la tierra para disuadir de intentar conquistarla, hasta el extremo de que presentan una descripción tan aterradora como absurda: «es un país que devora a sus propios habitantes» (13,32). Se trata de una reacción humana frecuente: ante la falta de valor para afrontar las grandes tareas, en vez de reconocer la propia cobardía, se resta importancia o se denigran las metas que cuesta conseguir.

15. Rebelión de Israel (14,1-9)

**14 1 Entonces toda la comunidad alzó la voz y se puso a gritar;
y la gente se pasó llorando toda aquella noche. 2 Luego mur-
muraron todos los israelitas contra Moisés y Aarón, y les dijo toda
la comunidad: «¡Ojalá hubiéramos muerto en Egipto! Y si no,
¡ojalá hubiéramos muerto en el desierto! 3 ¿Por qué Yahvé nos trae
a este país para hacernos caer a filo de espada y que nuestras muje-
res y niños caigan en cautiverio? ¿No es mejor que volvamos a
Egipto?» 4 Y se decían unos a otros: «Nombremos a uno jefe y vol-
vamos a Egipto.»**

**5 Moisés y Aarón cayeron rostro en tierra delante de toda la
asamblea de la comunidad de los israelitas*. 6 Pero Josué, hijo de
Nun, y Caleb, hijo de Jefoné, que eran de los que habían explorado
el país, rasgaron sus vestiduras 7 y dijeron a toda la comunidad de
los israelitas: «La tierra que hemos recorrido y explorado es muy
buena tierra. 8 Si Yahvé nos es favorable, nos llevará a esa tierra y
nos la entregará. Es una tierra que mana leche y miel. 9 No os rebe-
léis contra Yahvé, ni temáis a la gente del país, porque son pan
comido. Se ha retirado de ellos su sombra protectora*, y en cam-
bio Yahvé está con nosotros. No les tengáis miedo.»**

V. 5 «la asamblea de la comunidad». Griego y Targum P-J: «la comunidad».
V. 9 «su sombra protectora». Griego: «el tiempo favorable (*kairós*)».

La rebelión culmina con la pretensión de elegir otro jefe en vez de Moisés y volverse a Egipto. No se trata sólo de un alzamiento contra Moisés y Aarón; es sobre todo un rechazo a Dios. El miedo a las dificultades que piensan que habrán de afrontar les mueve a desistir en el intento de llegar hasta la tierra que Yahvé les había prometido y que está dispuesto a poner en sus manos. Una vez más el pueblo rechaza los dones que Dios le ofrece. La generación que se queja ya había recibido mucho del Señor y había podido experimentar la grandeza de su poder. Habían sido liberados de la esclavitud de Egipto. Habían contemplado en el paso del mar hasta dónde es capaz de llegar la protección que el Señor concede a los suyos. Habían recibido agua en el desierto. Dios los había alimentado con el maná, y les había dado carne para comer. Ahora los exploradores les hablan de

las excelencias de la tierra a la que el Señor los conduce, pero se acobardan ante lo que en su pequeñez le parecen obstáculos insalvables, como si superarlos dependiera de sus fuerzas.

La reacción de Moisés y Aarón, que «cayeron rostro en tierra» (14,5), no ha de interpretarse como una rendición debida a de las quejas del pueblo, sino que probablemente ha de interpretarse como una intercesión ante el Señor, nada más experimentar esta nueva rebelión, a favor de aquellos mismos que los rechazan.

En esa situación, Josué, de la tribu de Efraín, y Caleb, de la tribu de Judá, son los únicos que intentan levantar la moral del pueblo (véase 14,6-9). Precisamente, uno de cada una de las tribus más importantes del Norte y del Sur. En su alegato vuelven a insistir en la bondad de la tierra que el Señor les va a regalar, pero sobre todo en que lo importante no son los efectivos militares ni las fuerzas del pueblo, pues con la ayuda del Señor no tienen nada que temer.

16. Cólera de Yahvé e intercesión de Moisés (14,10-19)

10 Toda la comunidad hablaba de apedrearlos, cuando la gloria
de Yahvé se apareció a todos los israelitas en la Tienda del En-
cuentro*. 11 Y dijo Yahvé a Moisés: «¿Hasta cuándo me va a despre-
ciar este pueblo? ¿Hasta cuándo van a desconfiar de mí, con todas
las señales que he obrado entre ellos? 12 Los heriré de peste y los
desheredaré. Pero a ti te convertiré en un pueblo más grande y
poderoso que ellos*.»

13 Moisés respondió a Yahvé: «Los egipcios se han enterado de que
tú, con tu poder, sacaste a este pueblo de en medio de ellos. 14 Se lo
han contado a los habitantes de este país*. Éstos se han enterado
de que tú, Yahvé, estás en medio de este pueblo, y te das a ver cara
a cara; de que tú, Yahvé, permaneces en tu Nube sobre ellos, y
caminas delante de ellos de día en la columna de nube, y por la
noche en la columna de fuego. 15 Si haces perecer a este pueblo
como a un solo hombre, dirán los pueblos que han oído hablar de
ti*: 16 Yahvé, como no ha podido introducir a ese pueblo en la tie-
rra que les había prometido con juramento, los ha matado en el
desierto*. 17 Muestra, pues, ahora tu poder, mi Señor, como prome-
tiste diciendo: 18 Yahvé es tardo a la cólera y rico en bondad*, tole-

ra iniquidad y rebeldía*; aunque nada deja sin castigo*, castigan-
do la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta
generación. [19] Perdona, pues, la iniquidad de este pueblo conforme
a la grandeza de tu bondad, como has soportado a este pueblo
desde Egipto hasta aquí.»

V. 10 «en la Tienda del Encuentro». Griego, sir. y Targum P-J: «en la nube sobre la Tienda del Encuentro».

V. 12 «a ti te convertiré en un pueblo». TM: «a ti te haré un pueblo». Sam. y griego: «a ti y a tu familia te haré un pueblo».

V. 14 «Se lo han contado a los habitantes de este país. Éstos se han enterado». Griego: «E incluso todos los habitantes de este país se han enterado».

V. 15 «han oído hablar de ti». Griego: «han escuchado tu nombre».

V. 16 «los ha matado». Griego: «los ha abandonado».

V. 18 (a) «rico en bondad». Unos pocos mss hebr., sam. y griego: «rico en bondad y fidelidad».

(b) «iniquidad y rebeldía». Unos pocos mss hebr., sam. y griego: «iniquidad, rebeldía y pecado».

(c) «aunque nada deja sin castigo». Sam.: «y lo deja sin castigo».

La intervención de Josué y Caleb no sirvió para calmar la inquietud del pueblo, que llega a hablar incluso de apedrearlos. Por fin, interviene la gloria del Señor, que amenaza con castigar y, lo que es más tremendo, con desheredar a este pueblo, y crear un pueblo nuevo a partir de Moisés (véase 14,11-12).

Dios se lamenta de que el pueblo lo rechace a pesar de que ha podido comprobar el poder que tiene para sacar adelante lo que se propone, y los amenaza: «Los heriré de peste» (14,12). Es la misma decisión que había tomado con los egipcios que, a pesar de las plagas que estaban padeciendo, se resistían a dejar partir a Israel como era la voluntad de Dios (véase Ex 9,1-7). Los israelitas que, a pesar de todo, quieren volverse a Egipto (véase 14,4), recibirán el mismo pago que los egipcios rebeldes.

La amenaza de desheredar al pueblo (véase 14,12) además de castigarlo con la peste, es muy grave. Ya había sido proferida en otra ocasión, con motivo del episodio del becerro de oro. En aquella ocasión el Señor había hablado a Moisés en unos términos parecidos: «Déjame ahora que se encienda mi ira contra ellos y los devore; de ti, en cambio haré un gran pueblo» (Ex 32,10). Sin embargo, esta vez la ofensa del pueblo ha sido mayor: no sólo se han olvidado del Señor,

sino que ahora, además, hablan de regresar a Egipto, rechazando así el don de la libertad que Yahvé les había concedido.

Como entonces, también ahora Moisés toma la palabra ante el Señor para interceder en favor del pueblo (véase 14,13-19). Esgrime los argumentos que piensa pueden ser más efectivos, como son la defensa del honor de Dios ante los demás pueblos, y el ser clemente y misericordioso, como él mismo se había definido en otras ocasiones (véase Ex 34,6-7).

17. Perdón y castigo (14,20-38)

[20] **Dijo Yahvé: «Le perdono, según tus palabras*.** [21] **Pero por vida
mía y la gloria de Yahvé que llena toda la tierra,** [22] **que ninguno de
los que han visto mi gloria y las señales que he realizado en Egipto
y en el desierto, que me han puesto a prueba ya diez veces y no han
escuchado mi voz,** [23] **verá la tierra que prometí con juramento a sus
padres*. No la verá ninguno de los que me han despreciado.** [24] **Pero
a mi siervo Caleb, ya que fue animado de otro espíritu y me obedeció puntualmente, le haré entrar en la tierra donde estuvo, y su
descendencia la poseerá.** [25] **(El amalecita y el cananeo habitan en el
llano.) Mañana, volveos y partid para el desierto, camino del mar
de Suf.»**

[26] **Yahvé habló así a Moisés y a Aarón:** [27] **«¿Hasta cuándo esta
comunidad perversa murmurará contra mí? He oído las quejas de
los israelitas, que están murmurando contra mí*.** [28] **Diles: Por mi
vida, oráculo de Yahvé, que he de hacer con vosotros lo que habéis
hablado a mis oídos.** [29] **Por haber murmurado contra mí, todos los
que fuisteis censados y contados, de veinte años para arriba, en
este desierto caerán vuestros cadáveres.** [30] **Juro que no entraréis en
la tierra en la que, mano en alto, juré estableceros. Sólo a Caleb,
hijo de Jefoné, y a Josué, hijo de Nun,** [31] **y a vuestros pequeñuelos,
de los que dijisteis que caerían en cautiverio, los introduciré*, y
conocerán la tierra que vosotros habéis despreciado.** [32]**Vuestros
cadáveres caerán en este desierto,** [33] **y vuestros hijos serán nómadas
cuarenta años por el desierto, cargando con vuestra infidelidad,
hasta que no estén por completo todos vuestros cadáveres en el
desierto.** [34] **Según el número de los días que empleasteis en explo-**

**rar el país, cuarenta días, cargaréis cuarenta años con vuestros pecados, un año por cada día*. Así sabréis lo que es rebelarse con-
tra mí*. [35] Yo, Yahvé, he hablado. Eso es lo que haré con toda esta comunidad perversa, amotinada contra mí. En este desierto no quedará uno: en él han de morir.»**

**[36] Los hombres que había enviado Moisés a explorar la tierra, que al volver habían incitado a toda la comunidad a murmurar
contra él*, poniéndose a hablar mal del país, [37]aquellos hombres que habían hablado mal del país, cayeron repentinamente muertos
delante de Yahvé. [38] En cambio, Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jefoné, sobrevivieron de entre los hombres que habían ido a explorar la tierra.**

V. 20 «tus palabras», de acuerdo con muchos mss hebr. y sam. TM: «tu palabra».

V. 23 «a sus padres». Sam. añade: «que iba a darles». Griego añade: «sino vuestros niños, que están conmigo ahora, los que no disciernen el bien y el mal; a los jóvenes inexpertos, a ellos daré la tierra. Pero» (véase Dt 1,39).

V. 27 «están murmurando contra mí». Griego: «están murmurando contra vosotros».

V. 31 «los introduciré». Sir.: «a los que no disciernen el bien y el mal, los introduciré» (véase Dt 1,39).

V. 34 (a) «un año por cada día». Algunos mss hebr. lo omiten.

(b) «rebelarse contra mí». Griego: «el ardor de mi ira».

V. 36 «contra él». Griego: «contra ella [la tierra]».

Dios perdona al pueblo una vez más, y no lo destruye. Pero marca la diferencia entre los que confiaron en Él, como Caleb, y los que, por el contrario, se rebelaron contra Él hasta «diez veces» (14,22), es decir, completamente y con plena conciencia. Es el mismo número de veces que los egipcios, a pesar de la sucesión de las plagas, se iban resistiendo a secundar los planes del Señor y no dejaban salir a su pueblo.

Como respuesta ante la murmuración y desánimo del pueblo, se anuncia el castigo que recibirán, y del que no escapará nadie mayor de veinte años. Todos los que fueron censados al comienzo de libro perecerán en el desierto excepto Caleb y Josué (véase 14,30).

Los cuarenta años de peregrinación empiezan a contar desde ahora, y se corresponden a los cuarenta días que les llevó explorar la Tierra Prometida, dando así a entender la severidad, y al mismo tiempo, la proporción del castigo divino (véase 14,32-35). Los primeros en

recibir aquel castigo fueron los que, habiendo podido contemplar la Tierra Prometida por Dios, causaron el desánimo y las protestas del pueblo, es decir, los que habiendo experimentado de algún modo el don de Dios, no supieron apreciarlo a causa de su cobardía, sino que lo despreciaron y lo desacreditaron ante los otros (véase 14,36-37).

18. Vana tentativa de los israelitas (14,39-45)

[39] **Refirió Moisés estas palabras a todos los israelitas y se afligió**
mucho el pueblo. [40]**Madrugaron y subieron a la cumbre del monte,**
diciendo: «Aquí estamos. Vamos a subir a ese lugar respecto del
cual ha dicho Yahvé que hemos pecado*.» [41] **Moisés les respondió:**
«¿Por qué hacéis eso, pasando por encima de la orden de Yahvé?
Eso no tendrá buen éxito. [42]**No subáis, porque Yahvé no está en**
medio de vosotros, no vayáis a ser derrotados frente a vuestros ene-
migos. [43] **Porque el amalecita y el cananeo están allí contra voso-**
tros, y caeréis a filo de espada, pues después de haber abandonado
vosotros a Yahvé, Yahvé no está con vosotros.» [44] **Pero ellos se obs-**
tinaron en subir a la cumbre del monte. Ni el arca de la alianza de
Yahvé ni Moisés se movieron del campamento. [45] **Bajaron los ama-**
lecitas y los cananeos* que habitaban en aquella montaña, los
batieron y los destrozaron hasta llegar a Jormá*.

V. 40 «hemos pecado». Sam. y sir. hex. añaden: «Y el Señor me advirtió: "Diles: No subáis ni peleéis, para no ser derrotados por vuestros enemigos, pues yo no estoy en medio de vosotros"» (véase Dt 1,42).

V. 45 (a) «bajaron». Sam. y sir. hex. añaden algunas palabras según Dt 1,44: «salieron al paso y los persiguieron como hacen las abejas».

(b) Al final del versículo, sam. y griego añaden: «y se volvieron al campamento» (véase Dt 1,45a).

El pueblo se arrepintió, pero demasiado tarde. Una vez más desobedecieron al Señor, desoyendo la palabra de Moisés. Les había anunciado que estarían cuarenta años en el desierto hasta que esa generación desapareciera como castigo a su infidelidad, pero ellos no se resignaron a esa situación. Prescindiendo de Dios, de Moisés y de la Alianza, intentaron el asalto confiando en sus solas fuerzas y el resultado vino a ratificar su gran error.

Es posible que en este relato se trasmitan noticias de un primer intento frustrado de penetración en Canaán a través del Negueb que no tuvo éxito. Pero, tal y como está en el texto, sirve sobre todo para ilustrar la necedad que supone prescindir de Dios, es más, desobedecerlo, y actuar confiados sólo en las fuerzas humanas.

Jormá, en hebreo, significa «destrucción» (véase 14,45). Posiblemente puede identificarse con Tell el-Mešaš, al este de Berseba, 85 km. al norte de Cades, y en el límite montañoso. Posiblemente la mención de Jormá hay que ponerla en relación con una antigua tradición acerca de los inicios de la conquista. Según Jc 1,17, Judá y Simeón conquistaron Jormá. De esa conquista se guarda también recuerdo en 21,1-3, donde se dice que la consagraron al anatema, y por eso se llamó a aquel lugar Jormá. Teniendo en cuenta las indicaciones geográficas de este pasaje de Números, donde se dice que primero fueron los israelitas los que «se obstinaron en subir a la cumbre del monte» (14,44), parece que en su incursión ya habían conquistado Jormá y siguieron adelante. Entonces bajaron los cananeos y amalecitas y los obligaron a replegarse de nuevo hasta esa posición.

CAPÍTULO 5

ORDENANZAS SOBRE LOS SACRIFICIOS. PODERES DE LOS SACERDOTES Y DE LOS LEVITAS (caps. 15-19)

La generación rebelde que salió de Egipto no entrará en la Tierra Prometida, pero el Señor llevará hasta ella a sus hijos pequeños, aquellos a los que temían perder si emprendían la conquista (véase 14,31).

La mención de los «pequeñuelos» nacidos en el desierto, que pasado el tiempo tomarán posesión de esa tierra, propicia una nueva interrupción del relato de la marcha por el desierto para incluir algunas leyes (véase cap. 15), que en su formulación tienen algo en común y es, precisamente, que miran al momento que los hijos de los israelitas hayan entrado en la tierra que el Señor les dará por morada. Esas leyes se completan luego con unos relatos y normas sobre las prerrogativas de los sacerdotes y de los levitas, derivadas de la elección que el Señor ha hecho de ellos y de las tareas que les ha asignado (caps. 16–19).

En la trama redaccional del libro de los Números estas leyes ofrecen un contrapunto de esperanza a los capítulos anteriores. Si en ellos se había hablado primero de la negativa a acceder a la Tierra Prometida y después del fracaso de un intento precipitado, ahora se presentan unas leyes que dan por supuesto que la posesión de esa tierra es una realidad. La frustración no tiene, pues, la última palabra.

1. La oblación correspondiente a los sacrificios (15,1-16)

15 [1] Yahvé dijo a Moisés: [2] «Di a los israelitas: Cuando entréis en la tierra que yo os daré por morada, [3] y ofrezcáis manjares abrasados a Yahvé en holocausto o sacrificio de comunión, para cumplir un voto, o como ofrenda voluntaria, o con ocasión de vuestras fiestas, ofreciendo así, de vuestros bueyes u ovejas, calmante aroma para Yahvé, [4] el oferente presentará, para su ofrenda a Yahvé, una oblación de una décima de flor de harina amasada con un cuarto de sextario de aceite. [5] Harás una libación de un cuarto de sextario de vino por cada cordero, además del holocausto o sacrificio de comunión*. [6] Si es un carnero*, la oblación será de dos décimas de flor de harina amasada con un tercio de sextario de aceite, [7] y la libación, de un tercio de sextario de vino, que ofrecerás como calmante aroma para Yahvé. [8] Y si ofreces a Yahvé un novillo en holocausto o sacrificio, para cumplir un voto, o como sacrificio de comunión, [9] se ofrecerá además del novillo una oblación de tres décimas de flor de harina amasada con medio sextario de aceite, [10] y una libación de medio sextario de vino, como manjar abrasado de calmante aroma para Yahvé. [11] Así se hará con cada novillo y con las reses menores, cordero o cabrito. [12] Haréis así con cada uno de los que inmoléis, con tantos como hubiere. [13] Así hará todo hombre de vuestro pueblo, cuando ofrezca un manjar abrasado como calmante aroma para Yahvé. [14] Y si reside entre vosotros o entre vuestros descendientes un forastero, y ofrece un manjar abrasado como calmante aroma para Yahvé, hará lo mismo que vosotros. [15] En la asamblea no habrá más que una norma para vosotros y para el forastero residente*. Es decreto perpetuo para vuestros descendientes: será igual delante de Yahvé para vosotros y para el forastero. [16] Una sola ley y una sola norma regirá para vosotros y para el forastero que reside entre vosotros.»

V. 5 Al final del versículo, el griego añade unas palabras: «Será una ofrenda consumida, de suave aroma en honor del Señor» (véase v. 10b).

V. 6 «un carnero». Griego añade unas palabras: «o para el holocausto o para el sacrificio» (véase v. 5a).

V. 15 «en la asamblea no habrá más que una norma (*haqqāhāl ḥuqqah ’aḥat*)». Así el texto hebreo, con probable ditografía (*haqqāhāl ḥuqqah*). De acuerdo con sir. y Vulgata: «no habrá más que una norma».

Se especifican ahora las ofrendas vegetales y las libaciones que debían acompañar a los sacrificios de animales. Éstos eran de dos clases: holocaustos, en los que toda la víctima era quemada, y sacrificios de comunión, de cuya carne participaban los oferentes y los sacerdotes, como se explica en el ritual de sacrificios del Levítico (véase Lv 1-7).

En Lv 23 se mencionan dos ocasiones en las que han de presentarse al Señor ofrendas de grano, carne y libaciones. Es en la ofrenda de la primera gavilla (véase Lv 23,9-14) y en la Fiesta de las Semanas (véase Lv 23,15-22). Los tres tipos de dones han de presentarse también, aunque en otro contexto, cuando se cumplan los días del nazireato (véase 6,13-17). En este texto se asumen esos rituales y se amplían las ocasiones en que pueden ofrecerse, también «como ofrenda voluntaria» (15,3).

Estas normas, que como todas las de esta sección son para «cuando entréis en la tierra que yo os daré por morada» (15,1), se aplicarán por igual tanto al israelita como al forastero que reside entre ellos (véase 15,13-16).

Las ofrendas vegetales y las libaciones son muy antiguas en la tradición israelita, aunque muchos detalles prácticos pudieron ser asumidos del ritual cananeo. Tienden a significar que los sacrificios son el banquete en el que participan Dios y los oferentes, entrando así en comunión. Aunque algunas expresiones, como el «calmante aroma para Yahvé» (véase 15,3) reflejen un antropomorfismo fuerte, como si Dios necesitara aspirarlo, lo cierto es que el Antiguo Testamento sale al paso una y otra vez contra esa consideración, y enseña que los sacrificios no son para satisfacer ninguna necesidad de Dios, sino que son signo de reconocimiento de la soberanía de Dios, del pacto, de la reconciliación, o de la amistad.

Las cantidades señaladas para cada caso expresan también a su manera la fecundidad de la Tierra Prometida. Las cantidades de flor de harina, vino y aceite con las que se complementan las ofrendas, además de las víctimas animales sacrificadas, muestran que, como lo habían anunciado los exploradores, la tierra sería verdaderamente fértil.

2. Las primicias del pan (15,17-21)

[17] **Yahvé dijo a Moisés:** [18] **«Di a los israelitas:**
Cuando entréis en la tierra a la que os voy a llevar, [19] **y comáis el pan del país, reservaréis primero la ofrenda para Yahvé.** [20] **Como primicias de vuestra molienda reservaréis como ofrenda una torta; la reservaréis como reserva de la era.** [21] **Reservaréis a Yahvé una ofrenda de las primicias de vuestra molienda, por todas vuestras generaciones.**

En la instrucción anterior acerca de las ofrendas con motivo de los sacrificios (véase 15,1-16) se había ampliado el contenido de algunas prescripciones de Lv 23, entre ellas las que allí se hacen acerca de la ofrenda de la primera gavilla. Ahora se añade algo más: no sólo se ofrecerán al Señor las primicias del grano, sino también las del pan. Esto es, no sólo se le ofrece parte de lo que produce directamente la naturaleza, sino también lo que se obtiene después de que el hombre con su trabajo ha elaborado el grano de las gavillas. La razón es que no sólo los productos naturales, sino también lo que se fabrica a partir de ellos, son un don del Señor, que ha concedido tanto la materia prima como la capacidad de trabajar y la aptitud para elaborar productos. Por eso, se le ofrecen la primicias del pan, como reconocimiento de que es Él quien hace partícipes a los hombres de todos los bienes de la tierra.

Las primicias de la molienda que se han de ofrece son mencionadas también en Ez 44,30: «lo mejor de vuestras primicias y todas las ofrendas reservadas de cualquier cosa que ofrezcáis, serán para los sacerdotes. Daréis al sacerdote las primicias de vuestras moliendas, para que la bendición repose sobre vuestra casa». También en Ne 10,38a se menciona que el pueblo se comprometió a llevarlas a las dependencias del Templo para los sacerdotes.

3. Expiación de las faltas por inadvertencia (15,22-31)

[22] **«Cuando por inadvertencia no cumpláis alguno de estos preceptos que Yahvé ha comunicado a Moisés,** [23] **algo de lo que os ha mandado Yahvé por medio de Moisés, desde que Yahvé lo ordenó**

en adelante, por todas vuestras generaciones, [24] en el caso de que la
inadvertencia se haya cometido por descuido de la comunidad, toda
la comunidad ofrecerá un novillo en holocausto, como calmante
aroma para Yahvé, con su correspondiente oblación y libación según
costumbre, y un macho cabrío en sacrificio por el pecado. [25] El sa-
cerdote hará la expiación por toda la comunidad de los israelitas,
y se les perdonará, porque ha sido un descuido. Cuando presenten
sus ofrendas, como manjar abrasado a Yahvé, y su sacrificio por el
pecado delante de Yahvé por su descuido, [26] se le perdonará a la
comunidad de los israelitas y al forastero que reside entre ellos,
pues el pueblo entero lo ha hecho por inadvertencia.

[27] «En el caso de que una sola persona haya pecado por inadver-
tencia, ofrecerá en sacrificio por el pecado una cabrita de un año.
[28] El sacerdote hará la expiación delante de Yahvé por la persona
que se ha descuidado con ese pecado de inadvertencia; cuando se
haga expiación por ella, se le perdonará, [29] lo mismo al ciudadano
israelita que al forastero residente entre vosotros*: no tendréis más
que una sola ley para el que obra por inadvertencia.

[30] Pero el que obra a conciencia, sea ciudadano o forastero, ul-
traja a Yahvé*. Tal individuo será excluido de su pueblo, [31] por haber
despreciado la palabra de Yahvé y quebrantado su mandato*. Será
excluido tal individuo: su pecado pesa sobre él.»

V. 29 «entre vosotros». Griego: «entre ellos».
V. 30 «ultraja a Yahvé». Griego: «ultraja a Dios».
V. 31 «su mandato». Sam., griego, sir. y Targum: «sus mandatos».

Continúa una normativa que, al igual que las leyes inmediatamente anteriores, se aplica tanto a los israelitas como al forastero que vive entre ellos.

En esta ocasión se afronta un hecho que puede ser frecuente, teniendo en cuenta la gran cantidad de preceptos que el Señor ha ido señalando al pueblo por medio de Moisés, y que inciden en numerosos detalles muy concretos de la vida ordinaria. Tantos que, a pesar de la intención de cumplirlos, llegado el momento concreto, podría producirse un olvido y quedar alguno incumplido. Se establece, pues, un modo de proceder cada vez que se presente ese caso, ya sea la inadvertencia de toda la comunidad (véase 15,22-26) ya sea de una

persona en concreto (véase 15,27-29). Un desarrollo mucho más amplio de la normativa para el caso del pecado por inadvertencia se encuentra en Lv 4,1 – 5,26.

Todas estas instrucciones invitan a ponderar la gravedad objetiva del pecado. Cuando se ha cometido por inadvertencia, se puede remitir ofreciendo los sacrificios prescritos. En cambio, si se trata de una acción deliberada, los sacrificios rituales son impotentes para alcanzar el perdón, y quien lo comete queda excluido del pueblo (véase 15,30-31).

4. Violación del sábado (15,32-36)

[32] **Cuando los israelitas estaban en el desierto, se encontró a un
hombre que andaba buscando leña en día de sábado.** [33] **Los que lo
encontraron buscando leña lo presentaron a Moisés, a Aarón y a
toda la comunidad.** [34] **Lo pusieron en presidio, porque no estaba
determinado lo que había que hacer con él.** [35] **Yahvé dijo a Moisés:
«Que muera ese hombre. Que lo apedree toda la comunidad fuera
del campamento.»** [36] **Lo sacó toda la comunidad fuera del campa-
mento y lo apedrearon hasta que murió, según había mandado
Yahvé a Moisés.**

Relacionado con la última precisión de la norma anterior, acerca del caso en que el pecado haya sido cometido deliberadamente (véase 15,30-31), se menciona ahora el ejemplo de algo sucedido en esa situación.

La trasgresión del mandato de guardar el sábado para el Señor llevaba consigo la pena de muerte para quien lo cometiera (véase Ex 31,14-15; 35,2). Pero en este caso surgió la duda de si el mero hecho de andar buscando leña ya era de tal gravedad que mereciese una pena tan severa. Es posible que con esa breve descripción de los hechos se esté queriendo hacer notar que aquel hombre tenía intención de encender fuego, lo que está estrictamente prohibido en sábado (véase Ex 35,3), y que se quiera mostrar con este relato que para cometer un pecado grave basta la decisión voluntariamente asumida de hacer algo indebido, aunque en la práctica no llegue finalmente a realizarse.

En este caso se especifica el modo concreto en que se ejecutó la sentencia de muerte, que es el usual en el Judaísmo antiguo: por lapidación. La dureza de la pena prevista sirve para hacer patente la magnitud de la ofensa a Dios que supone cometer un pecado deliberado.

La mención de este incidente en el contexto de la peregrinación de Israel por el desierto es importante, ya que la violación del sábado tuvo lugar antes de llegar a la Tierra Prometida y fue severamente castigada, como para mostrar que la obligación de ese precepto no se circunscribe a la estancia de Israel en su tierra, sino que los miembros del pueblo han de guardarlo allá donde estén.

5. Los flecos de los vestidos (15,37-41)

37 Yahvé dijo a Moisés: 38 «Di a los israelitas que ellos y sus descendientes se hagan flecos en los bordes de sus vestidos, y pongan en el fleco de sus vestidos un hilo de púrpura violeta. 39 Llevaréis, pues, flecos para que, cuando los veáis, os acordéis de todos los preceptos de Yahvé. Así los cumpliréis y no seguiréis los caprichos de vuestros corazones y de vuestros ojos, siguiendo a los cuales os prostituís. 40 Así os acordaréis de todos mis mandamientos y los cumpliréis, y seréis hombres consagrados a vuestro Dios.

41 Yo, Yahvé, vuestro Dios, que os saqué de Egipto para ser vuestro Dios. Yo, Yahvé, vuestro Dios.

Puesto que se acaban de mencionar las faltas por inadvertencia (véase 15,22-29), se establece una que ayude a no olvidarse del Señor en medio de la actividad cotidiana: poner unos flecos en las esquinas del vestido ordinario. Esos flecos servirán «para que, cuando los veáis, os acordéis de todos los preceptos de Yahvé» (15,39).

El uso de los flecos en la orla del vestido es un detalle más de cómo el texto sagrado explica el carácter religioso de algunas costumbres de la época. En adelante, este fleco de color distinto a los demás les recordará a los israelitas su singularidad entre todos los pueblos de la tierra, y manifestará su decisión de obedecer fielmente los preceptos de la Ley, sin miedo a significarse entre las gentes por su comportamiento.

Este pasaje tuvo un particular impacto en la piedad del pueblo, de modo que en el Judaísmo postexílico la recitación de estos versículos se incluyó dentro del *Šemá*, la oración de recitación diaria, que comienza con las palabras de Dt 6,4. Aún hoy, muchos judíos siguen utilizando estos flecos.

La sección legal incluida en este capítulo se cierra con una declaración del Señor sumamente solemne, análoga a la empleada al comienzo del Decálogo (véase Ex 20,2; Dt 5,6), aunque en esta ocasión, insistiendo aún una segunda vez: «Yo, Yahvé, vuestro Dios» (15,41).

6. Rebelión de Coré, Datán y Abirón (16,1-15)

Un pueblo desmoralizado y decaído en su esperanza de alcanzar la Tierra Prometida tras escuchar el informe de los exploradores, era presa fácil para dejarse arrastrar por líderes espontáneos que capitalizaran los arranques de un orgullo herido por la frustración. Y un buen número de hombres sucumbió pronto ante los argumentos demagógicos de quienes intentaron reivindicar puestos o tareas sacerdotales o de mando que no les habían sido encomendadas por el Señor. Todos ellos perecieron.

16 **1 Coré, hijo de Yisar, hijo de Queat, hijo de Leví, Datán y**
Abirón, hijos de Eliab, y On*, hijo de Pélet, hijos de Rubén,
se enorgullecieron 2 y se alzaron contra Moisés junto con doscien-
tos cincuenta israelitas, príncipes de la comunidad, distinguidos en
la asamblea, personajes famosos. 3 Se amotinaron contra Moisés y
Aarón y les dijeron: «Esto ya pasa de la raya. Toda la comunidad
entera, todos están consagrados y Yahvé está en medio de ellos. ¿Por
qué, pues, os encumbráis por encima de la asamblea de Yahvé?»
4 Lo oyó Moisés y cayó rostro en tierra. 5 Dijo luego a Coré y a
toda su cuadrilla: «Mañana por la mañana hará saber Yahvé quién
es de él*, quién es el consagrado, permitiendo que se le acerque. Al
que Yahvé haya elegido le dejará acercarse. 6 Mirad, pues, lo que
habéis de hacer: Tomad los incensarios, Coré y toda su cuadrilla,
7 ponedles fuego y mañana les echaréis incienso ante Yahvé. Aquél
a quien elija Yahvé, será el consagrado; ¡esto ya pasa de la raya,
hijos de Leví!»

**[8] Dijo Moisés a Coré: «Oídme, hijos de Leví. [9] ¿Os parece poco
que el Dios de Israel os haya apartado de la comunidad de Israel
para poneros junto a sí, prestar el servicio a la Morada de Yahvé y
estar al frente de la comunidad atendiendo al culto en lugar de
ella? [10] Os ha puesto junto a sí, a ti y a todos tus hermanos, los hijos
de Leví, ¡y todavía se os ha antojado el sacerdocio! [11] Por eso, es
contra Yahvé contra quien os habéis amotinado*, tú y toda tu cua-
drilla; porque ¿quién es Aarón, para que murmuréis contra él?»**

**[12] Mandó Moisés llamar a Datán y Abirón, hijos de Eliab. Pero
ellos respondieron: «No queremos ir. [13] ¿Te parece poco habernos
sacado de una tierra que mana leche y miel para hacernos morir
en el desierto, que todavía te eriges como príncipe sobre nosotros?
[14] No nos has traído a ningún país que mana leche y miel, ni nos has
dado una herencia de campos y viñedos. ¿Pretendes cegar los ojos
de estos hombres? ¡No iremos!» [15] Moisés se enojó mucho y dijo a
Yahvé: «No mires a su oblación. Yo no les he quitado ni un solo
asno*, ni le he hecho mal a ninguno de ellos.»**

V. 1 «y On» (w^{e}*'ôn*). Tal vez deba leerse «que es» (w^{e}*hû'*), sobre todo teniendo en cuenta que, poco más adelante, sam., griego y varios mss hebr. leen «hijo de Rubén», y no «hijos de Rubén». En este mismo versículo «Pélet» es posible que debiera leerse «Palú», de acuerdo con Nm 26,5 y 8.

V. 5 «mañana por la mañana hará saber Yahvé». Griego: «Dios visitará y hará saber».

V. 11 «contra Yahvé». Griego: «contra Dios».

V. 15 «asno». Griego: «deseo». Este cambio puede ser debido a una confusión, ya que en hebreo las palabras *ḥămôr* (asno) y *ḥãmûd* (deseo) son muy parecidas.

De nuevo el liderazgo de Moisés es puesto en cuestión, esta vez en lo que se refiere a su dimensión sacerdotal. En esta sección se entremezclan la rebelión de los levitas, capitaneados por Coré, y la de los rubenitas, laicos, encabezados por Datán y Abirón. Aunque en el texto masorético parece que se menciona al principio a un personaje más «y On» (16,1), del que no se vuelve a hablar más adelante, lo más probable es que, como hemos señalado al mencionar las variantes textuales, el texto original deba leerse de otro modo: «Datán y Abirón, hijos de Eliab, que es hijo de Pélet, hijos de Rubén…». En cualquier caso parece que nos encontramos ante la fusión de dos textos acerca de dos rebeliones distintas, una de los levitas y otra de

un buen número de rubenitas. Esto vendría ratificado por Dt 11,6, donde se menciona sólo a los rubenitas Datán y Abirón, pero nunca a Coré. Lo más probable es que un texto pre-sacerdotal acerca de la rebelión de Datán y Abirón fuese completado más tarde en la redacción sacerdotal introduciendo los relatos en torno a Coré y los levitas.

La queja se dirige contra Moisés y Aarón, que son los únicos que tienen el privilegio de acercarse al Santuario (véase 16,3), a pesar de que toda la asamblea de Israel está igualmente santificada con la presencia de Dios (véase Ex 19,16). La acusación de que «os encumbráis por encima de la asamblea de Yahvé» esconde el reproche de que han maquinado para hacerse con el poder. Acusación grave, ya que nadie tiene derecho a reclamar para sí mismo esas tareas, sino quien es llamado por Dios.

Además, los levitas se lamentan de que sólo los sacerdotes puedan ejercen unas funciones a las que ellos se consideran también con derecho (véase 16,10). Moisés deja la decisión en manos del Señor y les propone que ofrezcan incienso (véase 16,7). La ofrenda del incienso se consideraba exclusiva de los sacerdotes; por tanto, se trata de una propuesta audaz, al transferir a Dios mismo la decisión de aceptarles o rechazarles como sacerdotes.

En las ceremonias de culto se utilizaban incensarios, pero no hay que pensar en unos incensarios pendientes de cadenas, como los que actualmente son frecuentes, pues entonces eran desconocidos. En aquella época se trataba de simples badiles, esto es, paletas de metal con las que se tomaban unas brasas, sobre las que luego se echaba el incienso. En algunas excavaciones arqueológicas se han encontrado varios incensarios primitivos de este tipo.

La rebelión encabezada por los rubenitas Datán y Abirón fue notable. El hecho de que se unieran a sus reivindicaciones «doscientos cincuenta hombres» (véase 16,2) de entre los principales de la asamblea otorga una particular gravedad al caso. Además, se muestran en rebeldía incluso ante la llamada de Moisés para hablar con ellos (véase 16,12). Al formular sus quejas se refieren provocativamente a Egipto con la expresión «tierra que mana leche y miel» (véase 16,13), que es propia de la Tierra Prometida, y se niegan a continuar viviendo de la esperanza de obtener la heredad de campos y viñas (véase 16,14). Se oponían frontalmente, por tanto, al liderazgo de Moisés.

Por el momento, en el relato se han planteado en paralelo los problemas suscitados por ambas rebeliones. Inmediatamente vendrá el desenlace de cada una de ellas.

7. El castigo (16,16-35)

**[16]Dijo Moisés a Coré: «Tú y toda tu cuadrilla presentaos maña-
na delante de Yahvé*: tú, ellos y Aarón. [17] Que tome cada uno su
incensario, le ponga incienso y lo presente delante de Yahvé; cada
uno su incensario: doscientos cincuenta incensarios en total. Tú
también, y Aarón, presentad cada uno vuestro incensario.»**

**[18] Tomaron cada uno su incensario, le pusieron fuego, le echaron
incienso y se presentaron a la entrada de la Tienda del Encuentro, lo
mismo que Moisés y Aarón. [19] Coré convocó contra éstos a toda la
comunidad a la puerta de la Tienda del Encuentro. Y se apareció
la gloria de Yahvé a toda la comunidad.**

**[20] Habló Yahvé a Moisés y a Aarón y les dijo: [21] «Apartaos de esa
comunidad, que los voy a devorar en un instante.»**

**[22] Ellos cayeron rostro en tierra y clamaron: «Oh Dios, Dios de
los espíritus de toda carne: un solo hombre ha pecado, ¿y te enojas
con toda la comunidad?»**

**[23] Respondió Yahvé a Moisés: [24] «Habla a esa comunidad y diles:
Alejaos de los alrededores de la morada de Coré, Datán y Abirón.»**

**[25] Se levantó Moisés y fue donde Datán y Abirón; los ancianos de
Israel le siguieron. [26] Y habló a la comunidad diciendo: «Apartaos,
por favor, de las tiendas de estos hombres malvados, y no toquéis
nada de cuanto les pertenece, no sea que perezcáis por todos sus
pecados.»**

**[27] Ellos se apartaron de los alrededores de la morada de Coré,
Datán y Abirón.**

**Datán y Abirón habían salido y estaban a la puerta de sus tien-
das, con sus mujeres, hijos y pequeñuelos. [28] Moisés dijo: «En
esto conoceréis que Yahvé me ha enviado para hacer todas estas
obras, y que no es ocurrencia mía: [29] si mueren estos hombres
como muere cualquier mortal, alcanzados por la sentencia común
a todo hombre, es que Yahvé no me ha enviado. [30]Pero si Yahvé
obra algo portentoso*, si la tierra abre su boca y los traga con**

**todo lo que les pertenece*, y bajan vivos al Seol, sabréis que esos
hombres han despreciado a Yahvé.»**

**[31] Y sucedió que, nada más terminar de decir estas palabras, se
abrió el suelo debajo de ellos; [32] la tierra abrió su boca y se los tragó,
con todas sus familias, así como a todos los hombres de Coré, con
todos sus bienes. [33] Bajaron vivos al Seol con todo lo que tenían. Los
cubrió la tierra y desaparecieron de la asamblea. [34] A sus gritos
huyeron todos los israelitas que estaban a su alrededor, pues se
decían: «No vaya a tragarnos la tierra.»**

**[35] Brotó fuego de Yahvé, que devoró a los doscientos cincuenta
hombres que habían ofrecido el incienso.**

V. 16 «tú y toda tu cuadrilla». Griego: «santifica tu cuadrilla».

V. 30 (a) «si Yahvé obra algo portentoso» traducción por sentido entre TM («si Yahvé crea algo nuevo») y griego («si Yahvé muestra algo portentoso»). Tal vez sea preferible la lectura del texto griego, pues resulta insólito un uso del verbo "crear" en este contexto.

(b) «los traga con todo lo que les pertenece». Griego: «los traga con sus familias y todo lo que les pertenece» (véase v. 32).

El desenlace del conflicto se resuelve con el juicio de Dios ante todo el pueblo. Moisés había emplazado a Coré y sus secuaces a ofrecer incienso delante del Señor (véase 16,5-7). Por otra parte advierte al pueblo que se aparte de las moradas de Datán y Abirón, así como de la de Coré (véase 16,24). Si no sucede nada a los cabecillas, es que tenían razón y que Moisés no había sido enviado por Dios, sino que se había hecho con el poder en beneficio propio. Pero el texto dice que sucedió lo contrario: la tierra abrió su boca y se tragó a aquellos hombres con sus secuaces y sus familias (véase 16,31-33). El castigo fue severo y, en esa ocasión, ni siquiera la intercesión de Moisés pudo impedirlo (véase 16,22). Alcanza a la familia y las posesiones de los cabecillas (véase 16,26.32), y no consiste sólo en la muerte, sino en la aniquilación (véase 16,31-32). Se pone así de relieve la gravedad de la rebelión.

La tribu de Rubén, a la que pertenecían Datán y Abirón, los cabecillas de los rebeldes, acusó el impacto de estos sucesos. En el primer censo, realizado aún en el Sinaí, contaba con 46.500 hombres aptos para la guerra (véase 1,21), pero en el segundo censo, el de la siguiente generación, sólo tendrá 43.730 (véase 26,7). Ha perdido, pues, mucha gente.

La lección que dejará el relato quedará imborrable en el pueblo de Israel: sólo quienes siguen con docilidad el querer de Dios podrán proseguir el camino que conduce a la Tierra Prometida. Con ello queda sentado que Moisés detenta la función preeminente de guiar al pueblo en nombre de Dios, que los sacerdotes tienen encomendada la prerrogativa del culto, y que los levitas ejercen las funciones secundarias de la liturgia al servicio de los sacerdotes. Cada uno en su sitio y con las tareas que se le han adjudicado, sin ambicionar puestos o funciones que han sido encomendados a otros.

A la vez, todo este relato enseña que Dios elige para su servicio a quienes quiere, y encomienda a cada persona las funciones que debe desempeñar. Cada uno ha de ser fiel en su puesto. Sin embargo, el afán de poder o de protagonismo pueden llevar a algunos a apetecer e incluso a reivindicar el derecho a puestos a los que no han sido llamados. Estas rebeliones contra el orden establecido por Dios son muy graves, y por eso el texto sagrado muestra que son castigadas con extraordinaria severidad.

8. Los incensarios (17,1-5)

17 1 Dijo Yahvé a Moisés: 2 «Di a Eleazar*, hijo del sacerdote
Aarón, que saque los incensarios* de entre las cenizas y
esparza el fuego a distancia, porque están consagrados, 3 porque
esos incensarios de pecado están consagrados a precio de la vida de esos hombres. Haced con ellos láminas de metal, para cubrir el altar, pues fueron presentados a Yahvé y consagrados. Serán una señal para los israelitas.»
4 Tomó el sacerdote Eleazar los incensarios de bronce* que
habían presentado los que fueron abrasados, y los laminó con des-
tino al altar. 5 Sirven para recordar a los israelitas que no se
acerque ningún laico, que no sea de la descendencia de Aarón, a ofrecer el incienso delante de Yahvé; no le ocurra lo que a Coré y a su cuadrilla, según se lo había dicho Yahvé por medio de Moisés.

Vv. 1-2: «Dijo Yahvé a Moisés: Di a Eleazar». Griego: «Dijo Yahvé a Moisés y a Eleazar».

V. 2 «que saque». Griego: «sacad».

V. 4 «Eleazar». Sam. y griego añaden: «hijo de Aarón» como en v. 2.

En griego, sir. y Vulgata, estos versículos son reproducidos en el cap. 16 (16,36-40).

Según Ex 27,1-2 y 38,1-2, el altar de los holocaustos era de madera de acacia y estaba revestido de bronce. En este breve relato se ofrece una explicación del sentido que tenía ese revestimiento. Sus láminas de bronce procedían de los «incensarios de pecado» (17,1-3) y servían para recordar que nadie «que no sea de la descendencia de Aarón» (17,5) podría acercarse al altar si no quería sufrir el mismo castigo que aquellos que se unieron a las reivindicaciones de Coré (véase cap. 16).

9. Intercesión de Aarón (17,6-15)

6 Al día siguiente, murmuró toda la comunidad de los israelitas
contra Moisés y Aarón, diciendo: «Vosotros habéis matado al pueblo
de Yahvé.» 7 Como se amotinaba la comunidad contra Moisés y
Aarón, se volvieron éstos hacia la Tienda del Encuentro. Y vieron que
la Nube la había cubierto y se había aparecido la gloria de Yahvé.
8 Moisés y Aarón se llegaron hasta delante de la Tienda del Encuentro.
9 Yahvé dijo a Moisés: 10 «Alejaos de esa comunidad, que voy a
consumirlos en un instante.» Ellos cayeron rostro en tierra. 11 Dijo
entonces Moisés a Aarón: «Toma el incensario, ponle fuego del que
hay sobre el altar, echa incienso y vete rápidamente donde la
comunidad a expiar por ellos*. Porque ha salido ya la Cólera de la
presencia de Yahvé y ha comenzado la Plaga.» 12 Aarón lo tomó
como le había dicho Moisés y corrió a ponerse en medio de la
asamblea; la Plaga había comenzado ya en el pueblo. Echó el
incienso e hizo la expiación por el pueblo. 13 Se plantó entre los
muertos y los vivos, y la Plaga se detuvo. 14 Los muertos por aque-
lla plaga fueron 14.700, sin contar los que murieron por causa de
Coré. 15 Luego Aarón se volvió donde Moisés a la puerta de la Tienda
del Encuentro: había cesado ya la Plaga.

V. 11 «vete rápidamente». Sam.: «fue desde el monte».

En griego, sir. y Vulgata, estos versículos son reproducidos en el capítulo 16 (16,41-50).

Las tensiones populares en contra de Moisés y Aarón siguen. No ha sido suficiente lo sucedido con Coré, Datán y Abirón. Lo narrado en el

capítulo anterior podría bastar para aterrorizar a cualquiera que discutiese su autoridad, pero el pueblo sigue murmurando contra ellos.

Moisés y Aarón acuden a la Tienda del Encuentro. Si en el pasaje anterior, Moisés había pedido al pueblo que se apartara de la tiendas de Coré, Datán y Abirón para quedar a salvo del castigo que les iba a sobrevenir (véase 16,24), ahora es Yahvé mismo quien pide a Moisés y Aarón que se aparten del pueblo, ya que muchos del pueblo van a ser consumidos en un instante (véase 17,10).

El castigo no se describe con detalle, aunque se menciona una plaga que avanza dañando al pueblo. Se trata de una desgracia que, como las de Egipto, pone de manifiesto el poder absoluto de Dios. Para que el castigo no extermine al pueblo, será el propio Aarón el que, con una ofrenda de incienso, salga a su encuentro y lo detenga (véase 7,11-13). En el pasaje anterior la osadía de ofrecer incienso había acarreado la aniquilación de Coré, Datán y Abirón, sus secuaces y sus familias. En cambio, nada peligroso sucede a Aarón por ofrecer incienso. Al contrario, logra contener el efecto devastador de la plaga. De este modo se hace notar que es propio del sacerdote expiar por el pueblo y que, cuando ese sacerdocio es legítimo como el de Aarón, Dios atiende a sus peticiones en beneficio de todos.

El libro de la Sabiduría hace memoria de este episodio para realzar la figura de Aarón y la grandeza del sacerdocio aarónida (véase Sb 18,20-25). Entre los primeros comentaristas cristianos la eficacia de la acción de Aarón que sale a ofrecer incienso para detener la plaga fue contemplada como señal de la eficacia de la mediación sacerdotal de Jesucristo. Así lo expresa, por ejemplo, S. Cesáreo de Arlés: «Marchó, pues, Aarón a ofrecer incienso por el pueblo, se puso en pie entre los vivos y los muertos, y la ira del Señor se detuvo. Si has entendido el desarrollo de la historia y has podido ver con tus ojos al sumo sacerdote de pie en medio de los vivos y los muertos –por decirlo de algún modo–, penetra ahora el sentido más profundo de este relato; y fíjate cómo Jesucristo, el verdadero Sacerdote, toma el incensario de la carne humana, y poniendo fuego sobre el altar –su alma gloriosa, sin duda, con la que nació al encarnarse– echando también incienso se coloca entre los vivos y los muertos el que es espíritu inmaculado, y no permite más el avance de la muerte» (*Sermón* 110,2).

10. La rama de Aarón (17,16-28)

16 Yahvé dijo a Moisés: 17 «Habla a los israelitas. Que te den una
rama por cada familia patriarcal: que entre todos los príncipes, en
representación de sus familias patriarcales, te den doce ramas. Y
escribe el nombre de cada uno en su rama. 18 En la rama de Leví
escribe el nombre de Aarón, pues ha de haber una sola rama para
el jefe de la familia de Leví. 19 Las depositarás en la Tienda del
Encuentro, delante del Testimonio, donde me suelo manifestar a
ti*. 20 El hombre cuya rama retoñe, será el que yo elijo. Así dejarán
de llegar hasta mí las murmuraciones que los israelitas profieren
contra vosotros.»

21 Moisés habló a los israelitas, y cada uno de los príncipes le
dio una rama, doce ramas, en representación de todas las familias
patriarcales. Entre sus ramas estaba también la rama de Aarón*. 22
Moisés depositó las ramas delante de Yahvé en la Tienda del
Testimonio. 23 Al día siguiente, cuando entró Moisés en la Tienda
del Testimonio*, vio que había retoñado la rama de Aarón, por la
casa de Leví: le habían brotado yemas, había florecido y había pro-
ducido almendras. 24 Moisés sacó todas las ramas de la presencia de
Yahvé, ante los israelitas; las vieron, y tomaron cada uno su rama.
25 Entonces dijo Yahvé a Moisés: «Vuelve a poner la rama de Aarón
delante del Testimonio, para guardarla como señal para los rebel-
des: acabará con las murmuraciones, que no llegarán ya hasta mí,
y así no morirán.» 26 Moisés lo hizo así*; como le había mandado
Yahvé lo hizo*.

27 Dijeron los israelitas a Moisés: «¡Estamos perdidos! ¡Hemos
perecido todos! ¡Hemos perecido! 28 Cualquiera que se acerca a la
Morada de Yahvé*, muere*. ¿Es que vamos a perecer hasta no que-
dar uno?»

En griego, sir. y Vulgata, comienza aquí el cap. 17.

V. 19 «manifestar a ti», de acuerdo con griego, sir. y 4 mss hebr. TM: «manifestar a vosotros».

V. 21 «entre sus ramas estaba también la rama de Aarón». Vulgata: «entre sus ramas no estaba la rama de Aarón».

V. 23 «entró Moisés». Griego: «entró Moisés y Aarón» como en v. 9.

V. 26 (a) «Moisés». Griego: «Moisés y Aarón».

(b) «como le había mandado Yahvé lo hizo». Griego: «como le había mandado Yahvé a Moisés lo hicieron».

V. 28 (a) «cualquiera que se acerca», con griego, sir. y Vulgata. TM: «todo el que se acerca, cualquiera que se acerca».
(b) «muere». Sam.: «será muerto».

Después de tantas tensiones y de la fuerte oposición que una parte notable del pueblo había mostrado frente al sacerdocio de Aarón, el Señor quiere ratificar que él es el elegido para esas tareas.

La palabra hebrea *maṭṭeh* significa a la vez «rama» y «tribu», de modo análogo a como en castellano «rama» puede designar una familia dentro de un conjunto de parientes más amplio. Dios pide que entreguen a Moisés «doce ramas» (17,17), una por cada familia patriarcal. Probablemente habría que añadir a esta una más, la de Leví, en la que iría grabado el nombre de Aarón, con lo que en total el número de ramas depositadas ante la Tienda del Encuentro serían trece, pues las tribus de Israel si se cuenta a Leví, como aquí sucede, son trece, ya que por parte de los descendientes de José hay dos tribus, la de Efraín y la de Manasés.

Con el prodigio de la rama que brota y florece se subraya la preeminencia de Aarón. No florece porque sea distinta, puesto que todas las ramas son iguales (véase 17,17-18), sino porque Dios la ha elegido por pura benevolencia. La producción de flores y frutos es símbolo de vitalidad y de bendición divina (véase Gn 1,11.22.28).

Cuando el pueblo sencillo comprueba de modo visible el poder de Dios quedan aterrorizados (véase 17,27-28). Los que, soliviantados por aquellos que maquinaban para adquirir el sacerdocio sin que el Señor se lo hubiera concedido, estaban crecidos en sus reivindicaciones, ahora están asustados. El pueblo ha entendido de modo inolvidable que nadie que no sea sacerdote puede acercarse al altar.

Este cambio de sentimientos al reconocer que han pecado da pie para que en el siguiente capítulo se exponga con detalle la función expiatoria que tiene el sacerdocio.

11. Función expiatoria del sacerdocio (18,1-7)

18 [1] **Entonces Yahvé dijo a Aarón: «Tú, tus hijos y la casa de tu**
padre contigo, cargaréis con las faltas cometidas contra el
santuario. Tú y tus hijos cargaréis con las faltas de vuestro sacer-
docio. [2] **Haz que se acerquen también contigo tus hermanos de la**

**rama de Leví, de la tribu de tu padre. Que sean tus ayudantes y
te sirvan a ti y a tus hijos*, delante de la Tienda del Testimonio.
3 Atenderán a tu ministerio y al de toda la Tienda. Pero que no se
acerquen ni a los objetos sagrados ni al altar, para que no muráis
ni ellos ni vosotros. 4 Serán tus ayudantes*, desempeñarán el minis-
terio en la Tienda del Encuentro, todos los servicios de la Tienda,
y ningún laico se acercará a vosotros. 5 Vosotros desempeñaréis el
ministerio en el santuario y en el altar, y así no vendrá de nuevo la
Cólera sobre los israelitas. 6 Yo he elegido a vuestros hermanos los
levitas, de entre los demás israelitas. Son un don que os hago*; son
«donados» a Yahvé para prestar servicio en la Tienda del Encuen-
tro. 7 Pero tú y tus hijos os ocuparéis de vuestro sacerdocio en todo
lo referente al altar y a todo lo de detrás del velo y prestaréis vues-
tro servicio. Os doy vuestro sacerdocio como un servicio gratuito.
El laico que se acerque morirá.»**

V. 2 «que sean tus ayudantes». TM: «que te acompañen».
V. 4 «serán tus ayudantes». TM: «te acompañarán».
V. 6 «que os hago». Griego, sir. y Vulgata lo omiten.

Después de los relatos ejemplares contenidos en los capítulos anteriores, ahora se formulan de manera más formal los derechos y las responsabilidades, tanto de los sacerdotes como de los levitas, siempre en el contexto fundamental de que tanto los unos como los otros, cada uno en el desempeño de su función, están al servicio de pueblo para expiar por sus faltas y dar culto al Señor (véase 18,1). Muchos del pueblo reivindicaban el acceso al sacerdocio y se habían rebelado contra Moisés y Aarón, pero quedó claro que sólo puede acceder al sacerdocio aquel que sea llamado por el Señor, como Aarón. Ahora, el modo en que se introducen las palabras de Dios ratifica esa elección. En efecto, el Señor habla directamente a Aarón en este capítulo (véase 18,1.8.20) y no, como es habitual, a través de Moisés. Este hecho es particularmente significativo en este contexto, ya que en todo el Pentateuco sólo hay una ocasión más en que se diga que el Señor habló a Aarón (véase Lv 10,8).

En esta sección, de redacción sacerdotal, se detallan las funciones de sacerdotes y levitas. A los sacerdotes corresponde estar en primera línea en la Tienda del Encuentro y ejercer el ministerio en todo lo relacionado con el altar y el santo de los santos (véase 18,7).

Al tratar de las funciones de los levitas, se dice por dos veces a Aarón que serán sus ayudantes (lit. «que lo acompañarán»; véase 18,2.4). El verbo empleado en el texto hebreo es *lwh* («acompañar»), que es de la misma raíz que *lwy* (levita). Se explica así que lo esencial de la misión de los levitas es acompañar a los sacerdotes en sus tareas de culto. Se dice además que los levitas están al servicio de los sacerdotes, pues a ellos han sido «donados» (18,6), formando como una segunda línea en torno a la Tienda. No han de sentir envidia de los sacerdotes, pues también ellos han sido objeto de una elección divina de entre todos los israelitas (véase 18,6). Simplemente tienen asignadas unas tareas distintas y complementarias a las de los sacerdotes para, entre todos, servir adecuadamente al Señor. Se insiste, por último, una vez más en que «el laico que se acerque morirá» (18,8).

12. Derechos de los sacerdotes (18,8-19)

8 Dijo Yahvé a Aarón: «Yo te doy el ministerio de lo que se reser-
va para mí. Todo lo consagrado por los israelitas te lo doy a ti y a
tus hijos, como porción tuya, por decreto perpetuo. 9 Esto es lo que
será tuyo de las cosas sacratísimas apartadas del fuego*: todas las
ofrendas que me restituyan los israelitas, como oblación, como
sacrificio por el pecado, o como sacrificio de reparación, son sacra-
tísimas: serán para ti y para tus hijos. 10 De las cosas sacratísimas os
alimentaréis. Todo varón las podrá comer. Las considerarás como
cosa sagrada.

11 También te pertenecerá la ofrenda reservada de todo lo que los
israelitas entreguen como ofrenda de balanceo; te lo doy a ti y a tus
hijos y a tus hijas por decreto perpetuo. Cualquiera que esté puro
en tu casa lo podrá comer. 12 Todo lo mejor del aceite y la flor del
mosto y del trigo, las primicias que ofrezcan a Yahvé, te las doy a
ti. 13 Los primeros productos que lleven a Yahvé, de todo lo que pro-
duzca su tierra, serán para ti. Todo el que esté puro en tu casa lo
podrá comer. 14 Cuanto caiga bajo el anatema en Israel, será para ti.
15 Todo primogénito de cualquier especie, hombre o animal, que se
presente a Yahvé será para ti. Pero harás rescatar al primogénito

del hombre y al primogénito de animal impuro. 16 Los harás resca-
tar al mes de nacidos, según tu valoración, por cinco siclos de
plata*, siclos del santuario, que son de veinte óbolos. 17 Pero al pri-
mogénito de vaca, o de oveja, o de cabra, no lo rescatarás: es sagra-
do. Derramarás su sangre sobre el altar y su grasa la harás arder
como manjar abrasado de calmante aroma para Yahvé. 18 Su carne
será para ti, así como el pecho del rito del balanceo y la pierna
derecha. 19 Todo lo reservado de las cosas sagradas que los israeli-
tas reservan a Yahvé, te lo doy a ti y a tus hijos e hijas, por decre-
to perpetuo. Alianza de sal es ésta, para siempre, delante de Yahvé,
para ti y tu descendencia.»

V. 9 «apartadas del fuego». Griego: «de las ofrendas de frutos».
V. 16 «por cinco siclos de plata», con griego. TM: «lo rescatarás por cinco siclos de plata».

Los sacerdotes son los encargados de ofrecer los sacrificios y presentar al Señor las ofrendas de los israelitas, y el Señor les adjudica para su sustento una parte de cuanto le ofrecen a él. En diversos textos se especifica también la parte que les correspondía en cada tipo de sacrificio u ofrenda, pero aquí se ofrece un breve sumario al hablar de la función expiatoria del sacerdocio (véase 18,1). Las asignaciones que aquí se determinan son muy favorables para los sacerdotes.

«Alianza de sal» (18,19) significa que es perpetua e inviolable. En aquellas zonas desérticas la sal era muy apreciada porque previene la deshidratación. De hecho, la participación en una comida y tomar la misma sal sellaba los pactos entre las personas. Era además utilizada en los sacrificios (véase Lv 2,13), porque, teniendo la propiedad de conservar los alimentos, es signo de pervivencia y de fidelidad.

En el fondo de estas normas late la idea de que el servicio del Templo redunda en beneficio de la comunidad entera y, por tanto, ésta tiene obligación de procurar el sustento digno de sus servidores. San Pablo recoge esta misma responsabilidad: sin descender a detalles indica que los cristianos deben colaborar en las necesidades materiales de la Iglesia (véase 1 Co 9,8-14).

13. Derechos de los levitas (18,20-24)

[20] Yahvé dijo a Aarón: «Tú no tendrás heredad ninguna en su tierra; no habrá porción para ti entre ellos. Yo soy tu porción y tu heredad entre los israelitas. [21] A los hijos de Leví, les doy en herencia todos los diezmos de Israel, a cambio de su servicio: del servicio que prestan en la Tienda del Encuentro. [22] Los israelitas no se volverán a acercar a la Tienda del Encuentro: cargarían con un pecado y morirían. [23] Será Leví el que preste servicio en la Tienda del Encuentro*: ellos cargarán con sus faltas. Es decreto perpetuo para vuestros descendientes: no tendrán heredad entre los israelitas, [24] porque yo les doy en herencia a los levitas los diezmos que los israelitas reservan para Yahvé. Por eso les he dicho que no tendrán heredad entre los israelitas.»

V. 23 «Leví el que preste servicio». TM: «el levita quien preste servicio». Griego: «los levitas quienes presten servicio».

Una vez que se han especificado con cierto detalle los derechos de los sacerdotes (véase 18,8-19), ahora el Señor enumera a Aarón lo que corresponde a los levitas que ayudan a los sacerdotes. A pesar de que algunos de ellos se habían sumado al bando de Coré (véase 16,5) y recibieron un castigo ejemplar, el Señor sigue contando con ellos para las tareas asignadas, y también ha de proveer a su sustento.

Lo que se concede a los levitas son todos los diezmos que los israelitas estaban obligados a entregar. Son dignos de recibir eso para su sustento, ya que prestan un servicio en nombre de todo el pueblo, pues ninguno que no haya sido llamado puede acercarse a las tareas relacionadas con la Tienda sin sufrir daño. La entrega de los diezmos no consiste en una simple donación para subvenir a las necesidades de los levitas, sino en una estricta obligación jurídica que deriva del trabajo que realizan, y sobre todo de que no se les había adjudicado heredad alguna sobre la tierra.

En la vida práctica, el diezmo de los levitas venía a ser como un impuesto que debían pagar todos los israelitas. No se trata de una práctica extraña, ya que las tasas reales asociadas con el mantenimiento de algunos santuarios eran frecuentes en las monarquías de Próximo Oriente en la antigüedad.

14. Los diezmos (18,25-32)

25 Dijo Yahvé a Moisés: 26 «Habla así a los levitas: Cuando perci-
báis de los israelitas el diezmo que yo tomo de ellos y os doy en
herencia, reservaréis de él la parte de Yahvé: el diezmo del diezmo.
27 Vuestra ofrenda reservada equivaldrá a la del trigo tomado de la
era y el mosto del lagar. 28 Así también vosotros reservaréis previa-
mente la reserva de Yahvé de todos los diezmos que percibáis de
los israelitas. Se lo daréis como ofrenda reservada de Yahvé al
sacerdote Aarón. 29 De todos los dones que recibáis, reservaréis la
parte de Yahvé: lo mejor de todo lo consagrado. 30 Les dirás: Una
vez que hayáis reservado lo mejor, que equivale para los levitas al
producto de la era y al producto del lagar, 31 lo podréis comer, en
cualquier lugar, vosotros y vuestras familias: es vuestro salario por
vuestro servicio en la Tienda del Encuentro. 32 No tendréis que car-
gar por ello con ningún pecado, pues antes habéis reservado lo
mejor: así no profanaréis las cosas consagradas por los israelitas
y no moriréis.»

En esta sección el Señor se dirige de nuevo a Moisés, como es lo habitual, en vez de hacerlo directamente a Aarón, como había sucedido varias veces en este cap. 18. El cambio se produce porque se trata de instrucciones dirigidas a los levitas acerca de los diezmos que han de percibir, del que a su vez han de reservar un diezmo para el Señor, que entregarán a Aarón.

Esta legislación sacerdotal pertenece a una etapa intermedia entre Dt 14,28-29; 26,12, en que los levitas solamente participan del diezmo trienal, y 35,1-8, donde se les adjudican también bienes raíces, como son ciudades y los terrenos aledaños, donde pueden tener pastos para sus ganados.

Las estipulaciones contenidas en este capítulo acerca del sustento de sacerdotes y levitas presuponen que a los miembros de la tribu de Leví no les corresponde un territorio en la tierra de Canaán, del que puedan mantenerse, pues han sido segregados de los demás para servir en las tareas del culto; por eso, han de mantenerse de lo que todo el pueblo ofrezca al Señor.

15. Las cenizas de la vaca roja (19,1-10)

19 1 Dijo Yahvé a Moisés y a Aarón: 2 «Éste es uno de los pre-
ceptos de la ley, prescrito por Yahvé con estas palabras: Di a
los israelitas que te traigan una vaca roja, sin defecto, que no tenga
mancha alguna, y que no haya llevado yugo. 3 Dádsela al sacerdote
Eleazar. Que la saquen fuera del campamento y sea inmolada en su
presencia. 4 Entonces el sacerdote Eleazar untará su dedo en la san-
gre de la vaca y hará con la sangre siete aspersiones hacia la entra-
da de la Tienda del Encuentro. 5 Luego será quemada la vaca en su
presencia, con su piel, su carne, su sangre e incluso sus excremen-
tos. 6 Tomará el sacerdote leña de cedro, hisopo y grana, y la echa-
rá en medio de la hoguera de la vaca. 7 El sacerdote purificará sus
vestidos y se lavará el cuerpo con agua; luego podrá ya entrar en el
campamento; pero será impuro el sacerdote hasta la tarde. 8 El que
haya quemado la vaca purificará sus vestidos con agua* y lavará
su cuerpo con agua*; pero será impuro hasta la tarde. 9 Un hombre
puro recogerá las cenizas de la vaca y las depositará fuera del cam-
pamento, en lugar puro. Servirán a la comunidad de los israelitas
para el rito de agua lustral: es un sacrificio por el pecado. 10 El que
haya recogido las cenizas de la vaca lavará sus vestidos y será
impuro hasta la tarde. Éste será decreto perpetuo tanto para los
israelitas como para el forastero residente entre ellos.

V. 8 (a) «sus vestidos con agua». Unos pocos mss hebr., griego y sir. Dicen «sus vestidos».
(b) «su cuerpo con agua». Griego «su cuerpo».

Los ritos de purificación ritual dan unidad a este capítulo, todo él de redacción sacerdotal, que contiene tres apartados: las cenizas de la vaca roja (19,1-10); las disposiciones para borrar algunas impurezas rituales (19,11-16); la preparación y uso del agua lustral (19,17-22).

Este primer apartado del capítulo contiene las instrucciones para obtener las cenizas de una vaca roja destinadas a la elaboración de un agua lustral que se empleará en ritos de purificación por el pecado. La vaca ha de ser sin defecto y se requiere «que no haya llevado yugo» (19,2), es decir, que no se haya utilizado para realizar trabajos profanos, no cultuales, como los de arrastre. El ritual con que ha de

ser sacrificada, bajo supervisión sacerdotal, se parece al de los sacrificios, pero no se trata de un sacrificio, ya que no se ofrece en el altar ni por un sacerdote, sino que le da muerte un laico en presencia del sacerdote y se la quema «fuera del campamento» (véase 19,3).

El ceremonial de la vaca roja contiene varios elementos arcaicos, cuyo significado no es del todo conocido, aunque en todos ellos prevalece la referencia a la protección. En el Próximo Oriente antiguo el color rojo que evoca la sangre, principio de la vida, se considera que protege de la muerte. Las ramas de cedro, el hisopo y la grana eran considerados como medicinales. Es posible que fuera un rito inicialmente pagano, pero que en el culto de Israel quedó despojado de todo carácter mágico.

Como se ha señalado, la inmolación se realiza «fuera del campamento» (véase 19,3). Algunos Padres de la Iglesia vieron esta inmolación, que forma parte de un rito purificador, como una prefiguración del sacrificio de Jesús que «para santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta» (Hb 13,12).

16. Casos de impureza (19,11-16)

11 «El que toque un muerto, cualquier cadáver humano, será
impuro siete días. 12 Se purificará con aquella agua los días tercero
y séptimo, y quedará puro*. Pero si no se ha purificado los días tercero y séptimo, no quedará puro. 13 Todo el que toca un muerto, un
cadáver humano, y no se purifica, mancha la Morada de Yahvé; ese individuo será excluido de Israel, porque las aguas lustrales no han corrido sobre él: es impuro; su impureza sigue sobre él.

14 «Ésta es la ley para cuando uno muere en la tienda*. Todo el que entre en la tienda, y todo el que esté en la tienda, será impuro
siete días. 15 Y todo recipiente descubierto, que no esté cerrado con tapa o cuerda, será impuro.

16 «Todo el que toque, en pleno campo, a uno víctima de la espada, o a un muerto, o huesos de hombre, o una sepultura, será impuro siete días.

V. 12 «quedará puro» con sam., griego, sir. y Vulgata. TM: «purificará».

V. 14 «tienda». Griego: «casa», como en v. 18.

Las reglas acerca de la pureza de Lv 11–16 no mencionaban el contacto con un cadáver como causa de impureza. Sin embargo, aquí se considera que produce una impureza importante, pues quien la hubiera contraído debería de hacer dos abluciones con el agua lustral antes de entrar en el santuario (véase 19,12-13). Al nazireo (véase 6,9-11) y al sacerdote (véase Lv 21,1-4) se les prohibía tocar a un muerto, y el sumo sacerdote no podía acercarse ni siquiera al cadáver de su propio padre (véase Lv 21,11).

Cuando una persona moría al aire libre, quedaban impuros los que tocaran su cadáver. Pero ahora se concreta más: si la muerte se producía en el interior de una tienda, quedarían impuros, aunque no hubieran tocado ni tenido ningún contacto físico con el cadáver, todos los que estuviesen en esa tienda o entraran en ella, así como todos los recipientes que no estuviesen cerrados (véase 19,14-15). Se entiende que, al ser un recinto cerrado, todo lo que esté en ese espacio queda contaminado por su cercanía a la muerte.

Esta normativa refleja un profundo respeto a todo lo relacionado con la vida y con la muerte. Ambas provienen de Dios, pero Él es el único autor de la vida. Por tanto, aun los que por obligación o por piedad familiar han tocado un cadáver, deben purificarse con esmero antes de acercarse al culto de Dios.

Es probable que entre las motivaciones de estas normas esté también el hecho de facilitar unas instrucciones que permitieran minimizar el contagio de enfermedades. Incluso puede suponerse que los hebreos, como otros pueblos de la antigüedad, evitasen todo aquello que estuviera en relación con los muertos, al considerar la muerte como un tabú. Pero, por encima de todo ello, las disposiciones prescritas, más que a los efectos que puede ocasionar el contacto con un cadáver, miran a la excelencia del culto, que exige limpiarse de todo lo que los hombres sencillos consideran contaminación.

17. El ritual de las aguas lustrales (19,17-22)

[17] «**Se tomará para el impuro ceniza de la víctima inmolada en sacrificio por el pecado, y se verterá encima agua corriente de una vasija*.** [18] **Un hombre puro tomará el hisopo, lo mojará en agua y rociará la tienda* y todos los objetos y personas que había en ella*,**

e igualmente al que tocó los huesos o al asesinado, o al muerto, o
la sepultura. [19] El hombre puro rociará al impuro los días tercero y
séptimo: el séptimo día le habrá limpiado de su pecado. Lavará el
impuro sus vestidos, se lavará con agua, y será puro por la tarde*.
[20] Pero el hombre que quedó impuro y no se purificó, ése será
excluido de la asamblea, pues ha manchado el santuario de Yahvé.
Las aguas lustrales no han corrido sobre él: es un impuro.
[21] «Éste será para vosotros decreto perpetuo*. El que haga la
aspersión con las aguas lustrales lavará sus vestidos, y el que haya
tocado las aguas lustrales será impuro hasta la tarde. [22] Y todo lo
que haya sido tocado por el impuro, será impuro; y la persona que
le toque a él, será impura hasta la tarde.»

V. 17 «se verterá». Sam., griego, sir. y Vulgata: «verterán».

V. 18 (a) «tienda». Griego: «casa», como en v. 14.

(b) «y todos los objetos». Unos pocos mss hebr., sam., griego y sir. lo omiten.

V. 19 «puro por la tarde». Griego y Vulgata: «impuro hasta la tarde», como el TM en vv. 7, 8, 10, 21ss.

V. 21 «será para vosotros» con algunos mss hebr., sam., griego, sir. y Targum P-J. TM: «será para ellos».

Una vez señalados los casos en que se adquiere una impureza por contacto con cadáver o por estar en la tienda donde ha fallecido (véase 19,11-16), se indica el modo de purificarse de ella. El rito es relativamente simple, y no requiere la intervención de los sacerdotes. Basta que un hombre puro rocíe con el agua lustral la tienda, los objetos y a las personas, a todas las que tocaron el cadáver o la sepultura. Al final, el impuro se lavará y lavará sus vestidos, y quedará purificado. También quienes hagan la aspersión con las aguas lustrales quedarán impuros ese día hasta la tarde.

La situación de este ritual en este contexto del libro de los Números es significativa. Inmediatamente se hablará de algunos fallecimientos. Pronto morirán María y Aarón; más adelante, poco a poco, irá pereciendo en el desierto toda la generación de los que salieron de Egipto y se rebelaron contra el Señor en Cades ante el informe de los exploradores, excepto Josué y Caleb. Sólo sus hijos, le siguiente generación, llegarán a entrar en la Tierra Prometida.

CAPÍTULO 6

DE CADES A MOAB (20,1 – 25,18)

Los relatos de la marcha por el desierto, en los que se trataba de las sucesivas murmuraciones del pueblo ante el Señor, se habían interrumpido en el cap. 15 para dejar paso a unos textos sobre las prerrogativas de los sacerdotes y levitas (véase caps. 15–19). Una vez terminados esos textos, se regresa ahora al anterior escenario narrativo y continúan los detalles de una peregrinación camino de la Tierra Prometida, donde reaparecen las quejas ante las dificultades que se van presentando al pueblo.

Cuando los enviados a explorar la tierra de Canaán regresaron de su expedición, el pueblo de Israel se encontraba en el desierto de Parán, en Cades (véase 13,26). Cades no es propiamente una ciudad, sino una zona de frondosos oasis. Es un punto importante de referencia en las etapas del pueblo de Israel hacia la tierra de Canaán. El desierto de Sin, del que ahora se habla, es distinto del que con un nombre muy parecido se menciona en Ex 16,1 y 17,1. Constituye la franja noroeste del de Parán, a donde la nube había conducido a los israelitas desde el Sinaí (véase 10,12). A partir de aquí comienzan las zonas habitadas, y los israelitas se irán encontrando, y de ordinario teniendo problemas, con las gentes que viven en aquellos territorios, que, como es lógico, miran con preocupación a un grupo tan numeroso de gente que atraviesa y acampa en sus tierras.

Los años han ido pasando desde que salieron de Egipto. Aquella generación va envejeciendo y les va llegando el momento de la muerte. Entre los que han tenido protagonismo en los relatos anteriores, quien primero muere y es sepultada es María (véase 20,1). Poco a poco le irán siguiendo otros, hasta que se complete el cambio generacional.

1. Las aguas de Meribá (20,1-13)

20 [1] **Los israelitas, toda la comunidad, llegaron al desierto de Sin el mes primero, y todo el pueblo se quedó en Cades. Allí murió María y allí la enterraron.**

[2] **No había agua para la comunidad, por lo que se amotinaron contra Moisés y contra Aarón.** [3] **El pueblo protestó contra Moisés, diciéndole: «Ojalá hubiéramos perecido igual que perecieron nuestros hermanos delante de Yahvé.** [4] **¿Por qué habéis traído a la asamblea de Yahvé a este desierto, para que muramos en él nosotros y nuestros ganados?*** [5] **¿Por qué nos habéis subido de Egipto, para traernos a este lugar pésimo: un lugar donde no hay sembrado, ni higuera, ni viña, ni granado, y donde no hay ni agua para beber?»**

[6] **Moisés y Aarón dejaron la asamblea, se fueron a la entrada de la Tienda del Encuentro y cayeron rostro en tierra. Y se les apareció la gloria de Yahvé.** [7] **Yahvé habló con Moisés y le dijo:** [8] **«Toma la vara y reúne a la comunidad, tú con tu hermano Aarón. Hablad luego a la peña en presencia de ellos, y ella dará sus aguas. Harás brotar para ellos agua de la peña, y darás de beber a la comunidad y a sus ganados*.»** [9] **Tomó Moisés la vara de la presencia de Yahvé como se lo había mandado.** [10] **Convocaron Moisés y Aarón la asamblea ante la peña y él les dijo: «Escuchadme, rebeldes*. ¿Haremos brotar de esta peña agua para vosotros?»** [11] **Y Moisés alzó la mano y golpeó la peña con su vara dos veces. El agua brotó en abundancia, y bebió la comunidad y su ganado.**

[12] **Dijo Yahvé a Moisés y Aarón: «Por no haber confiado en mí y reconocido mi santidad ante los israelitas, os aseguro que no guiaréis a esta asamblea hasta la tierra que les he dado.»** [13] **Éstas son las aguas de Meribá, donde protestaron los israelitas contra Yahvé, y con las que él manifestó su santidad.**

V. 4 «para que muramos en él nosotros». Griego: «para matarnos a nosotros» (véase 21,5 y Ex 17,3).

V. 8 «Harás brotar … darás de beber». Griego: «Haréis brotar … daréis de beber».

V. 10 «escuchadme», con griego (véase 16,8). TM: «escuchad».

Una vez establecido el cambio de escenario, lo primero que se menciona, casi de pasada y sin proporcionar ningún detalle, es la noticia

conservada en un brevísimo texto pre-sacerdotal sobre la muerte y sepultura de María (véase 20,1). ¿Por qué se deja constancia en el texto, si no hay ningún pormenor significativo que contar acerca de su fallecimiento? Se trata, posiblemente, de un detalle pequeño, pero importante, en el desarrollo de la trama narrativa de todo el libro de los Números. María había tenido un protagonismo notable en la salvación de Moisés niño (véase Ex 2,1-10), y había dado voz a la alegría del pueblo con su canto tras el paso del Mar Rojo (véase Ex 15,20-22). También se había mencionado una murmuración suya contra Moisés por la mujer cusita que había tomado por esposa (véase 12,1-15). Era pues, uno de los protagonistas más destacados de la generación de israelitas que había salido de Egipto. Ahora, cuando comienza a narrarse el declive y desaparición de esa generación, se va a ir dejando constancia de cuándo van desapareciendo los personajes más relevantes, y María es la primera de la que se señala que murió y fue sepultada antes de llegar a la Tierra Prometida.

A continuación sigue un relato de redacción sacerdotal acerca de las quejas por la falta de agua, en el que se manifiesta el poder divino, que sacia en abundancia la sed del pueblo, a pesar de la desconfianza de Moisés. En algunos aspectos es parecido al de Ex 17,1-17, pero tiene notables diferencias. Las quejas del pueblo podían ser comprensibles en los días siguientes a la salida de Egipto ante la nueva situación en que se encontraban en el desierto, sin el alimento o sin el agua que tenían más fácilmente a su alcance en Egipto, y el Señor las remedia sin castigar su impaciencia. Sin embargo, cuando ya llevaban tiempo por el desierto, donde habían podido experimentar los cuidados de Dios, que no los había abandonado a su suerte, sino que les iba proveyendo de lo indispensable para remediar sus necesidades, las murmuraciones no cesaban, sino que se volvían a repetir. Primero fueron las quejas por la comida, el cansancio del maná y el deseo de comer carne (véase 11,4-34); ahora, ante la falta de agua. En estos relatos de quejas contenidos en el libro de los Números, la reacción de Moisés es análoga a la de antes, acudir a la Tienda del Encuentro a presentarse ante el Señor, y como entonces, el Señor remedia la necesidad. Pero ahora, a diferencia del Éxodo, se sigue también un castigo, ya que para quienes han presenciado y se han beneficiado de tantas maravillas del Señor la repetida murmuración es intolerable.

A diferencia de Ex 17,1-17, en este caso Aarón acompaña a Moisés, por lo que ambos son partícipes del pecado de desconfianza en Dios (véase 20,12). El texto no dice en qué consistió tal pecado. Se puede pensar que en el hecho de haber golpeado la roca dos veces por falta de fe (véase 20,11-12), o en el acto mismo de golpearla, cuando Dios sólo les había ordenado hablar a la roca (véase 20,8) –aunque en Ex 17,6 sí manda golpearla–. El texto hebreo también deja entrever otro posible pecado, y es el de jactancia, al presumir vanamente delante del pueblo de su intervención. En efecto, cuando tras postrarse en tierra han oído al Señor y tienen la certeza de que les dará el agua que necesitan, se presentan de modo orgulloso ante el pueblo, como si fueran ellos quienes la otorgaban: «Escuchadme, rebeldes. ¿Haremos *nosotros* brotar de esta peña agua para vosotros?» (20,10). En 20,24 se dice que fue un pecado de desprecio, y en Sal 106,32-33 se interpreta como haber pronunciado palabras insensatas. En Dt 1,37, y en otros pasajes, el castigo que padeció Moisés se atribuye, en cambio, a la desobediencia del pueblo. En cualquier caso, el suceso es aquí narrado justo antes de informar de la muerte de Aarón (véase 20,22-29), como también será recordado en Dt 32,51, antes de narrar la muerte de Moisés.

Aquí el episodio se relaciona con dos nombres geográficos: Cades, que significa precisamente «santidad», y que suscitaría el recuerdo de la santidad de Dios (véase 20,12), y Meribá, que significa «rebelión», y que traería a la memoria la falta de Moisés. Ambos nombres aparecen unidos formando uno sólo, Meribá Cades, en Dt 32,51 y Ez 47,19.

2. Edom no permite el paso (20,14-21)

**[14] *Envió Moisés mensajeros desde Cades: «Al rey de Edom. Así
dice tu hermano Israel: Ya sabes por qué gran calamidad hemos
pasado*. [15] Nuestros padres bajaron a Egipto y nos quedamos en
Egipto mucho tiempo. Pero los egipcios nos trataron mal, a noso-
tros igual que a nuestros padres. [16] Clamamos entonces a Yahvé, y él
escuchó nuestra voz: envió un ángel y nos sacó de Egipto. Ahora
estamos en Cades, ciudad fronteriza de tu territorio. [17] Déjanos, por
favor, pasar por tu tierra. No cruzaremos por campo ni por viñedo,
ni beberemos agua de pozo. Seguiremos el camino real, sin torcer**

ni a la derecha ni a la izquierda* hasta que crucemos tus fronteras.»
[18] Edom le respondió: «No pasarás por mi tierra. Si lo haces, saldré
espada en mano a tu encuentro.» [19] Le respondieron los israelitas:
«Seguiremos por la calzada, y si bebemos agua tuya, yo y mis reba-
ños, pagaremos su precio. Se trata sólo de pasar a pie*.» [20] Respon-
dió él: «No pasarás.» Y salió Edom a su encuentro con mucha gente
y mano poderosa. [21] Como Edom negó el paso a Israel por su terri-
torio, Israel dio un rodeo.

V. 14 (a) Inmediatamente antes de este versículo, sam. y sir. hex. añaden algunas frases que también se encuentran en Dt 3,24-25a.26b-28 y 2,2-6: «Dios y Señor mío: Tú empezaste a mostrar a tu siervo tu grandeza y tu poder, pues ¿qué Dios hay en el Cielo y en la tierra que pueda hacer tus hazañas y tus proezas? Permíteme, te lo ruego, pasar y ver la bella tierra al otro lado del Jordán. Pero no me escuchó, sino que me dijo: "¡Basta ya! ¡No me hables más de esto! Sube a la cima del Pisgá; mira con detenimiento al poniente y al norte, al sur y al oriente, y contempla con tus ojos, porque no has de pasar ese Jordán. Pero da órdenes a Josué; confórtale y dale ánimos, porque él pasará al frente de este pueblo, y les dará posesión de la tierra que vas a ver". Y me dijo el Señor: "Basta ya de ir de acá para allá por estas montañas. Dirigíos al Norte. Da al pueblo la siguiente orden: Vais a cruzar los dominios de vuestros hermanos los hijos de Esaú, que habitan en Seír; os tendrán miedo, pero de ninguna manera les ataquéis, pues no os daré de su tierra ni la huella de la planta de un pie, porque ya di en heredad a Esaú los montes de Seír. El alimento que comáis se lo compraréis con dinero, y lo mismo el agua que bebáis"».

(b) Griego, Targum P-J y Vulgata añaden al final: «para decir».

V. 17 «sin torcer». Sam.: «sin apartarnos» (véase Dt 2,27).

V. 19 «pasar a pie». Griego: «pasar junto al monte».

En los caps. 13–14 ya se había dado una explicación de por qué los israelitas no entraron directamente en Canaán siguiendo la ruta de Egipto a Berseba y Hebrón (véase 14,26-38). Ahora, en un texto de origen pre-sacerdotal, se habla de otra dificultad que encontraron en el camino y que de nuevo les obligó a apartarse del trayecto más corto.

El mensaje enviado a Edom, pidiendo autorización para atravesar pacíficamente su territorio (véase 20,14-17), se ajusta a las convenciones diplomáticas del II milenio a.C. atestiguadas por las cartas de ese estilo encontradas en los archivos de Mari, Babilonia o Tel El Amarna.

Como Edom les cerró el paso, tuvieron que rodear el país de los edomitas bajando otra vez hacia el Sur, hacia el golfo de Ácaba (véase 21,4), para entrar en la Tierra desde el otro lado del Jordán.

Según las tradiciones bíblicas, Edom era el pueblo descendiente de Esaú, como Israel lo era de Jacob. Eran, pues, pueblos hermanos (véase 20,14), aunque mantenían una enemistad tradicional, reflejada ya en la historia de los antepasados (véase Gn 32). Israel presenta ante Edom su propia historia como una historia de salvación (véase 20,15-16). La exposición simplificada del éxodo de Egipto es similar al credo histórico de Dt 26,5-9. A pesar de los motivos esgrimidos por Israel, Edom no aceptó su petición de dejarlos atravesar su territorio y les impidió el paso. Israel, sin embargo, continuó su camino por otra ruta, sin retraerse ante las dificultades.

En Dt 2,1-8 se ofrece un relato alternativo a éste acerca de las negociaciones con los edomitas para atravesar su territorio. En ese caso se entiende que pasaron por sus tierras sin resistencia y sin hacerles ningún daño, aunque los habitantes de Edom les tenían miedo.

3. Muerte de Aarón (20,22-29)

22 Los israelitas, toda la comunidad, partieron de Cades y llega-
ron al monte Hor. 23 Y dijo Yahvé a Moisés y a Aarón en el monte
Hor, en la frontera del país de Edom: 24 «Que se reúna Aarón con
los suyos*, porque no debe entrar en la tierra que he dado a los
israelitas*, por haberos rebelado contra mi voz en las aguas de
Meribá. 25 Toma a Aarón y a su hijo Eleazar y súbelos al monte Hor.
26 Le quitarás a Aarón sus vestiduras y se las revestirás a su hijo
Eleazar. Entonces Aarón se reunirá con los suyos: allí morirá.»
27 Moisés hizo como le había mandado Yahvé. Subieron al monte
Hor a la vista de toda la comunidad*. 28 Quitó Moisés a Aarón sus
vestiduras y se las puso a su hijo Eleazar. Y murió allí Aarón*, en
la cumbre del monte. Moisés y Eleazar bajaron de la montaña.
29 Toda la comunidad se dio cuenta de que había fallecido Aarón, y
lloró a Aarón toda la casa de Israel durante treinta días.

V. 24 (a) «con los suyos». TM: «con sus pueblos». Sam., griego, sir., Targum y Targum P-J: «con su pueblo».

(b) «no debe entrar». Griego: «no entraréis».

V. 27 «subieron». Sam. y griego: «lo subió».

V. 28 «murió allí». Griego: «murió».

El comienzo de este párrafo parece prescindir de lo dicho en el texto anterior acerca del rodeo que dieron a las tierras de Edom para seguir su camino por Transjordania, puesto que sin mencionar esas peripecias se dice que «los israelitas, toda la comunidad, partieron de Cades y llegaron al monte Hor» (20,22). Tras ese pasaje anterior, de origen pre-sacerdotal, se incluyó el actual, que es de composición sacerdotal.

Se continúa narrando el final de la generación que salió de Egipto y su relevo por la siguiente. Antes se mencionó la muerte de María (véase 20,1). Ahora es el momento en que Aarón desaparece, y su hijo Eleazar toma el relevo.

El lugar de la muerte de Aarón, que aquí se dice que fue el monte Hor (véase 20,27-28), se denomina Moserá en Dt 10,6. No es posible precisar la localización exacta de éste o estos lugares. Según el itinerario de la marcha por el desierto que se ofrece en Nm 33, parece que se trata de lugares distintos, ya que Moserá (véase 33,31) aparece siete etapas antes que Hor (véase 31,37). El objetivo del pasaje no es informar de la localización exacta, sino de que la transmisión del sacerdocio de Aarón a su hijo Eleazar mediante el rito del traspaso de sus vestiduras responde a un querer explícito de Yahvé (véase Dt 10,6). Se trata, pues, de una transmisión ritual. El sumo sacerdocio es algo institucional y no carismático.

El relato del fallecimiento de Aarón sigue un esquema paralelo al relato de la muerte Moisés que se narrará al final del Deuteronomio. Subió a morir al monte Hor, como Moisés lo haría al monte Nebo (véase Dt 34,1); y cuando falleció los israelitas le hicieron un duelo de treinta días (véase 20,29 y Dt 34,8). Se trata de una duración extraordinaria, ya que lo común era dedicar al duelo siete jornadas (véase Gn 50,10; Jb 2,13). Sólo Aarón tuvo un duelo análogo al de Moisés, lo que subraya la importancia que se concede a su figura.

4. Toma de Jormá (21,1-3)

21 [1] **Oyó el rey de Arad*, cananeo, que ocupaba el Negueb, que**
llegaba Israel por el camino de Atarín, y atacó a Israel y le
hizo algunos prisioneros. [2] **Entonces Israel formuló este voto a**
Yahvé: «Si entregas a ese pueblo en mi mano, consagraré al anate-

ma sus ciudades.» 3 **Oyó Yahvé la voz de Israel y les entregó a aquel cananeo*. Los consagraron al anatema a ellos y a sus ciudades. Por eso se llamó aquel lugar Jormá.**

V. 1 «Arad». Sir.: «Gadar» (véase Jc 1,16).
V. 3 «les entregó». Sam., griego y sir. añaden: «en sus manos».

A partir de ahora va cambiando de modo cada vez más notable el tono de lo relatado en el libro. De una parte, la imagen de un pueblo que camina y acampa pacíficamente en el desierto, recorriendo nuevas etapas o detenido en un lugar, es cada vez más infrecuente; en cambio, cada vez se presentan más escaramuzas militares, que van a proporcionar a la narración la apariencia de una crónica de conquista.

Pero sobre todo llama la atención el cambio de tono en lo que se cuenta. Desde que el pueblo se había puesto en marcha, casi todo lo sucedido era un elenco de dificultades: rebeliones del pueblo y castigos por su desconfianza en Dios. En cambio, aunque no falten las quejas y los castigos como se verá en el siguiente pasaje (véase 21,4-9), cada vez va siendo más frecuente el recurso al Señor ante las dificultades y la experiencia de su protección. La generación que salió de Egipto va desapareciendo y los jóvenes van cobrando protagonismo en el pueblo, lo que se nota en su actitud.

El relato de la conquista de Jormá es el primero de una larga serie de textos (véase 21,1 – 25,5), todos ellos pre-sacerdotales aunque de distintas épocas, que en la redacción final quedaron incluidos en esta sección del libro de los Números.

La acción del rey de Arad contra el pueblo llega en un momento difícil. Israel acaba de llorar la pérdida de Aarón, y sufre de improviso el ataque de un pueblo enemigo. Pero recurre al Señor y así sale victorioso. La toma de esta ciudad adquiere el significado de una primicia de la victoria sobre los cananeos, antes de iniciar el largo recorrido hasta Moab. El nombre de la ciudad, Jormá, se pone en relación con la costumbre del anatema, en hebreo *ḥērem*. El anatema responde a la convicción de que el botín adquirido en la guerra pertenece a Dios, y por eso no puede ser empleado para utilidad de los vencedores, sino que debe ser destruido en señal de consagración al Señor.

Respecto a la toma de Jormá, recuérdese lo dicho en el comentario a 14,39-45. Según Jc 1,17, Judá y Simeón conquistaron esta ciu-

dad al norte de Cades, en el actual Tell el-Mešaš. Conviene reparar en la diferente interpretación que se ofrece de la batalla de Jormá en el cap. 14 y ahora. En aquella ocasión el combate tiene lugar en un intento desesperado del pueblo por acceder a la Tierra Prometida contando con sus propias fuerzas, después de haberse rebelado contra el Señor tras el informe de los exploradores y tras escuchar de labios de Moisés la decisión de Yahvé de que esa generación no entrase en la Tierra Prometida debido a sus repetidas infidelidades. Lo intentaron orgullosamente por sí mismos y fracasaron. En cambio ahora, el pueblo ha acudido pidiendo ayuda al Señor para responder al ataque sufrido, y con su auxilio obtienen la victoria. Es la diferencia entre actuar al margen de Dios, e incluso contra sus designios, o hacerlo contando con la ayuda de Dios.

5. La serpiente de bronce (21,4-9)

[4] Partieron del monte Hor, camino del mar de Suf, rodeando el territorio de Edom. El pueblo se impacientó por el camino. [5] Y habló el pueblo contra Dios y contra Moisés: «¿Por qué nos habéis subido de Egipto para morir en el desierto?* Pues no tenemos ni pan ni agua, y estamos hastiados de ese manjar miserable.»

[6] Envió entonces Yahvé contra el pueblo serpientes abrasadoras*, que mordían al pueblo; y murió mucha gente de Israel. [7] El pueblo fue a decirle a Moisés: «Hemos pecado por haber hablado contra Yahvé y contra ti. Intercede ante Yahvé para que aparte de nosotros las serpientes.» Moisés intercedió por el pueblo. [8] Y dijo Yahvé a Moisés: «Hazte una serpiente abrasadora y ponla sobre un mástil*. Todo el que haya sido mordido y la mire, vivirá.» [9] Hizo Moisés una serpiente de bronce y la puso en un mástil. Y si una serpiente mordía a un hombre y éste miraba la serpiente de bronce, quedaba con vida.

V. 5 «nos habéis subido… para morir». Griego: «nos habéis sacado… para matarnos».

V. 6 «abrasadoras». Algunos mss del sam.: «venenosas». Griego: «mortíferas». Sir. (codex Ambrosianus) y Targum P-J: «crueles».

V. 8 «abrasadora». Sam.: «venenosa»; algunos mss griegos (y de la Vetus Latina y Vulgata): «de bronce», como v. 9.

«Camino del mar de Suf, rodeando el territorio de Edom» (21,4). Este «mar de Suf» es, probablemente, el actual mar Rojo, en una zona distinta a la mencionada en el Éxodo, en este caso en el golfo de Ácaba. La ocupación sedentaria de Edom no había alcanzado todavía esta zona y los israelitas tomaron la ruta normal, que les permitía rodear el territorio de los edomitas.

Continúan las protestas del pueblo, ahora a causa de la impaciencia que le produce aquel gran rodeo en torno a Edom. Pero esa protesta es, en primer lugar, contra Dios. Éste es el último episodio de murmuración que se encuentra en el libro de los Números, pero en su modo de contarlo se subraya su especial gravedad. De ordinario las quejas se dirigen a Moisés y Aarón, aunque indirectamente vayan contra el Señor. Aquí el pueblo habló directamente contra Dios, a la vez que contra Moisés (véase 21,5). Situada en los momentos del cambio generacional, al narrarla inmediatamente después de la ayuda prestada por el Señor en la defensa contra los ataques del rey de Arad y la conquista de Jormá (véase 21,1-3), se pone en contraste la diferencia entre acudir con humildad al Señor, pidiendo ayuda para superar las dificultades, o exponer los problemas en tono de queja y murmurando. En aquel caso gozaron del favor y la protección divina, pero en éste recibirán un castigo terrible.

Cuando se alzaron las quejas, el Señor envió unas «serpientes abrasadoras (*ś^{e}rāpîm*)» (21,6) que mordían al pueblo. El mismo término hebreo designa en Isaías a serpientes aladas o dragones (Is 30,6). En este caso parece que el término alude al ardor que produce el veneno a los que son mordidos por las serpientes.

Ante el castigo, Moisés se convierte una vez más en intercesor a favor del pueblo y, de acuerdo con la propuesta del Señor, puso una serpiente de bronce sobre un mástil, y los que la miraban quedaban curados (véase 21,8-9).

Los sucesos a los que alude el relato se encuadran bien en la zona de la Arabá, donde ya desde el siglo XIII a.C. se explotaron minas de cobre. En Meneiyeh (la actual Timná) se ha encontrado un santuario egipcio construido en torno al año 1300 a.C., que fue abandonado hacia el 1150 a.C. y posteriormente ocupado por los madianitas, que lo cubrieron con unas lonas –haciendo un santuario que de algún modo recuerda al Tabernáculo–. En el recinto más sagrado de ese

santuario se encontró una serpiente de cobre. En esa zona y en la misma época es cuando se podrían situar los acontecimientos que están en la base de este relato bíblico de la serpiente de bronce, que, por tanto, no resulta inverosímil ya que, como lo sugieren los hallazgos realizados en esa excavación, es posible que a estas serpientes se les atribuyera algún poder mágico.

Esta serpiente de bronce que hizo Moisés aparecerá de nuevo mencionada en el libro segundo de los Reyes, cuando se dice que el rey Ezequías, en la reforma religiosa que estaba llevando a cabo, «hizo pedazos la serpiente de bronce que Moisés había hecho, pues hasta entonces los israelitas habían quemado incienso en su honor; la llamaban Nejustán» (2 R 18,4).

Este pasaje de Números es interpretado en Sb 16,5-12, donde se resalta que quien curaba no era la serpiente, sino la misericordia de Dios, mientras que la serpiente era una señal de la salvación que Dios ofrece a todos los hombres. La serpiente de bronce vuelve a mencionarse en el Evangelio como tipo de Cristo clavado en la cruz, causa de salvación para cuantos dirigen a Él su mirada con fe: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del Hombre, para que todo el que crea tenga vida eterna en él» (Jn 3,14-15).

En la tradición cristiana este pasaje ha sido comentado con frecuencia, contemplándolo como figura de los efectos salvadores de la pasión de Jesús. Así lo expresa, por ejemplo, una homilía de S. Beda: «La serpiente de bronce levantada en alto, por mirar a la cual se curaban los que estaban heridos por las otras serpientes, simboliza la pasión de nuestro Redentor en la cruz, y solamente creyendo en ella vencemos el reino de la muerte y del pecado. Ciertamente las serpientes significan los pecados que llevan a la perdición tanto el alma como el cuerpo, no sólo porque eran ardientes, venenosas y capaces de destruir, sino también porque nuestros primeros padres fueron inducidos a pecar por obra de la serpiente; e inmortales como eran, se hicieron mortales por causa del pecado. La serpiente de bronce prefigura al Señor que vino en la semejanza de la carne pecadora, lo mismo que la serpiente de bronce tenía la forma semejante a las otras serpientes ardientes, pero en verdad no tenía en sus venas el ardor del veneno mortal, y así con su elevación curaba a los que

se encontraban heridos por las otras serpientes. Así también el Redentor del género humano no se revistió de la carne pecadora, sino de la semejanza de la carne pecadora, en la que sufrió la muerte de cruz, librando del pecado y de la misma muerte a los que creen en Él» (*Homilías sobre los Evangelios*, 2,18).

6. Etapas hacia Transjordania (21,10-20)

[10] Partieron los israelitas y acamparon en Obot. [11] Partieron de
Obot y acamparon en las ruinas de Abarín*, en el desierto que limita con Moab, hacia la salida del sol*. [12] Partieron de allí y acampa-
ron en el torrente de Zéred*. [13] De allí partieron y acamparon más
allá del Arnón*, que está en el desierto y sale del territorio de los amorreos*, pues el Arnón hace de frontera de Moab, entre moabitas y amorreos. [14] Por eso se dice en el libro de las Guerras de
Yahvé:
... Vaheb en Sufá y los torrentes del Arnón*, [15] y la pendiente de
los torrentes que corren hacia la región de Ar y confina con la frontera de Moab.
[16] Y de allí fueron a Beer. Éste es el pozo a propósito del cual dijo Yahvé a Moisés: «Reúne al pueblo y les daré agua.»
[17] Entonces Israel entonó este cántico*:
¡Arriba, pozo! Cantadle:
[18] Pozo que cavaron Príncipes,
que excavaron jefes del pueblo*,
con el cetro*, con sus bastones.
Y del desierto a Matanᶜ, [19] de Matanᶜ a Najaliel, de Najaliel a
Bamot, [20] y de Bamot al valle que está en la campiña de Moab, hacia la cumbre del Pisgá, que domina la parte del desierto*.

V. 11 (a) «en las ruinas de Abarín». Griego: «en Jalgaei desde el otro lado» (véase 33,44). Sir.: «en la fuente de los hebreos». Targum: «en el vado de los hebreos».

(b) Al final del verso, sam. añade: «Dijo entonces el Señor: "No hostiguéis a Moab, ni entables guerra contra ellos, pues no te daré parte alguna de su tierra, porque he dado Ar en heredad a los hijos de Lot"» (Dt 2,9).

V. 12 Al final del verso, sam. añade: «habló el Señor del siguiente modo: "Hoy vas a pasar la frontera de Moab por la parte de Ar. Te acercarás a los hijos de Amón; no los hostigues ni los ataques, pues no te daré en posesión la tierra de los hijos de Amón, porque la he dado en heredad a los hijos de Lot"» (Dt 2,17-19) .

V. 13 (a) «de allí partieron». Sam.: «partieron desde el torrente de Zéred».
(b) «que está en el desierto». Griego y sir.: «en el desierto».

V. 14 «Vaheb en Sufá y los torrentes del Arnón». Griego: «prendió fuego a Zoob y a los torrentes del Arnón». Vulgata: «como hizo en el Mar Rojo, así hará en los torrentes del Arnón».

V. 17 «Entonces Israel entonó este cántico: ¡Arriba, pozo! Cantadle». Griego: «Entonces Israel cantó al pozo la canción que comienza así:».

V. 18 (a) «del pueblo». Griego: «de los pueblos».
(b) «con el cetro, con sus bastones». Griego: «en su reino y en sus dominios».
(c) «y del desierto». Griego: «y de Beer».

V. 20 «que domina» con sam., griego y sir. y 23,28. TM: «y domina».

Tras narrar la última de las murmuraciones del pueblo en el desierto, y antes de comenzar la narración de las primeras conquistas de tierras en Transjordania, este pasaje sirve como transición con algunas referencias sobre el itinerario. Utiliza las indicaciones del cap. 33 y Dt 2 e integra numerosos fragmentos muy primitivos, todos ellos pre-sacerdotales. La notable cantidad de variantes textuales que presenta este pasaje en los manuscritos y versiones antiguas es reflejo de que contiene textos muy fragmentarios que causaban desconcierto a copistas y traductores, los cuales intentaban buscar su sentido por diversas vías.

No se sabe dónde estaba Obot, aunque podría ser al sur del mar Muerto. Las «ruinas de Abarín» también podría traducirse por «las ruinas del otro lado (del mar Muerto)». En cambio los torrentes Zéred y Arnón sí que están bien atestiguados. Se trata de dos cauces fluviales que desembocan en el mar Muerto desde el Este. El Zéred en la zona sur del mar, y el Arnón hacia el centro del mismo.

Los israelitas se dirigen, pues, hacia la Transjordania por la región que está al este del mar Muerto. De todas formas, no es posible determinar con precisión el camino exacto que recorrieron, ni el tiempo que les supuso el trayecto de Cades a las estepas de Moab. Según Dt 2,14, fueron treinta y ocho años, pero esta cifra parece prescindir del tiempo que les tomó ir del Sinaí a Cades.

En este pasaje se van señalando las etapas de ese itinerario y se insertan dos fragmentos poéticos muy antiguos (véase 21,14-15 y 17-18). El primero es un fragmento épico acerca de una batalla en el Arnón, y se dice que está tomado del «libro de las Guerras de Yahvé» (21,14), un escrito del que no se conoce ninguna otra referencia. En la

segunda canción, Beer significa «pozo», y toda ella refleja el gozo del pueblo al poder disponer del agua que necesitaba. La mención del episodio del pozo también tiene su importancia en el desarrollo de la narración de todo el libro de los Números. Se trata de la primera alusión clara a que se está pasando de zonas estrictamente desérticas hacia tierras más fértiles, con agua en su subsuelo. La Tierra Prometida está más cerca.

El tono lírico que ahora adquiere la redacción resalta la alegría que se produce a medida que se acercan a la Tierra Prometida.

7. Conquista de Transjordania (21,21 - 22,1)

21 *Israel* envió mensajeros a decir a Sijón, rey de los amorreos*:
22 «Quisiera pasar por tu tierra*. No me desviaré por campos y viñe-
dos*, ni beberé agua de pozo. Seguiremos el camino real hasta que
crucemos tus fronteras*.» 23 Pero Sijón negó a Israel el paso por su
territorio*; reunió toda su gente y salió al desierto, al encuentro de
Israel, hasta Yahas, donde atacó a Israel. 24 Pero Israel lo hirió a filo
de espada* y se apoderó de su tierra, desde el Arnón hasta el Yaboc,
hasta los límites de los hijos de Amón, porque Yazer estaba en la
frontera de los hijos de Amón*. 25 Israel tomó todas aquellas ciuda-
des. Ocupó Israel todos los pueblos de los amorreos, Jesbón y todas
sus aldeas. 26 Es que Jesbón era la ciudad de Sijón, rey de los amo-
rreos, y éste había combatido al primer rey de Moab, y le había qui-
tado toda su tierra hasta el Arnón*. 27 Por eso dicen los trovadores*:

«¡Venid a Jesbón,
que sea construida, fortificada,
la ciudad de Sijón!*
28 Porque fuego ha salido de Jesbón,
una llama de la ciudad de Sijón:
ha devorado Ar Moab*,
ha tragado las alturas del Arnón*.
29 ¡Ay de ti, Moab!,
perdido estás, pueblo de Camós.
Ha entregado sus hijos a la fuga
y sus hijas al cautiverio,
en manos de Sijón, el rey amorreo.

30 Su posteridad ha perecido*,
desde Jesbón hasta Dibón,
y hemos dado fuego
desde Nofaj hasta Mádaba*.»
31 Así Israel se estableció en la tierra de los amorreos*.

32 Moisés mandó a explorar Yazer y la tomaron junto con sus
aldeas*, despojando al amorreo que vivía allí*.

33 Se volvieron y subieron camino de Basán. Og, rey de Basán,
salió a su encuentro con toda su gente, para presentarles batalla en
Edreí. 34 Yahvé dijo a Moisés: «No le temas, porque lo he puesto en
tu mano con todo su pueblo y su tierra. Harás con él como hiciste
con Sijón, el rey amorreo que habitaba en Jesbón.» 35 Y lo derrota-
ron a él, a sus hijos y a toda su gente*, hasta que no quedó nadie a
salvo. Y se apoderaron de su tierra.

22 1 Luego partieron los israelitas y acamparon en las Estepas
de Moab, al otro lado del Jordán, en frente de Jericó.

V. 21 (a) Sam. hace preceder al v. 21 de varias frases que también se encuentran en Dt 2,24ss.

(b) «Israel». Griego: «Moisés» (véase 20,14).

(c) Sam. y griego añaden: «con palabras de paz» (véase Dt 2,26).

V. 22 (a) «por tu tierra». Sam. añade: «iré por el camino del rey, no me desviaré a derecha ni izquierda». Griego añade: «iré por el camino» (véase Dt 2,27).

(b) «no me desviaré» con sam.. TM: «no nos desviaremos».

(c) «ni beberé agua de pozo. Seguiremos el camino real hasta que crucemos tus fronteras». Sam.: «Me venderás por dinero alimentos para que pueda comer; y me darás también, a cambio de plata, agua para beber –sólo quiero pasar a pie–, como han hecho conmigo los hijos de Esaú que habitan en Seír y los moabitas que habitan en Ar» (Dt 2,28-29a).

V. 23 «por su territorio». Sam. añade: «El Señor dijo a Moisés: "Mira, comienzo ya a entregarte a Sijón y su tierra. Emprende, pues, la conquista para adueñarte de ella"» (Dt 2,31).

V. 24 (a) «Israel lo hirió». Sam. añade algunas palabras del v. 35.

(b) «porque Yazer estaba en la frontera de los hijos de Amón», con griego. TM: «porque la frontera de los amonitas estaba fortificada».

V. 26 «y le había quitado toda su tierra hasta el Arnón». TM: «y le había arrebatado de su poder toda su tierra hasta el Arnón». Griego: «y le había arrebatado toda su tierra desde Aroer hasta el Arnón».

V. 27 (a) «los trovadores». Sir. y Vulgata: «en proverbios».

(b) «¡Venid a Jesbón, que sea construida, fortificada, la ciudad de Sijón!». Sam. y algunos mss griegos: «¡Adelante, Jesbón, bien construida, fortificada, ciudad de Sijón!».

V. 28 (a) «Ar Moab». Unos pocos mss griegos y sir.: «hasta Moab» (*'ad*, en vez de *'ar*).
(b) «ha tragado», con griego. TM: «señores de» [se refiere a las ciudades: señoras de las alturas…].
V. 30 (a) «su posteridad ha perecido», con griego. TM: «y lo tiramos. Pereció». Sir. y Vulgata: «su yugo ha perecido». Targum: «su reino ha perecido».
(b) «y hemos dado fuego desde Nofaj hasta Mádaba». TM: «Arrasamos hasta Nofaj, que está junto a Mádaba». Griego: «y las mujeres (*w^{e}našim*; arrasamos = *wannaššim*) hasta Nofaj, hasta que se consumió el fuego sobre Moab».
V. 31 «en la tierra». Sam.: «las ciudades». Griego: «en todas las ciudades».
V. 32 (a) «y la tomaron junto con sus aldeas», con griego. TM: «y se adueñaron de sus aledaños».
(b) «despojando». Sam., griego, y Targum P-J: «y expulsaron».
V. 35 «a sus hijos». Sam. lo omite, como Dt 3,3.

También en este pasaje acerca de las primeras conquistas en Transjordania, como sucedía en el pasaje anterior, los textos son presacerdotales. Algunos de ellos son fragmentos poéticos de gran antigüedad y difíciles de entender tal y como están en el texto hebreo, por lo que sigue habiendo una gran cantidad de variantes textuales.

Lo que será característico de la segunda parte del libro, la experiencia de la ayuda del Señor para ir conquistando territorios, comienza a cobrar protagonismo.

De entrada, los israelitas hacen a Sijón, rey de los amorreos, una propuesta análoga a la que habían hecho a Edom (véase 20,14-21), esto es, que les permitiera pasar a través de su tierra. Pero al negarles el paso y salir a hacer frente a Israel, se entabló una batalla en la que fue derrotado, y su territorio quedó en manos de los israelitas. Este pequeño reino amorreo, al norte del Arnón en Transjordania, fue, pues, el primer territorio conquistado por los israelitas. Los hijos de Israel comienzan a comprobar que pueden alcanzar victorias y conquistar territorios, por lo que crece la esperanza al contemplar ya como posible la conquista de la Tierra Prometida. De ahí la importancia que esta victoria sobre Sijón, rey de los amorreos, adquirirá a lo largo de la tradición bíblica. El territorio conquistado a Sijón permanecería largo tiempo en su poder, y sería poblado por las tribus de Rubén y Gad (véase cap. 32).

Tras este triunfo se narra otro, el obtenido sobre Og, rey de Basán. En el Deuteronomio se conservan algunos detalles supletorios acerca de las tradiciones que circulaban sobre de este personaje: «Og, rey de Basán, era el único superviviente de los refaítas: su lecho es ese

lecho de hierro que hay en Rabá de los hijos de Amón, de nueve codos de largo y cuatro codos de ancho, en codos de hombre» (Dt 3,11). Tenía fama, pues, de ser un luchador fuerte y aguerrido. Pero también fue derrotado.

La magnitud de tales victorias es la respuesta de Dios a la obstinación de aquellos reinos en no permitir que se cumpliesen sus planes, al impedir el paso a Israel camino de la Tierra Prometida. Tuvo tanto impacto en la tradición religiosa de Israel que se cuentan hasta tres veces en la Biblia. Ésta es la primera. En el Deuteronomio, Moisés se lo contará a la nueva generación en un discurso a las puertas de la Tierra Prometida (véase Dt 2,26 – 3,11). En el libro de los Jueces, Jefté también menciona estos episodios al rey de los amonitas, para reivindicar la posesión de esas tierras (Jc 11,19-36).

Tras esas victorias, los israelitas llegaron por fin a las estepas de Moab, al otro lado del Jordán, frente a Jericó, donde acamparon ya a las puertas de la Tierra Prometida (véase 22,1). Los recuerdos de lo ocurrido en las llanuras de Moab, frente a Jericó, que iba a ser como la puerta de entrada en la Tierra, ocuparán el resto del libro de los Números y todo el libro del Deuteronomio.

El conjunto de todo lo que sigue tiene el carácter de una larga y cuidadosa preparación antes de pasar el Jordán.

8. El rey de Moab llama a Balaán (22,2-21)

Lo primero que se recuerda acerca de lo sucedido a Israel mientras acampaba en las estepas de Moab es lo referente a un adivino extranjero llamado Balaán, que profiere unos oráculos en los que anuncia el futuro glorioso que aguarda Israel (véase 22,2 – 24,25). En contra de lo que el rey de Moab le había pedido y esperaba de él, sus sucesivos oráculos son cada vez más favorables a Israel.

De este modo, en la trama argumental del libro de los Números, ese Israel que ya en gran parte lo forman aquellos que al salir de Egipto eran niños o que habían nacido en el desierto, la segunda generación, recibe las bendiciones de Dios incluso a través de un adivino pagano. Se ratifica así la certeza de que, a diferencia de sus padres, rechazados por sus múltiples infidelidades a pesar de todo lo que habían visto, ellos cuentan con el favor divino y les aguardan grandes cosas.

2 Vio Balac, hijo de Sipor, todo lo que había hecho Israel con
los amorreos 3 y se estremeció Moab ante el pueblo, pues era muy
numeroso. Tuvo miedo Moab de los israelitas 4 y dijo a los ancianos
de Madián: «Ahora veréis cómo esa multitud va a devastarlo todo
a nuestro alrededor, como devasta el buey la hierba del campo.»

Balac, hijo de Sipor, era rey de Moab por aquel tiempo. 5 Envió
mensajeros a buscar a Balaán, hijo de Beor, a Petor del Río*, en tie-
rra de los hijos de Amav*, para decirle: «He aquí que un pueblo que
ha salido de Egipto ha cubierto la superficie del territorio y se ha
establecido frente a mí. 6 Ven, pues, por favor, maldíceme a ese pue-
blo, pues es más fuerte que yo, a ver si puedo vencerle* y lo arrojo
del país. Pues sé que el que tú bendices queda bendito y el que mal-
dices, maldito.»

7 Fueron los ancianos de Moab y los ancianos de Madián, con la
paga del vaticinio en sus manos. Llegaron donde Balaán y le dije-
ron las palabras de Balac. 8 Él les contestó: «Pasad aquí la noche y
os responderé según lo que me diga Yahvé.» Los jefes de Moab se
quedaron en casa de Balaán. 9 Entró Dios donde Balaán y le dijo:
«¿Qué hombres son ésos que están en tu casa?*» 10 Le respondió
Balaán a Dios: «Balac, hijo de Sipor, rey de Moab, me ha enviado a
decir: 11 Un pueblo que ha salido de Egipto ha cubierto la superfi-
cie del territorio*. Ven, pues, maldícemelo, a ver si puedo vencerlo
y expulsarlo.» 12 Pero dijo Dios a Balaán: «No vayas con ellos, no
maldigas a ese pueblo, porque es bendito.» 13 Se levantó Balaán de
madrugada y dijo a los jefes de Balac: «Id a vuestra tierra*, porque
Yahvé* no quiere dejarme ir con vosotros.» 14 Se levantaron, pues,
los jefes de Moab, volvieron donde Balac y le dijeron: «Balaán se
ha negado a venir con nosotros.»

15 Balac envió otra vez jefes en mayor número y más ilustres que
los anteriores. 16 Fueron donde Balaán y le dijeron: «Así dice Balac,
hijo de Sipor: No rehúses, por favor, venir donde mí, 17 que te
recompensaré con grandes honores y haré todo lo que me digas.
Ven, por favor, y maldíceme a ese pueblo.» 18 Respondió Balaán a
los siervos de Balac*: «Aunque me diera Balac su casa llena de
plata y oro, no podría traspasar la orden de Yahvé mi Dios en nada,
ni poco ni mucho*. 19 Quedaos aquí también vosotros esta noche y
averiguaré qué más me dice Yahvé.» 20 Entró Dios* donde Balaán

por la noche y le dijo: «¿No han venido esos hombres a llamarte? Levántate y vete con ellos. Pero has de cumplir la palabra que yo te diga.» [21] Se levantó Balaán de madrugada, aparejó su asna y se fue con los jefes de Moab.

V. 5 (a) «a Petor del Río». TM: «a Petor, junto al río». Sir. y Vulgata: «el intérprete» (*hapoter*).

(b) «Amav». TM: «mi pueblo», según la vocalización masorética (*'ammô*). Con las mismas consonantes (*'mw*): «'Amaw», país conocido por los textos cuneiformes, que está entre Alepo y Carquemis. Algunos mss hebr., sam., sir. y Vulgata: «Amón».

V. 6 «que yo, a ver si puedo». Griego: «que nosotros, a ver si podemos».

V. 9 «qué hombres son ésos», con griego. TM: «quiénes son esos hombres».

V. 11 «un pueblo que ha salido de Egipto» con sam., griego, sir., Targum, Targum P-J (véase v. 5). TM: «éste es el pueblo que sale».

V. 13 (a) «a vuestra tierra». Griego: «a vuestro señor».

(b) «Yahvé». Griego: «Dios».

V. 18 (a) «los siervos». Griego: «los príncipes». Sir.: «los mensajeros».

(b) Griego añade al final: «según me parezca» (véase 24,13).

V. 20 «Dios». Sam.: «un ángel».

Balac, el rey de Moab, estaba temeroso. Moab ya había sido derrotado previamente por Sijón, como se recuerda en el canto de triunfo de 21,28-30. Al enterarse de que Israel había vencido a Sijón, sabe que no puede confiar en sus ejércitos para hacerles frente, por lo que busca la ayuda de Madián y recurre a contratar a un profesional de la maldición para que execre a sus enemigos. Madián, por su parte, era un conjunto de tribus caravaneras que se movía al sur de Moab y de Edom, pero también hacía incursiones más al norte (véase Jc 6,1-6). Así se explica su presencia en este lugar. A unos mercaderes madianitas fue vendido José (véase Gn 37,28), y con gente de este pueblo estuvo Moisés cuando huyó del faraón (véase Ex 2,11-22). Más tarde, los madianitas se asentarían al este del golfo de Ácaba.

La figura de Balaán pertenece a una clase de adivinos y lanzadores de maldiciones famosos en Mesopotamia, a donde, según el relato, van a contratarle los emisarios del rey de Moab (véase 22,5). En el contexto cultural del Próximo Oriente antiguo se consideraba que la palabra de la maldición o la bendición tenía eficacia por sí misma, especialmente cuando era pronunciada por una persona con autoridad, como por ejemplo el padre (véase Gn 27,37). En el caso de Balaán, su palabra se consideraba portadora de una eficacia singular

(véase 22,6). La interpretación de este personaje ha encontrado diversos ecos dentro de la propia Biblia. En estos pasajes reconoce a Yahvé como Dios y bendice a Israel (también en Mi 6,5), pero en otros textos se lo considera como un enemigo, que fue obligado por la omnipotencia divina a bendecir a Israel en contra de su voluntad. También se le hace responsable de la idolatría de Peor (véase 31, 8.16).

En las excavaciones arqueológicas de Tell Deir ʻAllah, cerca de los ríos Jordán y Yaboc, se encontraron unas tablillas con inscripciones no israelitas, en una de las cuales, datada en el siglo VIII a.C., se menciona a un adivino profesional llamado Balaán, hijo de Beor. El lugar donde aparecieron esas tablillas está en Transjordania, un poco al norte del lugar donde según el relato de Números acamparon los israelitas en las estepas de Moab. En ella se dice que tuvo una visión de dioses por la noche y que recibió un mensaje del consejo de los dioses (*šaddayim*). En 24,16 dice de sí mismo que «ve lo que le hace ver Sadday (*šadday*)» (véase también Nm 24,4).

Es muy poco frecuente en la Biblia el hecho de que un adivino extranjero reciba una revelación de Dios, por lo que los pasajes en torno a Balaán son un tanto desconcertantes. Pero encierran importantes mensajes. El principal de ellos es la dimensión universal del cuidado que Dios tiene de su pueblo, que se pone de manifiesto también ante los no israelitas. También apunta a que Dios puede hablar, y de hecho lo hace, al margen del culto y los profetas de Israel. La manifestación del Señor no puede quedar encerrada sólo en los límites de las tradiciones del pueblo elegido.

En todo este pasaje se presenta la figura de Balaán de un modo positivo, como un hombre que se da cuenta de los designios divinos y no quiere oponerse a ellos, aunque estén intentando convencerlo para que acuda a maldecir a Israel. Llama la atención que, siendo un extranjero que no ha tenido previamente contacto con Israel, en su respuesta a los mensajeros que le trasmiten la petición de Balac les dice que, una vez pasada la noche, les responderá «según lo que me diga Yahvé» (22,8), utilizando por sí mismo el nombre propio que Dios había manifestado a Moisés en Ex 3. Se presenta así como un personaje que, en verdad, tiene una revelación del Señor independiente de los caminos institucionales de Israel.

9. La burra de Balaán (22,22-35)

[22] Cuando iba, se encendió la ira de Yahvé*, y el Ángel de Yahvé* se puso en el camino para estorbarle. Él montaba la burra y sus dos muchachos iban con él. [23] La burra vio al Ángel de Yahvé plantado en el camino, la espada desenvainada en la mano, y la burra se apartó del camino y se fue a campo traviesa. Balaán pegó a la burra para hacerla volver al camino. [24] Pero el Ángel de Yahvé se puso en un sendero entre las viñas, con una pared a un lado y otra a otro. [25] Al ver la burra al Ángel de Yahvé, se arrimó a la pared y raspó el pie de Balaán contra la pared. Él le pegó otra vez. [26] Volvió el Ángel de Yahvé a cambiar de sitio, y se puso en un paso estrecho, donde no había espacio para apartarse ni a la derecha ni a la izquierda. [27] Vio la burra al Ángel de Yahvé y se tumbó, con Balaán encima. Balaán se enfureció y pegó a la burra con un palo. [28] Entonces Yahvé abrió la boca de la burra, que dijo a Balaán: «¿Qué te he hecho yo para que me pegues con ésta ya tres veces?» [29] Respondió Balaán a la burra: «Porque te has burlado de mí. Ojalá tuviera una espada en la mano; ahora mismo te mataba.» [30] Respondió la burra a Balaán: «¿No soy yo tu burra, y me has montado desde siempre hasta el día de hoy? ¿Acaso acostumbro a portarme así contigo?*» Respondió él: «No.» [31] Entonces abrió Yahvé los ojos de Balaán, que vio al Ángel de Yahvé, de pie en el camino, la espada desenvainada en la mano; y se inclinó y se postró rostro en tierra. [32] El Ángel de Yahvé le dijo: «¿Por qué has pegado a tu burra con ésta ya tres veces? He sido yo el que he salido a cerrarte el paso, porque éste es para mí un camino torcido. [33] La burra me ha visto y se ha apartado de mí tres veces. Gracias a que se ha desviado, porque si no, para ahora te habría matado* y a ella la habría dejado con vida.» [34] Dijo entonces Balaán al Ángel de Yahvé: «He pecado, pues no sabía que tú te habías puesto en mi camino. Pero ahora mismo, si esto te parece mal, me vuelvo.» [35] Respondió el Ángel de Yahvé a Balaán: «Vete con esos hombres, pero no dirás nada más que lo que yo te diga.» Balaán marchó con los jefes de Balac.

V. 22 (a) «la ira de Yahvé», con sam. y algunos mss griegos. TM: «Dios».
(b) «Ángel de Yahvé». Griego: «Ángel de Dios», y así en todos los casos del v. 23 al v. 35, excepto en el v. 34.

V. 30 «¿Acaso acostumbro a portarme así contigo?». Griego: «No te he despreciado haciéndote desprecios así».

V. 33 «matado». Sam.: «herido».

Llama la atención el inesperado giro de los acontecimientos. De entrada, cuando Balac envió por dos veces emisarios para que contratasen los servicios de Balaán, éste se negó a acompañarlos, ya que Yahvé le estaba advirtiendo de que no fuera (véase 22,7-18). No obstante, al final Yahvé le dice que vaya con ellos (véase 22,20-21). Sin embargo, cuando se pone en camino, el ángel del Señor le pone obstáculos que su burra ve antes que él. La historia sigue unos derroteros muy distintos a los del pasaje anterior. Si entonces se hacía una presentación positiva de Balaán, como un hombre atento a los designios de Dios y pronto a escucharlos y seguirlos, ahora es presentado con un carácter diametralmente opuesto: terco en sus planes y torpe para darse cuenta de lo que el Señor le indica. La burra es superior a Balaán en lo intelectual y en lo espiritual. Subyace una descalificación irónica de los poderes del mago.

Desde el punto de vista narrativo, el pasaje de algún modo está anticipando al lector lo que se le va a contar poco después. La burra se detiene por tres veces, ya que ve lo que Dios quiere mostrarle ante la ceguera de su amo (véase 22,23.25.27). Así sucederá inmediatamente con Balaán y Balac. En ese caso el inepto será Balac. Balaán pronunciará las palabras de bendición que el Señor ponga en su boca, a pesar de la insistencia de Balac, que torpemente no cae en la cuenta de por qué sucede así (véase 23,1 – 24,9). No es capaz de darse cuenta de lo que Dios quiere e insiste tozudamente en sus planes contra Israel.

La redacción del texto, lo mismo que todo el resto del relato, deja claro que Dios es quien está guiando los acontecimientos. No tiene sentido empeñarse en llevar a cabo unos planes contrarios a los divinos, ya que tal pretensión estaría abocada al fracaso.

La presencia de animales hablando no es frecuente en los relatos bíblicos, aunque se trata de una convención literaria común a muchas culturas en los relatos populares; piénsese por ejemplo en las fábulas. En la Biblia el único ejemplo, además de éste, lo constituye la serpiente del jardín del Edén, que habla con Eva (véase Gn 2). En ambos casos no parecen provocar gran sorpresa a los seres humanos a los

que se dirigen, ya que les responden y conversan con naturalidad, lo que indica que ese diálogo forma parte del género literario empleado por los redactores de esos relatos. En esta ocasión, la intervención de la burra, llena de sentido común, abre los ojos de Balaán a la presencia del ángel del Señor y le permite escuchar su advertencia.

10. Balaán y Balac (22,36-41)

[36] **Se enteró Balac de que llegaba Balaán y salió a su encuentro**
hacia Ar Moab*, en la frontera del Arnón, en los confines del terri-
torio. [37] **Dijo Balac a Balaán: «¿No te mandé llamar? ¿Por qué no**
viniste donde mí? ¿Es que no puedo recompensarte?» [38] **Respondió**
Balaán a Balac: «Mira que ahora ya he venido donde ti. ¿Podré
acaso decir algo? La palabra que ponga Dios en mi boca es la que
diré.»
[39] **Marchó Balaán con Balac y llegaron* a Quiriat Jusot*.** [40] **Sacri-**
ficó Balac una vaca y una oveja y le envió porciones a Balaán y a
los jefes que le acompañaban. [41] **A la mañana, tomó Balac a Balaán**
y lo hizo subir a Bamot Baal*, desde donde se veía un extremo del
campamento.

V. 36 «Ar Moab». TM: «una ciudad (*'ir*) de Moab»
V. 39 (a) «y llegaron». Sam., sir. y Targum: «y lo devolvieron».
(b) «Quiriat Jusot». Griego: «a ciudades de refugio» (= Jaserot).
V. 41 «Bamot Baal». Griego: «la estela de Baal».

Finalmente Balaán llega ante Balac, y, desde esa primera conversación personal entre ambos, el lector se va haciendo cargo de lo que sucederá, a pesar de las presiones del rey de Moab. La advertencia de Balaán es clara y coherente con lo manifestado a los mensajeros que lo habían persuadido para que fuera: «la palabra que ponga Dios en mi boca es la que diré» (22,38). Como señal, no obstante, de colaboración mutua, ofrecen un sacrificio de comunión (véase 22,40-41) y Balaán se apresta a cumplir la tarea para la que ha sido contratado de proferir su oráculo sobre Israel. Lo hará por tres veces, más una cuarta en la que sus palabras sobre Israel irán seguidas de algunas advertencias complementarias dirigidas también a otras naciones y pueblos.

Los relatos que enmarcan los tres primeros oráculos se ajustan con precisión al mismo esquema narrativo:

— Primero Balac conduce a Balaán a un lugar alto desde el que pueda divisar el campamento de Israel. Para comenzar, a Bamot Baal (es decir, los altos de Baal; véase 22,41), después a la cumbre del Pisgá (véase 23,14) y seguidamente a la cumbre del Peor (véase 23,28).

— A continuación, en los tres casos, Balac, siguiendo las indicaciones de Balaán, construye siete altares y sacrifica siete novillos y siete carneros.

— Balaán pide también a Balac que se quede junto a los holocaustos mientras que él consulta a Dios.

— Seguidamente Balaán recita sus oráculos, que siempre son favorables a Israel. No profiere maldiciones, sino bendiciones.

— En cada caso, Balac expresa su descontento y su enfado porque Balaán ha bendecido a Israel en vez de maldecirlo, que es lo que le estaba pidiendo.

— Por último, Balaán se justifica recordando que ya había advertido desde el principio que sólo diría lo que el Señor pusiera en su boca.

11. Primer oráculo de Balaán (23,1-10)

23 **1 Dijo Balaán a Balac: «Construyeme aquí siete altares* y**
prepárame siete novillos y siete carneros.» 2 Balac hizo lo
que le había dicho Balaán, y ofreció en holocausto un novillo* y un
carnero en cada altar. 3 Dijo entonces Balaán a Balac: «Quédate
junto a tus holocaustos, mientras yo voy a ver si me sale al encuen-
tro Yahvé*. Yo te comunicaré lo que él me manifieste.*» Y se fue a
un monte pelado.

4 Salió Dios al encuentro de Balaán* y éste le dijo: «Siete altares
he preparado y he ofrecido en holocausto un novillo y un carnero
sobre cada altar.» 5 Yahvé* entonces puso una palabra en la boca
de Balaán y le dijo: «Vuelve donde Balac y esto le dirás.» 6 Volvió
donde él, que estaba aún de pie junto a su holocausto*, con todos
los príncipes de Moab*. 7 Él entonó su trova y dijo:

«De Aram me hace venir Balac,
el rey de Moab desde los montes de Quédem:
Ven, maldíceme a Jacob;
ven, augura males a Israel.
8 **¿Cómo maldeciré, si no maldice Dios?**
¿Cómo augurаré, si no augura Yahvé?
9 **De la cumbre de las peñas lo diviso,**
de lo alto de las colinas lo contemplo:
es un pueblo que vive aparte;
no es contado entre las naciones.
10 **¿Quién contará el polvo de Jacob,**
quién numerará la polvareda de Israel*?
Muera mi alma con la muerte de los justos*,
sea mi paradero como el suyo.»

V. 1 «Constrúyeme». Sam.: «Hazme».
V. 2 «ofreció», con griego. TM: «ofreció Balaán y Balac».
V. 3 (a) «Yahvé». Sam. y griego: «Dios».
(b) «me manifieste». Griego añade: «y se quedó Balac junto a su holocausto y Balaán se marchó a consultar a Dios».
V. 4 «Salió Dios al encuentro de». Sam.: «El ángel encontró a».
V. 5 «Yahvé». Sam.: «el ángel». Griego: «Dios».
V. 6 (a) «su holocausto». Sam., griego y sir.: «sus holocaustos» (véase v. 3).
(b) Al final del versículo, griego añade: «y fue el espíritu de Dios sobre él» (véase 24,2).
V. 10 (a) «quién numerará» con sam. y griego. TM: «y el número de».
(b) «Muera mi alma con la muerte de los justos». Griego: «Muera mi alma en las almas de los justos».

Antes de proferir su oráculo, Balaán pide a Balac que le construya siete altares en los que sacrifique siete novillos y siete carneros (véase 23,1-2). Siete es un número de plenitud, y esta singular petición aparece como parte del ritual de adivinación, tal vez para favorecer una pronta manifestación de Dios.

El primer oráculo comienza por aludir a las circunstancias mencionadas en el relato acerca de la llamada que le hizo Balac para que maldijera a Israel. Pero Yahvé no desea maldecir a Israel, y Balaán tampoco lo hace. Al contrario, al cantar lo que contempla resalta la condición de Israel como pueblo elegido de Dios, distinto de las demás naciones (véase Ex 19,5), y constata que se trata de un pueblo muy

numeroso. Balaán da a entender que la magnitud de Israel es una bendición de Dios a la que él no puede hacer frente.

Las palabras del oráculo son aún más expresivas si se toma en consideración el lugar desde el que contempla a Israel. En efecto, se había dicho que «a la mañana, tomó Balac a Balaán y lo hizo subir a Bamot Baal, desde donde se veía un extremo del campamento» (22,41). Aunque no ve todo, sino sólo un extremo, esta perspectiva limitadamente parcial es suficiente para que quede deslumbrado por la grandeza del pueblo del Señor.

El lector del Pentateuco sabe que ya se ha cumplido la promesa divina hecha a Abrahán acerca de una descendencia numerosa (véase Gn 15,5). A la vez, esa predilección de Dios por Israel, que se manifiesta en el gran número de sus gentes, lleva consigo la seguridad de que cuenta con la protección divina; de ahí que inspire tal miedo a sus adversarios que prefieran una muerte pacífica antes de tener que hacerle frente. En este primer oráculo estas ideas, que se irán desarrollando en los siguientes, apenas están esbozadas.

12. Segundo oráculo de Balaán (23,11-24)

11 Dijo Balac a Balaán: «¿Qué me has hecho? ¡Te he traído para
maldecir a mis enemigos y los has colmado de bendiciones!» 12 Le
respondió diciendo: «¿No tengo yo que esmerarme en repetir todo
lo que Yahvé me pone en la boca*?» 13 Le respondió Balac: «Ven,
pues, a otro sitio conmigo para que lo veas desde allí*; sólo un extre-
mo verás, no lo verás entero. Maldícemelo desde allí.» 14 Y lo llevó al
Campo de los Centinelas, hacia la cumbre del Pisgá. Construyó siete
altares y ofreció en holocausto un novillo y un carnero en cada
altar. 15 Balaán dijo a Balac*: «Quédate aquí junto a tus holocaustos*,
mientras yo salgo al encuentro*.» 16 Salió Yahvé al encuentro de
Balaán*, puso una palabra en su boca y le dijo: «Vuelve donde Balac
y esto le dirás.» 17 Volvió donde él y lo encontró aún de pie junto a
sus holocaustos, con los príncipes de Moab. Le dijo Balac: «¿Qué ha
dicho Yahvé?» 18 Él entonó su trova diciendo:

«Levántate, Balac, y escucha,
préstame oído, hijo de Sipor*.

[19] No es Dios un hombre, para mentir,
ni hijo de hombre, para volverse atrás.
¿Es que él dice y no hace,
habla y no lo mantiene?
[20] He aquí que me ha tocado bendecir;
bendeciré y no me retractaré.
[21] No ha divisado maldad en Jacob,
ni ha descubierto infortunio en Israel.
Yahvé su Dios está con él,
y en él se oye proclamar a un rey.
[22] Cuando Dios lo sacó de Egipto,
como cuernos de búfalo fue para él*.
[23] No hay presagio contra Jacob,
ni sortilegio contra Israel.
A su tiempo se dirá a Jacob
y a Israel lo que hace Dios.
[24] Mira, un pueblo se levanta como leona,
se yergue como león:
no se tumbará hasta devorar la presa
y beber la sangre de sus víctimas.»

V. 12 «Yahvé». Griego: «Dios».

V. 13 «para que lo veas desde allí». Sam.: «para que lo veas»; griego: «desde donde no lo verás».

V. 15 (a) «Balaán dijo a Balac» con unos pocos mss hebr., griego y sir. TM omite «Balaán».

(b) «tus holocaustos» con muchos mss hebr., sam. y sir. (véase v. 3). TM: «tu holocausto».

(c) Griego añade al final: «para preguntar al Señor» (véase v. 3).

V. 16 «Salió Yahvé al encuentro de Balaán». Sam.: «Dios habló a Balaán». Griego y algunos mss hebr.: «Salió Dios al encuentro de Balaán».

V. 18 «préstame oído». Griego: «al que da testimonio».

V. 22 (a) «Dios», aquí el hebreo dice *'el*, no *'elohim*. Lo mismo sucede en 24,4. 8 y 16.

(b) «cuernos». Griego: «gloria»; sir.: «fortaleza».

De nuevo se repite la historia, que viene narrada con el mismo marco estructural que la anterior y la siguiente. En esta ocasión, Balac lo conduce al «Campo de los Centinelas» (23,14), posiblemente un lugar desde donde se puede atisbar con mejor perspectiva el pueblo y no sólo un extremo del campamento, como había sucedido en el

caso anterior. También ahora se construyen los siete altares y se ofrecen los siete holocaustos. Pero el resultado no será más favorable para los deseos de Balac. Balaán sabe que ha de bendecir, y no hará otra cosa. Este segundo oráculo constata que Dios siempre ha estado con su pueblo y nada se puede hacer contra él.

Los dos paralelismos con los que comienza parecen establecer un contraste entre Balac, al que inmediatamente se denomina «hijo de Sipor», y Dios, que no es un hombre ni, como se dice seguidamente, un «hijo de hombre», para mentir (véase 23,18-19). Un hombre puede plegarse a lo que otro espera de él, pero no se puede forzar la situación para que Dios se ajuste a los deseos humanos. Dios no se echa atrás en sus promesas y bendiciones.

En consecuencia, Balaán bendice de nuevo a Israel, ya que no hay maldad en él y «Yahvé su Dios está con él» (23,21). Lo que apenas esbozaba en el primer oráculo, en éste lo proclama con crudeza ante los oídos de Balac: Israel, con la ayuda de Dios, es un pueblo fuerte e invencible.

La mención de la cercanía del Señor a los suyos recuerda la Alianza y la salida de Egipto, y es un testimonio de su protección.

Bajo la imagen del león, se presagian las victorias de Israel. Esa imagen es muy frecuente en la iconografía del Próximo Oriente antiguo para expresar la fuerza y el poder. En esta ocasión, la fórmula con la que Balaán termina su oráculo tras contemplar a Israel, «mira, un pueblo se levanta como leona, se yergue como león: no se tumbará hasta devorar la presa y beber la sangre de sus víctimas» (23,24), está cargada de ironía ante lo que Balac había dicho cuando los vio acercarse a sus tierras: «Ahora veréis cómo esa multitud va a devastarlo todo a nuestro alrededor, como devasta el buey la hierba del campo» (22,4). Israel no es un buey, es un león al que no se puede menospreciar.

13. Tercer oráculo de Balaán (23,25-24,9)

[25] Balac dijo a Balaán: «Ya que no le maldices, por lo menos no
le bendigas.» [26] Respondió Balaán a Balac: «¿No te he dicho que
haré todo lo que me diga Yahvé*?» [27] Dijo Balac a Balaán: «Ven, por
favor, que te lleve a otro sitio; a ver si le place a Dios que me lo mal-
digas desde allí.» [28] Llevó Balac a Balaán a la cumbre del Peor, que

domina la parte del desierto. [29] Dijo Balaán a Balac: «Construýeme
aquí siete altares y prepárame aquí siete novillos y siete carneros.»
[30] Balac hizo lo que le había dicho Balaán, y ofreció en holocausto
un novillo y un carnero en cada altar.

24 [1] Vio Balaán que agradaba a Yahvé bendecir a Israel, y ya no
fue como las otras veces al encuentro de los augurios, sino
que se volvió cara al desierto. [2] Y al alzar los ojos, vio Balaán a Israel
acampado por tribus. Y le invadió el espíritu de Dios. [3] Entonó su
trova y dijo:

«Oráculo de Balaán, hijo de Beor*,
oráculo del varón clarividente.
[4] Oráculo del que oye los dichos de Dios*,
del que ve la visión de Sadday,
del que obtiene respuesta*, y se le abren los ojos.
[5] ¡Qué hermosas son tus tiendas, Jacob,
y tus moradas, Israel!
[6] Como valles espaciosos,
como jardines a la vera del río,
como áloes que plantó Yahvé*,
como cedros a la orilla de las aguas.
[7] Sale un héroe de su descendencia,
domina sobre pueblos numerosos*.
Se alza su rey por encima de Agag*,
se alza su reinado.
[8] Dios lo sacó de Egipto*,
como cuernos de búfalo fue para él.
Devora el cadáver de sus enemigos*
y les quebranta los huesos.
[9] Se agacha, se tumba,
como león, como leona,
¿quién le hará levantar?
¡Bendito el que te bendiga!
¡Maldito el que te maldiga!»

V. 26 «Yahvé». Sam., griego y Vulgata: «Dios».
V. **24**,3 «hijo». Griego: «el que da testimonio» (véase 23,18).
V. 4 (a) «Oráculo del que oye los dichos de Dios». Sam. y griego lo omiten.
(b) «del que obtiene respuesta». TM: «del que se postra»; griego: «en sueño».

V. 6 «áloes que plantó Yahvé». Sam., griego y Vulgata: «tiendas levantadas por Yahvé».

V. 7 (a) «sale un héroe de su descendencia, domina sobre pueblos numerosos», con griego. TM: «Rebosan las aguas de sus baldes, las acequias inundan sus simientes»

(b) «Agag». Sam., griego Aq., Sim. y Teod.: «Gog».

V. 8 (a) «Dios lo sacó». Unos pocos mss hebr., sir., Targum y Targum P-J: «Dios los sacó» (véase 23,22). Griego: «Dios lo guía».

(b) «el cadáver de sus enemigos». TM: «a los pueblos que son sus enemigos».

El tercer oráculo presenta unas características algo distintas a los anteriores. No menciona, como en los otros casos, las circunstancias en que se pronuncia, bajo la presión de Balac para forzar una maldición. En esta ocasión el rey de Moab sólo expresa su deseo: «a ver si le place a Dios que me lo maldigas desde allí» (23,27). Tampoco el oráculo brotará como un fluir de palabras puestas por Dios en boca de Balaán, sino como un relato de lo que ha contemplado en forma de visión.

En esta ocasión se busca un lugar con plena visibilidad sobre el campamento de Israel: «Llevó Balac a Balaán a la cumbre del Peor, que domina la parte del desierto» (23,28), y se erigieron los siete altares para los siete holocaustos, pero el resultado no fue distinto al registrado en las ocasiones anteriores.

Al comienzo se utilizan como sinónimos los nombre de Dios y Sadday (véase 24,4). El nombre de Sadday es utilizado por los escritores sacerdotales como nombre de Dios en los relatos patriarcales y en los primeros capítulos del Éxodo (véase Ex 6,3). Recordemos que es uno de los nombres puestos en boca de Balaán en las tablillas de Tell Deir ‘Allah.

La grandeza de Israel se describe con metáforas agrícolas que apuntan a su fertilidad (véase 24,5-6). Junto al esplendor de Israel, reflejado bajo imágenes vegetales, se alude a un rey victorioso, y se recuerda, una vez más, la salida de Egipto como señal de la protección divina de la que goza (véase 24,7-8). Esa evocación paradisíaca con la que se contempla a Israel invita al lector a ir pensando en la Tierra Prometida, a la que se dirige con la protección divina. «¡Bendito el que te bendiga! ¡Maldito el que te maldiga!» (24,9). La fórmula de conclusión es idéntica a la que cierra la bendición de Isaac a Jacob (véase Gn 27,29).

14. ORÁCULOS DE BALAÁN A LAS NACIONES (24,10-25)

10 Se enfureció Balac contra Balaán, palmoteó fuertemente, y
dijo a Balaán: «Te he llamado para maldecir a mis enemigos y
resulta que los has llenado de bendiciones ya por tercera vez.
11 Lárgate ya a tu tierra. Te dije que te colmaría de honores, pero
Yahvé te ha privado de ellos.» 12 Respondió Balaán a Balac: «¿No les
dije yo a los mensajeros que me enviaste: 13 Aunque me diera Balac
su casa llena de plata y oro, no podría salirme de la orden de
Yahvé, ni hacer por mi cuenta nada, bueno ni malo; lo que me diga
Yahvé*, eso es lo que diré? 14 Ahora, pues, que me marcho a mi pue-
blo*, ven, que te voy a anunciar lo que hará este pueblo al tuyo al
cabo del tiempo.» 15 Entonó su trova y dijo:

«Oráculo de Balaán, hijo de Beor,
oráculo del varón clarividente.
16 Oráculo del que escucha los dichos de Dios,
del que conoce la ciencia del Altísimo;
del que ve lo que le hace ver Sadday,
del que obtiene la respuesta, y se le abren los ojos.
17 Lo veo*, aunque no para ahora,
lo diviso*, pero no de cerca:
de Jacob avanza* una estrella*,
un cetro* surge de Israel.
Aplasta las sienes de Moab*,
el cráneo de todos los hijos de Set.
18 Será Edom tierra conquistada,
tierra conquistada Seír*.
Israel despliega su poder,
19 Jacob domina a sus enemigos,
aniquila a los fugitivos de Ar.»
20 Después vio Balaán a Amalec, entonó su trova y dijo:
«Primicias de las naciones, Amalec;
pero al cabo perecerá para siempre.»
21 Vio luego a los quenitas, entonó su trova y dijo:
«Firme es tu morada, Caín,
en la peña has puesto tu nido.
22 Pero el nido es de Beor*;

¿hasta cuándo te tendrá cautivo Asur?»
23 *Entonó luego su trova y dijo*:
«Pueblos del Mar reviven por el Norte,
24 barcos* por el lado de Quitín*.
Oprimen a Asur, oprimen a Héber*;
también él perecerá para siempre.»
25 Luego se levantó Balaán y se fue de vuelta a su país. También Balac se fue por su camino.

V. 13 «lo que me diga Yahvé». Griego: «lo que me diga Dios». Algunos mss hebr. (*'elohay*), sam. (*'elay*) y Vulgata: «lo que me diga mi Dios».

V. 14 «a mi pueblo». Griego: «a mi lugar» (véase vv. 11.25); sir.: «a mi país».

V. 17 (a) «lo veo». Griego: «lo señalo».

(b) «lo diviso». Griego: «lo hago bienaventurado».

(c) «avanza». Griego, sir. y Vulgata: «nace».

(d) «estrella». Targum y Targum P-J: «un rey».

(e) «cetro». Griego: «hombre»; sir.: «príncipe»; Targum y Targum P-J: «Mesías».

(f) «las sienes». Griego, sir., Targum, Targum P-J y Vulgata: «los príncipes».

V. 18 «Seír». Sam. y griego: «Esaú».

V. 22 «pero el nido es de Beor», con griego. TM: «Caín será quemada».

V. 23 (a) Al comienzo, griego añade: «Vio luego a [G]Og».

(b) «y dijo». TM añade a continuación: «¡Ay, quién vivirá cuando Dios haga esto!».

V. 24 (a) «barcos». Sam.: «los sacarán»; griego: «saldrán»; sir.: «y saldrán legiones».

(b) «Quitín». Vulgata: «de Italia»; Targum: «de los romanos».

(c) «Héber». Griego, sir., Vulgata: «los hebreos».

Después de los tres intentos fallidos por parte de Balac para que Balaán maldijese a Israel, el vidente, antes de regresar a su patria, pronuncia cuatro oráculos más, dirigidos a varias naciones: a Israel, Amalec, los quenitas y Asur.

El primero de ellos está dirigido a Israel (véase 24,15-19). Después de una fórmula de inicio igual a la empleada al comienzo del tercer oráculo (véase 24,3), se remonta a la autoridad de Dios, el Altísimo o Sadday, tres modos que aparecen como sinónimos por el paralelismo de designar al mismo Dios (véase 24,16). Dios y Sadday ya se habían mencionado en plano de igualdad en el tercer oráculo (véase 24,4). Ahora se añade el Altísimo (*Elyón*). Se trata de un nombre de la divinidad atestiguado también fuera del pueblo elegido, que había apa-

recido por primera vez en la Biblia en el pasaje del encuentro entre Abrahán y Melquisedec, sacerdote de Salem, que bendijo al patriarca en nombre de Elyón (véase Gn 14,18-20).

En este oráculo se anuncia la llegada de un rey, simbolizado en la estrella y en el cetro (véase 24,17). En el antiguo Oriente las diversas estrellas representaban a los dioses y a los reyes. En este pasaje de Números puede haber una referencia a la monarquía davídica. De hecho, desde muy pronto, este texto se interpretó en sentido mesiánico. Así, la tradición judía unió el advenimiento del Mesías con la aparición de una estrella, como se refleja en algunas traducciones arameas (*targumim*) de este pasaje. En el hecho de que, en la segunda revuelta judía contra Roma (años 132-135 d.C.), un famoso maestro judío, Rabbí Aquiba, cambiase el nombre al caudillo judío que dirigía la guerra, Ben Košeba, llamándole Bar Kokheba, es decir, «hijo de la estrella», se manifiesta también la relación entre la estrella y el Mesías esperado.

En el Evangelio de San Mateo aparece una estrella en el episodio de los Magos que fueron a adorar a Jesús (véase 2,1-12), y entre los primeros comentaristas cristianos se dijo que la estrella que predijo Balaán es la misma que vieron los Magos. Así, por ejemplo, lo expresa S. León Magno: «Los Magos pudieron ser instruidos por las antiguas profecías de Balaán para comprender el signo milagroso. Ellos conocían esta antigua predicción, cuyo recuerdo se había perpetuado y extendido: "se alza de Jacob una estrella, surge de Israel un hombre, y dominará a las gentes". Por eso, los tres hombres, divinamente estimulados por el resplandor del astro insólito, siguen el camino que la luz esplendorosa traza ante ellos, pensando encontrar en Jerusalén, la ciudad real, al Niño significado» (*Sermón* 34,2).

Este mismo oráculo, el primero de la serie, termina vaticinando el dominio de Israel sobre Moab (véase 24,17) y Edom (véase 24,18-19). Tras mencionar a Moab, se nombra a los hijos de Set, lo que resulta desconcertante, ya que en la Biblia el único personaje con ese nombre es el tercer hijo de Adán, nacido tras la muerte de Abel (véase Gn 4,26), por lo que hablar del exterminio de sus hijos podría sugerir la aniquilación de toda la humanidad descendiente de Set, o lo que es lo mismo, todos los seres humanos menos los descendientes de Caín. Pensar que se refiere a ese personaje plantea, pues, gra-

ves problemas para encontrar un sentido al texto. Una interpretación alternativa, y posiblemente más real de esa mención, puede hacerse teniendo en cuenta que entre los textos egipcios de execración del II milenio a.C. se denomina con el nombre de Šutu a una tribu nómada que vivía en Canaán. Los Setitas o hijos de Seth podrían ser los miembros de esa tribu.

En los tres oráculos siguientes, dirigidos uno a Amalec, otro a los quenitas y un último que queda abierto, está incoada la tensión por la conquista que se acerca.

El primero de ellos anuncia la futura destrucción de los amalecitas (véase 24,20). La fórmula «primicias de las naciones» referida a Amalec es de difícil interpretación, aunque tal vez pueda aludir a que fueron los amalecitas los primeros que atacaron a Israel durante su marcha por el desierto tras la salida de Egipto (véase Ex 17,8-16).

En el oráculo dirigido a los quenitas (véase 24,21-22) se hace un juego de palabras en el texto hebreo. La capital de los quenitas se llamaba Cayin, palabra que en hebreo significa «nido». Por eso se dice, antes de nombrar la ciudad, que el «nido» (Cayin) está sólidamente edificado sobre roca. A pesar de todo, será destruida, y sus habitantes condenados a la cautividad.

Para el último poema, muy fragmentario, no es fácil encontrar referencias que aclaren su sentido.

15. Israel en Peor (25,1-18)

25 1 Israel se estableció en Sitín. Y el pueblo se puso a fornicar
con las hijas de Moab*. 2 Éstas invitaron al pueblo a los sa-
crificios de sus dioses, y el pueblo comió y se postró ante sus dio-
ses. 3 Israel se adhirió así al Baal de Peor, y se encendió la ira de
Yahvé contra Israel.
4 Dijo Yahvé a Moisés: «Toma a todos los jefes del pueblo y em-
pálalos en honor de Yahvé, cara al sol*; así cederá el furor de la
cólera de Yahvé contra Israel.» 5 Dijo Moisés a los jueces de Israel:
«Matad cada uno a los vuestros que se hayan adherido al Baal de
Peor.»
6 Sucedió que un hombre, un israelita, vino y presentó ante sus
hermanos a la madianita*, a los ojos de Moisés y de toda la comu-

**nidad de los israelitas, que estaban llorando a la entrada de la
Tienda del Encuentro. 7 Al verlos Pinjás, hijo de Eleazar, hijo del
sacerdote Aarón, se levantó de entre la comunidad, lanza en mano,
8 entró tras el hombre a la alcoba y los atravesó a los dos, al israe-
lita y a la mujer, por el bajo vientre. Y se detuvo la plaga que azo-
taba a los israelitas. 9 Los muertos por la plaga fueron 24.000.**

**10 Yahvé dijo a Moisés: 11 «Pinjás, hijo de Eleazar, hijo del sacer-
dote Aarón, ha aplacado mi furor contra los israelitas, porque él ha
sido, de entre vosotros, el que ha sentido celo por mí; por eso no
he acabado con los israelitas a impulso de mis celos. 12 Por eso digo:
Le concedo a él mi alianza de paz: 13 será para él y para su descen-
dencia después de él una alianza de sacerdocio perpetuo. En
recompensa de haber sentido celo por su Dios, celebrará el rito de
expiación sobre los israelitas.»**

**14 El israelita muerto, el que fue matado con la madianita, se
llamaba Zimrí, hijo de Salú, príncipe de una casa patriarcal de
Simeón. 15 Y la mujer muerta, la madianita, se llamaba Cozbí, hija
de Sur. Éste era jefe de su clan, de una casa patriarcal de Madián.**

**16 Habló Yahvé a Moisés y le dijo: 17 «Atacad a los madianitas y
derrotadlos, 18 porque ellos os han atacado a vosotros engañándoos
con sus malas artes, con lo de Peor, y con lo de su hermana Cozbí,
hija de un príncipe de Madián, la que fue muerta el día de la plaga
que hubo por lo de Peor.»**

V. 1 «se puso a». Griego: «se corrompió al» (véase Lv 19,29 y 21,9).

V. 4 «Toma a todos los jefes del pueblo y empálalos en honor de Yahvé, cara al sol». Sam.: «Ordena que maten a los hombres que se han adherido a Baal-Peor» (véase v. 5).

V. 6 «ante sus hermanos». Griego: «ante su hermano».

La generación que salió de Egipto alcanza aquí el culmen de su impiedad, y llegará a su fin. Hasta este momento se habían narrado varias rebeliones contra el Señor y contra Moisés, pero ahora se entregan sin freno a la idolatría y a las más bajas pasiones.

Israel había salido victorioso de ejércitos enemigos (véase 21, 21-35) y también se había visto libre de los poderes de la magia (véase caps. 22–24), pero sucumbe ante la seducción de los cultos idolátricos.

El santuario de Baal en Peor estaba en el límite entre Moab y Madián y era frecuentado por los madianitas nómadas. Así como en los capítulos inmediatamente anteriores moabitas y madianitas se habían puesto de acuerdo (véase 22,2-4) para dañar a Israel contratando a un profesional de la maldición (véase 22,7) sin conseguirlo, ahora sí que logran hacerle daño en lo fundamental, su fidelidad al Señor, al seducirlo y arrastrarlo a sus ídolos.

Cuando Israel está acampado en sus inmediaciones, en Sitín, los israelitas se dejan contaminar con cultos paganos. Allí se sitúan dos hechos deplorables que se recogen en sendos relatos. El primero de ellos, pre-sacerdotal, narra el hecho de que los israelitas se prostituyeron con las moabitas tanto en sentido material, de unión fornicaria, como espiritual, de adoración de sus ídolos (véase 25,1-5). El segundo, en cambio, sacerdotal, ensalza el castigo infligido a un israelita y a una mujer madianita por haberse unido (véase 25,6-15).

El primer relato se centra en señalar la provocación a Dios que constituyó la participación masiva del pueblo en los cultos de Baal de Peor, y la tarea de reparar ese daño es adjudicada a Moisés y los jueces del pueblo.

En el segundo, en cambio, se concede mayor protagonismo a la maldad de las uniones maritales de israelitas con madianitas. En este caso, quien asume la responsabilidad de cortar con esa situación es el estamento sacerdotal.

Esta última y gravísima ofensa a Dios por parte del pueblo en Peor se presenta como una cierta reincidencia en lo que ya había hecho anteriormente en la apostasía del Sinaí, cuando se fabricaron un becerro de oro al que dieron culto (véase Ex 32). Ambos relatos guardan cierto paralelismo:

— En ambos casos el pueblo adora y ofrece sacrificios a otro dios (véase Ex 32,6 y Nm 25,2).

— La advertencia que hizo Dios en la renovación de la Alianza, tras el episodio del becerro de oro, se cumple aquí al pie de la letra: «No hagas alianza con los habitantes del país, pues cuando se prostituyan y les ofrezcan sacrificios, te invitarán a participar en sus sacrificios. No tomes a sus hijas para tus hijos, pues sus hijas se prostituirán con sus dioses y prostituirán a tus hijos con sus dioses» (Ex 34,15-16).

— Los levitas, actuando con celo, cumplieron la orden de Moisés y pasaron a espada a tres mil israelitas que habían adorado al becerro (véase Ex 32,25-28). También ahora Moisés da la orden de acabar con los que se han prostituido (véase 25,4-5), y una plaga azotó a los israelitas, dejando 24.000 muertos (véase Nm 25,9).

— Como premio a su celo por el Señor, los levitas recibieron la investidura para el sacerdocio (véase Ex 32,29). En esta ocasión, la acción de Pinjás (véase 25,6-9) es presentada asimismo como algo glorioso y como motivo de una promesa divina en su favor.

Este paralelo con lo sucedido entonces constituye una especie de demostración de que esa generación que había salido de Egipto y recibido tantos beneficios del Señor no escarmienta ni rectifica, sino que reincide una y otra vez en sus infidelidades, incluso las más graves. Ha llegado el momento de que desaparezca y deje paso a la siguiente.

A la vez, bajo la crudeza propia de un contexto muy primitivo, el texto bíblico quiere explicar por qué una línea de la tribu de Leví, los sadoquitas o descendientes de Sadoc, sacerdote del templo de Jerusalén en tiempos de David y Salomón (véase 2 S 8,17), gozaban de la autenticidad del sacerdocio (véase Ez 44,15). La razón es porque descendían de Pinjás, con quien Dios había hecho una alianza sacerdotal. Así se ponía también de relieve que el fundamento de aquella legitimidad sacerdotal era el celo por el Señor.

Parte II

LA NUEVA GENERACIÓN

Ya sabemos que el libro de los Números está dividido en dos grandes secciones, y que ambas comienzan con un censo de la comunidad de los hijos de Israel. Una vez concluida la primera sección, comienza ahora la segunda, que llegará hasta el final del libro.

La primera comenzaba con un censo de la generación que había salido de Egipto, y estaba protagonizada por aquellos hombres y mujeres. Constituyen un pueblo santo, pero sus repetidas murmuraciones contra el Señor los habían hecho indignos de entrar en la Tierra Prometida. Todos murieron en el desierto a lo largo de cuarenta años, excepto Moisés, Caleb y Josué.

En esta segunda sección, que también comienza con un censo, el protagonismo lo asume la nueva generación criada en el desierto. No habían visto tantas cosas admirables como sus padres, pero serían quienes iniciarían la conquista, pasarían el Jordán y tomarían posesión efectiva de la Tierra.

Si en la primera parte se mencionaban con detalle numerosas murmuraciones y rebeliones, a las que siguieron plagas y castigos que llevaron a muchos a la muerte, en esta sección se subraya la fidelidad y rectitud de la nueva generación, de la que no se perderá ninguno ni siquiera en las batallas que han de afrontar (véase 31,49).

La importancia del mensaje teológico, también desde una perspectiva cristiana, que trasmite esta nueva sección ha sido percibida ya desde antiguo. A este respecto vale la pena fijarse en cómo Procopio de Gaza introduce a la lectura de esta sección: «Una vez que la Escritura indicó que el pueblo había llegado a la frontera establecida por

Dios, de nuevo ordena Dios el recuento de los hombres aptos para el servicio del ejército. Cuando los padres, contados previamente, ya habían muerto, sus hijos son convocados para un nuevo censo. Esto es, sin duda, aquello por lo que David afirma que el Señor había dicho: "si ellos entran en mi reposo" (Sal 95,11) y las cosas que después se siguieron. Sus hijos eran el prototipo de las personas fieles que recibieron a Cristo, plenitud de la ley» (*Comentarios a Números*, 26,2).

CAPÍTULO 7

NUEVAS DISPOSICIONES (25,19 – 30,17)

1. El censo (25,19 - 26,56)

19 **Después de la plaga,**

26 1 **Yahvé habló a Moisés y a Eleazar, hijo del sacerdote Aarón,
y les dijo: 2 «Haced el censo de toda la comunidad de los isra-
elitas, por casas patriarcales, de veinte años para arriba, de todos
los útiles para la guerra.» 3 Moisés y el sacerdote Eleazar hicieron
el censo en las Estepas de Moab, cerca del Jordán, frente a Jericó,
de veinte años para arriba, 4 como había mandado Yahvé a Moisés.**

Israelitas que salieron de Egipto:

5 **Rubén, primogénito de Israel. Hijos de Rubén: de Henoc, el
clan henoquita; de Palú, el clan paluita; 6 de Jesrón, el clan jesronita;
de Carmí, el clan carmita. 7 Ésos eran los clanes rubenitas. Hecho
el censo, resultaron ser 43.730. 8 Hijos de Palú: Eliab. 9 Hijos de
Eliab: Nemuel, Datán y Abirón. Estos Datán y Abirón eran famosos
en la comunidad, y se rebelaron contra Moisés y Aarón con la cua-
drilla de Coré, cuando ésta se rebeló contra Yahvé. 10 La tierra abrió
su boca y los tragó a ellos y a Coré, cuando el fuego devoró a
doscientos cincuenta hombres, para que sirvieran de escarmiento.
11 Pero los hijos de Coré no murieron.**

12 **Hijos de Simeón, por clanes*: De Yemuel, el clan yemuelita; de
Yamín, el clan yaminita; de Yaquín, el clan yaquinita; 13 de Zéraj, el
clan zerajita; de Saúl, el clan saulita. 14 Ésos eran los clanes simeo-
nitas. Se contaron 22.200*.**

15 ***Hijos de Gad, por clanes: De Sefón, el clan sefonita; de Jaguí,
el clan jaguita; de Suní, el clan sunita; 16 de Ozní, el clan oznita; de**

Erí, el clan erita; [17] de Arod, el clan arodita; de Arelí, el clan arelita.
[18] Ésos eran los clanes de los hijos de Gad. Según el censo se con-
taron 40.500.
[19] Hijos de Judá: Er y Onán. Er y Onán murieron en la tierra de
Canaán. [20] Los hijos de Judá, por clanes, eran: de Selá, el clan selani-
ta; de Peres, el clan peresita; de Zéraj, el clan zerajita. [21]Hijos de Peres
fueron: de Jesrón, el clan jesronita; de Jamul, el clan jamulita. [22]Ésos
eran los clanes de Judá. Según el censo se contaron 76.500.
[23] Hijos de Isacar, por clanes: de Tolá, el clan tolaíta; de Puá, el
clan puvita; [24] de Yasub, el clan yasubita; de Simrón, el clan simronita.
[25] Ésos eran los clanes de Isacar. Según el censo se contaron 64.300.
[26] Hijos de Zabulón, por clanes: de Séred, el clan sardita; de
Elón, el clan elonita; de Yajleel, el clan yajleelita. [27] Ésos eran los
clanes de Zabulón. Según el censo, 60.500.
[28] Hijos de José, por clanes: Manasés y Efraín.
[29] Hijos de Manasés: de Maquir, el clan maquirita. Maquir engen-
dró a Galaad. De Galaad, el clan galaadita. [30] Los hijos de Galaad
eran: de Yézer, el clan yezerita; de Jélec, el clan jelequita; [31] de
Asriel, el clan asrielita; de Siquén, el clan siquenita; [32] de Semidá, el
clan semidaita; de Jéfer, el clan jeferita; [33] Selofjad, hijo de Jéfer, no
tuvo hijos; solamente hijas. Se llamaban las hijas de Selofjad:
Majlá, Noá, Jojlá, Milcá y Tirsá. [34] Ésos eran los clanes de Manasés:
según el censo, 52.700.
[35] Éstos eran los hijos de Efraín, por clanes: de Sutélaj, el clan
sutelajita; de Béquer, el clan bequerita; de Taján, el clan tajanita.
[36] Éstos son los hijos de Sutélaj: de Erán, el clan eranita. [37] Ésos eran
los clanes de los hijos de Efraín. Según el censo se contaron 32.500.
Ésos eran los hijos de José, por clanes.
[38] Hijos de Benjamín, por clanes: de Belá, el clan belaíta; de
Asbel, el clan asbelita; de Ajirán, el clan ajiranita; [39] de Sefufán, el
clan sefufanita; de Jufán, el clan jufanita. [40] Fueron los hijos de
Belá, Ard y Naamán: de Ard, el clan ardita; de Naamán, el clan naa-
manita. [41]Ésos eran los hijos de Benjamín, por clanes. Según el
censo se contaron 45.600.
[42] Éstos eran los hijos de Dan, por clanes: de Suján, el clan suja-
nita. Éstos eran los clanes de Dan: [43] Todos los clanes sujanitas.
Según el censo se contaron 64.400.

**[44] *Hijos de Aser, por clanes: de Yimná, el clan yimnita; de Yisví,
el clan yisvita; de Beriá, el clan berita. [45] De los hijos de Beriá: de
Jéber, el clan jeberita; de Malquiel, el clan malquielita. [46] La hija de
Aser, se llamaba Sáraj. [47] Ésos eran los clanes de los hijos de Aser.
Según el censo se contaron 53.400.**

**[48] Hijos de Neftalí, por clanes: de Yajseel, el clan yajseelita; de
Guní, el clan gunita; [49] de Yéser, el clan yeserita; de Silén, el clan
silenita. [50] Ésos eran los clanes de Neftalí, por clanes. Según el
censo se contaron 45.400.**

[51] Los israelitas censados resultaron ser 601.730.

**[52] Dijo Yahvé a Moisés: [53] «Entre éstos has de repartir la tierra en
herencia, conforme al número de censados; [54] al grande le aumen-
tarás la herencia y al pequeño se la reducirás; a cada uno se le dará
la herencia según el número de sus censados. [55] Pero el reparto se
hará a suertes; según el número de censados de cada tribu patriar-
cal se hará la distribución. [56] A suertes distribuirás la herencia, dis-
tinguiendo entre el grande y el pequeño.»**

V. 12 «por clanes». Sam.: «el linaje de los simeonitas»; griego: «el linaje de los hijos de Simeón».

V. 14 «se contaron». Griego: «según el censo se contaron».

Vv. 15 – 18 Griego traslada estos versículos detrás del v. 27.

Vv. 44 – 47 Griego traslada estos versículos tras el 15-18, y pone el bloque conjunto que resulta entre el v. 27 y el v. 28.

Como sucedía con la primera gran sección de libro, también ésta comienza con un censo de los israelitas. Lo mismo que entonces, también este texto forma parte de la redacción sacerdotal. Ha pasado una generación, consumida en el desierto debido a sus pecados, y llega el momento de que la segunda generación, ahora censada, asuma su protagonismo. La fórmula con la que se cerrará el censo al final del capítulo, una vez que se hayan enumerado también los clanes levitas, deja constancia del cambio acaecido: «Entre ellos no quedaba nadie de los que habían sido censados por Moisés y por el sacerdote Aarón, cuando hicieron el censo de los israelitas en el desierto del Sinaí. Es que Yahvé les había dicho que morirían en el desierto, sin que quedara uno de ellos, excepto Caleb, hijo de Jefoné, y Josué, hijo de Nun» (26,64-65).

El comienzo es también muy significativo: «Yahvé habló a Moisés y a Eleazar» (26,1). Es la primera vez que esto sucede. Hasta ahora la frase análoga era «Yahvé habló a Moisés y a Aarón», pero Aarón ya ha fallecido y el sumo sacerdocio ya está en manos de uno de la siguiente generación. Moisés aún permanece, pero tampoco él llegará a entrar en la Tierra Prometida.

Las condiciones de los que han ser incluidos en el censo, los varones mayores de veinte años útiles para la guerra (véase 26,2), son análogas a las del censo con el que se abría el libro de los Números. Sin embargo, conviene hacer notar un detalle relevante en la redacción. El primer censo era de carácter eminentemente militar, por eso tanto en la orden de realizar el censo (véase 1,3) como en el elenco de los datos de cada una de las tribus (véase 1,20; etc.) se hace constar que se han incluido todos los varones mayores de veinte años, esto es, aquellos con los que se puede contar de inmediato para entablar batalla. Sin embargo, este segundo censo no mira tanto a la conquista de la Tierra cuanto a su reparto. Parece que la conquista se da por supuesta. Por eso, la cláusula de la edad no se menciona nada más que una vez, al principio, y en cambio, al ofrecer la lista, importa más la composición de cada tribu, con todos los clanes que la integran, que las condiciones para el combate en las que se encuentran sus miembros.

El orden en que se enumeran las tribus es también el mismo que en el primer censo, con la sola alteración en el orden de Manasés, que ahora pasa a ser mencionado inmediatamente antes de Efraín, cuando en el primer caso iba inmediatamente detrás (véase 1,21-43). Tampoco en este caso se incluye junto con los demás el resultado del recuento de los levitas, sino que se sitúa luego, inmediatamente después. La diferencia más notable, como ya se ha apuntado, es que mientras que en el primer censo se dice que los miembros de cada tribu se habían anotado «por clanes y familias», pero sin especificarlas, en este caso se mencionan nominalmente esos clanes que constituían cada tribu. Hay una indudable relación entre los clanes que aquí se mencionan y los miembros de la familia de Jacob que entraron en Egipto, y cuyos nombres se enumeraron en Gn 46,8-27.

El resultado del censo muestra una pequeña disminución en el número total, que baja desde los 603.550 del primer censo (véase

1,46) a 601.730 (véase 26,51). Más significativas son las variaciones en la población de cada tribu.

Es muy notorio el crecimiento de Manasés (de 32.200 a 52.700). También crecen bastante Aser (de 41.500 a 53.400), Benjamín (de 35.400 a 45.600) e Isacar (de 54.400 a 64.300), y suben un poco Zabulón (de 57.400 a 60.500), Judá (de 74.600 a 76.500) y Dan (de 62.700 a 64.400). La más numerosa, en cualquier caso, sigue siendo Judá.

Respecto a las que bajan en número, el descenso más notable es el de Simeón, que queda reducida a menos de la mitad (de 59.300 a 22.200). Bajan bastante Efraín (de 40.500 a 32.500) y Neftalí (de 53.400 a 45.400), y sufren pérdidas no tan notorias Gad (de 45.650 a 40.500) y Rubén (de 46.500 a 43.730). Por lo que se refiere a la tribu de Rubén, se menciona la pérdida de doscientos cincuenta hombres de ella en la rebelión de Datán y Abirón (véase 26,9-10).

Estas nuevas cifras son importantes, ya que el posterior reparto del territorio de la Tierra Prometida se hará proporcionalmente entre las tribus, de acuerdo con estos números (véase 26,52-56).

2. Censo de los levitas (26,57-65)

**[57] Éstos fueron los censados de Leví*, por clanes. De Guersón, el
clan guersonita; de Queat, el clan queatita; de Merarí, el clan mera-
rita. [58] Éstos eran los clanes de Leví: el clan libnita, el clan hebroni-
ta, el clan majlita, el clan musita, el clan coreíta. Queat engendró
a Amrán. [59] La mujer de Amrán se llamaba Yoquébed, hija de Leví,
que le nació a Leví en Egipto. Amrán tuvo de ella a Aarón, a Moisés
y a María su hermana. [60] Aarón engendró a Nadab y Abihú, a
Eleazar e Itamar. [61] Nadab y Abihú murieron al ofrecer fuego pro-
fano delante de Yahvé*.**

[62] El total del censo de todos los varones de un mes en adelante fue de 23.000. Porque no fueron alistados con los demás israelitas, pues no se les daba herencia entre los demás israelitas.

**[63] Ésos fueron los censados por Moisés y el sacerdote Eleazar.
Hicieron el censo de los israelitas en las Estepas de Moab, cerca del
Jordán, frente a Jericó. [64] Entre ellos no quedaba nadie de los que
habían sido censados por Moisés y por el sacerdote Aarón, cuando**

hicieron el censo de los israelitas en el desierto del Sinaí. 65 Es que
Yahvé les había dicho que morirían en el desierto, sin que quedara
uno de ellos, excepto Caleb, hijo de Jefoné, y Josué, hijo de Nun.

V. 57 «éstos fueron los censados de». Griego: «hijos de», como v. 11, etc.
V. 61 Griego añade al final del versículo: «en el desierto del Sinaí» (véase v. 64).

Este segundo censo, como se ha hecho notar, mira a una situación distinta del primero. Aquel presuponía una marcha por el desierto y la preparación para la conquista de la Tierra. En éste parece que todo eso se da por hecho.

En el anterior censo, el control de los levitas es muy detallado, ya que hay que dejar adjudicadas todas y cada una de las numerosas tareas que lleva consigo la acampada y la reanudación de la marcha en todo lo que tiene que ver con la Tienda del Encuentro y todos los enseres de culto. Cada clan tiene sus responsabilidades precisas (véase 4,1-49). En cambio, este segundo censo de los levitas es mucho más genérico que el anterior. Entonces se señalaban los miembros de cada clan (véase 3,14-39), mientras que ahora sólo se da el número total de levitas, que ha subido ligeramente, de 22.000 al comienzo del libro (véase 3,39) a 23.000 en esta ocasión (véase 26,62).

3. La herencia de las hijas (27,1-11)

27 1 Entonces se acercaron las hijas de Selofjad, hijo de Jéfer,
hijo de Galaad, hijo de Maquir, hijo de Manasés*, de los cla-
nes de Manasés, hijo de José. Se llamaban las hijas: Majlá, Noá,
Joglá, Milcá y Tirsá. 2 Se presentaron a Moisés y al sacerdote Eleazar,
a los príncipes y a toda la comunidad, a la entrada de la Tienda del
Encuentro, y dijeron: 3 «Nuestro padre murió en el desierto*. No
era de la facción que se amotinó contra Yahvé, de la facción de
Coré; por sus propios pecados murió sin tener hijos varones. 4 ¿Por
qué ha de ser borrado de su clan el nombre de nuestro padre, sólo
por no haber tenido hijos varones? Danos alguna propiedad entre
los hermanos de nuestro padre*.»

5 Moisés expuso su caso ante Yahvé. 6 Respondió Yahvé a Moisés:
7 «Han hablado bien las hijas de Selofjad. Dales en propiedad* una

heredad entre los hermanos de su padre; traspásales a ellas la herencia de su padre*. [8] Y dirás a los israelitas: Si un hombre muere y no tiene ningún hijo varón, traspasará su herencia a su hija. [9] Si tampoco tiene hija, daréis la herencia a sus hermanos. [10] Si tampoco tiene hermanos, daréis la herencia a los hermanos de su padre. [11] Y si su padre no tenía hermanos, daréis la herencia al pariente más próximo de su clan, el cual tomará posesión de ella. Ésta será norma de derecho para los israelitas, según lo ordenó Yahvé a Moisés.»

V. 1 «hijo de Manasés» con Vulgata. TM: «hijo de Manasés, de la familia de Manasés»; griego: «de la familia de Manasés».
V. 3 «murió». Sam.: «nuestro padre murió».
V. 4 «alguna propiedad». Sam.: «la herencia», como en v. 7.
v. 6 (a) «dales». TM: «da a ellos». Algunos mss hebr. y sam.: «da a ellas».
(b) «su padre». TM: «el padre de ellos». Muchos mss hebr. y sam.: «el padre de ellas».

El segundo censo se había hecho para determinar las posesiones de cada tribu en el reparto de la Tierra Prometida. La enumeración de los clanes que ahí se ofrecía hacía presumir que se podrían plantear problemas como éste. Entre los israelitas, los derechos de herencia iban de los padres a los hijos varones para garantizar que la porción de tierra que correspondía a cada tribu siempre quedara asignada a esa tribu, así que cuando un hombre no tenía ningún hijo varón se planteaba un problema serio. En la enumeración de los clanes de Manasés se había mencionado el clan de Jéfer, y entre los que constituían las familias de esa clan se decía que «Selofjad, hijo de Jéfer, no tenía hijos, solamente hijas» (26,33), y precisamente esas hijas son las que acuden a Moisés para exponer su caso.

Puesto que se trata de una cuestión que le trasciende, ya que entran en juego dos aspectos legales importantes, como la transmisión de la herencia por vía de los varones, pero también la necesidad de conservar en el ámbito de la tribu los derechos sobre la tierra, Moisés consulta al Señor. La decisión que se le proporciona es que se les puede, en efecto, traspasar la herencia de su padre (véase 27,7).

A la vez que los redactores sacerdotales reseñan la respuesta a esta consulta concreta, añaden otras precisiones para casos análogos que podrían presentarse y que tampoco estaban previstas en las leyes

hereditarias. Se trata de que si un hombre al morir no tiene hijos ni hijas (que en ese caso recibirían la herencia [véase 27,8], como sucede con las de Selofjad), su heredad pase a su hermano (véase 27,9). Y si tampoco lo tuviera, al hermano de su padre, o finalmente al pariente más próximo (véase 27,10-11).

El problema de las hijas de Selofjad, no obstante, queda abierto, ya que, si se casaran con alguien que no perteneciera a la tribu de Manasés, esas tierras quedarían perdidas para esa tribu. La cuestión llegará de nuevo a Moisés, planteada en esos términos, lo que obligará a nuevas consultas, hasta que la cuestión quede finalmente resuelta (véase 36,1-12).

4. Josué, jefe de la comunidad (27,12-23)

**[12] Dijo Yahvé a Moisés: «Sube ahí, a la sierra de Abarín, y con-
templa la tierra que he dado a los israelitas. [13] Cuando la veas, irás
a reunirte tú también con los tuyos, como se reunió tu hermano
Aarón. [14] Porque os rebelasteis en el desierto de Sin, cuando pro-
testó la comunidad y cuando os mandé manifestar delante de ella
mi santidad, por medio del agua*.» Son las aguas de Meribá de
Cades, en el desierto de Sin.**

**[15] Dijo Moisés a Yahvé: [16] «Que Yahvé, Dios de los espíritus de
todo viviente, ponga un hombre al frente de esta comunidad, [17] uno
que salga y entre delante de ellos y que los haga salir y entrar, para
que no quede la comunidad de Yahvé como rebaño sin pastor.»
[18] Respondió Yahvé a Moisés: «Toma a Josué, hijo de Nun, hombre
en quien está el espíritu; imponle tu mano [19] y colócalo delante del
sacerdote Eleazar y delante de toda la comunidad para darle órde-
nes en presencia de ellos [20] y comunicarle parte de tu dignidad, con
el fin de que le obedezca toda la comunidad de los israelitas. [21] Que
se presente al sacerdote Eleazar y que éste consulte acerca de él,
según el rito de *urim*, delante de Yahvé. A sus órdenes saldrán y a
sus órdenes entrarán él y todos los israelitas*, toda la comunidad.»
[22] Moisés hizo como le había mandado Yahvé: tomó a Josué y lo
puso delante del sacerdote Eleazar y delante de toda la comunidad.
[23] (Eleazar) le impuso su mano* y le dio sus órdenes, como había
dicho* Yahvé por Moisés*.**

V. 14 «manifestar delante de ella mi santidad, por medio del agua». Griego añade: «y no me santificasteis».

V. 21 «saldrán ... entrarán». Sam. y Vulgata: «saldrá ... entrará».

V. 23 (a) «su mano» con dos mss hebr., sam. y sir. (véase v. 18). TM: «sus manos».

(b) «había dicho». Algunos mss hebr., griego, Targum P- J y Vulgata: «había mandado» (véase v. 22a).

(c) «por Moisés». Vulgata lo omite. Algunos mss hebr., griego, Targum P-J: «a Moisés».

Al final de este último versículo, sam. añade: «Y le dijo: "Tus ojos han visto todo lo que el Señor, vuestro Dios, ha hecho con esos dos reyes; así hará con todos los reinos por donde has de pasar. No los temáis, porque el Señor, vuestro Dios, es quien lucha por vosotros"» (Dt 3,21b-22).

Lo mismo que toda la generación de los que salieron de Egipto, excepto Caleb y Josué, también Moisés morirá antes de entrar en la Tierra Prometida. El motivo por el que Dios dice que no llegará a pisarla es el mismo por el que también Aarón murió antes de ese momento: «porque os rebelasteis en el desierto de Sin, cuando protestó la comunidad y cuando os mandé manifestar delante de ella mi santidad, por medio del agua» (véase 27,14). Según las palabras del Deuteronomio, Dios se enfadó con Moisés por culpa del pueblo, y por eso le impidió entrar en la Tierra Prometida (véase Dt 1,37 y 3,26). Sin embargo, en este caso el redactor sacerdotal recuerda el principio de la responsabilidad personal: no entrará debido a su propio pecado.

No obstante, a diferencia de Aarón, Dios le concede una gracia singular, que es la de contemplar la Tierra de lejos, antes de su muerte. En cualquier caso, Moisés, pensando en el bien del pueblo, pide al Señor que designe a quien lo conduzca como él lo ha venido haciendo. Dios lo escucha y designa a Josué para esta tarea, de modo que, aun sin Moisés, llegue a cumplirse la promesa.

Llama la atención el hecho de que este pasaje, donde parece que la muerte de Moisés será inminente (véase 27,12-13), esté situado aquí, cuando en realidad Moisés seguirá vivo hasta el último capítulo del Deuteronomio. Es posible que esto obedezca al menos a dos motivos. El primero es que en este texto no se pretende tanto informar al lector acerca de la muerte de Moisés cuanto de la asunción por parte de Josué del liderazgo en el pueblo. En toda esta sección se

están trazando los grandes rasgos de la segunda generación de los hijos de Israel después de su salida de Egipto, e interesa dejar establecido desde los primeros momentos quién va a ser el guía de esa generación. Y ese hombre es Josué. Además, otro posible motivo es que, retrasando el relato de la muerte de Moisés hasta Dt 34, se crea literariamente un espacio donde seguir presentando a Moisés como el legislador que da normas concretas sobre el culto al Señor y sobre la aplicación de la Ley, justo antes de entrar en la Tierra.

A Josué, mediante la imposición de las manos de Moisés, le será comunicada parte de su autoridad, la necesaria para conducir al pueblo. Con todo, Josué no recibe toda la autoridad de Moisés, ya que la figura de éste es inigualable, pues hablaba con Dios cara a cara (véase 12,6-8). El sacerdote Eleazar no sólo aparece como testigo excepcional, sino que, por su medio, a través de las suertes (los *urim* de Ex 28,30 y Lv 8,8), Dios confirma con un rito lo que ha dicho personalmente a Moisés.

5. Precisiones sobre los sacrificios (28,1-3a)

Se abre una nueva sección del libro (28,1 – 30,1) directamente relacionada con la presentación de las nuevas características propias de la segunda generación de israelitas tras la salida de Egipto.

Al comienzo de Números, una vez que la primera generación fue censada, se trató con detalle de la organización espacial del campamento, como modo de resaltar el carácter santo del pueblo, congregado según niveles de santidad en torno a la Tienda del Encuentro (véase caps. 2–4). El pueblo estaba en el desierto, lugar donde reside todo tipo de impureza, y la estructuración del pueblo servía para poner de realce la santidad de Dios, que habita en medio de ellos.

Ahora, cuando se preparan para acceder a la tierra que el Señor les entrega, la protección de la santidad de Dios no mira tanto a alejar la impureza del espacio en que se mueve su vida, sino a no dejar que las actividades profanas invadan el ámbito reservado al Señor. Por eso, si antes los redactores sacerdotales presentaban al pueblo estructurado en el espacio, ahora, con la nueva generación, pasa a ser más importante la estructuración del tiempo, distinguiendo mañana y tarde, sábados, días de luna nueva o tiempos singulares fijados con

precisión a lo largo del año, que defienden por decirlo así la santidad de Dios en medio de toda la actividad del pueblo.

El calendario litúrgico que se fija en estos capítulos es muy similar al de Lv 23, aunque ahora con la peculiaridad de recoger las disposiciones concretas sobre lo que había de ofrecerse al Señor cada día y cada fiesta. Frente al calendario de Lv 23, éste de Números prescribe la celebración de una fiesta mensual, el día de luna nueva en que comenzaba el mes, no contemplada en el otro. Sin embargo, no incluye la ofrenda de la primera gavilla (véase Lv 23,9-14).

En la estructuración de los tiempos, el número siete juega un papel importante. Hay siete fiestas: sábado, neomenia, ázimos, Fiesta de las Semanas, Fiesta del gran Clamor, Día de la Expiación y Fiesta de las Tiendas. Además, las dos fiestas más importantes, Ázimos y Tiendas, se prolongan siete días.

28 [1] **Dijo Yahvé a Moisés:** [2] **«Manda a los israelitas en estos términos: Tendréis cuidado de ofrecer a su tiempo mi ofrenda*, mi alimento, manjares míos abrasados de calmante aroma.** [3]**Les dirás: Éste será el manjar abrasado que ofreceréis a Yahvé*:**

V. 2 «mi ofrenda». Griego y sir.: «mis ofrendas».
V. 3 «manjar abrasado». Sam.: «el fuego».

Se expone a continuación un calendario cultual que mira sobre todo a la Tierra Prometida, hacia la que se dirigen. En efecto, al especificar lo que se ha de ofrecer en cada festividad, se señala que cada animal que se lleva al sacrificio ha de ir acompañado por unas ofrendas de cereales y aceite, o libaciones de vino. Estos requisitos presuponen un pueblo sedentarizado que desarrolla la agricultura, y no un género de vida nómada en el desierto. Es más, si se hace el recuento de las víctimas que se ofrecen cada día, cada sábado, cada día de luna nueva y en cada festividad, el número de animales es impresionante: 113 novillos, 32 carneros, 13 machos cabríos y 1086 corderos, además de las ofrendas vegetales, y eso sólo para las ofrendas institucionales, sin tener en cuenta lo que las personas del pueblo puedan ofrecer individualmente como sacrificios por el pecado o de comunión.

Obsérvese que, aunque se trata de prescripciones que por su contenido parecen específicas para los sacerdotes, ya que tratan de las ofrendas y sacrificios que se han de ofrecer en los momentos oportunos, sin embargo el mandato se dirige «a los israelitas» (28,2). Se señala así que el culto a Dios no es sólo responsabilidad de los sacerdotes, sino de todo el pueblo, aunque cada uno participa en él desde su propia situación personal. Quienes no han sido designados para ello no podrán acceder a los utensilios de culto o a realizar las ofrendas, pero nadie se puede desentender de presentar las ofrendas o las víctimas para los sacrificios.

5.1. Sacrificios cotidianos (28,3b-8)

«Corderos de un año, sin defecto, dos al día, como holocausto perpetuo. [4] Uno de los corderos lo ofrecerás en holocausto por la mañana, y el otro cordero entre dos luces; [5] y como oblación, una décima de medida de flor de harina, amasada con un cuarto de sextario de aceite virgen*. [6] Es el holocausto perpetuo ofrecido antaño en el monte Sinaí como calmante aroma, manjar abrasado para Yahvé. [7] Y la libación correspondiente: un cuarto de sextario por cada cordero. La libación de bebida fermentada para Yahvé la derramarás en el santuario. [8] El segundo cordero lo ofrecerás entre dos luces: lo ofrecerás con la misma oblación y libación que el de la mañana, como manjar abrasado de calmante aroma para Yahvé.

V. 5 «aceite virgen». Griego: «aceite».

El «holocausto perpetuo» se ofrece a diario, dos veces cada día, una por la mañana y otra por la tarde. En cada caso se sacrifica un cordero, acompañado de una ofrenda vegetal de harina amasada con aceite y de la correspondiente libación. De ordinario la libación suele ser de vino, aunque sólo se especifica que sea de «bebida fermentada» (28,7). Ya se había mencionado este modo de ofrecerlo en la legislación del Sinaí (véase Ex 29,38-42).

En cambio, en Ezequiel el holocausto perpetuo sólo se ofrece una vez al día, por la mañana, y no se menciona que deba acompañarlo una libación (véase Ez 46,13-15).

5.2. El sábado (28,9-10)

[9] **«El día de sábado, dos corderos de un año, sin tacha, y como oblación dos décimas de flor de harina amasada con aceite, y su correspondiente libación. [10] El holocausto del sábado, con su libación, se añadirá los sábados al holocausto perpetuo.**

El día de sábado ya fue presentado en el relato sacerdotal de la creación (véase Gn 1,1 – 2,4a) como un día singular separado de los demás, que ha de ser santificado, puesto que Dios descansó en él de la obra que había realizado. Por eso se establece ahora un sacrificio especial para ese día, que consiste en ofrecer el doble de lo previsto para los días ordinarios en el sacrificio perpetuo.

No hay otros textos en el Pentateuco donde se mencionen estos sacrificios supletorios que han de ofrecerse en sábado.

En el libro de Ezequiel se dice que el sábado el príncipe ofrecerá (es decir, hará que los sacerdotes ofrezcan) seis corderos y un carnero, todos ellos sin defecto, con sus correspondientes oblaciones (véase Ez 46,1-5).

5.3. La neomenia (28,11-15)

[11] **«Los primeros de mes ofreceréis un holocausto a Yahvé: dos novillos, un carnero y siete corderos de un año, sin tacha. [12] Como oblación, tres décimas de flor de harina amasada con aceite por cada novillo; dos décimas de flor de harina amasada con aceite, como oblación con el carnero; [13] una décima de flor de harina amasada con aceite, por cada cordero. Es un holocausto de calmante aroma, manjar abrasado para Yahvé. [14] Las libaciones correspondientes serán: medio sextario de vino por novillo*, un tercio de sextario por carnero y un cuarto de sextario por cordero. Éste será el holocausto mensual, todos los meses del año, uno tras otro. [15] Ofrecerás también a Yahvé, como sacrificio por el pecado, un macho cabrío con su libación, además del holocausto perpetuo.**

V. 14 «de vino» con sam., sir. y Vulgata. TM lo omite.

El calendario es lunar, por tanto el primer día del mes es el día de luna nueva o neomenia. La abundancia de animales, ofrendas de grano y aceite y libaciones que se han de ofrecer en esos días muestra la importancia que los sacerdotes conceden a tales fechas.

5.4. Los ázimos (28,16-25)

[16] **«El mes primero, el día catorce del mes, es la Pascua de**
Yahvé, [17] **y el día quince del mismo mes es fiesta. Durante siete días**
comeréis panes ázimos*. [18] **El día primero habrá reunión sagrada.**
No haréis ningún trabajo servil. [19] **Ofreceréis como manjar abrasa-**
do en holocausto a Yahvé: dos novillos, un carnero, siete corderos
de un año, sin tacha. [20] **La oblación correspondiente de flor de hari-**
na amasada con aceite será de tres décimas por novillo, dos déci-
mas con el carnero, [21] **y una décima por cada uno de los siete cor-**
deros; [22] **y un macho cabrío como sacrificio por el pecado, para**
expiar por vosotros. [23] **Esto, además del holocausto de la mañana,**
que ofreceréis como holocausto perpetuo. [24] **Así haréis los siete**
días. Es un alimento, un manjar abrasado de calmante aroma para
Yahvé: se ofrece además del holocausto perpetuo y de su libación.
[25] **El día séptimo tendréis reunión sagrada; no haréis ningún tra-**
bajo servil.

V. 17 «comeréis», con algunos mss hebr., sam. y griego, como Lv 23,6. TM: «se comerá».

Las solemnidades mayores muestran que la vida litúrgica de Israel se ajusta a un ritmo que está estrechamente ligado al año agrícola. La celebración de los ázimos coincide con el comienzo de la siega. Ya se había tratado de esta fiesta en Lv 23,6-8, poniendo especial énfasis en que el primer día habrá reunión sagrada y no se realizará ningún trabajo servil, y durante siete días se comerán ázimos y se ofrecerán sacrificios. Ahora el énfasis se pone en concretar los sacrificios que se han de ofrecer cada uno de esos días, además del holocausto perpetuo. Lo previsto para cada día es lo mismo que se había establecido para el día primero del mes, aunque en este caso esa ofrenda se repite durante siete días consecutivos.

5.5. La fiesta de las Semanas (28,26-31)

**[26] «El día de las primicias, cuando ofrezcáis a Yahvé oblación de
frutos nuevos en vuestra fiesta de las Semanas, tendréis reunión
sagrada; no haréis ningún trabajo servil. [27]Ofreceréis en holocaus-
to, como calmante aroma para Yahvé, dos novillos, un carnero y
siete corderos de un año*. [28] La oblación correspondiente será de
flor de harina amasada con aceite: tres décimas por novillo, dos
décimas con el carnero, [29] y una décima por cada uno de los siete
corderos; [30] y un macho cabrío como sacrificio por el pecado para
hacer expiación por vosotros*. [31] Haréis esto además del holocaus-
to perpetuo, con su oblación y sus libaciones.**

V. 27: «siete corderos de un año». Sam. añade: «sin defecto serán para vosotros». Griego añade: «sin defecto» (véase v. 31).

V. 30: «como sacrificio por el pecado» con algunos mss hebr., sam. y griego. TM lo omite.

Según el ritmo del trabajo agrícola, la Fiesta de las Semanas coincide con el final de la siega y la trilla. Sobre esta fiesta se proporcionan muchos más detalles en Lv 23,9-22. Después de siete semanas de trabajo duro de sol a sol en las eras, con la cosecha recogida, es momento de dar gracias al Señor y acudir a ofrecerle con agradecimiento las primicias de la cosecha. En este caso, como es habitual en esta sección del libro de los Números, lo que se indica con mayor detenimiento son sólo los sacrificios y ofrendas previstos para la ocasión, y no otros pormenores de la celebración. Los sacrificios y ofrendas previstos en este caso son los señalados para las grandes fiestas, como ya se había indicado para las neomenias o para cada uno de los días de los ázimos.

5.6. La fiesta del gran Clamor (29,1-6)

**29 [1] «El mes séptimo, el primero de mes, tendréis reunión sa-
grada; no haréis ningún trabajo servil. Será para vosotros el
día del gran Clamor. [2] Ofreceréis un holocausto como calmante
aroma para Yahvé: un novillo, un carnero, siete corderos de un año,
sin tacha. [3] La oblación correspondiente de flor de harina amasada
con aceite será de tres décimas por el novillo, dos décimas por el**

carnero [4] y una décima por cada uno de los siete corderos; [5] y un macho cabrío como sacrificio por el pecado, para hacer la expiación por vosotros. [6] Esto, además del holocausto mensual y de su oblación, del holocausto perpetuo y de su oblación y sus libaciones, según la norma correspondiente, como calmante aroma, manjar abrasado para Yahvé.

El día primero de cada mes, ya se había visto, es un día señalado en el que se debían ofrecer sacrificios especiales. Pero el día primero del mes séptimo, es decir, justo a la mitad del año, es particularmente señalado. Ese día se tocan con gran clamor las trompetas, convocando a una reunión sagrada; y durante esa jornada no se puede hacer ningún trabajo servil. Además de los holocaustos prescritos para la neomenia y del perpetuo, se añaden otros más, que suponen casi otro tanto como lo previsto para las jornadas de gran solemnidad (en este caso se añade un novillo más, no dos como en esas ocasiones, pero el resto es igual: un carnero, siete corderos más un macho cabrío como sacrificio por el pecado, todo ello con las correspondientes ofrendas y libaciones).

El séptimo mes (septiembre – octubre) coincide con el final del año agrícola, tras la recolección de los frutos y la vendimia. Se celebra con una alegría especial y con la ofrenda de algunos sacrificios especiales, que sirvan para reconocer que los dones recibidos vienen del Señor.

5.7. El Día de la Expiación (29,7-11)

[7] «El día décimo del mismo mes séptimo tendréis reunión sagrada; ayunaréis y no haréis ningún trabajo*. [8] Ofreceréis en holocausto a Yahvé, como calmante aroma, un novillo, un carnero, siete corderos de un año, que habrán de ser sin defecto; [9] su oblación de flor de harina amasada con aceite será: tres décimas por el novillo, dos décimas por el carnero, [10] una décima por cada uno de los siete corderos; [11] y un macho cabrío como sacrificio por el pecado; además del sacrificio por el pecado de la fiesta de la Expiación, del holocausto perpetuo, de su oblación y sus libaciones.

V. 7 «trabajo». Unos pocos mss hebr., mss griegos, sir., Targum P-J: «trabajo servil» como en vv. 12 y 35.

En ese periodo final del año agrícola, el día más solemne es el Día de la Expiación, en el que se implora al Señor el perdón de los pecados. Acerca de la celebración de ese día, ya se había hablado en Lv 23,27-32. El ritual completo acerca de cómo realizar la expiación del santuario en esa fecha está en Lv 16,1-34. Aquí sólo se señalan los sacrificios a ofrecer en esa jornada que, además de los habituales, son los mismos que se añadían en la Fiesta del gran Clamor.

5.8. La Fiesta de las Tiendas (29,12 - 30,1)

**[12] «El día quince del mes séptimo tendréis reunión sagrada*; no
haréis ningún trabajo servil y celebraréis fiesta en honor de Yahvé
durante siete días. [13] Ofreceréis en holocausto un manjar abrasado
de calmante aroma para Yahvé: trece novillos*, dos carneros,
catorce corderos de un año, que serán sin defecto; [14] la oblación
correspondiente será de flor de harina amasada con aceite, tres
décimas por cada uno de los trece novillos, dos décimas por cada
uno de los dos carneros, [15] y una décima por cada uno de los catorce corderos*; [16] y un macho cabrío como sacrificio por el pecado;
además del holocausto perpetuo, de su oblación y su libación.**

**[17] «El día segundo, doce novillos, dos carneros, catorce corderos
de un año, sin tacha, [18] con las oblaciones y libaciones correspondientes a los novillos, carneros y corderos, conforme a su número y
según la norma; [19] y un macho cabrío como sacrificio por el pecado;
además del holocausto perpetuo, de su oblación y sus libaciones.**

**[20] «El día tercero: once novillos, dos carneros, catorce corderos
de un año, sin tacha, [21] con las oblaciones y libaciones correspondientes a los novillos, carneros y corderos, conforme a su número
y según la norma; [22] y un macho cabrío como sacrificio por el pecado; además del holocausto perpetuo, de su oblación y su libación.**

**[23] «El día cuarto: diez novillos, dos carneros, catorce corderos de
un año, sin tacha; [24] las oblaciones y libaciones correspondientes a
los novillos, carneros y corderos, conforme a su número y según la
norma; [25] y un macho cabrío como sacrificio por el pecado; además
del holocausto perpetuo, de su oblación y su libación.**

**[26] «El día quinto: nueve novillos, dos carneros, catorce corderos
de un año, sin tacha; [27] las oblaciones y libaciones correspondientes
a los novillos, carneros y corderos, conforme a su número y según**

la norma; [28] y un macho cabrío como sacrificio por el pecado; además del holocausto perpetuo, de su oblación y su libación.

[29] «El día sexto: ocho novillos, dos carneros, catorce corderos de un año, sin tacha; [30] las oblaciones y libaciones correspondientes a los novillos, carneros y corderos, conforme a su número y según la norma; [31] y un macho cabrío como sacrificio por el pecado; además del holocausto perpetuo, de su oblación y su libación.

[32] «El día séptimo: siete novillos, dos carneros, catorce corderos de un año, sin tacha; [33]las oblaciones y libaciones correspondientes a los novillos, carneros y corderos, conforme a su número y según la norma; [34] y un macho cabrío como sacrificio por el pecado; además del holocausto perpetuo y de su oblación y su libación.

[35] «El día octavo será para vosotros de reunión solemne; no haréis ningún trabajo servil. [36]Ofreceréis un holocausto, como manjar abrasado de calmante aroma para Yahvé: un novillo, un carnero, siete corderos de un año, sin tacha; [37] la oblación y libaciones correspondientes al novillo, al carnero y a los corderos, conforme a su número y según la norma; [38] y un macho cabrío como sacrificio por el pecado; además del holocausto perpetuo, de su oblación y su libación.

[39] «Éstos son los sacrificios que ofreceréis a Yahvé en vuestras solemnidades, aparte de vuestras ofrendas votivas y espontáneas, holocaustos, oblaciones, libaciones y sacrificios de comunión.»

30 **[1] Moisés habló a los israelitas conforme en todo a lo que le había ordenado Yahvé.**

V. 12 «del mes séptimo». Unos pocos mss hebr., sam., griego y sir.: «de este mes séptimo».

V. 13 «trece novillos». Griego: «el primer día trece novillos».

V. 15 Sam. añade al final: «y sus libaciones».

Pocos días después del Día de la Expiación, y en esa época en que ya no hay la urgencia diaria de dedicar todo el día a las faenas del campo, es cuando se celebra la solemnidad que tiene mayor realce en cuanto al número de sacrificios que se han de ofrecer. Durante cada uno de los siete días que dura, está previsto un número de holocaustos y ofrendas muy superior al establecido en los días solemnes de

otras festividades del año. El total es impresionante. A lo largo de la fiesta se sacrifican al menos 71 novillos, 15 carneros, 105 corderos y 8 machos cabríos, además del holocausto perpetuo de cada día.

Terminar bien las solemnidades que establecen el orden en el tiempo es importante. En las primeras semanas de octubre caen en Israel las primeras lluvias, que marcan el inicio del siguiente año agrícola. La lluvia es un don que Dios concede a su pueblo cuando caminan según sus preceptos y guardan sus mandamientos (véase Lv 26,3-5), mientras que el castigo de la infidelidad es la sequía (véase Lv 26,18-20). La culminación del año con la petición de perdón y la celebración de las semanas con abundantes sacrificios es ocasión de rectificar y reconducir la vida religiosa del pueblo, y recomenzar con plena esperanza en los dones de Dios.

6. Leyes acerca de los votos (30,2-17)

**[2] Dijo Moisés a los jefes de tribu de los israelitas: «Esto es lo que
ha ordenado Yahvé: [3] Si un hombre hace un voto a Yahvé, o se
compromete a algo con juramento, no violará su palabra: cumpli-
rá todo lo que ha salido de su boca. [4] Y si una mujer hace un voto
a Yahvé, o adquiere un compromiso, en su juventud, cuando está
en casa de su padre, [5] si su padre se entera de su voto o del com-
promiso que ha contraído, y no le dice nada su padre, serán firmes
todos sus votos, y todos los compromisos que ha contraído serán
firmes. [6] Pero si su padre, el mismo día en que se entera de cual-
quiera de sus votos o de los compromisos que ha contraído, lo
desaprueba*, no serán firmes. Yahvé no se lo tendrá en cuenta,
pues su padre lo ha desaprobado. [7] Y si se casa cuando todavía está
ligada por sus votos o por un compromiso que inconsiderada-
mente contrajeron sus labios, [8] si su marido se entera, y el mismo
día en que se entera no lo desaprueba, serán firmes sus votos*, y
los compromisos que adquirió serán válidos. [9] Pero si el día en que
se entera su marido, lo desaprueba, anula el voto que la obligaba
y el compromiso que inconsideradamente contrajeron sus labios*.
Yahvé no se lo tendrá en cuenta. [10] El voto de una mujer viuda o
repudiada, y todos los compromisos contraídos por ella, serán
firmes.**

**[11] «Si una mujer ha hecho votos en casa de su marido, o se ha
comprometido con juramento, [12] y se entera su marido y no le dice
nada, no lo desaprueba, serán firmes todos sus votos, y todo com-
promiso que haya adquirido será firme. [13] Pero si su marido se los
anula el mismo día en que se entera, no será firme nada de lo que
ha salido de sus labios, sea voto o compromiso. Yahvé no se lo ten-
drá en cuenta, porque su marido se los anuló. [14] Cualquier voto o
compromiso jurado que es gravoso para la mujer, puede ratificar-
lo o anularlo el marido. [15] Si no le dice nada su marido para el día
siguiente, es que confirma cualquier voto o compromiso que tenga;
los confirma por no haberle dicho nada el día que se enteró. [16] Pero
si los anula más tarde, cargará él con la falta de ella*.»**

**[17] Éstos son los preceptos que Yahvé dio a Moisés acerca de
las relaciones entre marido y mujer, y entre el padre y la hija que,
durante su juventud, vive todavía en casa de su padre.**

V. 6 «lo desaprueba». Sam. y griego: «lo desaprueba fuertemente».

V. 8 «sus votos». Algunos mss hebr., sam., griego, sir.: «todos sus votos».

V. 9 «el voto que la obligaba y el compromiso que inconsideradamente contrajeron sus labios». Griego: «todos sus votos y sus promesas no quedarán de pie, porque su marido se le ha opuesto».

V. 16 «de ella». Sam., griego, sir. (editio Urmiensis): «de él».

Las normas anteriores, dirigidas a establecer un orden de santidad en los tiempos fijando las ofrendas a realizar en cada momento, terminaba con una fórmula en la que, además de los sacrificios establecidos, se mencionaban «vuestras ofrendas votivas y espontáneas» (29,39).

Por eso, antes de continuar con los relatos acerca de la marcha por el desierto de la segunda generación, la redacción sacerdotal incluye ahora unas normas específicas acerca de situaciones concretas con respecto a las ofrendas votivas. La cuestión es importante, ya que el incumplimiento de los votos daña la santidad de toda la comunidad, y todo ha de quedar claramente determinado para que esta nueva generación que está iniciando su andadura se mantenga pura.

Entre las manifestaciones populares de piedad estaba la de hacer votos, esto es, promesas a Dios de realizar alguna acción o presentar alguna ofrenda, en algunos momentos relevantes, sobre todo para

reforzar alguna petición hecha al Señor de que prestara su ayuda para resolver alguna situación difícil. Un ejemplo de esta costumbre es lo que se narra en el comienzo del libro primero de Samuel acerca del voto que hizo Ana, que era estéril, al pedir al Señor en el santuario de Silo que le diera un hijo varón y prometer que se lo dedicaría como nazireo (véase 1 S 1,9-11). Al cabo de poco más de un año, cuando el niño Samuel ya había nacido, volvió al santuario acompañada de su marido para cumplir su voto y presentar algunas ofrendas (véase 1 S 1,23-28).

Este pasaje de Números es el único donde se concreta la normativa acerca de los votos hechos por mujeres. En él subyace la idea de que la mujer soltera está bajo la potestad del padre, y la casada bajo la del marido. Esta dependencia afecta incluso a lo referente a sus relaciones con Dios, cuando éstas implicaban el ofrecimiento de algún bien externo, como sucede en el caso de los votos, cuya propiedad pertenecía por derecho al padre o al marido. De ahí que la que no tiene esos vínculos de dependencia, por estar viuda o por haber sido repudiada, se considere que tiene la misma responsabilidad que el varón. Estas costumbres son reflejo de la sociedad patriarcal común en el Israel bíblico, como en tantas otras culturas antiguas.

CAPÍTULO 8

BOTÍN Y REPARTO (caps. 31-36)

1. Guerra santa contra Madián (31,1-12)

31 **[1] Dijo Yahvé a Moisés: [2] «Haz que los israelitas tomen venganza de los madianitas*. Luego irás a reunirte con tu parentela.»**

[3] Moisés habló al pueblo en estos términos: «Que se armen algunos de vosotros para la guerra de Yahvé contra Madián*, para tomar de Madián la venganza de Yahvé. [4] Pondréis sobre las armas mil de cada tribu, de todas las tribus de Israel.»

[5] Los clanes de Israel suministraron*, a razón de mil por cada tribu, doce mil hombres armados para la guerra. [6] Moisés envió al combate mil por cada tribu, y con ellos a Pinjás, hijo del sacerdote Eleazar, que llevaba en su mano los objetos sagrados y las trompetas del clamoreo. [7] Atacaron a Madián como había mandado Yahvé a Moisés y mataron a todos los varones. [8] Mataron también a los reyes de Madián: Eví, Requen, Sur, Jur y Rebá, cinco reyes madianitas; y a Balaán, hijo de Beor, lo mataron a filo de espada. [9] Los israelitas hicieron cautivas a las mujeres de Madián y a sus niños, y tomaron como botín su ganado, sus rebaños y todos sus bienes. [10] Prendieron fuego a todas las ciudades en que habitaban y a todos sus campamentos. [11] Reunieron todo el botín que habían capturado, hombres y bestias, [12] y llevaron los cautivos, la presa y el botín ante Moisés, ante el sacerdote Eleazar y ante toda la comunidad de los israelitas, al campamento, en las Estepas de Moab, que están cerca del Jordán, frente a Jericó.

V. 2 «haz que los israelitas tomen venganza». Sam.: «tomaré venganza por los hijos israelitas» (véase v. 3b).

V. 3 «contra Madián». Griego: «y estarán delante de Yahvé contra Madián».

V. 5 «Los clanes de Israel suministraron». Vulgata: «Los clanes de Israel ofrecieron»; sir.: «De los clanes de Israel fueron elegidos»; griego: «De los clanes de Israel fueron contados».

El último episodio que se había narrado acerca de la generación de los israelitas que había salido de Egipto fue el pecado de Peor, en que se dejaron seducir y fueron arrastrados por las mujeres madianitas a la idolatría (véase cap. 25). Ahí se había interrumpido el relato de la marcha por el desierto y se había procedido a la presentación de la nueva generación: su censo militar (véase cap. 26), algunas normas para las herencias de las hijas que podrían afectar a las posesiones de cada tribu en la Tierra Prometida (véase 27,1-11), la elección de Josué como guía del pueblo (véase 27,12-23), y las normas cultuales que son reflejo de la santidad de Israel (véase 28,1 – 30,17). Ahora, cuando se reanuda la narración de las peripecias del camino, lo primero que se menciona es una campaña militar contra los madianitas, organizada para erradicar lo que constituía ocasión de pecado para el pueblo. El relato se detiene más en lo que está alrededor de la batalla que en la batalla misma. No se dice cómo se desarrolló ni qué estrategias siguieron; tampoco se menciona su duración, pero sí las víctimas derrotadas, y lo que se hizo con los prisioneros y el botín arrebatados.

Este episodio, situado antes de la entrada en la Tierra Prometida, ofrece una información valiosa acerca del modo en que los redactores sacerdotales contemplaban la guerra. En concreto, se trata de la medida más extrema para mantener la pureza del pueblo. Los madianitas habían colaborado con Balac en la contratación de Balaán para que maldijese a Israel (véase 22,7); y madianita era también Cozbi, la mujer que se unió en adulterio con un israelita y que encontró la muerte a manos de Pinjás en Baal de Peor (véase 25,6-18). Precisamente como consecuencia de esa acción, los israelitas habían recibido una orden tajante: «Atacad a los madianitas y derrotadlos, porque ellos os han atacado a vosotros engañándoos con sus malas artes, con lo de Peor, y con lo de su hermana Cozbí, hija de un príncipe de Madián, la que fue muerta el día de la plaga que hubo por lo de Peor» (25,17-18). Tras ese episodio se había detenido la narración de la marcha por el desierto, que se reemprende ahora dejando constancia de ese ataque.

2. Matanza de las mujeres y purificaciones del botín (31,13-24)

**[13] Moisés, el sacerdote Eleazar y todos los príncipes de la comuni-
dad salieron a su encuentro hasta fuera del campamento. [14] Moisés
se encolerizó contra los jefes de las tropas, jefes de millar y jefes
de cien, que volvían de la expedición guerrera. [15] Les dijo Moisés:
«¿Pero habéis dejado con vida a todas las mujeres? [16] Precisamente
ellas fueron las que indujeron a prevaricar contra Yahvé a los isra-
elitas*, siguiendo el consejo de Balaán, cuando lo de Peor; por eso
azotó la plaga a la comunidad de Yahvé. [17] Matad, pues, a todos los
niños varones*. Y a toda mujer que haya conocido varón, que haya
dormido con varón, matadla también. [18] Pero dejad con vida para
vosotros* a todas las muchachas que no hayan dormido con varón.
[19] Y vosotros, todos los que hayáis matado a alguien y todos los que
hayáis tocado a algún muerto, acampad fuera del campamento siete
días. Purificaos vosotros y vuestros cautivos, el día tercero y el día
séptimo. [20] Purificad también todos los vestidos, todos los objetos de
cuero, todo tejido de pelo de cabra y todo objeto de madera.»**

**[21] Dijo el sacerdote Eleazar* a los hombres de la tropa que habían
ido a la guerra: «Éste es el precepto de la Ley que ordenó Yahvé a
Moisés*: [22] El oro, la plata, el bronce, el hierro, el estaño y el plomo,
[23] todo lo que puede pasar por el fuego, lo pasaréis por el fuego y
quedará puro*. Pero será purificado con las aguas lustrales. Pero
todo lo que no puede pasar por el fuego lo pasaréis por las aguas.»
[24] Lavaréis vuestros vestidos el día séptimo y quedaréis puros. Luego
podréis entrar en el campamento.**

V. 16 «a prevaricar contra». Griego: «a abandonar y desentenderte del mandato del Señor»; sir.: «a rebelarse y a actuar injustamente contra el Señor».

V. 17 «a todos los niños varones». Griego: «a todos los varones que hayan cometido cualquier pecado».

V. 18 «dejad con vida para vosotros». Griego: «dejad con vida».

V. 21 (a) «el sacerdote Eleazar». Sam.: «Moisés al sacerdote Eleazar: Di».
(b) «a Moisés». Sam. lo omite.

V. 23 «lo pasaréis por el fuego». Griego lo omite.

A esta batalla contra los madianitas para apartar del pueblo lo que podía inducirlo de nuevo a separarse de Dios, como había sucedido en el episodio de Peor, se le da el carácter de guerra santa, es decir,

de guerra ordenada por Dios para aniquilar a Madián. De ahí que sólo puedan quedar con vida las jóvenes aún vírgenes, pues se garantizaba de este modo que no hubiese descendencia de Madián. Al pedir que se deje con vida a esas mujeres madianitas, se añade «para vosotros» (31,18). Esto proporciona un indicio acerca de la antigüedad del relato, ya que tal apertura al matrimonio de varones israelitas con mujeres madianitas resulta impensable a partir la misión de Esdras (véase Esd 9,1-15) y las disposiciones de Nehemías (Ne 13,23-29). En el texto griego, traducido cuando ese rechazo al matrimonio con extranjeras se considera ineludible, se omite el «para vosotros». En cambio, está en consonancia con la actitud de otros ambientes más abiertos a permitir esas relaciones con extranjeras, como lo atestigua la norma de Dt 21,10-14, que permite a los israelitas tomar como esposas a las mujeres extranjeras prendidas como cautivas después de una batalla, guardando ciertas formalidades.

Debido a esa sacralidad que se realza en el modo de hablar de la batalla contra los madianitas, como se ha señalado, el relato se detiene más en las consecuencias de la lucha que en el combate mismo. El concepto de guerra santa, tal como se encuentra en este pasaje y en otros lugares de la Biblia, parte de la idea de que aquellos contra los que se lucha son enemigos de Dios y adversarios de sus planes. De ahí que la guerra sea entendida como un modo de llevar a cabo un decreto divino, y que el resultado final sea la aniquilación del enemigo como expresión de la fuerza de la ira de Dios. Esta interpretación de la guerra, que daba dimensión religiosa a una realidad existente de hecho, irá siendo corregida por la revelación posterior, hasta el punto de que en el Nuevo Testamento pierde completamente aquella significación. Se plantea la necesidad de la lucha, pero no contra los hombres, todos ellos hijos del mismo Padre, sino contra el mal y el pecado.

Uno de los detalles que no son irrelevantes acerca del carácter sagrado de esta contienda es la mención de las purificaciones a las que ha de someterse todo el que haya matado a alguien o haya tocado un cadáver en la batalla, así como a la purificación del botín. Las instrucciones de Moisés (véase 31,19-20) se mueven en la línea del ritual de purificación establecido en el cap. 19 para el caso de los que hubieran contraído impureza por contacto con cadáver. Sin embargo, en este caso, Eleazar añade unas normas suplementarias para la

purificación, ordenando pasar por el fuego a aquello que lo resista, y utilizando las aguas lustrales sólo para lo que no podría pasar por el fuego sin dañarse (véase 31,21-24). La impureza que adquieren las vasijas o los objetos que han estado en contacto con cadáveres requiere una forma de purificación más intensa que la ordinaria.

3. Reparto del botín (31,25-47)

25 Dijo Yahvé a Moisés: 26 «Sacad la cuenta, tú, el sacerdote Eleazar
y los príncipes de las familias de la comunidad, del botín y de los
cautivos, personas y bestias. 27 Luego repartirás el botín, la mitad
para los combatientes que fueron a la guerra y la otra mitad para
toda la comunidad. 28 Reservarás para Yahvé, de la parte de los
combatientes que fueron a la guerra, uno por cada quinientos,
sean personas, bueyes, asnos u ovejas. 29 Lo tomarás de la mitad
que les corresponde y se lo darás al sacerdote Eleazar, como reser-
va para Yahvé. 30 Y de la mitad que corresponde a los israelitas, uno
por cada cincuenta, sean personas, bueyes, asnos u ovejas, cual-
quier clase de bestias, y se lo darás a los levitas, que están encar-
gados del ministerio de la Morada de Yahvé.»

31 Moisés y el sacerdote Eleazar hicieron como había mandado
Yahvé a Moisés. 32 Fue el botín, el remanente de lo que la gente de
guerra había saqueado: 675.000 cabezas de ganado lanar, 33 72.000
de vacuno 34 y 61.000 de ganado asnal. 35 En cuanto a las personas,
las mujeres que no habían dormido con varón eran, en total, 32.000.
36 La mitad correspondiente a los que fueron al combate: 337.500 ca-
bezas de ganado lanar, 37 siendo la parte de Yahvé de ganado lanar, 675
cabezas; 38 36.000 de vacuno, siendo la parte de Yahvé, 72; 39 30.500 de
asnal, siendo la parte de Yahvé, 61. 40 Las personas eran 16.000,
correspondiendo a Yahvé, 32. 41 Moisés dio al sacerdote Eleazar la
reserva de Yahvé, como había ordenado Yahvé a Moisés.

42 La mitad perteneciente a los israelitas, que había separado
Moisés de la de los combatientes, 43 esta mitad correspondiente a la
comunidad era de 337.500 cabezas de ganado lanar; 44 36.000 de
vacuno; 45 30.500 de asnal, 46 y 16.000 personas. 47 Tomó Moisés de la
mitad de los israelitas, a razón de uno por cincuenta, hombres y
bestias, y se los dio a los levitas, que se encargan del ministerio de
la Morada de Yahvé, como había ordenado Yahvé a Moisés.

Este texto, basado en antiguos recuerdos de carácter épico, habla de la normativa sobre la guerra santa y el reparto del botín, delimitando en particular lo que corresponde a los sacerdotes. A diferencia del anatema mencionado en 21,1-3 en la toma de Jormá, aquí parte del botín se reserva, tras ser purificado, para entregarlo al santuario, y otra parte se distribuye entre los combatientes, la comunidad y los sacerdotes. También se enumeran las cifras concretas de cabezas de ganado lanar, vacuno, asnos y personas que corresponden a cada parte, según las proporciones establecidas.

Obsérvese que en el botín tomado a los madianitas no se mencionan los camellos, como sí que sucede en Jc 6-8. Se ha hecho notar que se trata de un indicio de la antigüedad de lo narrado en este pasaje, ya que los madianitas utilizaron mucho los camellos en sus caravanas una vez que consiguieron domesticarlos, a partir del siglo XI a.C.

4. Las ofrendas (31,48-54)

[48] **Se presentaron ante Moisés los jefes de las tropas de Israel que**
habían ido a la guerra, jefes de millar y jefes de cien, [49] **y dijeron a**
Moisés: «Tus siervos han sacado la cuenta de los combatientes que
tenían a sus órdenes, y no falta ni uno. [50] **Por eso traemos de ofren-**
da a Yahvé lo que cada uno de nosotros ha encontrado en objetos
de oro, brazaletes, ajorcas, anillos, arracadas y collares, para hacer
expiación por nosotros delante de Yahvé.» [51] **Moisés y el sacerdote**
Eleazar recibieron de ellos el oro y las joyas. [52] **El total del oro de la**
reserva que reservaron para Yahvé, de parte de los jefes de millar
y de cien, fue 16.750 siclos.
[53] **Los combatientes habían tomado cada uno su botín.** [54] **Pero**
Moisés y el sacerdote Eleazar recibieron el oro de los jefes de millar
y de cien y lo llevaron a la Tienda del Encuentro, para que sirviera
ante Yahvé de memorial en favor de los israelitas.

En la primera parte del libro de los Números se narraron numerosas murmuraciones y rebeliones del pueblo que salió de Egipto, a las que siguieron plagas y castigos que llevaron a muchos a la muer-

te. En esta segunda parte se subraya la fidelidad y rectitud de la nueva generación, gracias a la cual sale indemne, sin víctimas, con la ayuda del Señor, de los combates que ha de afrontar. El informe que los jefes de las tropas presentan a Moisés al final de la batalla es bien expresivo: «Tus siervos han sacado la cuenta de los combatientes que tenían a sus órdenes, y no falta ni uno» (31,49).

La nueva generación reconoce los dones de Dios y los agradece (véase 31,50-52). Como manifestación de ese reconocimiento, presentan una gran cantidad de oro y joyas procedentes del botín, que pesaban en total 16.750 siclos para ofrecerlo al Señor.

5. Reparto de Transjordania (32,1-42)

32 **1 Los hijos de Rubén y los hijos de Gad tenían muchos reba-
ños, muy grandes. Vieron que el país de Yazer y el país de
Galaad eran tierra propia para el pastoreo, 2 y los hijos de Gad y los
hijos de Rubén fueron y dijeron a Moisés*, al sacerdote Eleazar y
a los príncipes de la comunidad: 3 «Atarot, Dibón, Yazer, Nimrá,
Jesbón, Elalé, Sibmá, Nebo y Meón, 4 el país que Yahvé conquistó
al llegar la comunidad de Israel, es tierra de ganado, y tus siervos
tienen ganado.» 5 Y añadieron: «Si hemos hallado gracia a tus ojos,
que se nos dé esta tierra a tus siervos en propiedad; no nos hagas
pasar el Jordán.»**

**6 Respondió Moisés a los hijos de Gad y a los hijos de Rubén:
«¿Es que vuestros hermanos van a ir al combate y vosotros os vais
a quedar aquí? 7 ¿Por qué os oponéis a que los israelitas pasen a la
tierra que les ha dado Yahvé? 8 Así hicieron ya vuestros padres,
cuando los mandé de Cades Barnea a ver la tierra: 9 subieron al
Valle de Escol, vieron la tierra e impidieron que los israelitas entra-
sen en la tierra que les había dado Yahvé. 10 Por eso se encendió la
ira de Yahvé aquel día y juró diciendo: 11 Nunca verán los hombres
que salieron de Egipto, de veinte años para arriba, la tierra que
prometí con juramento a Abrahán, a Isaac y a Jacob, porque no me
han sido fieles, 12 excepto Caleb, hijo de Jefoné el quenizeo*, y
Josué, hijo de Nun, que fueron fieles a Yahvé. 13 Se encendió la ira
de Yahvé contra Israel y los hizo andar errantes por el desierto
durante cuarenta años, hasta que se acabó toda aquella generación**

que había obrado mal a los ojos de Yahvé. [14] ¡Y ahora vosotros os
alzáis a imitación de vuestros padres, como retoño de hombres
pecadores, para atizar más el fuego de la ira de Yahvé contra
Israel! [15] Si os apartáis de él, volverá a retenernos en el desierto, y
acarrearéis el desastre a todo este pueblo.»

[16] Entonces se acercaron a Moisés y le dijeron: «Podemos cons-
truir aquí rediles para nuestras ovejas y ciudades para nuestros
niños. [17] Pero nosotros tomaremos las armas a la cabeza de los
israelitas*, hasta que los introduzcamos en sus lugares, mientras
que nuestros hijos se quedarán en las plazas fuertes, al abrigo de
los habitantes del país. [18] No volveremos a nuestras casas hasta que
los israelitas se posesionen cada uno de su herencia. [19] Que noso-
tros no tendremos herencia con ellos al otro lado del Jordán, pues
nuestra herencia nos ha tocado del lado oriental del Jordán.»

[20] Moisés les dijo: «Si hacéis lo que habéis dicho, si os armáis
para combatir delante de Yahvé, [21] y todos vuestros combatientes
pasan el Jordán delante de Yahvé, hasta que arroje a sus enemigos
ante vosotros, [22] y la tierra sea ocupada a la llegada de Yahvé, y vol-
véis después, quedaréis exentos de culpa ante Yahvé y ante Israel.
Esta tierra os pertenecerá en propiedad delante de Yahvé. [23] Pero si
no lo hacéis así, habréis pecado contra Yahvé, y sabed que vuestro
pecado os saldrá al encuentro. [24] Construíos ciudades para vuestros
niños, y rediles para vuestros rebaños; pero haced lo que habéis pro-
metido.» [25] Dijeron los hijos de Gad y los hijos de Rubén a Moisés*:
«Tus siervos harán como mi Señor manda. [26] Nuestros hijos, nues-
tras mujeres, nuestros rebaños y todo nuestro ganado se quedarán
aquí*, en las ciudades de Galaad. [27] Pero tus siervos, todos los que
llevan armas, pasarán delante de Yahvé, para ir a la guerra, como
dice mi Señor.»

[28] Moisés dio orden al sacerdote Eleazar, a Josué, hijo de Nun, y
a los jefes de las casas patriarcales de las tribus de los israelitas,
[29] y les dijo Moisés: «Si los hijos de Gad y los hijos de Rubén, todos
los que llevan armas, pasan con vosotros el Jordán, para combatir
delante de Yahvé, y la tierra queda dominada por vosotros, les daréis
el país de Galaad en propiedad. [30] Pero si los que llevan armas no
pasan con vosotros*, tendrán su herencia entre vosotros en el país
de Canaán.»

**[31] Respondieron los hijos de Gad y los hijos de Rubén: «Lo que
ha hablado Yahvé a tus siervos*, eso haremos. [32] Nosotros pasare-
mos armados delante de Yahvé al país de Canaán; pero danos la
propiedad de nuestra herencia a este lado del Jordán.» [33] Moisés dio
a los hijos de Gad, a los hijos de Rubén y a la media tribu de
Manasés, hijo de José, el reino de Sijón, rey de los amorreos, y el
reino de Og, rey de Basán; el país con las ciudades comprendidas
en sus fronteras y las ciudades colindantes.**

**[34] Los hijos de Gad construyeron las plazas fuertes de Dibón,
Atarot y Aroer, [35] Atrot Sofán, Yazer, Yogboá, [36] Bet Nimrá, Bet Harán,
y rediles para los rebaños.**

**[37] Los hijos de Rubén construyeron Jesbón, Elalé, Quiriatáin,
[38] Nebo, Baal Meón, cambiadas de nombre, y Sibmá. Y pusieron
nombres a las ciudades que construyeron.**

**[39] Los hijos de Maquir, hijo de Manasés, fueron a Galaad, la con-
quistaron y expulsaron a los amorreos que habitaban allí. [40] Moisés
dio Galaad a Maquir, hijo de Manasés, que se estableció allí. [41] Yaír,
hijo de Manasés, fue y se apoderó de las aldeas de ellos y los llamó
Aldeas de Yaír. [42] Nóbaj fue y se apoderó de Quenat y de sus filiales,
y le puso su propio nombre Nóbaj.**

V. 2 «los hijos de Gad y los hijos de Rubén». Griego y sir.: «los hijos de Rubén y los hijos de Gad». Lo mismo en griego vv. 25, 29 y 31, sam. y sir. vv. 6, 25, 29, 31 y 33.

V. 12 «el quenizeo». Griego: «el que fue apartado».

V. 17 «tomaremos las armas». Griego: «iremos como avanzadilla».

V. 25 «dijeron», con muchos mss hebr., sam., griego, sir. y Vulgata. TM: «dijo».

V. 26 «aquí», como en vv. 6 y 16. TM: «allí». Griego, sir. y Vulgata lo omiten.

V. 30 «no pasan con vosotros». Griego añade: «para la guerra en la presencia del Señor, y pasan sus utensilios y sus mujeres y sus rebaños delante de vosotros hacia la tierra de Canaán».

V. 31 «lo que ha hablado». Dos mss hebr. y Targum P-J: «todo lo que ha hablado».

En este capítulo se conservan noticias de la ocupación de las regiones de Transjordania, procedentes de antiguas fuentes presacerdotales.

Conviene reparar en que el texto concede precedencia a la tribu de Gad por encima de la de Rubén. Excepto en el primer versículo, en que se mencionan siguiendo el orden más frecuente (primero Rubén [véase 32,1]), en las siguientes ocasiones la voz cantante correspon-

de a Gad. Esta anomalía no ha pasado inadvertida a los primeros copistas y traductores, lo que explica que en los manuscritos samaritanos, en la traducción siríaca y en varios de esos casos en la traducción griega de los Setenta, se haya alterado ese orden del texto hebreo para ajustarlo al habitual. Pero hay datos externos que apoyan y prestan verosimilitud al hecho de que se conceda la preeminencia a Gad. En concreto, la estela de Meša, rey de Moab, menciona sólo a Gad en esa región, y en el censo de 2 S 24,1-9 también se menciona sólo a Gad en la Transjordania.

El país de Yazer (véase 32,1) está al norte del reino de Sijón. El Galaad primitivo, del que se trata aquí, se encuentra entre el país de Yazer y el torrente Yaboc. No obstante, con la penetración de los israelitas hacia el Norte, el nombre de Galaad se extendió también a la región que queda al norte hasta el torrente Yarmuc (véase Jos 13,10-12). En Dt 3,12-13 se mencionan esas dos mitades de Galaad. La mitad norte sería la que conquistara Maquir, de la tribu de Manasés, y quedaría asignada a esa tribu (véase 32,29-40).

Se acerca el momento de entrar a la Tierra Prometida, pero antes de llegar a la frontera natural del Jordán ya habían conquistado unas tierras muy buenas, los territorios arrebatados a Sijón, rey de Jesbón, y a Og, rey de Basán (véase 21,21-35). La unidad del pueblo, que se viene manteniendo cohesionado desde que salió de Egipto, amenaza con quebrarse cuando la tribu de Rubén y la de Gad piden que se les adjudiquen esas tierras en las que han encontrado unas condiciones para establecerse que les parecen satisfactorias. Las palabras con que responde Moisés son fuertes, pero ellos insisten en ir construyendo rediles y dejar allí a sus hijos pequeños, a la vez que aceptan tomar las armas y pasar el Jordán con las demás tribus prestándoles ayuda hasta que se haya conquistado la Tierra Prometida. De ese modo se subrayará, en continuidad con el libro de Josué, la unidad del pueblo que, por encima de la diversidad de tribus, participa unido en la toma de posesión de la tierra que el Señor le concede.

La nueva generación supera así con éxito, a diferencia de lo que había sucedido con sus padres, la tentación de desistir en el empeño de llegar a la tierra que el Señor les ha prometido. Al escuchar la propuesta de estas tribus, Moisés parece revivir los acontecimientos de Cades, cuando el pueblo se desanimó para afrontar la conquista ante

el informe de los exploradores (véase caps. 13–14), y así lo expresa en su severa amonestación (véase 32,6-15). Pero esta vez, los que habían propuesto permanecer en aquellas tierras recapacitan y se aprestan a la conquista (véase 32,16-32).

6. Las etapas del Éxodo (33,1-49)

33 1 Éstas son las etapas de los israelitas que salieron de Egipto
por cuerpos de ejército, a las órdenes de Moisés y Aarón.
2 Moisés, por orden de Yahvé, escribió los puntos de donde partían,
etapa por etapa. Éstas fueron sus etapas, con indicación de los
puntos de partida.
3 Partieron de Ramsés el mes primero. El día quince del mes pri-
mero, al día siguiente de la Pascua, salieron los israelitas, la mano
en alto, en presencia de todos los egipcios. 4 Los egipcios estaban
enterrando a los suyos que habían sido heridos por Yahvé, a todos
los primogénitos; Yahvé había hecho justicia de sus dioses.
5 Partieron los israelitas de Ramsés y acamparon en Sucot. 6 Par-
tieron de Sucot y acamparon en Etán, que está en el extremo del
desierto. 7 Partieron de Etán y se detuvieron en Pi Hajirot, que está
frente a Baal Sefón y acamparon delante de Migdol. 8 Partieron de
Pi Hajirot y pasaron por medio del mar hasta el desierto. Anduvie-
ron tres días de camino por el desierto de Etán* y acamparon en
Mará. 9 Partieron de Mará y llegaron a Elín. En Elín había doce
fuentes de agua y setenta palmeras; allí acamparon. 10 Partieron de
Elín y acamparon cerca del mar de Suf. 11 Partieron del mar de Suf
y acamparon en el desierto de Sin. 12 Partieron del desierto de Sin
y acamparon en Dofcá. 13 Partieron de Dofcá y acamparon en Alús.
14 Partieron de Alús y acamparon en Refidín, pero no había allí
agua para que bebiera la gente. 15 Partieron de Refidín y acamparon
en el desierto del Sinaí. 16 Partieron del desierto del Sinaí y acam-
paron en Quibrot Hatavá. 17 Partieron de Quibrot Hatavá y acam-
paron en Jaserot. 18 Partieron de Jaserot y acamparon en Ritmá.
19 Partieron de Ritmá y acamparon en Rimón Peres. 20 Partieron
de Rimón Peres y acamparon en Libná. 21 Partieron de Libná y
acamparon en Risá. 22 Partieron de Risá y acamparon en Queelatá.
23 Partieron de Queelatá y acamparon en el monte Séfer. 24 Partieron

del monte Séfer y acamparon en Jaradá. 25 Partieron de Jaradá y acamparon en Maquelot. 26 Partieron de Maquelot y acamparon en Tájat. 27 Partieron de Tájat y acamparon en Táraj. 28 Partieron de Táraj y acamparon en Mitcá. 29 Partieron de Mitcá y acamparon en Jasmoná. 30 Partieron de Jasmoná y acamparon en Moserot. 31 Partieron de Moserot y acamparon en Bene Yaacán. 32 Partieron de Bene Yaacán y acamparon en Jor Haguidgad. 33 Partieron de Jor Haguidgad y acamparon en Yotbá. 34 Partieron de Yotbá y acamparon en Abroná. 35 Partieron de Abroná y acamparon en Esión Guéber. 36 Partieron de Esión Guéber y acamparon en el desierto de Sin, es decir, en Cades. 37 Partieron de Cades y acamparon en el monte Hor, en la frontera del país de Edom. 38 El sacerdote Aarón subió al monte Hor, según la orden de Yahvé, y murió allí, el año cuarenta de la salida de los israelitas de Egipto, el mes quinto, el primero del mes*. 39 Tenía Aarón ciento veintitrés años cuando murió en el monte Hor. 40 El rey cananeo de Arad, que habitaba en el Negueb, en el país de Canaán, se enteró de que llegaban los israelitas. 41 Partieron del monte Hor y acamparon en Salmoná. 42 Partieron de Salmoná y acamparon en Punón. 43 Partieron de Punón y acamparon en Obot. 44 Partieron de Obot y acamparon en las ruinas de Abarín, en la frontera de Moab. 45 Partieron de aquí, y acamparon en Dibón Gad. 46 Partieron de Dibón Gad y acamparon en Almón Diblatáin. 47 Partieron de Almón Diblatáin y acamparon en los montes de Abarín, frente al Nebo. 48 Partieron de los montes de Abarín y acamparon en las Estepas de Moab, cerca del Jordán, frente a Jericó. 49 Acamparon cerca del Jordán entre Bet Yesimot y Abel Sitín en las Estepas de Moab.

V. 8 «Anduvieron tres días de camino por el desierto de Etán». Griego: «Ellos mismos anduvieron tres días de camino por el desierto».

V. 38 Al final del versículo, griego añade: «y partieron del desierto de Sin y acamparon en el desierto de Parán».

Para reconstruir las etapas de aquel recorrido, el redactor del libro se sirve de datos que procedían de antiguas tradiciones pre-sacerdotales. Al principio (véase 33,5-15) aparecen los nombres que se habían ido mencionando como comienzo y final de etapas desde Ex 12,37 hasta Ex 19,2 (excepto los dos nombres nuevos de Nm 33,13). Después (véase 33,16-36) se introducen los nombres de lugares en su mayor

parte desconocidos para nosotros. A continuación (véase 33,37-38) siguen los mencionados antes en 20,22-29. Sin embargo, en las últimas etapas (véase 33,41-49), es decir, en el camino de Cades a Moab, se recuerda el paso de Israel a través de Edom y Moab, sin tener en cuenta el rodeo por el sur de la Arabá del que se ha hablado en 20,14-21. Con esta relación de etapas, que fue ligeramente retocado y completado en la redacción sacerdotal hasta darle su forma actual, se terminaba el relato pre-sacerdotal del libro de los Números, dejando al pueblo en las estepas de Moab, muy cerca del Jordán, frente a Jericó. Estaban, pues, a punto de entrar en la Tierra Prometida.

Los lugares mencionados pueden ser estaciones de rutas caravaneras a través del Sinaí, resultado de los avances en campañas militares, o etapas de peregrinaciones populares en tiempos remotos. Entre ellos hay ciudades, oasis, o tal vez simplemente lugares en los que detenerse para pernoctar, en algunos casos. Listas análogas de itinerarios por otras regiones para uso de las caravanas han sido encontradas en los archivos de Mari (siglo XVIII a.C.) y en un texto asirio del siglo IX a.C. De varios de los lugares mencionados en la lista de Nm 33 también ha quedado constancia en inscripciones egipcias datadas entre 1500 y 1200 a.C.

Ante la monótona y fría enumeración de etapas, los lectores de Números se han preguntado con frecuencia desde hace muchos siglos qué sentido tiene que una simple lista de puntos de partida y llegada haya quedado recogida en un texto como es la Biblia. Pero ciertamente lo tiene. En efecto, el camino por el desierto hacia la Tierra Prometida constituía un recuerdo de enorme importancia en la memoria histórica de Israel. Por medio de Moisés, Dios les había guiado cuidadosamente a lo largo de unas cuarenta etapas, con cuarenta y dos estaciones de parada. Valía la pena por tanto registrarlas con detalle como testimonio de aquella gesta que Dios llevó a cabo con su pueblo.

7. Reparto de Canaán. La orden de Dios (33,50-56)

50 Yahvé habló a Moisés en las Estepas de Moab, cerca del Jordán,
frente a Jericó, y le dijo: 51 «Di a los israelitas: Cuando paséis el
Jordán hacia el país de Canaán, 52 arrojaréis a vuestra llegada a

todos los habitantes del país. Destruiréis todas sus imágenes pin-
tadas, destruiréis sus estatuas de fundición, demoleréis todos sus
altos. 53 **Os apoderaréis de la tierra y habitaréis en ella, pues os doy**
a vosotros todo el país en propiedad. 54 **Repartiréis la tierra a suer-**
tes entre vuestros clanes. Al grande le aumentaréis la herencia y al
pequeño se la reduciréis. Donde le caiga a cada uno la suerte, allí
será su propiedad. Haréis el reparto por tribus patriarcales. 55 **Pero**
si no expulsáis a vuestra llegada a los habitantes del país, los que
dejéis serán para vosotros pinchos en vuestros ojos y aguijones en
vuestros costados y os oprimirán en el país en que vais a habitar.
56 **Y yo os trataré a vosotros en la forma en que había pensado tra-**
tarles a ellos.»

Las etapas por el desierto conducen a la Tierra Prometida. De ahí que tras el recuerdo de aquellas, se traigan también a la memoria las condiciones impuestas por Dios para poseer esa tierra y habitarla en paz. Estas condiciones piden al pueblo absoluta fidelidad, eliminando de raíz todo lo que pudiera apartarle de Dios, y, en concreto, los ídolos y los lugares de culto cananeos. En el tono del pasaje subyace, en cierto modo, la experiencia contraria: que Israel cedió con frecuencia ante los cultos idolátricos.

El reparto a suertes indica que, siendo la tierra de Canaán un don de Dios a su pueblo, todos participan de él, poseyendo cada uno aquella porción que Dios mismo le asigna mediante las suertes. Esta participación de todos en la posesión de la Tierra Prometida viene a ser una concreción, y como un reflejo, de la donación de toda la tierra y sus bienes a todos los hombres.

8. Fronteras de Canaán (34,1-15)

34 1 **Yahvé dijo a Moisés:** 2 **«Da esta orden a los israelitas: Cuando**
entréis en el país de Canaán*, éste será el territorio que os
tocará en herencia: el país de Canaán con todas sus fronteras.
3 **Por el sur, os pertenecerá desde el desierto de Sin, siguien-**
do el límite de Edom. Vuestra frontera meridional empezará por el
oriente en la extremidad del mar de la Sal. 4 **Torcerá vuestra fron-**
tera por el sur hacia la Subida de los Escorpiones, pasará por Sin

y terminará al sur de Cades Barnea. Luego irá hacia Jasar Adar y
pasará por Asmón. [5] Torcerá la frontera de Asmón hacia el Torrente
de Egipto y acabará en el Mar.
[6] Vuestra frontera occidental será el mar Grande. Esta frontera
será vuestro límite al oeste.
[7] Vuestra frontera por el norte será la siguiente: Desde el mar
Grande trazaréis el límite hasta el monte Hor. [8] Del monte Hor, tra-
zaréis el límite hasta la Entrada de Jamat, y vendrá a salir la fron-
tera a Sedad. [9] Seguirá luego la frontera hacia Zifrón y terminará
en Jasar Enán. Ésa será vuestra frontera septentrional.
[10] Luego trazaréis vuestra frontera oriental desde Jasar Enán hasta
Sefán. [11] La frontera bajará de Sefán hacia Arbel, al oriente de Ayin.
Seguirá bajando la frontera, y, tocando la orilla del mar de Quinéret
por el oriente, [12] bajará al Jordán y vendrá a dar en el mar de la Sal.
Ésa será vuestra tierra con las fronteras que la circunscriben.
[13] Moisés dio esta orden a los israelitas: «Éste es el país que
habéis de repartir a suertes, el que Yahvé ha mandado dar a las
nueve tribus y a la mitad de la otra, [14] pues la tribu de los hijos de
Rubén con sus distintas casas patriarcales y la tribu de los hijos de
Gad con sus distintas casas patriarcales, han recibido ya su heren-
cia; y la media tribu de Manasés ha recibido también su herencia.
[15] Las dos tribus y la otra media tribu han recibido ya su herencia
más allá del Jordán, a oriente de Jericó*, hacia la salida del sol.»

V. 2 «el país de Canaán». El texto hebreo tal y como está en los principales mss es erróneo (*haares* –debería ir en constructo– *Kenaan*). Unos pocos mss hebr. y sam. corrigen: *'eres Kenaan*. Sin embargo, probablemente *Kenaan* es una glosa y debe omitirse.

V. 15 «a oriente de Jericó». Griego: «desde el sur de Jericó».

Tras la relación de etapas por el desierto con la que terminaba el relato pre-sacerdotal, los redactores sacerdotales añadieron los tres capítulos con los que se concluye el libro de los Números en su forma actual. Si los capítulos anteriores habían contemplado al pueblo en marcha por el desierto, estos tres últimos capítulos del libro (34–36) prestan atención sobre todo a la posesión de la Tierra Prometida y a la resolución de problemas jurídicos que podrían plantearse cuando ya estuviesen establecidos en ella.

Con los censos del pueblo ya se había puesto de manifiesto que Dios había cumplido la promesa hecha a Abrahán de una descendencia numerosa (véase Gn 12,2), y ahora se comienza a mostrar que también está a punto de cumplir la otra promesa: entregar la tierra de Canaán en posesión a su pueblo (véase Gn 12,7). En el texto, el Señor es quien marca la fronteras (véase 34,1); de este modo se señala que es él quien otorga precisamente esa tierra a Israel como heredad.

Las fronteras que delimitan la tierra no resultan del todo conocidas. Numerosos lugares, especialmente en la frontera norte, no se han podido identificar. El monte Hor, distinto del que aparece en 20,22, parece indicar el macizo norte del Líbano.

Esta delimitación del territorio puede ser muy antigua, ya que deja fuera del territorio las zonas de Transjordania en las que se establecieron las tribus de Rubén, Gad y Manasés, que muy probablemente se habrían incluido si se tratara de una lista hecha en el periodo monárquico o después, dejando dentro las tierras que habían sido posesión de esas tribus. Como lo han hecho notar Y. Aharoni y R. de Vaux, estas fronteras que aquí se especifican podrían corresponder a los límites de lo que era la provincia egipcia de Canaán a finales del siglo XIII a.C. En la Biblia aparecen otras dos descripciones de las fronteras de la Tierra Prometida. Una de ellas está en Jos 15,1-12, que también comienza por el Sur para seguir por el Este, el Norte y el Oeste. Es decir, a pesar de que tiene el mismo punto de partida, el Sur, presenta el recorrido en sentido contrario del que aquí se sigue. La otra está en Ez 47,15-20, y comienza por el Norte.

9. Los príncipes encargados del reparto (34,16-29)

16 Dijo Yahvé a Moisés: 17 «Éstos son los nombres de los que os
han de repartir la tierra: el sacerdote Eleazar y Josué, hijo de Nun.
18 Elegiréis también un príncipe de cada tribu, para que repartan la
tierra. 19 Éstos son sus nombres:
por la tribu de Judá, Caleb, hijo de Jefoné;
20 por la tribu de los hijos de Simeón, Semuel, hijo de Amiud;
21 por la tribu de Benjamín, Elidad*, hijo de Quislón;
22 por la tribu de los hijos de Dan, el príncipe Buquí, hijo de
Yoglí;

**[23] por los hijos de José: por la tribu de los hijos de Manasés, el
príncipe Janiel, hijo de Efod; [24] y por la tribu de los hijos de Efraín,
el príncipe Quemuel, hijo de Siftán;**
[25] por la tribu de los hijos de Zabulón, el príncipe Elisafán, hijo de Parnac;
[26] por la tribu de los hijos de Isacar, el príncipe Paltiel, hijo de Azán;
[27] por la tribu de los hijos de Aser, el príncipe Ajiud, hijo de Selomí;
[28] por la tribu de los hijos de Neftalí, el príncipe Pedael, hijo de Amiud.»
[29] A éstos mandó Yahvé repartir la herencia a los israelitas en el país de Canaán.

V. 21 «Elidad». Algunos mss hebr., sam., griego y sir.: «Eldad» (véase 11,26ss).

Cuando el pueblo se encontraba en el desierto de Parán, Moisés, siguiendo la orden del Señor, había enviado a unos hombres, cada uno de ellos representante de una tribu, a explorar la Tierra Prometida (véase 13,1-16). Aquella operación resultó fallida por el desánimo del pueblo ante lo que les relataron los exploradores. Ahora, cuando se acerca por segunda vez un momento oportuno para acceder a la tierra, se designa de nuevo un hombre por cada tribu, no ya para explorarla y calcular estrategias de ocupación (se confía en que será el Señor quien la entregue), sino para llevar a cabo su reparto. La posesión se da por segura.

En esta lista sólo se incluyen diez nombres, no doce, ya que se trata de repartir un territorio que no incluye las tierras conquistadas en Transjordania (véase 34,1-15). Esas tierras no se considera que forman parte del país de Canaán, aunque las tomaron y las asignaron como heredad a las tribus de Gad, Rubén y a parte de Manasés. Para las tribus de Rubén y Gad, que ya tenían su territorio, no se designa un representante para el reparto, ya que a ellos no les corresponde recibir nada más.

El orden en que se mencionan las tribus es geográfico, de acuerdo con el territorio que posteriormente se asignará a cada tribu, comenzando por Judá, que ocuparía los territorios más meridionales, hasta Neftalí, en el Norte. En ese orden geográfico no se refleja el

que se haya producido todavía la migración de la tribu de Dan desde la región central hacia el extremo septentrional. La lista puede ser, pues, anterior a ese momento.

De los nombres de esta lista, únicamente Josué y Caleb son conocidos desde antes (véase 14,30). Los demás aparecen por primera vez. Precisamente así se deja constancia una vez más de que es una nueva generación la que va a entrar en la Tierra, y a esos nuevos israelitas es a quienes corresponde hacer el reparto. La generación anterior ya ha muerto debido a su rebelión contra Dios.

10. La parte de los levitas (35,1-8)

35 **1 Habló Yahvé a Moisés en las Estepas de Moab, cerca del**
Jordán, frente a Jericó, y le dijo: 2 «Manda a los israelitas que
cedan a los levitas, de la herencia que les pertenece, ciudades en las
que puedan habitar y pastos de alrededor de las ciudades. Se las
daréis a los levitas. 3 Esas ciudades serán su morada, y sus pastos
serán para sus bestias, su ganado y todos sus animales. 4 Los pastos
de las ciudades que cedáis a los levitas comprenderán mil codos
alrededor de la ciudad*, a contar desde las murallas. 5 Mediréis,
fuera de la ciudad, dos mil codos a oriente, dos mil codos a medio-
día, dos mil codos a occidente y dos mil codos al norte, teniendo la
ciudad como centro. Éstos serán los pastos de las ciudades. 6 Las
ciudades que daréis a los levitas serán las seis de asilo, que cederéis
para que se pueda refugiar en ellas el homicida, y además les daréis
otras cuarenta y dos ciudades. 7 El total de ciudades que daréis a los
levitas será cuarenta y ocho ciudades, todas ellas con sus pastos.
8 Estas ciudades que cederéis de la propiedad de los israelitas, las
tomaréis en mayor número del grande y en menor del pequeño;
cada uno cederá ciudades a los levitas en proporción a la herencia
que le haya tocado.»

V. 4 «mil codos». Griego: «dos mil codos» (véase v. 5).

Los levitas no tendrían en el reparto un territorio propio de cuyas tierras pudieran mantenerse, ya que la tribu entera estaría dedicada al servicio del culto y se mantendría de los diezmos y de la parte que

les correspondía de las ofrendas del pueblo (véase 18,20-32). No obstante, reciben unas ciudades en las que habitar, con un pequeño terreno a su alrededor donde pueda pastar su ganado.

De este modo se presentan ahora, cerca del final del libro, unas instrucciones acerca de los levitas, de algún modo simétricas a las que podían leerse en los primeros capítulos del libro. Se trata de resaltar la necesaria diferencia entre el común de la gente y los levitas, reflejo de la santidad del pueblo. Entonces, se decía dónde tenían que acampar los levitas en las estaciones donde se detuvieran en el desierto, formando un cuadrado en torno a la Tienda y en una posición interior al cuadrado formado por las tribus (véase cap. 2). Ahora esa estructura social que refleja la santidad de Dios en medio de su pueblo se traslada de un campamento itinerante a un pueblo sedentario, establecido en una tierra. También en esa situación los levitas han de permanecer aparte, habitando en ciudades propias.

No se sabe si estas disposiciones se llegaron a cumplir de hecho en algún momento de la historia de Israel. En el libro de Ezequiel se dice que también los levitas tendrán un territorio (véase Ez 48,13). Sin embargo, en el Deuteronomio se dice que los levitas no tendrán territorio, y tampoco se hace mención alguna de sus ciudades (véase Dt 18,1-8). Es más, parece que se supone que viven en las mismas ciudades que el resto de los israelitas (véase Dt 18,6). Por otra parte, en el Levítico se alude a las ciudades propiedad de los levitas (véase Lv 25,32); en Josué se habla del reparto de las ciudades levíticas entre sus clanes (véase Jos 21,1-42); y esas ciudades se mencionan de nuevo en el libro primero de las Crónicas (1 Cro 6,39-66). La situación real fue, pues, muy variada a lo largo de los siglos.

11. Las ciudades de asilo (35,9-34)

[9] **Yahvé habló a Moisés:** [10] **«Di a los israelitas: Cuando paséis el**
Jordán hacia la tierra de Canaán, [11] **encontraréis ciudades, de las**
que algunas transformaréis en ciudades de asilo: en ellas se refugiará el homicida que ha herido a un hombre por inadvertencia.
[12] **Esas ciudades os servirán de asilo contra el vengador; no debe**
morir el homicida* hasta que comparezca ante la comunidad para
ser juzgado. [13] **De las ciudades que cederéis, seis ciudades os servi-**

rán de asilo: [14] tres ciudades les cederéis al otro lado del Jordán y
tres ciudades en el país de Canaán; serán ciudades de asilo. [15] Las
seis ciudades serán de asilo tanto para los israelitas como para el
forastero y para el huésped que viven en medio de vosotros, para
que se pueda refugiar en ellas todo aquel que haya matado a un
hombre por inadvertencia. [16] Pero si le ha herido con un instru-
mento de hierro, y muere, es un asesino. El asesino debe morir.
[17] Si le hiere con una piedra como para causar la muerte con ella, y
muere, es un asesino. El asesino debe morir. [18] Si le hiere con un
instrumento de madera como para matarle, y muere, es un asesi-
no. El asesino debe morir. [19] El mismo vengador de la sangre dará
muerte al asesino: en cuanto lo encuentre, lo matará. [20] Si el homi-
cida lo ha matado por odio, o le ha lanzado algo con intención, y
muere, [21] o si por enemistad le ha golpeado con las manos, y muere,
el que le ha herido tiene que morir: es un asesino. El vengador de la
sangre dará muerte al asesino en cuanto le encuentre. [22] Pero si lo
derribó de casualidad y sin enemistad, o le lanzó cualquier objeto
sin ninguna mala intención, [23] o le tiró, sin verle, una piedra capaz
de matarle, y le causó la muerte, sin que fuera su enemigo ni bus-
cara su daño, [24] la comunidad juzgará entre el homicida y el venga-
dor de la sangre según estas normas, [25] y salvará la comunidad al
homicida de la mano del vengador de la sangre. Le hará volver la
comunidad a la ciudad de asilo en la que se refugió y en ella vivirá
hasta que muera el Sumo Sacerdote ungido con el óleo santo. [26] Pero
si sale el homicida de los límites de la ciudad de asilo en que se ha
refugiado, [27] y le encuentra el vengador de la sangre fuera del térmi-
no de su ciudad de asilo, el vengador de la sangre podrá matar
al homicida, sin ser responsable de su sangre, [28] porque aquél debía
permanecer en la ciudad de asilo hasta la muerte del Sumo Sacer-
dote. Cuando muera el Sumo Sacerdote, el homicida podrá volver a
la tierra de su propiedad. [29] Esto será norma de derecho para voso-
tros y para vuestros descendientes, dondequiera que habitéis.

[30] En cualquier caso de homicidio, se matará al homicida según
la declaración de los testigos; pero un solo testigo no bastará para
condenar a muerte a un hombre. [31] No aceptaréis rescate por la
vida de un homicida reo de muerte, pues debe morir. [32] Tampoco
aceptaréis rescate por el que se ha refugiado en la ciudad de asilo

y quiere volver a habitar en su tierra antes que muera el Sumo
Sacerdote*. [33] No profanaréis la tierra en que estáis, porque aque-
lla sangre profana la tierra, y la tierra no queda expiada de la san-
gre derramada más que con la sangre del que la derramó. [34] No
harás impura la tierra en que habitáis*, porque yo habito en medio
de ella, pues yo, Yahvé, tengo mi morada entre los israelitas.

V. 12 «morir». Mss sam.: «ser muerto» (véase v. 17).

V. 32 «el Sumo Sacerdote», con algunos mss hebr., sam., griego y sir., como en v. 28. TM: «sacerdote».

V. 34 «no harás». Unos pocos mss hebr., sam., griego, sir., Targum y Targum P-J: «no hagáis».

Dios mismo, por mediación de Moisés, determina cómo se ha de organizar Israel en la Tierra Prometida, y cuáles han de ser las características de sus ciudades. Ahora se trata sobre la singularidad de las ciudades de refugio que, más adelante, al narrar el reparto de la tierra, se especificará cuáles serían (véase Jos 20,7-8).

La función de estas ciudades estaba fijada en el Código de la Alianza, al hablar del homicidio: «El que hiera mortalmente a un hombre, morirá; pero si no fue intencionado, sino que Dios lo permitió, yo te señalaré un lugar donde podrá refugiarse» (Ex 21,12-13). La existencia de tales ciudades es un límite impuesto a la ley de la venganza de sangre, según la cual la muerte de un hombre debía ser vengada por el pariente más próximo.

En los inicios de la monarquía el lugar tradicional de refugio era el altar. Quien buscaba protección para no morir agarraba los cuernos del altar y se quedaba al lado de él. Así sucede con Adonías y Joab cuando temían a Salomón por haber intentado arrebatarle la sucesión de David (véase 1 Re 1,50-51 y 2,28-29). Sin embargo, pronto ya, en textos del Deuteronomio (véase Dt 4,41-43) y deuteronomistas (véase Jos 21), los lugares de refugio serán unas ciudades prefijadas.

En este texto se indica que habrán de ser seis, tres a cada lado del Jordán (véase 35,13-14), pero no se especifica cuáles son. En el Deuteronomio se fijarán tres: Béser, Ramot en Galaad y Golán en Basán (véase Dt 4,43), y en Josué otras tres, aunque una de ellas repetida: Siquén (véase Jos 21,21), Golán en Basán (véase Jos 21,27) y Cades (véase Jos 21,32).

12. La herencia de la mujer casada (36,1-12)

36 [1] **Los jefes de familia del clan de los hijos de Galaad, hijo de Maquir, hijo de Manasés, uno de los clanes de los hijos de José, se presentaron y dijeron delante de Moisés* y de los príncipes jefes de las casas patriarcales de los israelitas: [2] «Yahvé mandó a mi Señor que diera la tierra en herencia, por suertes, a los israelitas, y mi Señor recibió orden de Yahvé de dar la herencia de Selofjad, nuestro hermano, a sus hijas. [3] Si resulta que se casan con alguno de otra tribu israelita, será arrancada su parte de la herencia de nuestras familias. Aumentará la herencia de la tribu a la que vayan a pertenecer, y se reducirá la herencia que nos tocó en suerte. [4] Y cuando llegue el año jubilar para los israelitas, se añadirá la herencia de ellas a la herencia de la tribu a la que vayan a pertenecer y se restará su herencia de la herencia de la tribu de nuestros padres.»**

[5] **Moisés, según la orden de Yahvé, mandó lo siguiente a los israelitas: «Dice bien la tribu de los hijos de José. [6] Esto es lo que Yahvé ordenó acerca de las hijas de Selofjad: Tomarán por esposos a los que bien les parezca, con tal que se casen dentro de los clanes de la tribu de su padre. [7] Así la herencia de los israelitas no pasará de una tribu a otra, sino que los israelitas estarán vinculados cada uno a la herencia de la tribu de sus padres. [8] Y toda hija que posea una herencia en una de las tribus de los israelitas se casará con uno de un clan de la tribu de su padre para que cada uno de los israelitas posea la herencia de sus padres, [9] y no pase una herencia de una tribu a otra. Cada una de las tribus de los israelitas quedará vinculada a su heredad.»**

[10] **Tal como había mandado Yahvé a Moisés, así hicieron las hijas de Selofjad. [11] Majlá, Tirsá, Joglá, Milcá y Noá, las hijas de Selofjad, se casaron con los hijos de sus tíos paternos. [12] Tomaron marido de los clanes de los hijos de Manasés, hijo de José, y así su herencia fue para la tribu del clan de su padre.**

V. 1 « delante de Moisés». Griego añade: «y delante de Eleazar, el sacerdote».

Se trata de un desarrollo de la ley de la herencia de las hijas, expuesta ya en 27,1-11. A partir de aquel caso concreto se regula el matrimonio de las hijas que heredan, para que la propiedad de la tie-

rra no pueda pasar a otra tribu. Es un detalle más en el que se refleja la fe en que la tierra es un don de Dios, no sólo otorgado al pueblo en general, sino a cada familia y a cada individuo en particular. La consecuencia es que la porción que le ha correspondido a cada uno ha de cuidarla como lo que es, un don divino.

Este mismo sentido tenían también la ley del jubileo (véase Lv 25), la del levirato (véase Dt 25,5-10), y el derecho del familiar más cercano a adquirir la tierra si había que venderla. De esta forma se mantenía en Israel una estructura social en la que todos participaban del gran don de Dios a su pueblo: la posesión de la tierra.

Regular el modo en que se debían resolver las cuestiones complejas que afectan a la posesión de la tierra por las tribus, como es el presente caso, supone pensar que la posesión de la tierra será estable y permanente. Puesto que al cabo de los años y de los siglos se pueden presentar estos casos, hay que tener previsto el modo de resolverlo. El libro termina con esta esperanza optimista en la posesión de este don de Dios.

CONCLUSIÓN
(36,13)

[13] **Éstas son las órdenes y normas que dio Yahvé, por medio de Moisés, a los israelitas, en las Estepas de Moab, cerca del Jordán, frente a Jericó.**

Las palabras con las que se cierra el libro recogen de algún modo aquellas con las que se iniciaba. Sus páginas se abrían diciendo que Yahvé habló a Moisés en el desierto de Sinaí (véase 1,1) y le ordenó hacer un censo. En su interior, numerosas intervenciones divinas han ido trasmitiendo y concretando a Moisés los mandatos del Señor para su pueblo. Ahora se termina dejando constancia de que ahí han quedado recogidas las órdenes y normas que dio Yahvé.

En la redacción final, cuando tuvo lugar la separación del libro de los Números de la gran historia de Israel desde sus comienzos para constituir una unidad propia, se realza la impronta legal que caracteriza al libro tal y como nos ha llegado, como una parte constitutiva de la Torá. En él se contienen unas leyes y prescripciones que proceden del Señor y que han sido enmarcadas en un periodo fundante de la identidad de Israel, en su peregrinación desde el desierto de Sinaí (véase 1,1) hasta las Estepas de Moab, cerca del Jordán, frente a Jericó (véase 36,13), a las puertas de la Tierra Prometida.

Una vez llegado al final, el lector puede preguntarse: ¿para qué tantos mandatos y prescripciones, que en principio nos quedan tan lejos? Una respuesta que hace pensar, desde una perspectiva cristiana, es la que ya hace muchos siglos propuso Orígenes: «Para que nosotros, al leer y ver cuántas señales y mandatos debemos atender

para emprender el camino que lleva al cielo, nos preparemos en esta vida y, teniendo en cuenta el camino que tenemos por delante, no dejemos que el tiempo de nuestra vida se consuma en la pereza y la desidia» (*Homilías sobre Números* 27,7).

La suma de los versículos del libro es
mil doscientos ochenta
y ocho
1288
Y su mitad: ***Y hubo un hombre*** (Nm 17,20)
Y sus párrafos: 33

Los masoretas hacen al final de cada uno de los libros del Pentateuco una anotación como ésta. No forma parte del texto sagrado. Se trata de un modo de garantizar al comprador de cada copia manuscrita que se haga en el futuro que el ejemplar que acaba de adquirir es correcto. Puede contar a ver si no falta ningún versículo, si no están todos los párrafos que debían estar, y hacer una comprobación supletoria, que es la palabra hebrea que ocupa exactamente el centro del libro.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

ACKERMAN, J. S., «Numbers», en R. ALTER – F. KERMODE, *The Literary Guide to the Bible*, Cambridge (Mass.) 1990, 78-91

ARTUS, O., *Études sur le livre des Nombres. Récit, Histoire et Loi en Nb 13,1-20,13*, Gotinga 1997.

ARTUS, O., *Les lois du Pentateuque. Points de repère pour une lectura exégétique et théologique*, París 2005.

ASHLEY, T. R., *The Book of Numbers,* Grand Rapids 1993.

BLENKINSOPP, J., *El Pentateuco. Introducción a los cinco primeros libros de la Biblia*, Estella 1999 [original inglés, 1992].

BLUM, E., *Studien zur Komposition des Pentateuch,* Berlín 1990.

BUDD, P. J., *Numbers. Word Biblical Commentary*, vol. 5, Waco 1984.

BELLINGER JR., W. H., *New International Biblical Commentary. Leviticus and Numbers,* Peabody 2001.

COLE, R. D., *The New American Commentary. Vol. 3B. Numbers,* Nashville 2000.

DOUGLAS, M., *In the Wilderness. The Doctrine of Defilement in the Book of Numbers*, Sheffield 1993.

DOZEMAN, T. B., «The Book of Numbers», en *The New Interpreter's Bible*, vol. II, Nashville 1998

GARCÍA, F., *El Pentateuco,* Estella 2003.

GRAY, G. B., *A Critical and Exegetical Commentary on Numbers,* Edimburgo 1903.

KNIERIM, R. P. – COATS, G. W., *Numbers,* Grands Rapids 2005.

LEVINE, B. A., *The Anchor Bible. Numbers 1-20. A New Translation with Introduction and Commentary*, Nueva York 1993.

LEVINE, B. A., *The Anchor Bible. Numbers 21-36. A New Translation with Introduction and Commentary*, Nueva York 2000.

MILGROM, J., *The JPS Torah Commentary. Numbers,* Filadelfia – New York 1990.

NOTH, M., *Numbers. A Commentary*, Filadelfia 1968.

OLSON, D. T., *The Death of the Old and the Birth of the New: The Framework of Numbers and the Pentateuch*, Chico 1985.

OLSON, D. T., *Numbers. Interpretation. A Bible Commentary for Teaching and Preaching,* Louisville 1996.

RÖMER, T., «Nombres», en T. RÖMER – J.-D. MACCHI – Ch. NIHAN (eds.), *Introduction à l'Ancien Testament*, Ginebra 2004.

SKA, J. L., *Introducción a la lectura del Pentateuco,* Estella 2001 [primera edición, en italiano, de 1998].

VAN SETERS, J., *The Life of Moses. The Yahwist as Historian in Exodus-Numbers,* Kampen 1994.

VAN SETERS, J., *The Pentateuch. A Social-Science Commentary*, Sheffield 1999.

WENHAM, G. J., *Numbers*, Sheffield 1997.

COLECCIÓN
COMENTARIOS A LA BIBLIA DE JERUSALÉN

CONSEJO ASESOR:
Víctor Morla y Santiago García

ANTIGUO TESTAMENTO

1A. Génesis 1-11, *por José Loza*

1B. Génesis 12-50, *por José Loza*

2. Éxodo, *por Félix García López*

3. Levítico, *por Juan Luis de León Azcárate*

4. Números, *por Francisco Varo*

13A. Salmos 1-41, *por Ángel Aparicio*

13B. Salmos 42-72, *por Ángel Aparicio*

13C. Salmos 73-106, *por Ángel Aparicio*

15A. Job 1-28, *por Víctor Morla Asensio*

19A. Isaías 1-39, *por Francesc Ramis Darder*

22. Daniel, *por Gonzalo Aranda*

NUEVO TESTAMENTO

1A. Evangelio de Mateo, *por Antonio Rodríguez Carmona*

1B. Evangelio de Marcos, *por Antonio Rodríguez Carmona*

5. Corpus Paulino II. Efesios, Filipenses, Colosenses, 1-2 Tesalonicenses, Filemón y Cartas Pastorales: 1-2 Timoteo, Tito, *por Federico Pastor*

6. Carta a los Hebreos, *por Franco Manzi*

8. Apocalipsis, *por Domingo Muñoz León*

Este libro se terminó
de imprimir
en los talleres de
RGM, S.A., en Bilbao,
el 8 de abril de 2008.



El libro de los Números está lleno de sorpresas atractivas. Contiene piezas breves muy antiguas y relatos que, tras una compleja actividad redaccional, configuran una trama narrativa donde la Palabra de Dios resuena con fuerza actual.
Está articulado como un díptico donde se confrontan dos generaciones del pueblo de Dios en su peregrinación por el desierto. Una muere en la estepa, tras una larga serie de infidelidades (Nm 1-25), y surge otra que va organizándose con la perspectiva de tomar posesión de la tierra prometida (Nm 26-36). De este modo se invita al lector a que mire con fe su vida y la sociedad en la que vive, sin añoranzas de tiempos pasados. Él es parte de esa nueva generación que, aunque no haya visto a Dios tan cerca como lo que oye hablar de otros momentos, ni haya sido testigo de grandes milagros, si se mantiene fiel, entrará con su pueblo en la tierra prometida.

Francisco Varo Pineda (Córdoba, 1955) es profesor de Pentateuco y Libros Históricos del Antiguo Testamento en la Universidad de Navarra. Estudió en la Universidad Hebrea de Jerusalén, y es doctor en Teología (Sagrada Escritura) por la Universidad de Navarra y en Filología Bíblica Trilingüe por la Universidad Pontificia de Salamanca. Miembro del equipo de traductores y editores de la *Sagrada Biblia* preparada por la Universidad de Navarra (1997-2004), es también autor de *Los Cantos del Siervo en la exégesis hispano-hebrea* (1993), *Rabí Jesús de Nazaret* (2005), *¿Sabes leer la Biblia? Una guía de lectura para descifrar el texto sagrado* (2006) y *Las claves de la Biblia* (2007), así como de numerosos artículos en revistas científicas.

Desclée De Brouwer

